

The background of the book cover features a painting of a man in a trench coat and fedora hat standing in a city street at night. He is looking towards the right. In the background, there are tall buildings with lit windows, and a bridge or overpass is visible above the cityscape.

**JOHN
DOS
PASSOS**

**EL
PARA-
LELO
42**

Trilogía USA Nº 1

En el amplio fresco narrativo que constituye USA, dos Passos intenta dar fe de lo que fueron los Estados Unidos en las primeras décadas del siglo xx, y lo hace valiéndose de tres tipos de textos: los Noticiarios, en los que recoge noticias verídicas de esos años, el Ojo de la Cámara, en el que muestra en tromba un perspectiva original de los pensamientos y sentimientos de los personajes, y la parte novelesca propiamente dicha, en la que va siguiendo las correrías de personajes de muy diversa condición social, que en algunos casos se cruzan, se encuentran y se separan. De esta forma puede darnos una visión muy completa de un país tan inmenso y heterogéneo como los Estados Unidos.

Esta edición incorpora el prólogo que Dos Passos escribiera para la primera edición de la trilogía USA en un sólo volumen, así como un texto introductorio de E. L. Doctorow en la que se hace una valoración de la obra de Dos Passos y de la importancia de esta trilogía en la historia de la literatura occidental.



John Dos Passos

Paralelo 42

Trilogía USA - 1

ePub r1.1

Titivillus 25.08.16

Título original: *42nd parallel*

John Dos Passos, 1930

Traducción: Marcelo Cohen

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



PRÓLOGO

NADA dado a la estética del hombre duro, como Hemingway, ni tampoco al romanticismo de la autodestrucción, como Fitzgerald, John Dos Passos, amigo y coetáneo suyo (nació en 1896) era una persona modesta y discreta, un trotamundos inveterado a quien le gustaba pasear por lugares desconocidos y sentarse a tomar una copa con extraños a escuchar sus historias. Veía la literatura como un reportaje. Admiraba el estilo sencillo de Defoe, y leyó durante toda su vida *La feria de las vanidades*, de Thackeray, subtitulada *Una novela sin héroe*.

Dos Passos nació como un vagabundo, sin rumbo fijo, y vivió su solitaria niñez con su madre soltera, Lucy Madison, que recorría las capitales europeas para evitar el escándalo mientras en Estados Unidos su padre, John R. Dos Passos, eminente abogado de empresa y persona influyente, esperaba a que muriese su primera esposa, inválida. Cuando al fin ocurrió, en 1910, la madre, el padre y el hijo, un trío al que unía un amor intenso, pudo constituirse finalmente como familia. Pero el aislamiento de la primera parte de su vida hizo que Dos Passos resultase psicológicamente distante, con la sensación perpetua de ser un intruso.

Pero, claro, la posición externa del intruso es una ubicación ventajosa para un escritor. La obra maestra de Dos Passos, *USA*, está relatada como un reportaje con un punto de vista situado fuera y ligeramente por encima. Resulta una curiosa ironía que no fuesen las grandes personalidades literarias de la época sino aquel joven tranquilo e inhibido quien acabase produciendo la novela más exageradamente ambiciosa de todas, una crónica de mil doscientas páginas de la vida histórica y espiritual de todo un país en las tres primeras décadas del siglo xx. No era el suyo el retrato de un gánster, por muy brillante que resultase como metáfora, ni siquiera el retrato de grupo de una generación perdida: Dos Passos va mucho más allá, desde la incursión estadounidense en las Filipinas hasta el principio de las películas habladas, de costa a costa y de clase a clase. *USA* es la novela como mural, con héroes de sociedad que emergen entre las llamas de la historia, mientras las masas de figuras diminutas se afanan penosamente a sus pies.

De hecho, el nómada Dos Passos aterrizó un día en Ciudad de México y se sintió muy atraído por los murales de Diego Rivera, llenos de colorido y de historias, que ocupaban todos los muros del patio de la Secretaría de Educación Pública. En años posteriores hizo constar también su querencia por los retablos europeos de los siglos XIII y XIV, esos en los cuales los santos aparecen grandes, y la gente corriente pequeña, llenando el fondo.

Publicó la primera entrega de *USA*, *Paralelo 42*, en 1929, porque se dio cuenta

desde el principio de que lo que pretendía no se podía contener en un solo volumen. Siguió 1919 dos años después, y el volumen final, *El gran dinero*, fue publicado en 1936. Y podría haber seguido...; de hecho, tenía inacabables recursos para aquella obra, una vez cogido el ritmo y gran parte del material a partir de su propia vida transhumante. Pasó de Baltimore a Harvard, donde leyó a los poetas imaginistas, Ezra Pound, Arny Lowell, Carl Sandburg, y se sintió impresionado por ellos. También conoció el trabajo de James Joyce, el escritor del siglo XX que, aunque muy poco dado al habla vulgar inglesa, tendría sobre él la mayor influencia. Después de Harvard volvió a su vida errante, pasó un año en España y estudió arquitectura. Pero la Primera Guerra Mundial estaba ya a punto de estallar, y en 1916 se ofreció como voluntario para conducir ambulancias en la organización Norton-Harjes, la misma para la cual trabajaron Hemingway y E. E. Cummings. Sirvió en Francia e Italia y luego, con la entrada de Estados Unidos en el conflicto, se alistó en la Fuerza Expedicionaria Americana y, en resumen, consiguió la dosis de guerra moderna que necesitaba para inspirar los retratos de soldados-víctimas de su primera novela, *Tres soldados* (1921).

Escritor a regañadientes, siempre estaba dispuesto para la acción. En los años veinte, después de la guerra, consiguió una vez más situarse en los puntos más conflictivos de la historia, ya fuese la escena literaria en Nueva York y París, el México revolucionario después de la muerte de Emiliano Zapata, la reciente Unión Soviética comunista o la ciudad de Boston, contraria a los derechos de los inmigrantes, donde se manifestó a favor de los dos inmigrantes anarquistas encarcelados y condenados Sacco y Vanzetti.

Escribía sin parar, desde luego. Publicó *Rocinante vuelve al camino* (1922), un libro de ensayos sobre España; *Manhattan Transfer* (1925), un retrato oscuro e impresionista de Nueva York y precursor técnicamente de las novelas de USA, y artículos en *New Masses*, *The Dial*, *The Nation* y *The New Republic*, atestiguando su sensibilidad izquierdista. Era diarista y mantenía una correspondencia activa con muchos colegas, como Edmund Wilson, Malcolm Cowley, Hemingway y Fitzgerald, todos ellos preocupados por lo que sucedía en el mundo, todos auténticos yonquis de la actualidad, que discutían sin cesar de política y estaban comprometidos en todos los momentos clave de la civilización.

Hasta la guerra civil española no quedó clara la profunda diferencia entre los ideales humanistas de Dos Passos y el idealismo doctrinario de muchos de sus contemporáneos: el momento visible de separación llegó, al parecer, con la ejecución en Valencia de su amigo José Robles Pazos, un republicano, por un pelotón de fusilamiento comunista.

En la última etapa de su vida, Dos Passos fue tan acusadamente conservador como radical había sido. Lo que permaneció constante, como un rumbo moral que nunca se alteraría, fue su desesperación ante el destino del ser humano como individuo, que resulta doblegado al servicio de las instituciones de la sociedad

industrial moderna, sean cuales sean esas instituciones.

De hecho, la visión dominante en *USA* es la de gente sojuzgada por las instituciones, es decir, atrapada en la historia. La novela carece de héroe. Se nos ofrece la narración de la vida de una docena de hombres y mujeres (Joe Williams, marinero; Mac, cajista; J. Ward Moorehouse, relaciones públicas; Eleanor Stoddard, escenógrafa; Dick Savage, graduado de Harvard y conductor de ambulancias en la Primera Guerra Mundial; Charley Anderson, piloto, héroe de guerra e inventor; Margo Dowling, actriz; Ben Compton, organizador sindical, y así sucesivamente...). Y vemos pasar tres décadas a través de ellos, mientras llegan a la flor de su edad y luego van envejeciendo y sobreviviendo a trancas y barrancas, y acaban por morir, o desaparecer sin más, o, en un par de excepciones, acaban con una derrota moral. Viviendo por debajo de los titulares de prensa, se nos presentan como gente corriente: sus vidas pueden cruzarse, a veces pueden resultar seductores o simpáticos, pero siempre se ven desde arriba, como en una sátira, y toda su irresolución, su autoengaño y su poca fortuna y su incapacidad para conseguir resultados satisfactorios en el amor o en la rebelión social no se ven mitigados por la estructura moral de una trama. *USA* no tiene trama, sólo el movimiento de avance de sus múltiples hilos narrativos bajo las circunstancias rectoras de la historia.

Las propias circunstancias se nos revelan de vez en cuando mediante los llamados «noticiarios» que interrumpen el texto con titulares reales de periódicos de la época, fragmentos de nuevas historias, lemas publicitarios y canciones populares, todo ello apareciendo de una forma sincopada, como una iluminación repentina y chillona, como si de fuegos artificiales del paisaje americano se tratase.

Los primeros lectores quedaron subyugados, tal y como era de esperar, por esos *collages*. Pero Dos Passos no se detiene ahí. Un tercer aspecto es la biografía minuciosa, los insertos periodísticos en el texto de unos breves apuntes vitales, vistos de forma muy subjetiva, de algunas de las figuras punteras de cada una de las décadas que cubre, como por ejemplo Eugene Debs, William Jennings Bryan, Andrew Carnegie, Thomas Edison, John Reed y J. P. Morgan, Teddy Roosevelt, Woodrow Wilson, los hermanos Wright, Henry Ford, Isadora Duncan y William Randolph Hearst, los santos seculares del retablo de Dos Passos, a menudo en son de burla, a veces de duelo, pero siempre retratados con firmes trazos. A diferencia de las vidas de sus personajes de ficción, que fluyen de forma incesante, mientras el autor dice, sin aliento: y ocurrió esto, y esto, y esto, las biografías permanecen tan firmes en su enunciado como hitos históricos.

Mediante la cuarta forma de discurso más importante del libro, esos pasajes joyceanos bajo el encabezamiento «El Ojo de la Cámara», Dos Passos registra su inefable vida sensorial, empezando por su temprana niñez. Éstos son, quizá, los interludios más enigmáticos. Como los noticiarios y las breves biografías, dan una dimensión topográfica al texto, como si los puntos de la narración principal se vieran examinados bajo una lente mucho más magnificadora. También implican al narrador

en el discurso, y sirven para poner de relieve su compromiso moral con el acto de escribir. Pero Dos Passos, con su característica modestia, en cierta ocasión justificó esas secciones ante un entrevistador como caídas premeditadas en «lo subjetivo», una forma de mantener el resto del manuscrito libre de esa terrible contaminación.

Y aquí debemos recordar la advertencia de D. H. Lawrence de no confiar en el escritor, sino en la obra. Igual que en la humildad de Dos Passos, su objetividad, que es la forma literaria de la humildad, esconde una inteligencia majestuosa, un ingenio acerbo, una enorme angustia, y, por encima de todo, la audacia de escribir una novela que se nutre de la agitación de todo el arte revolucionario de principios del siglo XX, ya sea el flujo de palabras compuestas de Joyce, los murales proletarios de Rivera o los montajes cinematográficos de D. W. Griffith o Sergei Eisenstein.

La altura de *USA* fue reconocida de inmediato por los críticos del momento. Cuando se publicó como trilogía completa en un solo volumen, en 1938, la novela se consideró un logro muy importante, aunque mostrando las características de una visión muy sesgada. Malcolm Cowley la consideraba una «novela coral», que carecía perversamente de la celebración de la humanidad corriente que era de esperar en una novela coral. Edmund Wilson se preguntaba por qué todos los personajes corrientes del libro fracasaban, por qué ninguno echaba raíces, fundaba una familia, tenía una carrera que valiese la pena, o encontraba alguna de las satisfacciones que, innegablemente, se daban en la vida real de la clase media americana. Otros objetaban la carencia de ideas de los personajes, la negativa de Dos Passos a dotarles de alguna idea o reflexión consecuente, no relacionada con sus apetitos. Y es cierto que estos seres se hallan casi ocupados por entero con sus sensaciones y acosados por sus deseos, entregados con desesperación a la bebida y a la fornicación, mientras sus débiles pensamientos no proporcionan ningún ancla contra la deriva de sus vidas.

Sin embargo, para Jean-Paul Sartre, que escribía en 1938, en esa negativa de la novela a redimir a sus personajes se halla precisamente su grandeza. Se nos informa de sus vidas, se nos comunican sus sentimientos y sus palabras, dice Sartre, al estilo de un «comunicado de prensa». Y nosotros, los lectores, acumulamos infinitos catálogos de aventuras sensoriales individuales, desde el exterior, justo hasta el momento en que el personaje desaparece o muere... y queda disuelto en la conciencia colectiva. ¿Y qué objetivo tienen todos esos sentimientos, todas esas aventuras? ¿Qué significa la vida individual, enfrentada a la historia? «La presión ejercida por un gas en las paredes de su contenedor no depende de las historias individuales de las moléculas que lo componen», dice el filósofo existencialista francés.

Pero *USA* es una novela americana, después de todo, y hay que reconocer la americanidad de todos los personajes. Realmente, sí tienen una especificidad nacional. De hecho, el lector de hoy en día, medio siglo después, no puede dejar de advertir lo habituales que son los personajes de Dos Passos..., que podemos tropezarnos hoy en día con Marga Dowling, o Ward Moorehouse, o Charley Anderson y reconocerlos a todos, y que encajarían perfectamente, sin problemas. Y

encajan. *USA* es un libro muy útil para nosotros, porque tiene una gran visión de futuro. Parece más cargado de furia y al mismo tiempo más esperanzado de lo que pudo parecer en 1938. En sus páginas se halla implícita una exigencia moral. Dos Passos dice en su prólogo que, por encima de todo, «*USA* es el habla del pueblo». Él oyó nuestra voz y la registró, y nosotros la reproducimos ahora para nuestra solemne contemplación.

E. L. DOCTOROW

PRÓLOGO DEL AUTOR A LA EDICIÓN EN UN SOLO VOLUMEN DE USA (1938)

El hombre joven camina deprisa en silencio entre el gentío que se escurre por las calles de la noche; los pies cansados tras horas de caminar; los ojos ávidos de la cordialidad de un intercambio de miradas respondiendo al aletea de unos ojos, al asentimiento de una cabeza, al roce de un hombro, al modo en que se abren y se contraen los puños; la sangre hormiguea de deseos; la mente es un avispero de esperanzas zumbando y aguijoneando; músculos doloridos por haber conocido un empleo, por el trabajo del pico y la pala del obrero, el arte del pescador con el gancho cuando hala la resbaladiza red desde la batayola de una jábega que va dando bandazos, el balanceo del brazo del hombre del puente cuando deja caer el ardiente remache, el uso de todo el cuerpo del granjero mugriento cuando, arreando a las mulas, tira del arado desde el surco. El hombre joven camina en silencio buscando entre el gentío con ojos ávidos, los ávidos oídos en tensión, en silencio, en soledad.

Las calles están vacías. La gente se ha apiñado en el metro, subido a los tranvías y los autobuses; en las estaciones ha corrido hacia trenes suburbanos, se ha deslizado hacia sus albergues o habitaciones, ha tomado ascensores hasta sus pisos. En un escaparate, dos cetrinos escaparatistas en mangas de camisa están sacando un maniquí en traje de noche rojo, en una esquina soldadores con máscara se inclinan sobre espadas de llama azul reparando el pavimento, algunos borrachos holgazanean dando tumbos, un triste paseante inquieto bajo un arco de luz. Del río llega el intenso y prolongado silbido de un vapor abandonando el muelle. Un grito se arrastra en la lejanía.

El hombre joven camina deprisa pero no lo suficiente, lejos pero no lo bastante lejos (caras que desaparecen de la vista, conversaciones que se pierden en restos deshilachados, ruido de pisadas desvaneciéndose por callejones); debe tomar el último metro, el tranvía, el autobús, correr por la pasarela de todos los vapores, registrarse en todos los hoteles, trabajar en las ciudades, responder a las solicitudes, conocer los oficios, coger los empleos, vivir en todas las pensiones, dormir en todas las camas. Una cama no es suficiente, un empleo no es suficiente, una vida no es suficiente. Por la noche, con la mente nadando en deseos, camina solo en silencio.

Sin empleo, sin mujer, sin casa, sin ciudad.

Sólo los oídos ocupados en captar el habla no están solos; los oídos están en tensión, estrechamente unidos por zarcillos de frases hechas, el giro de una broma, el estribillo apagado de una historia, la cadencia de una frase; uniendo zarcillos de habla entretejidos a través de las manzanas de la ciudad, cubriendo el pavimento, creciendo

a lo largo de amplias avenidas ajardinadas, acelerándose con los camiones que en su carrera nocturna desbordan con su rugido las autopistas, susurrando por caminos arenosos más allá de cochambrosas granjas, uniendo ciudades y estaciones de servicio, depósitos de locomotoras, buques de vapor, aeroplanos surcando líneas aéreas; palabras llamando en montes de pasto, deslizándose lentamente por ríos que se ensanchan hacia el mar y las sosegadas playas.

No es en las largas caminatas entre el atropellado gentío nocturno cuando está menos solo, o en el campo de entrenamiento en Allentown, o durante el día en los muelles de Seattle, o en el hueco vapor de Washington durante las cálidas noches veraniegas de su juventud, o en la comida de Market Street, o nadando a la altura de las piedras rojas de San Diego, o en la cama llena de pulgas en Nueva Orleans, o en el frío y acerado viento del lago, o en los rostros grisáceos estremeciéndose al afilar las herramientas en la calle bajo Michigan Avenue, o en el coche de fumadores de selectos trenes expresos, o caminando campo a través, o escalando los secos cañones en las montañas, o durante la noche sin saco de dormir en medio de las heladas huellas de oso en Yellowstone, o remando en canoa los domingos en el Quinmpiac; sino en las palabras de su madre hablándole de hacemuchotempo, en las palabras de su padre hablándole de cuandoyoerachico, en los relatos infantiles de sus tíos, en las mentiras de chiquillos contadas en la escuela, el cuento del niño perdido, los chismes que los soldados de infantería cuentan después del toque de silencio; fue el habla que se adhirió al oído, el vínculo que hormiguea en la sangre; USA es la tajada de un continente, USA es un grupo de holdings empresariales, el conjunto de algunos sindicatos, un paquete de leyes encuadradas en piel, un canal de radio, una cadena de cines, un repertorio de citas borradas y reescritas por un chico de la Western Union en una pizarra, una biblioteca pública repleta de periódicos viejos y manoseados libros de historia con protestas garabateadas a lápiz en los márgenes. USA es el mayor valle orlado de montañas y colinas del mundo, USA es una colección de oficiales bocazas con demasiadas cuentas bancarias. USA es un montón de hombres aburridos en sus uniformes en el cementerio de Arlington. USA son las letras al final de una dirección cuando estás lejos de casa. Pero sobre todo USA es el habla de un pueblo.

PARALELO 42

ESTAS tormentas han constituido un tema permanente de atención para todas las investigaciones meteorológicas americanas, y las hipótesis relacionadas con sus leyes han sido fuente de una labor constante. Algunas de esas hipótesis, en particular las vinculadas a la manifestación exterior y los rasgos generales, pueden considerarse de muy feliz elaboración. Los fenómenos corrientes se producen con tanta frecuencia e intensidad que las condiciones no pueden resultar extrañas ni siquiera al observador más inexperto.

Digamos, en resumen, que las mencionadas tormentas evolucionan sobre tres trayectos o recorridos, desde las Montañas Rocosas al océano Atlántico, y que su punto neurálgico corresponde aproximadamente al paralelo 42 de latitud norte; todo fenómeno de allí emanado se dirige hacia el Este a una velocidad no inferior a los treinta kilómetros por hora, que es de cuarenta y cinco o sesenta en invierno o bien cuando soplan vientos fuertes del Oeste.

E. W. HODGINS
Climatología americana

NOTICIARIO I

Era una raza de hombres libres

La que atacaba la colina

Donde los insurrectos

Luchaban hasta morir

FIN DE SIGLO EN LA CAPITAL

En su uniforme brillante y montado sobre su brioso corcel, el general Miles era el centro de todas las miradas, más aún porque el caballo estaba muy nervioso. En el preciso instante en que la banda pasaba frente al general, el animal se elevó sobre sus patas traseras hasta erguirse casi por completo. En un esfuerzo por controlado, el general tiró de las riendas y le clavó las espuelas pero, ante el horror de los espectadores, el animal cayó hacia atrás con su cuerpo sobre el del general. Para gran alivio de los presentes el general Miles no sufrió herida alguna, si bien una considerable porción del flanco del caballo quedó en carne viva. Puede decirse que el abrigo del general quedó cubierto de polvo hasta el último milímetro, al tiempo que se le observaba un agujero de una pulgada de diámetro entre las dos hombreras. Sin esperar que fueran a cepillarle el uniforme, el general Miles volvió a montar y siguió presenciando el desfile como si se hubiese tratado de un accidente cotidiano.

Como es lógico, el incidente concitó la atención de la muchedumbre, la cual reparó entonces en el hecho de que el general siempre se descubre cuando una bandera pasa frente a él y así permanece hasta que la insignia se aleja

Y el bravo capitán de la Compañía B

Iba al frente de sus hombres

Y por ser soldado de veras

A las balas no temía

LOS FUNCIONARIOS NO SABEN NADA DE VICIOS

Administradores de una empresa hidráulica desvían el río Chicago hacia un canal

de drenaje EL LAGO MICHIGAN SE DA LA MANO CON EL PADRE DE LAS AGUAS German zuchterverein concurso de canto para canarios La batalla por el bimetalmismo en proporción de 16 a 1 aún no se ha perdido, afirma Bryan

DERROTA INGLESA EN MAFEKING

Porque muchos hombres han sido asesinados en Luzón

RECLAMA LAS ISLAS PARA SIEMPRE

El ex congresista Posey, de Indiana, pronuncia un discurso en el Hamilton Club

EL BULLICIO SALUDA AL NUEVO SIGLO
LOS TRABAJADORES SALUDAN AL NUEVO SIGLO
LAS IGLESIAS SALUDAN AL NUEVO SIGLO

Mientras comienza un nuevo año, el señor Mc Kinley se encierra a trabajar en su oficina.

LA NACIÓN ENTERA SALUDA EL AMANECER DE UN NUEVO SIGLO

En un brindis propuesto durante el banquete realizado por el Club Columbia de Indianápolis, Indiana, el ex presidente Benjamin Harrison dijo entre otras cosas: «Ni aquí ni en ningún sitio puedo desplegar argumentos en contra de la expansión territorial; pero no pienso, como piensan muchos, que la expansión territorial sea el sendero más seguro y satisfactorio para lograr el desarrollo de nuestra nación. Gracias a las ventajas derivadas de la abundancia de carbón y hierro baratos, de una tremenda superproducción de alimentos y de la imaginación y la economía aplicadas al quehacer empresarial, nos hemos puesto a la cabeza de las más auténticas y poderosas naciones colonizadoras».

Chicas de sociedad aterradas tras bailar con detectives

Porque muchos hombres han sido asesinados en Luzón y en Mindanao

CORISTAS MALTRATADAS EN NUEVA JERSEY
Una de las litografías de la primera actriz la presentaba sentada sobre una

estufa incandescente, con menos ropa encima que un traje de baño de Atlantic City; en una mano sostenía un vaso lleno de vino y en la otra un par de enormes langostas cubiertas de cintas.

Porque muchos hombres han sido asesinados en Luzón y en Mindanao y en Samar

En su intervención durante el brindis «Siglo veinte», el senador Albert J. Beveridge dijo entre otras cosas: El siglo veinte será el siglo americano. Los americanos han decidido dominarlo. El progreso americano le otorgará su color y sus objetivos. Las hazañas americanas lo harán memorable.

La civilización no se olvidará jamás de Shanghai. La civilización jamás abandonará Hong Kong. Ya nunca las puertas de Pekín volverán a cerrarse a los métodos del hombre moderno. Ha comenzado la regeneración física y moral del mundo, y las revoluciones nunca dan un paso atrás.

Más de un hombre bueno asesinado en Filipinas
Reposa en una tumba solitaria.

EL OJO DE LA CÁMARA (1)

CUANDO se camina por la calle se debe tener cuidado con los guijarros para no aplastar las brillantes, ansiosas briznas de hierba es más fácil si le das la mano a Madre y te cuelgas de ella de ese modo se pueden apartar los pies a tiempo pero cuando se camina deprisa hay que vérselas con una cantidad enorme de briznas las pobres lenguas verdes se encogen heridas bajo las suelas quizá sea por eso que tanta gente enojada nos sigue agitando los puños están tirando piedras gente mayor tirando piedras Ella camina más rápido empezamos a correr sus dedos afilados cortan las pobres hierbitas pisoteadas bajo los bordes ondulantes de su vestido de tela marrón Englander una piedrita tintinea entre los guijarros

Rápido querido rápido la tienda de postales está tranquila y la gente furiosa de afuera no puede entrar non nein nicht englander amerikanisch americain Hoch Amerika Vive L'Amerique Se ríe Caray me habían asustado de verdad

guerra en el veldt Kruguer Bloemfontein Ladysmith y la Reina Victoria y la vieja del gorro en punta con encajes mandó chocolates para los soldados en Navidad

bajo el mostrador está oscuro y la señora la simpática señora holandesa que quiere a los americanos y tiene parientes en Trenton te enseña postales que brillan con la oscuridad de los bonitos hoteles y palacios O que c'est beau schon linde linde y la luz de la luna susurra bajo un puente y los pequeños reverberes son ligeros en la oscuridad bajo el mostrador y en las ventanitas de los hoteles alrededor del puerto que c'est beau la lune

y la gran luna

MAC

CUANDO desde las fábricas plateadas el viento soplaba a través del río sobre la gris casa de madera para cuatro donde Fainy Mc Creary había nacido, esparcía hasta la noche un hedor a jabón de grasa de ballena. Otras veces olía a col y a bebés y a palanganas de mistress Mc Creary. Fainy nunca podía jugar en casa porque Papá, un hombre cojo y esmirriado con un ralo bigote rubiogrís, trabajaba de sereno en la Chadwick y dormía todo el día. A eso de las cinco un hilo rizado de humo de pipa empezaba a escaparse de la habitación delantera hacia la cocina. Ésa era la señal de que Papá se había levantado de buen humor y pronto tendría ganas de comer.

Entonces era cuando a Fainy lo enviaban corriendo a una de las dos esquinas de la corta calle embarrada de idénticas casas de madera en donde vivían.

A la derecha había media calle hasta lo de Finley, donde en el bar, entre un bosque de pantalones enfangados, tenía que esperar que todas las bocas pendencieras de los grandullones terminaran de atestarse de whiskis y cervezas. Entonces volvía a casa caminando con mucho cuidado, el asa del cubo lleno de agua jabonosa cortándole la mano.

A la izquierda había media calle hasta la Variada Tienda de Maginni, Productos Nacionales e Importados. A Fainy le gustaba la amarillenta propaganda de Crema de Trigo que había en el escaparate, la caja de vidrio con distintas clases de salami, los cajones de coles y patatas, el perfume marrón de azúcar, aserrín, jengibre, arenque ahumado, jamón, vinagre, pan, pimienta, tocino.

—Una barra de pan, por favor, señor, media libra de mantequilla y una caja de galletas de jengibre.

Algunas tardes, cuando Mamá se sentía mal, Fainy tenía que ir más lejos; doblar la esquina de lo de Maginni, bajar por Riverside Avenue, por donde pasaba el trolebús y cruzar el puente sobre el río angosto que en invierno fluía negro entre orillas nevadas filosas de hielo, en primavera amarillo y espumoso, y en verano marrón y cubierto de aceite. Al otro lado del río, en la esquina de Riverside y Main donde estaba la farmacia, vivían los bohemios y los polacos. Sus hijos siempre se estaban peleando con los de los Murphy, los O'Hara y los O'Flannagan que vivían en Orchard Street.

Fainy caminaba con las rodillas temblando, el frasco del remedio bien envuelto en papel blanco y apretado en la mano con el mitón. En la esquina de Quince tenía que pasar por delante de un grupo de muchachos. No era tan terrible; sabía que al encontrarse a veinte metros de ellos le zumbaría cerca de la oreja la primera bola de nieve. No podía retroceder. Si se echaba a correr lo cazarian. Si dejaba caer el frasco, cuando llegara a casa le darían una paliza. Alguna de las bolas blandas le daba en la

nuca y la nieve empezaba a resbalársele por el cuello. Cuando estuviera a cincuenta metros del puente correría el riesgo y se echaría a correr.

—Gato muerto de miedo... Irlandés miserable Murphy patizambo... Ahí va corriendo a contarle al policía... —aullaban los chicos polacos y bohemios entre proyectiles de nieve. Endurecían las bolas mojándolas con agua y dejándolas congelarse toda la noche; si le daban con una lo hacían sangrar.

El patio trasero era el único lugar en donde realmente podía jugar tranquilo. Había vallas vencidas, cubos de basura abollados, ollas y sartenes viejas demasiado arruinadas como para reparadas, un gallinero vacío con el suelo todavía salpicado de plumas y excrementos, pasto para los cerdos en verano, barro en invierno; pero la gloria del patio trasero de los McCreary era la conejera de Tony Harriman, en donde éste criaba liebres belgas. Tony Harriman era tísico y vivía con su madre en la planta baja izquierda. Hubiera querido criar toda clase de animales, nutrias, mapaches, hasta zorros plateados: de esa manera se haría rico. El día que murió nadie logró encontrar la llave del gran candado que cerraba la puerta de la conejera. Fainy alimentó a las liebres durante varios días metiendo col y hojas de lechuga por entre la doble red de alambre. Después vino una semana de lluvia y aguanieve y no salió a jugar al patio. El primer día que pudo salir a mirar había muerto una de las liebres. Fainy se puso lívido; intentó convencerse de que el animal estaba dormido, pero el hecho era que ya no se despertaría nunca; las otras estaban acurrucadas en un rincón mirando alrededor con los hocicos fruncidos, las largas orejas expuestas echadas hacia atrás sobre los lomos. Pobres liebres. Fainy tuvo ganas de llorar. Subió corriendo los escalones hasta la cocina de su madre, pasó por debajo de la tabla de planchar y sacó el martillo de uno de los cajones de la mesa. La primera vez se martilló un dedo, pero al segundo intento rompió el candado. Dentro de la jaula había un olor ácido y gracioso. Fainy agarró la liebre muerta por las orejas. Se le estaba empezando a hinchar la suave panza blanca y tenía un ojo abierto de terror. De pronto algo se apoderó de Fainy y le hizo tirar la liebre en el cubo de basura que había más cerca y echarse a correr escaleras arriba. Temblando de frío, se asomó sigilosamente al porche trasero y miró hacia abajo. Observó a las otras liebres conteniendo la respiración. Se estaban acercando a la puerta abierta con saltitos cautelosos. Había una que ya estaba en el patio. Se sentó en las piernas posteriores, las orejas súbitamente rígidas. Mamá le pidió que le alcanzara una plancha que estaba sobre el horno. Cuando volvió al porche habían desaparecido todas las liebres.

Ese invierno hubo una huelga en la Chadwick y Papá perdió su trabajo. Se pasaba el día sentado en la habitación delantera, fumando y maldiciendo:

—Hombres sanos, Jesús, podría hacer pedazos a cualquiera de esos condenados polacos con mi muleta atada a la espalda... Se lo dije a míster Barry; no voy a apoyar ninguna huelga. Mire, míster Barry, un tipo tranquilo, casi inválido, sensible, con

esposa e hijos que mantener. Ocho años trabajando de sereno y ahora usted me deja en la calle para contratar a una pandilla de facinerosos de una agencia de detectives. Sucio hijo de puta.

—Si no se hubieran metido esos malditos extranjeros podridos... —respondía alguien para calmarlo.

La huelga no tuvo mucho éxito en Orchard Street. Mamá tuvo que trabajar más y más, llenar más y más palanganas de ropa, y Fainy y su hermana mayor, Milly, debieron empezar a ayudarla al volver del colegio. Y entonces un día Mamá enfermó y tuvo que quedarse en la cama en vez de ponerse a planchar, el pálido, redondo rostro arrugado más blanco que la almohada y las manos ajadas por el agua anudadas bajo el mentón. Vinieron el doctor del barrio y una enfermera, y las tres habitaciones de la casa se llenaron de un olor a médicos, enfermeras y medicinas, y el único sitio que a Fainy y Milly les quedó para sentarse fue la escalera. Allí lloraban en silencio los dos juntos. Después la cara de Mamá sobre la almohada empequeñeció y se arrugó como un pañuelo muy usado y dijeron que había muerto y se la llevaron.

Del entierro se ocupó la funeraria que había una manzana más allá, en Riverside Avenue. Fainy se sintió importante y orgulloso porque todo el mundo lo besaba y le daba palmaditas en la espalda y le decía que se estaba portando como un hombrecito. Tenía puesto un traje negro nuevo como los de los mayores, con bolsillos y todo, salvo que los pantalones eran cortos. En la funeraria había un montón de gente que nunca había visto de cerca: míster Russell, el carnicero, y el padre O'Donnell y el tío Tim O'Hara que había venido desde Chicago y olía a whisky y cerveza como los del Finley. El tío Tim era un hombre flaco de nudosa cara roja y brumosos ojos azules. Usaba una corbata negra de seda que a Fainy lo tenía preocupado y se pasaba el tiempo inclinándose de golpe, doblado por la cintura, para acercarse como un navajero a murmurar cosas al oído de Fainy con su voz espesa.

—No les hagas caso, viejo, son un racimo de vagos e hipócritas, la mayoría borrachos hasta las orejas. Fíjate en el padre O'Donnell, ese gordo que está calculando los gastos del funeral. Pero no les hagas caso, recuerda que por parte de tu madre eres un O'Hara. Yo no les hago caso, viejo, y eso que era mi propia hermana, mi carne y mi sangre.

Cuando regresaron a casa se moría de sueño y tenía los pies fríos y húmedos. Nadie se ocupó de él. Se sentó en el borde de la cama, a oscuras y lloriqueando. De la habitación de delante le llegaban voces y un sonido de cuchillos y tenedores, pero no se atrevió a entrar. Se apretó contra la pared y se quedó dormido. Lo despertó una luz en los ojos. El tío Tim y Papá estaban de pie al lado de la cama, hablando en voz alta. Teman un aspecto gracioso y no parecían demasiado sobrios. El tío Tim sostenía la lámpara.

—Bien, Fainy, viejo —dijo el tío Tim haciendo oscilar la lámpara peligrosamente sobre la cabeza del chico—. Fenian O'Hara Mc Creary, siéntate y presta atención y dinos qué piensas de nuestro proyecto de trasladarnos a la grande y pujante ciudad de

Chicago. Si quieres saber mi opinión, Middletown es un lugar de mierda... Sin ofender, John. Pero Chicago... Jesús, hombre, cuando llegues allí te parecerá que todos estos años has estado encerrado en un ataúd.

Fainy se asustó. Subió las rodillas hasta el mentón y miró las dos siluetas que se bamboleaban a la luz de la lámpara oscilante. Trató de hablar, pero las palabras se le secaron en los labios.

—Por mucho que cotorrees, Tim, el chico está dormido... Fainy, desvístete, métete en la cama y duerme bien. Mañana partiremos.

Y partieron bien avanzada la mañana siguiente, sin haber desayunado, con un barril abultado sujeto con una cuerda y en precario equilibrio sobre el techo del coche que a Fainy le habían mandado a buscar a la caballeriza de Hodgeson. Milly lloraba. Papá no abría la boca: se dedicaba a chupar una pipa consumida. El tío Tim se ocupaba de todo, haciendo sin cesar chistes que a nadie le hacían gracia, sacando un fajo de billetes del bolsillo en cada bocacalle o hurtando largos tragos ruidosos de la botella que llevaba. Milly no paraba de llorar. Fainy contemplaba con ojos secos las calles familiares, de pronto extrañas y desproporcionadas, que se extendían al paso del coche; el puente rojo, las casas mugrientas donde vivían los polacos, la farmacia de Smith and Smith en la esquina... Billy Hogan acababa de salir con un paquete de goma de mascar en la mano. Otra vez iba a burlarse de él. Fainy tuvo ganas de gritarle, pero algo lo dejó helado... La calle principal con sus álamos y sus tranvías, las tiendas frente a la esquina de la iglesia, el cuartel de bomberos. Fainy contempló por última vez la gruta oscura al fondo de la cual brillaban, ostentosas, las curvas de bronce y cobre de la autobomba, y después los carteles al frente de la primera iglesia congregacional, la iglesia bautista carmelita, la iglesia episcopal San Andrés construida con ladrillos y mirando de costado, no como las demás, cuyas fachadas severas daban directamente a la calle, por último los tres ciervos de bronce sobre la hierba delante de la Cámara de Comercio, y las residencias, cada una con su parque privado, su complicada galería y sus hortensias. Después las casas se volvieron pequeñas y la hierba se perdió de vista; el coche pasó dando tumbos frente al Almacén Simpson de Cereales y Alimentos, frente a una hilera de peluquerías, bares y casas de comidas, y por fin se bajaron en la estación.

En el bar de la estación el tío Tim pagó el desayuno para todo el mundo. Secó las lágrimas de Milly y le sonó la nariz a Fainy con un gran pañuelo flamante que todavía tenía la etiqueta en una punta, y los puso a trabajar en el café y los huevos con tocino. Era la primera vez que a Fainy le daban café, de modo que la idea de sentarse como un hombre a beberlo lo alegró mucho. Milly no bebió el suyo, dijo que era amargo. Los dejaron un rato en el bar, solos con los platos y las tazas vacías bajo los ojos brillosos de una mujer de cuello largo y afilada cara de gallina que los miraba con desaprobación tras el mostrador. Entonces, en medio de un enorme estrépito atronador el tren entró jadeando a la estación. Los empujaron y arrastraron por el andén hasta un vagón que apestaba a humo de pipa y, antes de que lograran darse

cuenta, el tren se puso en movimiento y el bermejo paisaje invernal de Connecticut desfiló traqueteando ante sus ojos.

EL OJO DE LA CÁMARA (2)

TAMBALEÁNDONOS como en un barco nos damos prisa en el coche rancio de olor a ganado Él seguía diciendo Pero Lucy ¿qué harías si tuviera que invitar a uno de ellos a mi mesa? Son gente encantadora Lucy los negros y Él guardaba clavos de olor en una cajita de plata y su aliento olía a whisky de centeno y tenía prisa por alcanzar el tren que iba a Nueva York.

y Ella decía Oh cariño espero que no lleguemos tarde y Scott estaba esperando con los billetes y tuvimos que correr por el andén de la estación de la calle Siete y seguían cayéndose cañoncitos de la valija Olympia y todo el mundo se paraba a recogerlos y el conductor Vamos señora suba señora rápido

eran pequeños cañones de bronce y brillaban bajo el sol en el andén de la estación de la calle Siete y Scott nos ayudó a subir a todos y el tren empezó a moverse y sonaba la campana de la locomotora y Scott te puso en la mano un puñado de minúsculos cañones de bronce la mano apenas grande como para sostener el pistolón de menor tamaño en la batalla de la Bahía de Manila y dijo Aquí está la artillería Jack

y en el vestíbulo Él seguía insistiendo Así es Lucy si el bien de la humanidad lo demandara yo iría al frente y me matarían el día menos pensado tú también Jack ¿verdad? ¿y usted no mozo? Él traía una botella de apollinaris en la maleta marrón donde estaban los pañuelos de seda con iniciales que siempre oían a bay rum

y cuando llegamos a Havre de Grace Él dijo Lucy ¿recuerdas que antes de que construyeron el puente solíamos cruzar el Susquehanna con el ferry? y también el Gunpowder Creek

MAC

COLINAS rojizas, retazos de bosques, granjas, vacas, un portillo colorado hundiendo los cascós en la hierba, vallados, pantanos.

—Bueno, Tim, me siento como un perro apaleado... Toda mi vida he intentado hacer lo correcto, Tim —seguía repitiendo Papá con una voz golpeteante—. Y ahora, ¿qué van a decir de mí?

—Jesús, hombre, no te quedaba otra cosa que hacer, ¿no? ¿Qué diablos vas a hacer si no tienes dinero y no tienes trabajo y te anda persiguiendo un montón de médicos y propietarios y porteros con facturas y tú con dos hijos que mantener?

—Pero yo he sido un hombre sereno y respetable, tenaz y con mala suerte desde el momento en que me casé y decidí sentar cabeza. ¿Y qué van a pensar de mí, ahora que me escapo como un perro apaleado?

—John, sabes perfectamente que yo sería el último en pretender deshonrar la memoria de una mujer que era mi propia hermana, mi carne y mi sangre... Pero no es culpa tuya ni mía... La culpa es de la pobreza, y la pobreza existe por culpa del sistema... Fenian, escucha un minuto a Tim O'Hara, y tú también, Milly, porque una muchacha debe saber estas cosas tan bien como un hombre y porque por una vez en su vida Tim O'Hara está diciendo la verdad... La culpa es del sistema, que no le da a cada hombre el fruto de su trabajo... Los únicos que consiguen sacarle algo al capitalismo son los estafadores, y éhos se hacen millonarios de la noche a la mañana... Pero los trabajadores honestos como John o como yo podemos trabajar cien años y no dejar ni un céntimo para pagarnos un entierro decente.

Espirales de humo se suspendían frente a la ventana descubriendo entre los pliegues árboles y postes telegráficos y casitas cuadradas de techo inclinado y pueblos y trolebuses, y largas hileras de calesas con caballos resollantes.

—Y quién se queda con el fruto de nuestro trabajo, eh, los malditos empresarios, los agentes, los intermediarios que nunca movieron un dedo en su vida.

Los ojos de Fainy están siguiendo la comba y el ascenso de los cables de telégrafo.

—Es cierto, Chicago no es ningún paraíso, te lo puedo jurar, John, pero al menos hoy en día es un mercado mejor que el Este para los músculos y el cerebro de un trabajador... ¿y por qué? ¿Me has preguntado por qué? Oferta y demanda, en Chicago necesitan obreros.

—Tim, te digo que me siento como un perro apaleado.

—Es el sistema, John, el maldito sistema asqueroso.

Una gran agitación en el vagón despertó a Fainy. Milly estaba llorando otra vez. Fainy no sabía dónde estaba. Era de noche.

—Bien, caballeros —dijo el tío Tim—, estamos llegando a la vieja Nueva York.

En la estación era de día; lo cual sorprendió a Fainy, que pensaba que ya había oscurecido. Lo dejaron un largo rato con Milly en la sala de espera, sentados en una maleta. La sala de espera era muy grande, llena de gente desconocida y amenazadora como gente de libros de cuentos. Milly seguía llorando.

—Eh, Milly, si no paras te daré un sopapo.

—¿Por qué? —gimoteó Milly, y se puso a llorar aún más fuerte.

Fainy se fue a parar lo más lejos posible de ella para que la gente no se diera cuenta de que estaban juntos. Cuando ya estaba por llorar él también, aparecieron Papá y el tío *Tim* y se los llevaron al restaurante a ellos dos y a la maleta. Tenían un fuerte aliento a whisky y los ojos muy brillantes. Se sentaron a una mesa con mantel blanco y un simpático negro de chaqueta blanca les dio un cartón enorme lleno de letras.

—Comamos un buen almuerzo —dijo el tío Tim—, así sea lo último que hagamos en esta tierra.

—Gastemos, qué joder —dijo Papá—. La culpa es del sistema.

—Al diablo el Papa —dijo el Tío Tim—. Todavía haremos de ti un socialdemócrata.

A Fainy le dieron ostras fritas y pollo y helado y pastel, y cuando tuvieron que correr hasta el tren sintió una punzada terrible en el costado. Subieron a un vagón que olía a gas de hulla y sobacos. «¿Cuándo nos iremos a la cama?», empezó a lloriquear Milly. «No iremos a la cama», dijo el tío Tim sin darle importancia; «vamos a dormir aquí como ratoncitos... Como ratoncitos sobre un queso». «No me gustan los ratones», aulló Milly con una nueva oleada de lágrimas, mientras el tren arrancaba.

A Fainy le ardían los ojos; tenía en los oídos el estrépito incesante, el martille o en los cruces, el rugido súbito sobre los puentes.

Estaban en un túnel; todo el camino hasta Chicago era un túnel. Enfrente de él las caras de Papá y el tío Tim se veían coloradas y gruñonas, no le gustaban nada, y la luz estaba llena de humo y no se quedaba quieta y fuera no había otra cosa que el túnel y le dolían los ojos y las ruedas y los rieles le bramaban en los oídos y se quedó dormido.

Cuando se despertó estaban en una ciudad y el tren iba justo por la calle principal. Era una mañana de sol. Vio gente que iba al trabajo y a las tiendas, calesas y tilburis junto a la acera, chicos vendiendo periódicos, indios de madera a la puerta de las tabaquerías. Al principio creyó que estaba soñando, pero después se acordó y decidió que debía de ser Chicago. Papá y el tío Tim dormían en su asiento. Tenían las bocas abiertas y las caras manchadas y no le gustaba su aspecto. Milly estaba toda acurrucada bajo un chal de lana. El tren empezó a frenar, llegaban a una estación. Si era Chicago tendrían que bajarse. En ese momento pasó el conductor, un viejo que se parecía un poco al padre O'Donnell.

—Por favor, señor, ¿esto es Chicago?

—Para Chicago todavía falta mucho, hijo —dijo el conductor sin sonreír—. Esto es Syracuse.

Y se despertaron todos, y durante horas y horas siguieron pasando postes de telégrafo, y ciudades, casas de madera, fábricas de ladrillos con hileras e hileras de ventanas fulgurantes, vertederos, cobertizos, campos arados, pastizales, y vacas, y Milly se mareó y a Fainy le pareció que se le quebrarían las rodillas de estar tanto tiempo sentado; en algunos lugares nevaba y en otros había sol, y Milly se puso peor y hubo un leve olor a vómito y anocheció y todos durmieron; y otra vez la luz y las casas de madera y las fábricas volvieron a dibujarse, apretadas entre almacenes y elevadores, y las vías pasaban más rápido de lo que se podía ver y llegaron a Chicago.

Pero hacía tanto frío y el viento arrojaba el polvo contra la cara con tanta fuerza y tenía los ojos tan pegoteados de polvo y cansancio que no pudo mirar nada. Después de esperar un buen rato, Milly y Fainy, abrazados en medio del frío, subieron a un tranvía y viajaron y viajaron. Estaban tan dormidos que jamás supieron exactamente dónde se había acabado el tren y comenzado el tranvía. Excitada, la voz del tío Tim no paraba de hablar con orgullo, Chicago, Chicago, Chicago. Papá estaba sentado con la mandíbula apoyada. «Tim, me siento como un perro apaleado».

Fainy vivió en Chicago diez años.

Primero fue al colegio y los sábados por la tarde jugó a béisbol en los descampados, pero después vino el último curso y todos los chicos cantaron *Mí país te pertenece* y se terminó la escuela y tuvo que ir a trabajar. Para entonces el tío Tim ya tenía su propia imprenta en una esquina polvorienta de North Clark, en los bajos de un viejo y agrietado edificio de ladrillos. Sólo ocupaba una parte insignificante del edificio, que por lo demás se empleaba como depósito y era famoso por sus ratas. La imprenta tenía una sola ventana de vidrio plano que resplandecía de doradas viejas letras inglesas: TIMOTHY O'HARA, IMPRESOR.

—Ahora, Fainy, viejo amigo —dijo el tío Tim—, tendrás la oportunidad de aprender el oficio desde abajo. —Así que hizo recados, entregó paquetes de circulares, octavillas, carteles, se colgó de los trolebuses pasando por debajo de caballos de tiro rezumantes de espuma y holgazaneó en los vagones de carga. Cuando no había recados barría bajo las prensas, limpiaba los tipos, vaciaba el cesto de los papeles o, en las horas de más trabajo, corría hasta la esquina a buscar café y sándwiches para el tipógrafo o una botellita de burbon para el tío Tim.

Papá deambuló algunos años más con su muleta, siempre buscando trabajo. Por las tardes fumaba su pipa y maldecía su suerte en el patio trasero de la casa del tío Tim y a veces amenazaba con volver a Middletown. Entonces un día enfermó de neumonía y murió silenciosamente en el hospital del Sagrado Corazón. Fue más o menos por la misma época en que el tío Tim compró una linotipia.

Estaba tan excitado que durante tres días no bebió ni un trago. Los cimientos estaban tan podridos que tuvieron que construir para la máquina una base de ladrillos

desde el sótano. «Y bueno, cuando compremos otra haremos cubrir todo de hormigón», le decía el tío Tim a todo el mundo. Durante un día entero no se trabajó. Todos daban vueltas contemplando la imponente máquina negra e intrincada que se alzaba como un órgano de iglesia. Cuando la máquina estaba en marcha y la imprenta era invadida por el olor caliente del metal fundido, todos los ojos seguían el brazo tembloroso y apremiante que avanzaba y retrocedía por sobre el teclado. Cuando le entregaron por primera vez los tibios lingotes brillantes con los textos, el viejo cajista alemán a quien por alguna razón llamaban Mike se subió los anteojos y lloró: «Cincuenta y cinco años trabajando en esto y ahora tendré que cargar cubos para ganarme la vida».

Lo primero que el tío Tim imprimió en la máquina nueva fue la frase: Proletarios de todos los países, uníos; no tenéis nada que perder más que vuestras cadenas.

Cuando Fainy tenía diecisiete años, en la época en que al regresar del trabajo veía las luces de la ciudad reverberar sobre el áspero cielo translúcido del Oeste y empezaba a interesarse por las faldas y los tobillos y la ropa interior de las muchachas, hubo en Chicago una huelga de artes gráficas. El local de Tim O'Hara siempre había estado al servicio de los sindicatos y hacía para ellos todos los trabajos a precio de costo. Tim había llegado incluso a escribir una octavilla, con la firma de «Un Ciudadano» y bajo el título de «Una Protesta Sincera», que una tarde se le había permitido componer a Fainy en la linotipia después de que el operario se marchara. Una frase le quedó fija en la memoria y siguió repitiéndola esa noche hasta que se durmió: *Es hora de que todos los hombres honestos se agrupen para resistir a la voracidad de los privilegiados.*

El día siguiente era domingo y Fainy fue a Michigan Avenue con un paquete de octavillas para repartir. Era un día de primavera prematura. Por encima del agrietado hielo amarillento del lago soplaban brisas que traían un inesperado aroma de flores. Las muchachas estaban terriblemente bonitas y las faldas les ondeaban al viento y Fainy sintió que la sangre primaveral se le enardecía dentro del cuerpo; sintió deseos de besar y rodar por la tierra y escalar los montículos de nieve y pronunciar discursos desde la punta de los postes de teléfono y pasar por encima de los trolebuses; pero en lugar de eso repartió panfletos, avergonzado de sus pantalones raídos y deseó poseer un traje elegante y una chica hermosa con la cual pasear del brazo.

—Eh, muchacho, ¿quién te ha dado permiso para repartir octavillas? —lo que silbaba en sus oídos era la voz de un policía. Fainy miró al poli por encima del hombro, tiró al suelo las octavillas y se echó a correr. Pasó por entre las ruedas de los brillantes carroajes negros, huyó por una calle lateral y caminó y caminó y no volvió la mirada hasta que logró atravesar un puente justo antes de que cerraran el paso. De todos modos el poli no lo había seguido.

Esa noche, durante la cena, su tío le preguntó por las octavillas.

—Las repartí todas en la orilla del lago... Un policía me quiso hacer parar, pero le dije que se largara y me dejara tranquilo. —Fainy se puso al rojo vivo cuando todo el

mando en la mesa estalló en una risotada. Se llenó la boca de puré de patatas y no dijo una sola palabra más. Su tía, su tío y las tres hijas no podían parar de reírse.

—Bueno, menos mal que corriste más rápido que el policía —dijo el tío Tim—, porque si no hubiera tenido que sacarte de la comisaría y eso cuesta dinero.

Temprano a la mañana siguiente Fainy estaba barriendo la oficina cuando un tipo con la cara como un bistec crudo subió la escalera del frente. Fumaba un cigarrillo delgado de una clase que Fainy no había visto nunca. Golpeó la puerta de vidrio.

—Quiero hablar con míster O'Hara, Timothy O'Hara.

—No está, llegará dentro de un momento, señor. ¿Quiere esperarlo?

—Puedes apostar a que esperaré. —El hombre se sentó en el borde de una silla y escupió después de haberse sacado de la boca la punta masticada del cigarro y haberla contemplado meditativamente largo rato.

Cuando Tim O'Hara llegó, la puerta de la oficina se cerró con violencia.

Nervioso, Fainy se puso a dar vueltas, con miedo de que el hombre fuese un detective que estaba siguiendo el asunto de las octavillas. Las voces subían y bajaban de tono, la del desconocido en breves frases cortantes, la de O'Hara en largos párrafos explicativos; de vez en cuando Fainy captaba la palabra «hipoteca», hasta que de golpe la puerta se abrió y el extranjero salió con la cara más colorada que antes. Al llegar a la baranda de hierro se dio la vuelta y, sacando del bolsillo otro cigarrillo, lo encendió con la colilla del anterior; soltando las palabras por entre el cigarro y una bocanada de humo azul, dijo: «Míster O'Hara, tiene veinticuatro horas para pensar... Una palabra suya y las medidas quedarán sin efecto de inmediato». Después se alejó por la calle dejando atrás una larga estela de humo rancio.

Un minuto más tarde el tío Tim salió de la oficina con la cara blanca como un papel. «Amigo Fenian, tendrás que buscarte un trabajo. Yo me retiro de los negocios... Cuida esto un rato. Voy a beber un trago». Y estuvo seis días borracho. Hacia el final de ese lapso apareció una buena cantidad de hombres de aspecto sumiso trayendo convocatorias y el tío Tim tuvo que ponerse lo suficientemente sobrio como para ir al juzgado y declararse en quiebra.

Mistress O'Hara se puso furiosa y le gritó: «Tim O'Hara, ¿no te había dicho yo que no sacarías nada bueno de tanto juntarte con todos esos sindicatos ateos socialdemócratas y defensores de los proletarios?; son todos iguales a ti, un O'Hara, una panda de borrachos holgazanes. Por supuesto que ahora los impresores tendrán que reunirse y comprarte las sobras de papel y darte una mano y devolverte el favor, ¿no, Tim O'Hara?, tú y tus condenados borrachos socialistas, ni siquiera os parasteis a pensar en tu pobre esposa y tus hijitos indefensos, ahora nos moriremos de hambre todos juntos, nosotros y estos huérfanos inútiles que has traído a casa».

«Eso no lo voy a aceptar —gritó Milly, la hermana de Fainy—. Me he esclavizado y gastado los dedos hasta el hueso para pagar hasta la última migaja de pan que he comido en esta casa», y se levantó de la mesa y salió violentamente. Fainy permaneció sentado mientras la borrasca tronaba sobre su cabeza; después se levantó,

se metió en el bolsillo un bollo de trigo y se marchó. En la sala encontró la sección de anuncios del *Chicago Tribune*, tomó su gorra y salió a una cruda mañana de domingo repleta de campanas de iglesia que le repicaban en los oídos. Subió a un tranvía y fue al Lincoln Park. Allí estuvo un largo rato sentado en un banco, masticando el bollo y recorriendo las columnas de anuncios: se necesita chico. Pero ninguno parecía demasiado prometedor. De algo estaba seguro: no iba a conseguir otro trabajo en una imprenta hasta que terminara la huelga. Entonces algo le llamó la atención:

Joven intelig. y con ambo se necesita. Necesario posea conocimientos lit. e impreso para dirigir ventas y distrib. Sueldo base 15 \$ semana. Dirigirse por carta Ap. Postal 1256b

La mente de Fainy cobró una repentina lucidez. Inteligente, con ambición y conocimientos literarios, ése soy yo... Claro, aún debo terminar *Mirando hacia atrás*... Pero me gusta leer y puedo manejar una linotipia y dirigir toda una imprenta si me dejan hacerla. Quince pavos por semana... Casi nada, diez dólares más que ahora. Y empezó a escribir la carta en la cabeza:

ESTIMADO SEÑOR (MI MUY ESTIMADO SEÑOR) o quizá CABALLERO:

Me dirijo a Ud. con el fin de proponerme para el puesto ofrecido el domingo pasado en el *Tribune*. Permítame informarle de que tengo diecisiete años, no, diecinueve, entre ellos varios de experiencia en el oficio de la impresión, soy ambicioso y poseo vastos conocimientos y buen gusto en el oficio de la impresión,

no, no puedo decirlo dos veces... Y doy la idea de estar demasiado ansioso por conseguir el trabajo... A medida que avanzaba la cosa se embrollaba más y más.

Se encontró parado junto a un carrito de cacahuetes. Hacía un frío espantoso: un viento afilado como una navaja ululaba sobre el hielo quebrado y los negros manchones de agua del lago. Recortó el anuncio y dejó que el viento se llevara el resto del periódico. Después se compró un cartucho de cacahuetes.

NOTICIARIO II

Vengan a oír
Vengan a oír
Vengan a oír

EN su alocución ante la Cámara Legislativa del Estado de Michigan, el gobernador saliente, Hazen S. Pingree, manifestó: Profetizo que a menos que los que están a cargo de la legislación y detentan el peso de ella en sus manos no cambien el actual sistema de desigualdad, en menos de un cuarto de siglo se producirá en este país nuestro una revolución sangrienta.

CARNEGIE HABLA DE SU EPITAFIO

Alexander's Ragtime Band
Es la mejor
Es la mejor

el almuerzo servido en el laboratorio de física nos deparó las más ingeniosas novedades. Se pudo ver un diminuto horno de fundición de 1,20 m de altura, mientras por el borde de la mesa del banquete circulaba, en un recorrido de 12 m, un tren de vía estrecha. En lugar de metal fundido, el horno vertía en los vagones ponche caliente. Las porciones de helado tenían forma de vías férreas y los panes eran locomotoras.

Tras haber alabado las ventajas de la educación superior en todas las ramas del conocimiento, míster Carnegie llegó a la siguiente conclusión: se ha descubierto que el trabajo manual es la mejor garantía de un buen funcionamiento del cerebro.

VICEPRESIDENTE DESVALIJA UN BANCO

Vengan a oír

Alexander's Ragtime Band
Es la mejor
Es la mejor

el hermano de Jesse James declara que la obra que lo pinta como un bandido asaltante de trenes y proscrito es desalentadora de acuerdo con una investigación realizada por curas de Salt Lake la lucha popular del distrito puede acabar con la poligamia que aún practican los mormones y defienden ciertos clubes femeninos

La mejor banda del país

afirman que las fieras del circo sólo comen carne de caballos de Chicago la venta de terrenos en Indiana marca el fin del boom de la Feria Mundial emplea una bandera como bolsa de desperdicios asesinado en una isla de caníbales cae un cuidador al agua y los lobos marinos lo atacan.

Entonces la lancha se aproximó al globo medio desinflado del aerostato que amenazaba con asfixiar a Santos Dumont en cualquier instante. Tirando de él lograron encaramado a bordo.

El príncipe de Mónaco le pidió que aceptara subir a su yate para secarse y cambiarse de ropa. Santos Dumont se negó a abandonar la lancha hasta que fuera arrastrado a la costa todo lo que podía salvarse; después, empapado pero sonriente y despreocupado, pisó tierra entre las cerradas ovaciones de la multitud.

EL OJO DE LA CÁMARA (3)

O qu'il a des beaux yeux dijo la mujer que estaba sentada enfrente pero Ella dijo que ésa no era forma de dirigirse a los niños y el pequeño tenía calor y se sentía pegajoso pero era la hora del atardecer y la lámpara con forma de medio melón se iba poniendo de un rojo pálido y de repente estuve durmiendo y está negro negro y la boda azul se menea al borde de la sombra oscura con forma de melón y hay sombras curvas puntiagudas por todos lados (la primera vez que vino Él trajo un melón y entraba el sol por las altas cortinas de encaje y cuando lo abrimos el perfume a melón llenó toda la sala) No no comas las semillas queridito traen apendicitis

pero tú espías por la ventana la oscuridad rugiente interrumpida de golpe por chimeneas bajas y te da miedo el humo negro y las llamaradas que relumbran y vuelven a hundirse en las chimeneas Cerámica cariño trabajan toda la noche ¿Quién trabaja allí toda la noche? Obreros y gente así trabajadores travailleurs mecánicos
te dio miedo

pero ahora todo estaba oscuro otra vez la lámpara del tren y el cielo y todo tenían una sombra azul y Ella empezó a contar una historia de

Hacemuchotempo Antesdelaferiamundial Antesdequetúnacieras y fueron a México en un coche privado de la nueva línea internacional y los hombres cazaban antílopes y conejos grandes desde el último vagón del tren burros los llamaban y una vez una noche Hacemuchotempo Antesdelaferiamundial Antesdequetúnacieras tu madre tuvo tanto miedo por culpa de los disparos de escopeta pero todo salió bien no pasó nada sólo le habían disparado a un mecánico algunos escopetazos nada más
fue en las primeras épocas

EL AMIGO DE LA HUMANIDAD

DEBS era un ferroviario nacido en una choza arruinada de Terre Haute. Tenía nueve hermanos.

Su padre había llegado a América en un barco en el 49, y era un alsaciano de Colmar; no le interesaba demasiado hacer dinero, prefería leer y escuchar música, les dio a sus hijos la posibilidad de terminar la escuela pública, y casi nada más pudo hacer por ellos.

A los quince años Gene Debs ya era maquinista del Ferrocarril de Indianápolis a Terre Haute.

Trabajó de fogonero, también en un depósito, se unió a la Hermandad de Fogoneros Ferroviarios de su pueblo, fue elegido secretario, recorrió todo el país como organizador.

Era alto y arrastraba los pies al caminar, poseía una suerte de borrascosa oratoria que enardecía a los obreros del riel en sus locales de madera de pino

y lograba que anhelaran el mundo que anhelaba él,

un mundo compartido por hermanos donde a nadie le faltase nada:

Yo no soy un dirigente obrero. No pretendo que me sigáis a mí ni a ningún otro. Si lo que buscáis es un Moisés que os guíe para escapar de este desierto capitalista podéis quedaras donde estáis. Por más que pudiera hacerla no os llevada a la tierra prometida, porque si lograra llevaros habría otro capaz de hacer que la abandonaraís.

Así hablaba ante guardagujas y cargadores, ante maquinistas y fogoneros y mecánicos, y les decía que no bastaba con organizar a los ferroviarios, que todos los trabajadores debían organizarse en una gran cooperativa obrera única.

Fogonero en largas noches de trabajo, bajo el humo un fuego lo consumía, un fuego hecho de palabras que resonaban en los locales de madera de pino; quería que sus hermanos fueran hombres libres.

Eso fue lo que vio en la muchedumbre que lo recibió en el depósito de Old Wells Street cuando salió de la cárcel después de la huelga de la Pullman,

éso eran los hombres que le habían dado novecientos mil votos en 1912 y aterrorizado con la pesadilla de un presidente socialista a los ricachones de cuello duro, chistera y diamantes de Saratoga Springs, Bar Harbor y Lake Geneva.

¿Pero dónde estaban los hermanos de Gene Debs en 1918, Cuando Woodrow Wilson lo hizo encarcelar en Atlanta por hablar contra la guerra,
dónde estaban esos hombrones amigos del whisky y amigos de sus compañeros,

amables contadores de historias en las barras de los bares del Medio Oeste,
gente tranquila que quería una casa con una galería para pasearse y una esposa
gorda que les cocinara, algunos tragos, cigarrillos, un jardín que cultivar, compinches
para bromear, y querían trabajar para ganárselo y que también trabajaran los demás;
dónde estaban los maquinistas y los mecánicos cuando se lo llevaron a la
Penitenciaría de Atlanta?

Y lo trajeron a morir en Terre Haute,
volvió para mecerse en un sillón de su porche con un cigarrillo en los labios,
junto a las rosas americanas que su esposa había puesto en un florero; y las gentes
de Terre Haute, de Indiana y del Medio Oeste lo apreciaban y lo temían y pensaban
en él como en un viejo tío simpático que las quería, y les gustaba estar con él y
pedirle caramelos, pero le tenían miedo como si hubiese contraído una enfermedad
social, lepra o tal vez sífilis, y pensaban que era una pena,
pero que por el bien de la bandera, la prosperidad
y el futuro de la democracia en el mundo, debían tener miedo de acercársele
o de pensar demasiado en él, no fuera a ser que le creyeran; ya que él decía:
*Mientras exista una clase de hombres pobres yo perteneceré a ella; mientras
existan una clase de delincuentes yo perteneceré a ella; mientras exista una sola alma
encadenada no podré sentirme libre.*

EL OJO DE LA CÁMARA (4)

REGRESÁBAMOS bajo la lluvia en el coche desvencijado mirando los dos rostros bajo la luz temblorosa del coche de cuatro ruedas mientras los grandes baúles de Ella se golpeaban sobre el techo y Él recitaba *Otelo* con voz de abogado:

 Su padre me amaba y solía alentarme
 A que relatara la historia de mi vida
 Año por año; las batallas, asedios y encuentros
 Que he vivido.
 Yo lo recordaba todo, desde los días de infancia
 Hasta el instante en que él me estaba oyendo;
 y repasaba momentos de desastre,
 Accidentes ocurridos en el mar o en tierra firme,
 Cuando por un pelo había escapado al abrazo de la muerte

y bien ése es Schuylkill los cascos del caballo repicaban agudamente en el plano asfalto húmedo dejando atrás los guijarros a través de las vetas grises de la lluvia el río refulge rojizo de barro invernal Cuando yo tenía tu edad Jack me zambullía desde este puente desde la baranda se ve el agua fría donde reverbera la lluvia ¿Te dejabas la ropa puesta? Sólo la camisa

MAC

FAINY estaba parado cerca de la puerta del tren elevado repleto de gente; apoyado contra la espalda del gordo que se aferraba al pasamanos, releyó una carta escrita en papel fino con marca de agua:

Distribuidora literaria
El Buscador de la Verdad
Oficina Central 1104 S. Harnlin Avenue

Chicago, Ill., 14 de abril de 1904
Fenian O'H. Mc Creary 456 N. Wood Street,
Chicago, I11.

ESTIMADO AMIGO:

Tenemos el placer de acusar recibo de su carta del 10 de abril ppdo. Con respecto al asunto que nos ocupa, pensamos que una entrevista personal podría ser de gran utilidad. Si fuera Ud. tan amable de pasar por la dirección arriba indicada el lunes 16 de abril a las 9 h., es nuestra opinión que podríamos resolver por completo lo concerniente a su idoneidad para el puesto al que aspira.

Suyo en la búsqueda de la Verdad,

EMMANUEL R. BINGHAM,

Dr. en Teología

Fainy tenía miedo. El tren llegó a su estación demasiado pronto. Le quedaban quince minutos para caminar dos manzanas. Contemplando los escaparates, alargó los pasos por la calle. En una tienda de taxidermia había un faisán del color del oro embalsamado; más abajo había un gran pez chato y verdoso con una sierra de la cual pendía una etiqueta:

*PEZ ESPADA (*pristes perrotetti*)
Hábitat: aguas del Golfo y de Florida.
Frecuenta los estuarios y bahías deshabitadas*

Tal vez ni siquiera se presentara. Al fondo del escaparate había un lince y en otro

rincón un gato de cola corta, cada uno sobre su correspondiente rama. De pronto contuvo la respiración. Iba a llegar tarde. Retrocedió una manzana a la carrera.

Cuando acabó de subir los cuatro pisos estaba sin resuello y el corazón le hacía más ruido que un motor. Estudió las puertas de vidrio del rellano:

LA UNIVERSAL

F.W Perkins

Seguros

EMPRESA DE NOVEDADES DE LA TEMPESTUOSA

CIUDAD MÁGICA

Dr. Noble

Artículos para hospitales y clínicas

La restante era una puerta descascarada que estaba al fondo, junto al lavabo. La pintura dorada se había desprendido de las letras, pero Fainy pudo leer los contornos:

CORPORACIÓN GENERAL DE ABASTECIMIENTO
Y COMERCIO

Entonces descubrió al costado de la puerta una tarjeta en donde había dibujada una mano sosteniendo una antorcha por encima de las palabras «Buscador de la Verdad y Co». Golpeó la puerta con cautela. No hubo respuesta. Volvió a golpear.

—Entre... No llame —respondió una voz profunda. Fainy se sintió vacilar al abrir la puerta y entrar en una sala sombría y estrecha, completamente ocupada por dos escritorios altos de tapa corrediza. En el escritorio más lejano, frente a la única ventana, estaba sentado un hombre corpulento con una mandíbula colgante que le daba el aspecto de un perro de caza. Tenía el cabello negro, largo y rizado sobre las orejas y un amplio sombrero de fieltro echado hacia atrás. Se reclinó en la silla y miró a Fainy de arriba abajo.

—¿Cómo está, joven? ¿Qué clase de libros se siente inclinado a comprar hoy? ¿Qué puedo hacer por usted? —tronó.

—¿Usted es míster Bingham, señor?

—Un servidor es el doctor Bingham.

—Por favor, vengo por el empleo.

El doctor Bingham cambió de expresión. Torció la boca como si hubiese probado algo ácido. Hizo dar una vuelta a su sillón giratorio y escupió en una escupidera de bronce que había en un rincón de la sala. Después se volvió hacia Fainy y lo apuntó con un dedo regordete:

—¿Cómo se deletrea experiencia, jovencito?

—E... c... s... per...

—Basta... Nada de educación... Me lo imaginaba... Nada de cultura, ni el menor de esos sentimientos elevados que diferencian al hombre civilizado de los aborígenes salvajes de la jungla... Ningún entusiasmo por alcanzar la verdad, por arrojar un rayo de luz en la oscuridad... ¿No se da cuenta, jovencito, de que lo que le ofrezco no es un trabajo sino la gran oportunidad de su vida, la espléndida posibilidad de prestar un servicio y mejorar humanamente? Le estoy ofreciendo educación a cambio de nada.

Fainy entornó los ojos. Tenía un nudo en la garganta.

—Si se trata de imprimir, creo que podría hacerlo.

—Bien, joven, durante el breve interrogatorio al cual voy a someterlo, no olvide que se encuentra en el umbral de la gran oportunidad.

El doctor Bingham revolvió durante largo rato los cajones de su escritorio, encontró un puro, mordió el extremo, lo encendió y luego se volvió otra vez hacia Fainy, que cambiaba sin cesar el pie de apoyo.

—Bien, ¿quiere decirme su nombre?

—Fenian O'Hara Mc Creary...

—Hmm..., escocés e irlandés....., Buena materia prima. Igual que la mía.

¿Religión?

Fainy se retorció.

—Papá era católico, pero... —se puso colorado. El doctor Bingham se rió, frotándose las manos.

—Oh, religión, qué cantidad de crímenes se comete en Tu nombre. Yo soy agnóstico... Cuando se trata de amigos poco me importa el credo o la clase social; aunque a veces, muchacho, hay que soplar en la dirección del viento... No señor, mi Dios es la Verdad, esa Verdad que al crecer en las manos de los hombres honestos disipará las brumas de la codicia y la ignorancia para brindar al ser humano sabiduría y libertad... ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Antes trabajaba con mi tío. Él es socialdemócrata.

—Ah, juventud apresurada... ¿Sabes conducir un coche?

—Bueno, sí señor, creo que sí.

—Bien, no veo por qué no he de emplearte.

—El anuncio del *Tribune* decía que eran quince dólares por semana.

La voz del doctor Bingham cobró un tono particularmente aterciopelado.

—Mira, Fenian, quince dólares será lo mínimo que saques... ¿Has oído hablar alguna vez del sistema de cooperativa? Es de acuerdo a él que trabajaremos. Como único propietario y representante de El Buscador de la Verdad, edito una magnífica línea de libritos y folletos que abarcan todas las fases del saber y el esfuerzo humanos. Estoy a punto de emprender una campaña de ventas a escala nacional. Tú serás uno de mis distribuidores. Los precios de los libros oscilan entre diez y cincuenta céntimos. Por cada libro de diez céntimos tú te quedas con uno; por cada libro de cincuenta te quedas con cinco...

—¿Y no me dará nada por semana? —balbuceó Fainy.

—¿Prefieres despreciar los dólares por lanzarte sobre los céntimos? ¿Estás dispuesto a echar por la borda la oportunidad de tu vida a cambio de una magra pitanza? No, en tus ojos fogosos y en tu nombre rebelde en el cual resuena la historia de la vieja Irlanda puedo leer que eres un joven de ímpetu y decisión. ¿De acuerdo? Démonos la mano, Fenian, y por Dios que no te arrepentirás.

El doctor Bingham se puso en pie de un salto, atrapó la mano de Fainy y se la estrechó.

—Ahora ven conmigo, Fenian; debemos llevar a cabo un importante trámite preliminar. —El doctor Bingham se acomodó el sombrero y bajaron juntos la escalera; era un hombre rollizo y la grasa se le movía al caminar.

cuentas es un trabajo, se dijo Fainy.

Primero fueron a una sastrería donde un tipo amarillento narigón a quien el doctor Bingham se dirigió como Lee salió a recibirlos. La sastrería olía a ropa planchada al vapor y a quitamanchas. Lee hablaba como si no tuviese paladar.

—Estoy tan enfegme —dijo—. Gasté más de un mil dólegues en médiques, no me cugo.

—Bueno, Lee, ya sabes que cuentas con todo mi apoyo.

—Clague, Mannie, clague, pego la pgobleme es que tú me debes muche dinegue.

El doctor Emmanuel Bingham miró a Fainy por el rabillo del ojo.

—Puedo asegurarte que la situación financiera se aclarará por completo en el término de sesenta días... Pero lo que quiero ahora es que me prestes dos cajas de esas de cartón que usas para entregar los trajes.

—¿Quié vas haceg?

—Mi joven amigo y yo tenemos un proyecto.

—No hagues nada guague con mis cajas; yevan mi nombge escgite.

Cuando salieron a la calle el doctor Bingham se rió de buena gana; cada uno llevaba bajo el brazo una caja aplanaada de cartón que, en letra alambicada, decía: LEVY & GOLDSTEIN, SASTRERÍA DE CALIDAD.

—Este hombre es un gran bromista, Fenian —dijo—. Pero que su lamentable estado te sirva de lección... El pobre infeliz está sufriendo las consecuencias de una enfermedad social que lo atacó durante alguna locura juvenil.

Pasaron nuevamente frente a la tienda de taxidermia. Allí estaban el lince, el faisán dorado y el pez espada... *Frecuenta los estuarios y bahías deshabitadas*. Fainy sintió la tentación de dejar caer la caja y escaparse corriendo. Pero a fin de cuentas era un trabajo.

—Fenian —dijo el doctor Bingham en tono confidencial—, ¿conoces el edificio Mohawk?

—Sí, señor, hicimos para ellos trabajos de imprenta.

—Allí no te conoce nadie, ¿verdad?

—No creo que me reconozcan... Sólo fui una vez a entregar papel con membrete.

—Soberbio... Ahora escucha bien. Mi habitación es la 303. Espera aquí y entra dentro de cinco minutos. Eres el chico de la sastrería, entiendes, y vienes a buscar unos trajes para limpiar. Vas hasta mi habitación, tomas los trajes y los llevas a mi oficina. Si alguien te llega a preguntar adónde vas, le dices que a lo de Levy and Goldstein, ¿comprendes?

—Seguro, comprendo.

Cuando llegó a la pequeña habitación en el último piso del edificio Mohawk, el doctor Bingham se estaba paseando de una punta a otra.

—Levy and Goldstein, señor —dijo Fainy, impertérrito.

—Muchacho —dijo el doctor Bingham—, serás un ayudante invaluable; me alegro de haberte escogido. Te adelantará un dólar a cuenta de tu salario. —Hablabía sin dejar de sacar ropa, papeles y libros viejos de un enorme baúl que había en el suelo. Guardó todo con sumo cuidado en una de las cajas. En la otra metió un sobretodo con cuello de piel—. Este sobretodo cuesta doscientos dólares, Fenian; un remanente de pasa das épocas de esplendor Ah, las hojas de otoño en Vallombrosa... Et tu in Arcadia vixisti... Latín, Fenian, un idioma de académicos.

—Mi tío Tim, el que dirigía la imprenta donde trabajé, sabía muy bien el latín.

—¿Crees que puedes llevarlas, Fenian? ¿No son demasiado pesadas?

—Claro que puedo. —Fainy quería preguntarle por el dólar.

—Muy bien... Será mejor que corras... Espérame en la oficina.

En la oficina Fainy se encontró a un hombre sentado en el segundo escritorio.

—Y bien, ¿qué haces tú aquí? —le dijo con una voz ríspida. Era un tipo joven de nariz aguda, piel cerosa y rígido cabello negro. Después de haber subido las escaleras, Fainy estaba agitado y tenía los brazos acalambrados de llevar las cajas—. Supongo que se trata de una nueva estupidez de Mannie. Dile que se tiene que marchar de aquí. He alquilado el otro escritorio.

—Pero el doctor Bingham me acaba de contratar para que trabaje con él en la Distribuidora Literaria El Buscador de la Verdad.

—¿Ah, sí? ¡Diablos!

—Llegará dentro de un rato.

—Bueno, siéntate y cierra el pico; ¿no ves que estoy ocupado?

Fainy se sentó cerca de la ventana en el sillón giratorio, único asiento de la oficina no ocupado por paquetes de libros. Afuera se veían tejados polvorrientos y escaleras de incendio. Pudo ver otras oficinas a través de cristales mugrientos, otros escritorios. Frente a él había libros envueltos en papel y montones de folletos sueltos. Leyó uno de los títulos:

LA REINA DE LAS ESCLAVAS BLANCAS

Las escandalosas revelaciones de Milly Meecham, raptada de su hogar a los dieciséis años, y hundida por su seductor en una vida de oprobio y vergüenza.

Empezó a leer el libro. Comenzó a sentir la lengua reseca y el cuerpo pringoso.

—Nadie te dijo nada, ¿no? —La voz estruendosa del doctor Bingham le interrumpió la lectura.

Antes de que consiguiera responder, el hombre sentado en el otro escritorio se interpuso:

—Mira, Mannie, tienes que marcharte... He alquilado tu sitio.

—Sácame las sucias garras de encima, Samuel Epstein. Mi joven amigo y yo estamos en plenos preparativos de una expedición a los aborígenes del Michigan desconocido. Mañana mismo partimos para Saginaw. Dentro de sesenta días regresaré y te quitaré la oficina de las manos. Este jovencito vendrá conmigo para aprender el oficio.

—Vaya oficio —gruñó el otro, y volvió a sumergir la cabeza entre sus papeles.

—La dilación, Fenian, es el ladrón de nuestro tiempo —dijo el doctor Bingham, metiendo una mano bajo la solapa de su chaqueta en un gesto napoleónico—. Existe en los asuntos de cada hombre un flujo de la marea que, sorprendido a tiempo... —y durante dos horas Fainy sudó bajo sus órdenes empaquetando folletos en papel de embalar, atándolos y remitiéndolos a nombre de El Buscador de la Verdad, Saginaw, Mich.

Pidió una hora para ir a casa a despedirse de su familia. Milly lo besó en la frente con delgados labios tensos. Después estalló en lágrimas. «Qué suerte tienes; oh, cómo me gustaría ser varón», farfulló, y desapareció por la escalera. Mistress O'Hara dijo que ser un buen muchacho y alojarse siempre en la YMCA^[1] eran las dos cosas que podrían alejarlo de la tentación, y si no que se fijase en lo que le había pasado al borracho de su tío Tim.

Cuando fue a buscar a su tío sintió que se le encogía la garganta. Lo encontró en la trastienda de lo de O'Grady. Los ojos le destilaban un chato brillo azulado y el labio inferior le temblaba al hablar.

—Bebe un poco conmigo, hijo. Ahora eres un hombre.

Fainy tragó un vaso de cerveza sin probarle el sabor.

—Fainy, eres un muchacho despierto... Ojalá hubiese podido ayudarte más; eres un O'Hara de pies a cabeza. Debes leer a Marx..., estudiar todo lo que puedas, recordar que llevas en tus venas sangre de rebeldes... No le eches a la gente la culpa de lo que te pase. Mira la arpía lengua de víbora con que yo me casé. ¿Le echo la culpa a ella? No, la culpa la tiene el sistema. Y nunca vayas a venderte a esos hijos de puta, hijo; son las mujeres las que te harán venderte. Supongo que entiendes lo que quiero decir. Muy bien, vete..., mejor dejémoslo así o perderás el tren.

—Te escribiré desde Saginaw, tío Tim, te lo prometo.

La lánguida cara colorada del tío Tim en la sala sólo habitada por humo de cigarrillos, el mostrador y sus guñas de bronce y el tabernero de brazos rosados apoyado en él, las botellas, los espejos y el retrato de Lincoln todavía le giraban neblinosamente en la cabeza cuando salió a la calle, que relucía de lluvia bajo las

nubes relucientes, y apuró el paso hasta la estación elevada con la maleta en la mano.

En la terminal de Illinois el doctor Bingham lo estaba esperando en el centro de un anillo de paquetes marrones. A Fainy le hizo gracia verlo allí con sus mejillas grasientas y pálidas, el chaleco cruzado, la bolsada chaqueta clerical y el polvoriento sombrero de fieltro por el cual asomaban inesperados rizos negros sobre las orejas de vaca. De todos modos era un trabajo.

—He de admitir, Fenian —se lanzó a decir el doctor Bingham apenas Fainy se le acercó—, que a pesar de lo mucho que confío en mi conocimiento de la naturaleza humana, tenía un poco de miedo de que no te presentases. Ya dice el poeta que lo más difícil para el pichón es su primer vuelo fuera del nido. Sube estos paquetes al tren mientras voy a comprar los billetes y asegúrate de que se pueda fumar.

Cuando el tren hubo partido y el inspector picado los billetes, el doctor Bingham se inclinó hacia delante y le dio a Fainy un golpecito en la rodilla con un índice blanduzco.

—Me alegra que cuides tu apariencia, muchacho; jamás debes olvidar que es esencial presentarle al mundo una fachada decente. Por más que el corazón se halle reducido a polvo y cenizas, el exterior del hombre ha de seguir siendo alegre y primaveral Vamos a sentarnos un rato en el vagón pul man para separarnos de la chusma.

Llovía mucho y contra la oscuridad las ventanas del tren se veteaban de líneas transversales. Fainy se sintió inquieto al seguir al doctor Bingham, que se bamboleó al cruzar el coche salón tapizado de verde y entró al compartimento para fumadores revestido de cuero. Allí el doctor Bingham extrajo del bolsillo un largo puro y comenzó a soltar una fastuosa serie de anillos de humo. Fainy se colocó junto a él con los pies debajo del asiento intentando ocupar el menor espacio posible.

Poco a poco el compartimento se fue llenando de hombres silenciosos y arrugadas espirales de humo. Fuera la lluvia golpeaba los cristales con un murmullo de grava. Por un largo rato nadie dijo nada. De vez en cuando alguien se aclaraba la garganta y hacía volar hasta la escupidera una gran bola de flema o un escupitajo de nicotina.

—Sí, señor —se elevó una voz que parecía no tener origen y no se dirigía a nadie en especial—, es cierto que casi nos quedamos helados, pero fue una excelente inauguración.

—¿Estuvo usted en Washington?

—Sí, señor, estuve en Washington.

—La mayoría de los trenes no pudieron llegar hasta el día siguiente.

—Ya lo sé; yo tuve suerte, algunos se quedaron cuarenta y ocho horas atascados en la nieve.

—Alguna tormenta, más que seguro.

Durante todo el día el viento del norte
Expandió su aliento sobre la nieve escasa

y por entre los remolinos de sus capas bajas
Brilló el sol tras la nevisca deslumbrante,

recitó sin énfasis el doctor Bingham, los ojos bajos.

—Usted debe tener buena memoria, para recitar una andanada así de versos.

—Así es, caballero, poseo una memoria que me atrevería a llamar enciclopédica, prescindiendo de toda falsa modestia. Si se tratara de un don natural me encontraría obligado a ruborizarme y guardar silencio, pero dado que es el corolario de cuarenta años de estudiar lo mejor de la épica lírica y el drama universales, presiento que a veces puedo ostentarla para dar aliento a otros cuyos pasos también se hayan internado en el sendero de la ilustración y la educación autodidacta. —Se volvió repentinamente hacia Fainy—. Jovencito, ¿te gustaría escuchar el discurso de Otelo ante el senado de Venecia?

—Claro que sí —dijo Fainy, enrojeciendo.

—Bueno, por fin tiene Teddy la oportunidad de cumplir su palabra de luchar contra los monopolios.

—Le aseguro que el voto de los granjeros insurgentes del gran noroeste...

—Horrible el accidente de esos trenes especiales en la Inauguración.

Pero el doctor Bingham estaba en otra cosa:

Poderosísimos y nobles caballeros,
Respetables y notorios señores míos,
Es la verdad más pura que he tomado
Por esposa a la hija de este anciano...

—Esas leyes contra los monopolios no prosperarán, créame lo que le digo. No se puede castrar así la libertad del individuo libre.

—Lo que los republicanos más progresistas defienden es la libertad del empresario individual.

Pero el doctor Bingham se había puesto de pie, una mano escondida bajo el chaleco cruzado y la otra empeñada en un amplio ademán circular:

Tosca es mi palabra
Y no favorecida con el don de la frase serena,
Porque durante siete años estos brazos míos
Que ahora huelgan desde hace nueve lunas
No conocieron descanso en el campo de batalla.

—El voto del granjero —intentó gritar el otro hombre, pero ya nadie lo escuchaba. El doctor Bingham había acaparado la atención del público.

Y poco puedo hablar del vasto mundo
Que no sea sobre hazañas y combates;
Así pues, no conquistaré vuestra gracia
Usando mi propia lengua.

El tren comenzó a reducir la marcha. Sobre el ruido apaciguado, la voz del doctor Bingham sonaba extrañamente baja. Fainy sintió su espalda apretada contra el respaldo del asiento y de pronto sobrevino la quietud y se oyó una campana en la distancia y la voz del doctor Bingham descendió a un delicado susurro:

—Caballeros, traigo aquí en forma de folleto una edición completa e inexpurgada de uno de los clásicos universales, el famoso *Decamerón* de Boccaccio, que por cuatro siglos ha sido el paradigma del ingenio picaresco y el humor lúbrico... —Sacó de uno de sus bolsillos un montón de libritos y comenzó a agitarlos en la mano—. Como mero acto de amistad estoy dispuesto a compartirlos con aquellos de ustedes que así lo deseen... Fenian, tómalo y mira si alguien quiere uno; cuestan tan sólo dos dólares. Mi joven amigo se ocupará de distribuirlos... Buenas noches, caballeros. —Y se retiró y el tren volvió a arrancar y Fainy se vio en medio del vagón, soportando los bandazos con todos los libritos en la mano y los ojos desconfiados de los fumadores que lo atravesaban como estiletes.

—Déjame ver uno —dijo un hombrecito de orejas prominentes que estaba sentado en un rincón. Abrió el libro y se puso a leerlo con voracidad. Fainy se quedó parado en el centro del compartimento sintiendo cómo se le clavaban alfileres y agujas en todo el cuerpo. Mientras recorría la hilera de cigarros a través del humo rizado, notó un destello blanco en uno de los ojos del hombrecito. Las orejas protuberantes habían adquirido un leve color rosado.

—Picante —dijo el hombrecito—, pero dos dólares es demasiado.

—N-n-no son m-míos, se-señor —tartamudeó Fainy—. No se...

—Está bien, qué diablos... —El hombrecito depositó dos billetes de un dólar en la mano de Fainy y volvió a su lectura.

Cuando Fainy regresó a su vagón le quedaban sólo dos libros y llevaba seis dólares en el bolsillo. A mitad de camino se cruzó con el inspector. El corazón le dio un salto. Pero el inspector lo miró fijamente y no dijo nada.

El doctor Bingham tenía la cabeza apoyada en la mano y los párpados bajos como si estuviese durmiendo. Fainy se deslizó en el asiento al lado de él.

—¿Cuántos compraron? —preguntó el doctor Bingham hablando de costado y sin abrir los ojos.

—Traje seis pavos... Caray, no sabe cómo me miró el inspector; me hizo asustar.

—Déjame el inspector a mí, y recuerda que ante la faz de la humanidad y la cultura no es ningún delito distribuir obras de los grandes humanistas entre comerciantes y financieros de este país olvidado de Dios... Mejor dame el dinero.

Fainy tuvo ganas de pedirle el dólar que le había prometido, pero el doctor

Bingham había vuelto a conectar con Otelo.

Si tras cada tempestad así es la calma,
Que el huracán bravío amontone en el mar
Montañas más altas que el Olimpo.

Durmieron hasta tarde en el Hogar Comercial de Saginaw y comieron un suculento desayuno durante el cual el doctor Bingham peroró sobre la teoría y la práctica de la venta de libros.

—Mucho me temo que en la región en la cual vamos a penetrar —dijo mientras cortaba tres huevos fritos y se llenaba la boca de bizcochos— aún encontraremos palurdos entusiasmados con Maria Monk.

Fainy no sabía quién era Maria Monk, pero no le gustaba preguntar. Fue con el doctor Bingham a las Caballerizas Hummer para alquilar un caballo y una carreta. Allí tuvo lugar una larga disputa entre la Distribuidora El Buscador de la Verdad y la gerencia de las Caballerizas Hummer respecto a lo que debía pedirse por una carreta lamentable y un viejo caballo pío de cuyas grupas podía colgarse un sombrero, de manera que ya era bien entrada la tarde cuando dejaron atrás Saginaw, rumbo al camino, con los paquetes de libros apilados atrás.

Era un frío día de primavera. En medio de una neblina gris las nubes preñadas se movían sobre un cielo azul plata. El pío aflojaba el paso constantemente; Fainy sacudía las riendas sobre las ancas hundidas y chasqueaba la lengua hasta quedarse con la boca seca. Bajo los primeros golpes el caballo iniciaba un galope que degeneraba de inmediato en un trote lento y culminaba en un paso displicente. Fainy maldecía y chasqueaba pero no lograba mantener el caballo al galope. Mientras tanto, sentado a su lado con el sombrero echado hacia atrás, el doctor Bingham fumaba un cigarrillo y le daba la lata:

—Permíteme decirte ahora, Fenian, que la actitud de un hombre de ideas ilustradas es *Una plaga en ambas casas...* Yo soy panteísta... Pero hasta un panteísta... tiene que comer. He aquí por qué existe Maria Monk. —Había comenzado a mojarles las caras unas gotas de lluvia helada y dolorosa como granizo —. Si seguimos así acabaré con neumonía, y te aviso que será culpa tuya; creo que dijiste que sabías conducir un caballo... Eh, ve hacia esa granja de la izquierda. Tal vez nos dejen meter el caballo en el establo.

A medida que se acercaban por el sendero a la casa gris y el gran establo antiguo que se alzaban bajo un grupo de pinos, a cierta distancia del camino, el pío redujo el paso y estiró el cuello hacia las brillantes matas de hierba verde que crecían al borde de la zanja. Fainy lo azotó con las riendas e incluso le dio una patada, pero el animal no le hizo caso.

—Maldición, pásame las riendas.

El doctor Bingham le dio un terrible tirón a la cabeza del caballo, pero todo lo que

consiguió fue que se volviera a mirarlos, los largos dientes amarillos cubiertos de una espuma verde de hierba parcialmente masticada. A Fainy le dio la impresión de que se reía. La lluvia arreciaba. Se subieron los cuellos. Pronto Fainy sintió una aguja de hielo en la nuca.

—Bájate y camina; me cago en el infierno, si no sabes llevarlo al menos tira de él —masculló el doctor Bingham.

Fainy bajó de un salto y condujo el caballo hasta la puerta trasera de la granja; le chorreaba agua por la manga de la mano que sostenía las riendas.

—Buenas tardes, señora —el doctor Bingham se había puesto de pie para saludar con una reverencia a una vieja minúscula que había salido a la puerta. Se paró en el umbral al lado de ella para guarecerse de la lluvia—. ¿Le importaría que guardara mi caballo y mi carreta en su establo por un rato? Transporto ciertos materiales muy valiosos y delicados y la cubierta no es impermeable... —La vieja asintió con su blanca cabeza enmarañada—. Bien, reconozco que es usted muy gentil... Bueno, Fenian, mete el caballo en el establo y después trae ese paquete pequeño que hay bajo el asiento... Justamente le estaba diciendo a mi joven amigo que con toda seguridad en esta granja encontraríamos un buen samaritano capaz de acoger a dos caminantes exhaustos.

—Entre, hombre... Supongo que querrá acercarse al fuego y secarse un poco. Entre, míster...

—Doctor Bingham es mi nombre... Reverendo doctor Bingham —le oyó decir Fainy mientras entraba en la casa.

Cuando por fin entró él, con un paquete de libros bajo el brazo, estaba empapado y sentía escalofríos. El doctor Bingham se hallaba totalmente a sus anchas en un sillón hamaca frente al horno de la cocina. A su lado, sobre una mesa impecable, había un trozo de pastel y una taza de café. La cocina respiraba un cálido olor a aceite de lámpara, manzanas y grasa de tocino. La vieja estaba encorvada sobre la mesa escuchando al doctor Bingham con suma atención. Otra mujer, alta y huesuda, con el escaso pelo color arena atado en un moño sobre la cabeza, permanecía aparte con las manos de rojos nudillos en las caderas. Un gato blanco y negro con el lomo arqueado y la cola extendida se restregaba contra las piernas del doctor Bingham.

—Ah, Fenian, justo a tiempo —dijo éste con un ronroneo similar al del gato—. Estaba contándole..., relatándole a tus amables anfitrionas los temas que abarca nuestro interesante y educativo fondo editorial, lo más escogido de la literatura devocional y contemplativa de todo el mundo. Han sido tan solícitas con nosotros en este breve contratiempo climático, que se me ocurrió retribuirles el favor permitiéndoles examinar algunos de nuestros títulos.

La mujer alta estaba retorciendo su delantal.

—Me gusta leer cosa buena —dijo con timidez—. Pero como no sea en invierno, no tengo mucho tiempo.

Sonriendo benigno, el doctor Bingham desató el nudo y abrió el paquete sobre las

rodillas. Un folleto cayó al suelo. Fainy vio que era *La reina de las esclavas blancas*. Una sombra de acritud atravesó el rostro del doctor Bingham. Tapó el folleto con el pie.

—Éstos son comentarios a los Evangelios, muchacho —dijo—. Yo quería los *Breves sermones del doctor Spikenard para toda ocasión*. —Le entregó el paquete semiabierto a Fainy, quien se lo arrebató de la mano. Después se agachó, recogió el folleto y con un lento movimiento elegante se lo guardó en el bolsillo—. Supongo que tendré que ir a buscar yo mismo —comentó con su voz más relamida. Cuando la puerta de la cocina se cerró a sus espaldas, gruñó en el oído de Fainy—: Te dije bajo el asiento, pequeña rata. Como vuelvas a gastarme una broma parecida te romperé hasta el último hueso del cuerpo. —Y estrelló la rodilla con tanta fuerza contra el trasero de Fainy que al chico le chocaron los dientes y salió despedido hacia la lluvia.

—Palabra que no lo hice a propósito —gimió. Pero el doctor Bingham ya había regresado a la cocina y su voz se escapaba burbujeando hacia el anochecer unida a la luz de la lámpara.

Esta vez Fainy tuvo la precaución de abrir el paquete antes de llevarlo. El doctor Bingham le quitó los libros de las manos sin mirarlo y Fainy se escondió detrás del tubo de la estufa. Se quedó allí, envuelto en el vapor espeso de su ropa, escuchando el discurso del doctor Bingham. Tenía hambre pero a nadie parecía ocurrírsele ofrecerle un trozo de pastel.

—Ah, mis queridas amigas, cómo expresar la gratitud hacia el Señor con que un pastor solitario del evangelio de la luz, debatiéndose entre las tareas y problemas de este mundo, encuentra un público atento. Estoy seguro de que estos libros servirán de consuelo, aliciente e inspiración a todo aquel que emprenda el trivial esfuerzo de internarse en su lectura. Tan convencido estoy de ello que siempre llevo unas copias de más para ofrecerlas a cambio de una suma moderada. Me parte el corazón saber que aún no estoy en condiciones de regalarlas.

—¿Cuánto cuestan? —preguntó la vieja, los rasgos súbitamente tensos. La mujer huesuda dejó caer los brazos y meneó la cabeza.

—¿Tú te acuerdas, Fenian —preguntó el doctor Bingham reclinando confortablemente la cabeza en la silla—, cuál era el precio de costo de estos folletos? —Fainy se sentía mal. No respondió—. Vamos, Fenian —dijo el doctor Bingham en tono melifluo—, déjame recordarte las palabras del bardo inmortal:

La bajeza es la escalera de la ambición
Hacia la cual vuelve el rostro el trepador;
Pero una vez hollado el último peldaño
A la misma escalera da la espalda

»Debes tener hambre. Puedes comerte mi pastel.

—Le podemos dar otro trozo —dijo la anciana.

—¿No eran diez céntimos? —preguntó Fainy, dando un paso adelante.

—Oh, si sólo cuestan diez céntimos creo que me quedaré con uno —dijo rápidamente la vieja. La mujer alta intentó decir algo, pero ya era tarde.

Apenas había desaparecido el pastel en el buche de Fainy y la moneda brillante en el bolsillo del chaleco del doctor Bingham, cuando se oyó un campaneo de arneses y la lámpara de una calesa arrojó su luz contra la ventana a través de la lluvia. La vieja se puso de pie y miró nerviosamente la puerta, que se abrió de inmediato. Un hombre macizo de cabellos grises, con un pequeño mentón que surgía de la cara rojiza y redonda, entró sacudiéndose la lluvia de los faldones de la chaqueta. Detrás de él entró un chico flaco de la edad de Fainy.

—¿Cómo está usted, caballero? ¿Cómo estás, hijo? —exclamó el doctor Bingham por entre el último bocado de pastel y un trago de café.

—Me preguntaron si podían poner el caballo en el establo hasta que parara de llover. Hice bien, ¿no, James? —preguntó la vieja, cada vez más nerviosa.

—Supongo que sí —contestó el hombre, dejándose caer pesadamente en la silla libre.

La vieja había escondido el folleto en el cajón de la mesa.

—Vendiendo libros, por lo que veo. —El hombre clavó la mirada en el paquete abierto—. Bien, aquí no necesitamos esa basura, pero si quiere quedarse a dormir en el establo, bienvenido. No es una noche para dejar fuera a un ser humano.

De modo que desengancharon el caballo y se hicieron jergones de heno encima del corral de las vacas. Antes de salir de la casa el hombre les hizo entregarles sus fósforos. «Donde hay fósforos, hay peligro de incendio», dijo. Cuando se envolvió en la manta del caballo el doctor Bingham tenía la cara oscura como un trueno y farfulló algo acerca de la «falta de respeto para con quien viste los hábitos». Fainy se sentía excitado y feliz. Se extendió boca arriba oyendo el golpeteo de la lluvia contra el techo y el gorgoteo en las canaletas, la amortiguada agitación y el rumiar de los animales debajo de ellos. Tenía en la nariz el perfume del heno y el válido olor a pradera de las vacas. No podía dormir. Hubiera querido estar con alguien de su edad para conversar. De todos modos era un trabajo y estaba viajando.

Apenas se había dormido cuando lo despertó una luz. El chico que había visto en la cocina estaba parado frente a él con un farol. Su sombra, enorme, se proyectaba oscilante sobre las vigas.

—Oye, quiero comprar un libro.

—¿Qué clase de libro? —bostezó Fainy, sentándose.

—Ya sabes, uno de esos libros sobre coristas y trata de blancas y cosas así.

—¿Cuánto pretendes gastar, hijo? —surgió la voz del doctor Bingham bajo de la manta—. Tenemos una cantidad de libros muy interesantes que hablan de los azares de la vida con franqueza y libertad, describiendo la deplorable procacidad cotidiana de las grandes ciudades, a precios que van de uno a cinco dólares. *La Sexología Completa del Doctor Burnside* vale seis dólares y medio.

—No puedo pasarme de un dólar... Oiga, no irá a contárselo al viejo, ¿no? —dijo el muchacho, volviéndose del uno al otro—. Seth Hardwick, uno que vive camino abajo, una vez fue a Saginaw y le compró un libro al tipo del hotel. Caray, era fenómeno —se rió entre dientes, inquieto.

—Fenian, ve y entrégale *La reina de las esclavas blancas* por un dólar —dijo el doctor Bingham y se dispuso a seguir durmiendo.

—Oye, ¿es muy picante?... Diablos, si papá lo encuentra me dará una buena sacudida. Caray, apuesto a que te lees todos los libros.

—¿Yo? —dijo Fainy con arrogancia—. No necesito leer libros. Me basta con ver la vida. Aquí tienes..., trata de mujeres perdidas.

—¿No es muy corto para valer un dólar? Creí que me ibas a dar un libro más grueso.

—Éste es muy interesante.

—Bueno, me parece que mejor me marcharé antes de que papá me pesque dando vueltas... Buenas noches. —Fainy volvió a su cama de heno y se quedó profundamente dormido. Soñó que se hallaba en un establo y subía una escalera con su hermana Milly, que a cada momento se volvía más alta y gorda y blanca, y tenía un gran sombrero con plumas de avestruz y el vestido empezaba a desgarrársele desde el cuello hacia abajo y la voz del doctor Bingham proclamaba Es María Monk, la reina de las esclavas blancas, y justo cuando iba a arrebatarla el sol le hizo abrir los ojos. El doctor Bingham estaba frente a él, las piernas bien abiertas, pasándose un peine de bolsillo por el pelo y recitando:

Partamos ya, el sol universal
No bendice con sus rayos a una sola comarca
Y el hombre no echa raíces como el árbol...

»Vamos, Fenian —rugió al ver que se había despertado—, sacudámonos el polvo de esta granja inhóspita, atándonos los cordones de los zapatos con un improposito, como los filósofos de la vieja... Engancha el caballo; desayunaremos en el camino.

Así pasaron varias semanas hasta que una tarde se vieron avanzando hacia una casa pulcra y amarilla rodeada por una arboleda de oscuros tamarindos emplumados. Fainy esperó en la carreta mientras el doctor Bingham se entrevistaba con los habitantes de la casa. Un rato después el doctor Bingham se plantó nuevamente en la puerta con una radiante sonrisa cruzándole las mejillas.

—Nos van a tratar muy bien, Fenian, como corresponde a una persona que lleva los hábitos... Ten cuidado con lo que dices, ¿me has oído? Lleva el caballo al establo y desengánchalo.

—Oiga, míster Bingham, ¿qué pasa con mi dinero? Ya van tres semanas —Fainy saltó al suelo y se acercó a la cabeza del caballo.

Una expresión brumosa ensombreció el rostro del doctor Bingham.

—Oh, el lucro, el lucro...

Observa muy bien su blanca mano
Y verás que no está limpia:
Porque en su palma la codicia
Ha sembrado horribles manchas...

»Tu ambición y tu ansiedad juveniles van a echar a rodar mis planes de formar una empresa cooperativa... Pero ya que insistes, esta misma noche te pagaré todo lo que se te debe y más aún. Muy bien, desengancha el caballo y tráeme ese paquetito con *Mario Monk* y *La conspiración papista*.

Era un día primaveral. Había petirrojos cantando alrededor del granero. Todo destilaba un aroma a hierba fresca y flores. El establo era rojo y el patio estaba lleno de gallinas blancas. Después de haber desenganchado la carreta y metido el caballo en un pesebre, Fainy se sentó en la cerca a mirar los verdeplateados campos de avena y fumar un cigarrillo. Le hubiera gustado encontrar una muchacha para rodearle los hombros con el brazo o un compañero con quien hablar.

Alguien le puso una mano en la espalda. Era el doctor Bingham.

—Fenian, joven amigo, tenemos suerte —dijo—. Está sola en la casa. Su esposo se ha marchado por dos días a la ciudad con el jornalero. Está sola allí con dos criaturas, unos niños encantadores. Es posible que desempeñe el rol de Romeo. Nunca me has visto enamorado. Es el papel que mejor represento... Ah, algún día te relataré mi empecinada juventud. Ven, vamos al encuentro de la fascinación.

Una vez atravesada la puerta de la cocina, los recibió tímidamente una mujer de cara regordeta, con hoyuelos, que vestía un traje de casa color espliego.

—Mi joven ayudante, señora —dijo el doctor Bingham con un gesto pomposo—. Fenian, te presento a la señora Kovach.

—Deben ustedes tener hambre. Enseguida cenaremos.

Los últimos rayos del sol alumbraban la cocina atestada de ollas y cazos. Un vapor fragante se escapaba a chorros por las tapas redondas y brillantes. Mientras hablaba, la señora Kovach se inclinaba tanto que las cintas almidonadas de su gran delantal azul quedaban suspendidas en el aire. Abrió la puerta del horno y sacó una enorme fuente de panecillos de maíz para colocarlos en un plato sobre la mesa que, junto a la ventana, ya estaba dispuesta para la cena. Un humo tórrido y tostado saturaba el ambiente. Fainy sintió que se le hacía agua la boca. El doctor Bingham se restregó las manos con ojos desorbitados. Al mismo tiempo que ellos se sentaron dos chicos de caritas rubicundas que se lanzaron a tragarse silenciosamente. La señora Kovach llenó los platos con tomates guisados, puré de patatas, ternera estofada y cerdo con habas. Les sirvió café y luego dijo, mientras a su vez se sentaba:

—Me encanta ver comer a los hombres.

Su rostro asumió una expresión de jazmín aplastado que obligó a Fainy a desviar

la mirada. Después de la cena, con un aire de placer temeroso, se sentó a escuchar al doctor Bingham, que sólo paraba de hablar de cuando en cuando para exhalar un anillo de humo que se enroscaba en la lámpara.

—Si bien es cierto que no soy un luterano en el sentido estricto, señora, siempre he admirado, y más aún, reverenciado, la figura de Martín Lutero. De no haber sido por él aún seguiríamos debatiéndonos bajo la espantosa férula del Papa de Roma.

—Por Dios, que nunca pase eso en nuestro país; me da pavor de sólo pensarlo.

—Jamás, mientras una sola gota de roja sangre siga surcando las venas de los protestantes libres... Pero la manera de combatir contra las sombras, señora, es empleando la luz. La luz proviene de la educación, de leer libros y estudios...

—Por Dios, leer libros me da dolor de cabeza, y para serle franca tampoco tengo mucho tiempo. Mi esposo sí que lee libros que saca del Departamento de Agricultura. Una vez intentó hacerme leer uno sobre la cría de aves de corral, pero yo no le encontré mucho sentido. Su familia es del viejo continente... Supongo que allá la gente piensa de otra manera.

—Debe ser difícil convivir con un extranjero.

—A veces no sé cómo lo soporto; claro que cuando me casé con él era terriblemente buen mozo... Nunca pude resistirme a un hombre buen mozo.

El doctor Bingham se estiró por sobre la mesa. Los ojos le giraban como si fueran a salir propulsados.

—Yo nunca supe resistirme a una mujer bonita.

La señora Kovach dejó escapar un profundo suspiro. Fainy se levantó y salió. Había estado intentando preguntar cuándo cobraría, pero ¿para qué? Fuera hacía frío; las estrellas relucían más arriba de los tejados de cuadras y graneros. De cuando en cuando le llegaba desde el corral un cloqueo soñoliento o un susurro de plumas, como si alguna gallina hubiera perdido el equilibrio sobre la barra. Se paseó por el patio de la granja maldiciendo al doctor Bingham y pateando bolas de estiércol.

Después espió la cocina iluminada por la lámpara. El doctor Bingham había rodeado con el brazo la cintura de la señora Kovach y recitaba versos con amplios ademanes de su mano libre.

oír tales cosas
Desdémona prestaba su atención
Pero aun así acudía con presteza
A sus domésticos quehaceres,
Y retornaba con oído ávido...

Fainy agitó el puño frente a la ventana.

—Me cago en tu sombra; quiero mi dinero —dijo en voz alta. Después se fue a pasear por el camino. Cuando volvió sentía frío y sueño. La cocina estaba vacía y la lámpara puesta al mínimo. No sabía dónde echarse a dormir, así que se acomodó en

una silla junto al fuego. Empezó a cabecer y poco después se durmió.

Lo despertó un estrépito descomunal en el piso alto, seguido por los alaridos de una mujer. Lo primero que pensó fue que el doctor Bingham estaba robando y asesinando a la señora Kovach. Pero enseguida oyó una voz desconocida que gritaba y maldecía en un inglés quebrado. Se había incorporado a medias cuando el doctor Bingham pasó corriendo. Sólo tenía puestos los calzoncillos de franela. En una mano llevaba los zapatos y en la otra el resto de la ropa. Colgando de los tirantes, los pantalones le ondulaban atrás como la cola de un gato.

—Eh, ¿qué vamos a hacer? —le gritó Fainy, pero no obtuvo respuesta. En cambio se encontró cara a cara con un hombre alto y moreno de tupida barba negra que cargaba fríamente una escopeta de dos cañones.

—Hijo de puta, lo llenaré de perdigones.

—Oiga, no lo puede hacer —intentó decir Fainy. Pero recibió un culatazo en el pecho y volvió a derrumbarse en la silla. El hombre salió por la puerta con largos pasos elásticos y enseguida se oyeron dos disparos que resonaron entre las granjas. Después empezaron otra vez los alaridos de la mujer, interrumpidos por sollozos y risitas histéricas.

Fainy se quedó pegado a la silla, junto a la estufa. Descubrió en el suelo una moneda de cincuenta céntimos que debía haberse caído al doctor Bingham mientras escapaba. La agarró y acababa de metérsela en el bolsillo cuando el hombrón de la escopeta volvió a entrar.

—Se me acabaron los cartuchos —dijo con voz espesa.

Después se sentó sobre la mesa entre platos sucios y se puso a llorar como un chico; las lágrimas le rodaban por los dedos nudosos y las grandes manos oscuras. Fainy se escurrió por la puerta y corrió hasta el establo.

—Doctor Bingham —dijo en voz baja.

Los arneses yacían entre las ruedas de la carreta, pero no había rastro del doctor Bingham ni del caballo pío. El cloqueo asustado de las gallinas se mezclaba con los sollozos que todavía llegaban desde el piso alto de la granja. «¿Qué diablos voy a hacer?», se estaba preguntando Fainy, cuando divisó una figura alta que se recortaba contra el vano luminoso de la puerta de la cocina y lo apuntaba con la escopeta. «Cristo, encontró municiones». Fainy huyó a través del campo de avena a todo lo que le daban las piernas, los disparos zumbándole sobre la cabeza. Al fin, ya sin aliento, trepó a una valla llena de zarzas que le arañaron la cara y las manos y se tendió a descansar en una zanja. No lo seguía nadie.

NOTICIARIO III

**«SE NECESITA CORAJE PARA VIVIR EN ESTE MUNDO»,
FUERON LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE GEORGE
SMITH, LINCHADO CON SU HERMANO EN KANSAS
MUERE EL MARQUÉS DE QUEEMSURY INCENDIO EN
UNA PLANTACIÓN DE ESPECIES EL JUEZ DEJA ZOLA
EN LIBERTAD.**

hace unos años los anarquistas de Nueva Jersey, ostentando en sus solapas el botón de Mc Kinley y la insignia roja de la anarquía, y provistos de cerveza por los republicanos, planearon la muerte de uno de los monarcas de Europa; es probable que por esa época, o poco después, haya sido concebido el proyecto de asesinar al presidente.

Esta noche hay luna llena en el Wabash Los campos huelen a trigo recién segado
A través de los sicómoros parpadean las luces De la ribera lejana del Wabash

ECHAN DE UNA FIESTA A UN MATÓN

Seis mil obreros de Smolensk desfilan con pancartas pidiendo la muerte del zar asesino

disturbios callejeros y barricadas marcan el inicio de la huelga de cocheros

ES INMINENTE LA MAYOR BATALLA NAVAL DE LA HISTORIA

La policía de Madrid se enfrenta con cinco mil trabajadores que portaban la bandera negra

El público se marea mientras un bailarín, comiendo una naranja, bate todos los récords de la locura humana

EL OJO DE LA CÁMARA (5)

Y jugamos a la batalla de Port Arthur en la bañera y fue un desastre el agua goteaba por el techo del salón pero en Kew Gardens el viejo míster Garnett que todavía estaba fuerte y lleno de ánimo a pesar de ser tan viejo vino a tomar el té y la primera vez vimos por la ventana su cara roja y sus mostachos a lo John Bull y tía dijo que andaba bamboleándose como todos los marineros y llevaba una caja bajo el brazo y *Vickie* y *Pompon* ladronaron y allí estaba míster Garnett que había venido a tomar el té y sacó un gramófono de una caja negra y puso en él un cilindro y apartaron las tazas de café en la mesa para hacerle espacio. Ten cuidado que no se caiga porque se rompen enseguida Bien cualquier aguja común de coser serviría señora pero yo tengo agujas especiales

y nos pusimos a hablar del almirante Toga y del Banyan y de cómo los rusos bebían vodka todo el día y mataron a los pobres pescadores del mar del Norte y giró la manivela con mucho cuidado para no romperla y la aguja hacía rrrasp rrrrasp Sí hijo yo he sido marino desde que era un poco mayor que tú no mucho mayor y llegué a ser ayudante del capitán en el primer acorazado británico el *Warrior* y todavía puedo bailar el *hornpipe*^[2] señora y tenía un compás rojo y azul de marinero dibujado en la mano y cuando arreglaba la aguja las uñas eran negras y gruesas y la aguja seguía haciendo rrrasp rrrasp y en alguna parte muy lejos tocó una banda por entre el ruido ronco y en el pequeño tubo negro cantaron *Cod Save the Kingy* los perritos aullaban.

NOTICIARIO IV

Conocí a mi amor en el Álamo
Cuando despuntaba la luna
Tan radiantes eran sus ojos
Que empañaban su belleza

durante la mañana pasada piquetes de obreros hicieron retroceder una carreta que transportaba cincuenta sillas plegables al cuartel de bomberos situado en Avenida Michigan y calle Washington. Las sillas, se ha informado, habían sido ordenadas para facilitar las tareas de los policías que cumplen funciones especiales relacionadas con la huelga

LAS FLOTAS PUEDEN ENTRAR HOY EN COMBATE AL OESTE DE LUZÓN

tres enormes lobos fueron cazados antes de la cena.

Se ha propuesto la realización de un gran desfile en el cual tome parte el presidente Roosevelt para que los ciudadanos puedan verlo. A la cabeza se colocará un oso enjaulado al cual se ha dado caza recientemente después de que matara a una docena de perros e hiriera a varios hombres. Se concederá al oso una hora de ventaja después se soltarán los perros en la carretera que lleva a las colinas y el presidente Roosevelt y los guías partirán en su búsqueda.

Tres estudiantes de Columbia inician un viaje en coche a Chicago a raíz de una apuesta

AMENAZA DE HUELGA GENERAL *Esta noche hay luna llena en el Wabash*

EL DÍA MÁS FELIZ DEL REY DEL PETRÓLEO

un querubín cada cinco minutos continúa sólido el mercado inmobiliario siendo particularmente fuerte la demanda de terrenos para fábricas y comercios las leyes hostigan a los trabajadores

DOMINGO SANGRIENTO EN Moscú

*mujeres-ángel son aplastadas tropas del ejército custodian los pozos de petróleo
América tiende a ser un imperio similar al de los Césares poemas a cinco dólares le
consiguen un esposo millonario comed menos aconseja Edison rico jugador de
póquer cae muerto al obtener escalera real cargos por corrupción en Cicero*

**LA HUELGA EN RUSIA PUEDE DESEMBOCAR EN
INSURRECCIÓN**

*romance entre dos yates en un lago asesinato pone fin a disputa entre
trabajadores Michigan aniquiló a Albion banderas rojas en San Petersburgo*

**EL ZAR HACE UN LLAMAMIENTO AL PUEBLO
oculta cuarenta horas un bebé muerto familias evacuadas por inundación**

EL ZAR GARANTIZA LA CONSTITUCIÓN

*Los campos huelen a trigo recién segado
A través de los sicómoros parpadean las luces*

EL OJO DE LA CÁMARA (6)

MARCHAOS marchaos decía míster Linwood el director cuando uno estaba en el campo pateando la pelota footer la llamaban en Hampstead y entonces era hora de irse a casa y uno se sentía bien porque míster Linwood había dicho Marchaos

Taylor dijo Ha llegado otro americano y tenía los dientes como los de Teddy en los periódicos y una nariz respingada y uniforme rústico de jinete y preguntó ¿Y tú por quién vas a votar? y uno respondió yo no voto y él sacó pecho y dijo Quiero decir tus padres ¿por Roosevelt o por Parker? y uno dijo por el juez Parker

el otro americano tenía el pelo negro y levantó los puños y la nariz y dijo Yo estoy con Roosevelt ¿quieres pelear? y uno dijo temblando Yo estoy con el juez Parker pero Taylor dijo ¿Quién tiene dos peniques para una cerveza? y esa vez no nos peleamos.

NOTICIARIO V

CHINCHES ATACAN A UN BIÓLOGO

fugitivos son atacados y amordazados; un perro los libera

FRENTE A LA REVUELTA CONTRA EL IMPERIO NICOLÁS II GARANTIZA LAS LIBERTADES INDIVIDUALES

la parálisis detiene el bisturí de un cirujano de un plumazo pasa a la historia la última monarquía absoluta de Europa podrían morir un minero de Death Valley y un anunciador anormal de Santa Fe Road enviado al calabozo por robar un ángel de yeso

De la ribera lejana del Wabash

MAC

A la madrugada siguiente, poco antes del amanecer, Fainy llegó cojeando a la estación de Gaylord bajo una lluvia torrencial. En la sala de espera había una estufa panzuda encendida. La taquilla estaba cerrada. No había nadie a la vista. Fainy se sacó primero un zapato empapado, después el otro y se asó los pies hasta que se le secaron los calcetines. Tenía una ampolla reventada en cada talón y los calcetines se le habían pegado en costras sucias. Se puso de nuevo los zapatos y se estiró en el banco. Enseguida se durmió.

Una persona alta vestida de azul le estaba hablando. Intentó alzar la cabeza pero tenía demasiado sueño.

—Eh, muchacho, va a ser mejor que no te encuentre el jefe de estación —dijo una voz que ya había estado oyendo en sueños. Fainy abrió los ojos y se sentó.

—Cristo, pensé que era poli.

Un muchacho de hombros cuadrados, con mono de mecánico y camisa azul, estaba inclinado sobre él.

—Pensé que sería mejor despertarte. El jefe de estación es un bruto.

—Gracias —Fainy estiró las piernas. Tenía los pies tan hinchados que apenas podía sostenerse—. Diablos, estoy entumecido.

—Oye, si tuviéramos un cuarto de dólar cada uno, conozco un lugar donde podríamos tomar un desayuno impresionante.

—Yo tengo un dólar y medio —dijo Fainy lentamente. Dando la espalda a la estufa tibia, hundió las manos en los bolsillos y escrutó la cara de toro y los ojos azules del otro muchacho—. ¿De dónde eres?

—De Duluth... Estoy de vagabundo. ¿Y tú?

—Diablos, ojalá lo supiera. Hasta ayer por la noche tenía un trabajo.

—¿Has renunciado?

—Oye, supón que vamos a desayunar...

—Grandioso. Ayer no comí nada... Me llamo George Hall... La gente me llama Ike. No es que sea un vago, sabes. Quiero ver mundo.

—Me parece que ahora yo también vaya tener que verlo —dijo Fainy—. Me llamo Mc Creary. Soy de Chicago. Pero nací más al este, en Middletown, Connecticut.

Apenas entraron a la pensión para ferroviarios que estaba camino abajo, les salió al paso un aroma a jamón, café y veneno para cucarachas. Una mujer rubia con dientes de caballo y voz oxidada les buscó sitio.

—¿Dónde trabajáis, muchachos? No recuerdo haberlos visto antes.

—Yo trabajaré en el aserradero —dijo Ike.

—El aserradero cerró hace dos semanas porque el administrador se voló la tapa de los sesos.

—¿A mí me lo va a decir?

—Será mejor que paguéis por adelantado, muchachos.

—Yo tengo dinero —dijo Fainy, agitando un billete de un dólar delante de la cara de la mujer.

—Bueno, si tienes dinero supongo que puedes pagar todo lo que comas —dijo la camarera, mostrando sus grandes dientes amarillos en una sonrisa.

—Claro, pagaremos como millonarios —dijo Ike.

Se llenaron de café y maíz molido y jamón y huevos y pesados bizcochos de vainilla, y cuando habían terminado de comer se estaban riendo tan estrepitosamente con las historias que contaba Fainy sobre la vida y los amores del doctor Bingham, que la camarera les preguntó si no habían estado bebiendo. Ike la aguijoneó para que les trajera otra taza de café gratis. Después rescató dos cigarrillos aplastados del bolsillo de su mono.

—¿Quieres uno, Mac?

—Aquí no podéis fumar —dijo la camarera—. A la patrona no le gusta que fumen.

—Muy bien, ojos de gata, nos largaremos.

—¿Adónde vais?

—Bueno, yo iré a Duluth. Allí vive mi familia...

—Conque eres de Duluth...

—Sí, ¿qué tiene de gracioso?

—Nada, más bien es una desgracia.

—¿Te crees que me vas a tomar el pelo?

—No vale la pena, cielito —mientras limpiaba la mesa la camarera se reía entre dientes. Tenía grandes manos rojizas y uñas gruesas blanqueadas de tanto fregar platos.

—Oye, ¿no tienes algún periódico? Me gustaría leer algo mientras espero el tren.

—La patrona compra el *American* de Chicago.

—Caray, no he leído un periódico en tres semanas.

—A mí también me gustaría leerlo —dijo Mac—. Me gusta saber qué está pasando en el mundo.

—Casi todo mentiras... Todos los periódicos representan intereses.

—Hearst está con el pueblo.

—No confío en él más que en los otros.

—¿Has leído alguna vez el *Llamado a la Razón*?

—Oye, ¿tú eres socialista?

—Por supuesto. Trabajé en la imprenta de mi tío hasta que los grandes intereses liquidaron el negocio porque se puso de parte de los huelguistas.

—Diablos, qué bien... Choca esos cinco... Yo también...

Oye, Mac, éste es un gran día para mí... No suelo encontrarme con gente que piense como yo.

Salieron con una pila de periódicos y se sentaron bajo un gran pino en las afueras del pueblo. El sol entibiaba el aire; grandes nubes de mármol blanco atravesaban el cielo. Se tendieron con las cabezas apoyadas en un trozo rosáceo de raíz con corteza que parecía un cocodrilo. Comparadas con la lluvia de la noche anterior las agujas de pino eran cálidas y secas. Enfrente, la vía única del ferrocarril se alargaba entre matorrales y claros, restos de bosques talados donde de vez en cuando comenzaba a brotar una hoja de un verde pálido. Leían periódicos de la semana anterior y no dejaban de charlar.

—Tal vez empiece en Rusia; es el país más atrasado, donde la gente está más oprimida... En el aserradero trabajaba un ruso, un tipo culto que se había escapado de Siberia... Yo hablaba mucho con él... Te diré lo que pensaba. Decía que la revolución social estallaría en Rusia y se propagaría por todo el mundo. Era un tipo fenómeno. Apuesto a que era un personaje importante.

—Mi tío Tim pensaba que empezaría en Alemania.

—En todo caso aquí, en América. Ya tenemos instituciones libres... Todo lo que tenemos que hacer es derrotar al capital.

—Mi tío Tom decía que en América se vive demasiado bien... No sabemos lo que son la pobreza y la explotación. Él y mis otros tíos vivían en Irlanda antes de venir a este país. Eran fenians^[3]; por eso me pusieron ese nombre... A mi padre no le hacía gracia, creo... Me parece que no era muy valiente.

—¿Has leído a Marx?

—No, pero me gustaría.

—Yo tampoco. Aunque leí *Mirando hacia atrás*, de Bellamy; después me hice socialista.

—Cuéntamelo. Yo había empezado a leerlo cuando me fui de casa.

—Trata de un tipo que se va a dormir y se despierta en el año dos mil y ya sucedió la revolución social y todo es socialista y no hay cárceles ni pobreza, y nadie trabaja para su propio provecho y no hay manera de que nadie pueda llegar a ser un bandolero capitalista lleno de pasta, y la vida es maravillosa para los trabajadores.

—Eso es lo que siempre pensé... Son los obreros los que crean la riqueza y quienes la deben distribuir en vez de una sarta de ladrones.

—Si pudiéramos acabar con el sistema capitalista, los monopolios y los ricachones de Wall Street, viviríamos así.

—Claro.

—Lo único que se necesita es una huelga general y que los proletarios se nieguen a seguir trabajando para un patrón... Me cago en la leche, si la gente se diera cuenta de lo fácil que es. El capital tiene en sus manos toda la prensa y no permite que los trabajadores se eduquen.

—Yo sé imprimir bastante bien, y manejar una linotipia... Diablos, a lo mejor

algún día puedo hacer algo.

Mac se levantó. Estaba tiritando. Una nube había cubierto el sol, pero al otro lado de la vía los bosques ralos despedían un resplandor verde y dorado de jóvenes hojas de abeto. La sangre le quemaba como si fuese fuego. Los pies separados, contempló los rieles. Por un recodo, a la distancia, apareció una zorra que traía una cuadrilla local. Vio cómo se acercaba. Delante se agitaba la mancha de una bandera roja. Entre retazos de sombra se fue haciendo más grande y más clara, hasta que emergió bajo un rayo de sol.

—Oye, Mac, si nos queremos evitar un disgusto, será mejor perdernos de vista. Por esta línea suelen andar unos detectives de mierda.

—Muy bien.

Se alejaron unos doscientos metros entre pinos jóvenes y abetos. Mac se paró a orinar junto a un gran abedul recubierto de líquenes. El chorro resplandecía bajo el sol con un tono dorado y desaparecía enseguida bajo la alfombra porosa de hojas tiernas y raíces. Se sentía feliz. Le dio una patada a un leño. Estaba podrido. Se quebró dejando escapar un polvo menudo que parecía humo y fue a dar contra un grupo de arbustos.

Ike se había sentado en un tronco y se estaba escarbando los dientes con una ramita de abedul.

—Oye, Mac, ¿has estado alguna vez en la costa?

—No.

—¿Te gustaría ir?

—Seguro.

—Bien, vayamos los dos juntos a Duluth... Quiero pasar a saludar a la vieja, sabes. Hace tres meses que no la veo. Después podemos trabajar en la cosecha del trigo e irnos a Frisco o a Seattle en otoño. Me dijeron que en Seattle hay buenos colegios nocturnos gratuitos. Quiero estudiar algo, sabes. Todavía no sé nada.

—Perfecto.

—¿Nunca viajaste escondido en un vagón de carga, Mac?

—Bueno, no del todo.

—Tú sígueme y haz lo que haga yo. No te pasará nada.

Desde el fondo de la vía les llegó el silbido de una locomotora.

—Ése que va a tomar la curva es el número tres. Saltaremos apenas haya salido de la estación. Nos dejará en Mackinaw City esta tarde.

Esa misma tarde, fatigados y ateridos, se refugiaron en un pequeño almacén del muelle de vapores de Mackinaw City. Todo parecía ocultarse bajo una niebla cambiante y cruzada por la lluvia que se alzaba del lago. Habían comprado un paquete de galletas de diez céntimos, de modo que en total sólo les quedaban noventa. Estaban deliberando acerca de cuánto debían gastar en la cena cuando el agente de la compañía de barcos, un hombre delgado con chaleco verde y capote de hule, salió de su oficina.

—¿Buscáis trabajo, muchachos? —les preguntó—. Porque aquí hay un tipo de la Lakeview House que está buscando un par de fregaplatos. Parece que la agencia no les mandó bastante gente. Abren mañana.

—¿Cuánto pagan? —preguntó Ike.

—No creo que mucho, pero la comida es muy buena.

—¿Qué te parece, Mac? Ahorramos para el billete y nos vamos a Duluth en barco como dos caballeros.

Así que esa noche pasaron en vapor a la isla de Mackinac. Era un lugar de lo más soso. Estaba lleno de pequeños parajes con letreros que decían LA CALDERA DEL DIABLO, PAN DE AZÚCAR, LA COLINA DE LOS AMANTES, Y de esposas e hijos de ejecutivos de medio pelo de Detroit, Saginaw y Chicago. La mujer de cara gris que dirigía el hotel, conocido como The Management, los hacía trabajar sin parar desde las seis de la mañana hasta el anochecer. No se trataba sólo de lavar platos: había que cortar leña, hacer recados, limpiar los baños, fregar los pisos, transportar equipajes y un montón de cosas raras. Todas las camareras eran esposas más o menos viejas de granjeros arruinados que se dedicaban a la bebida. El único hombre del lugar era el cocinero, un franco-canadiense hipocondríaco y al borde de la anemia que insistía en ser llamado señor Chef. Por las noches se sentaba en su pequeña choza de los fondos del hotel a beber jarabe y farfullar sobre Dios.

Cuando cobraron el salario del primer mes, envolvieron en periódicos sus escasas pertenencias y se embarcaron hacia Duluth a bordo del *Juniata*. El billete les consumió todo su capital, pero al ver desaparecer en el lago, desde la popa, el cerro de la isla cubierto de abetos, se sintieron felices.

Duluth; las vides bordeando la ribera, y las colinas cubiertas de cabañas y las altas chimeneas delgadas y la maraña de elevadores de granos de espaldas encorvadas bajo el humo de las fabricas que se oscurecía contra un cielo color salmón. A Ike no le hacía ninguna gracia bajar del barco, debido a una morena preciosa a la que durante todo el viaje había intentado decir algo.

—Diablos, no te hará caso, Ike, es demasiado fina —le dijo Mac varias veces.

—De todos modos la vieja se alegrará de vernos —dijo Ike mientras bajaban por la pasarela—. Aunque no le había avisado que vendría, pensé que a lo mejor estaría esperándonos en el muelle. Hermano, te apuesto que nos hará una comida de maravillas.

—¿Dónde vive?

—Cerca. Te enseñaré. Oye, no vayas a preguntarle nada sobre mi viejo, ¿eh? No lo soporta demasiado. Supongo que está preso. La vieja tuvo que trabajar mucho para criarnos. Tengo dos hermanos en Búfalo... No me trato con ellos. La vieja borda, remienda, hace pasteles y cosas así. Antes trabajaba en una panadería, pero ahora está muy mal del lumbago. Habría sido una mujer brillante si no hubiésemos sido siempre tan jodidamente pobres.

Doblaron por una calle embarrada que subía a una colina. En la cima había una

casita primorosa que parecía una escuela.

—Allí es donde vivimos... Caray, ¿por qué no habrá luz?

Pasaron por un portal de la cerca de estacas. En un parterre frente a la casa había minutisas en flor. Sintieron el perfume pese a que la oscuridad les impedía vedas. Ike golpeó la puerta.

—Mierda, no sé qué pasa. —Volvió a golpear. Después encendió un fósforo. En la puerta había un cartel clavado que decía EN VENTA y daba el nombre de un agente de fincas—. Cristo, esto sí que es gracioso, debe de haberse mudado. Ahora que lo pienso, no he recibido una sola carta en dos meses. Espero que no esté enferma... Preguntaré en lo de Bud Walker, el vecino.

Mac se sentó a esperar en el escalón de madera. Arriba, por un hueco entre las nubes aún manchadas débilmente por el rojo del ocaso, sus ojos se sumergieron en un vacío negro colmado de estrellas. El perfume de las minutisas le punzó la nariz. Tenía hambre.

Un silbido bajo de Ike lo hizo levantarse.

—Ven —le dijo el otro con aspereza, y empezó a bajar la colina con la cabeza hundida entre los hombros.

—Eh, ¿qué pasa?

—Nada. La vieja se ha ido a Búfalo a vivir con mis hermanos. Las malditas ratas le hicieron vender la casa, supongo que para gastarse el dinero.

—Cristo, Ike, qué mala pata.

Ike no respondió. Caminaron hasta llegar a la esquina de una calle con tiendas iluminadas y tranvías. De un salón se escapaba una melodía tocada por un piano mecánico. Ike se volvió y le dio a Mac una palmada en el hombro.

—Vamos a beber un trago, hermano... Qué joder.

En todo el largo del bar sólo había otro hombre. Era un tipo de edad, alto y muy borracho, con botas de leñador y sombrero de lona, que no dejaba de aullar «A la salud de ella, muchachos» con una voz casi inaudible y trazar círculos en el aire con su larga mano flácida. Ike y Mac bebieron dos whiskis cada uno, tan fuertes y puros que por poco se quedan sin aliento. Ike se guardó el cambio de un dólar en el bolsillo y dijo:

—Mierda, vámonos de aquí. —En el aire frío de la calle empezaron a sentirse ligeros—. Cristo, Mac, larguémonos de este lugar hoy mismo. Es terrible volver a la ciudad donde fuiste niño... Me encontré con todos los imbéciles que conocí y las chicas con que me enredé... El día que llueva sopa yo saldré a la calle con un tenedor.

Cenaron hamburguesas con patatas, pan con mantequilla y café por quince céntimos cada uno en un restaurante del puerto. Después de haber comprado cigarrillos todavía tenían entre los dos ocho dólares setenta y cinco.

—Caray, somos ricos —dijo Mac—. Bueno, ¿adónde vamos?

—Espera un minuto. Daré un vistazo por el puerto. Conocí a uno que trabajaba

allí.

Mac se apoyó en el poste de un farol y esperó fumando un cigarrillo. Ahora el viento se había calmado y no hacía frío. Desde algún charco entre los depósitos le llegaba el pip pip pip de los sapos. En lo alto de la colina alguien tocaba el acordeón. A través de los campos se oía el traqueteo de una locomotora y el estrépito de los vagones de carga y el canturreo apático de las ruedas.

Un rato después oyó el silbido de Ike desde el extremo más oscuro de la calle. Corrió.

—Oye, Ike, tenemos que darnos prisa. Encontré a mi amigo. Va a meternos en un vagón de carga del tren del Oeste. Dice que si tenemos suerte nos llevará bastante lejos de la Costa.

—¿Cómo diablos vamos a comer si estamos encerrados en un vagón?

—Comeremos bien. Déjalo por mi cuenta.

—Pero Ike...

—Cierra el pico, quieres... Toda la condenada ciudad se enterará de lo que vamos a hacer.

Avanzaron de puntillas entre dos hileras de vagones. Por fin Ike encontró una puerta entreabierta y se metió. Mac lo siguió y volvieron a correr la puerta con mucho cuidado.

—Ahora lo que debemos hacer es dormir —dijo Ike, los labios rozando la oreja de Mac—. El tipo ese me dijo que esta noche no habría ningún detective de guardia.

En el fondo del vagón encontraron un fardo roto. Todo olía a paja.

—¿No es espléndido? —preguntó Ike.

—Es la hostia.

El tren partió enseguida y se echaron a dormir uno junto al otro sobre la paja desparramada. El viento frío de la noche se colaba por las grietas del suelo. Durmieron a intervalos. El tren arrancaba y frenaba y volvía a arrancar y retrocedía y avanzaba en los desvíos y las ruedas les martillaban y rugían en los oídos y saltaban en los cruces. A la madrugada cayeron en un sueño profundo y la delgada capa de paja sobre los tablones les resultó repentinamente blanda y cálida. Ninguno de los dos tenía reloj y el día era nublado, de manera que al despertarse no supieron qué hora era. Ike abrió un poco la puerta para poder espiar; el tren corría por un amplio valle inundado, como por un aluvión de agua, por el verdor ondulante del trigo crecido. De tanto en tanto se veía a lo lejos un grupo de árboles semejante a una isla. En ninguna estación faltaba el tronco oscuro y jorobado de un elevador.

—Caray, ése debe ser el río Colorado, pero no sé para qué lado vamos.

—Diablos, me bebería una taza de café —dijo Mac.

—Tomaremos un buen café en Seattle, qué caray, Mac. Volvieron a dormirse, y cuando se despertaron estaban entumecidos y sedientos. El tren se había parado. No se oía ningún ruido. Permanecieron boca arriba, escuchando mientras se desperezaban.

—Joder, ¿dónde estaremos?

Después de un largo rato oyeron crujir las piedras de la vía y comprendieron que alguien estaba revisando los seguros de las puertas de los vagones. Se quedaron tan inmóviles que podían oír los latidos de sus corazones. Los pasos sobre las piedras se acercaban cada vez más. La puerta corrediza se abrió y el vagón se vio súbitamente inundado de luz. No se movieron. Mac sintió en el pecho el rasguño de un palo y se sentó parpadeando. Le retumbaba en los oídos una voz escocesa.

—Imaginé que encontraría pasajeros de lujo... Bueno, vagos, de pie y fuera, si no queréis explicaros con la policía.

—Maldición —dijo Ike, arrastrándose hacia delante.

—Maldecir e insultar no os va ayudar... Si tenéis algo de dinero podéis ir hasta Winnipeg y probar suerte allí. Si no, ya os veo construyendo caminos antes de decir esta boca es mía.

El guardafrenos era un hombre bajito de pelo negro y modales serenos y premeditados.

—¿Dónde estamos, jefe? —preguntó Ike intentando imitar el acento inglés.

—En Gretna... Os encontráis en los dominios de Canadá. Os pueden procesar tanto por cruzar ilegalmente las fronteras de su majestad como por vagancia.

—Bueno, supongo que será mejor desaparecer... Como podrá apreciar, jefe, somos dos hijos de familias nobles metidos en una maldita calaverada.

—Menos maldiciones y jueguecitos. ¿Cuánto tenéis?

—Un par de dólares.

—Vengan.

Ike sacó primero un dólar, después otro; enrollado dentro del segundo billete había uno de cinco. El escocés le arrebató los tres billetes de un solo zarpazo y cerró la puerta corrediza de un golpe. Lo oyeron poner el cerrojo por fuera. Por un largo rato se quedaron sentados a oscuras, en silencio. Por fin Ike dijo:

—Oye, Mac, dame una trompada. Si seré estúpido... Y además no sé cómo los llevaba en el bolsillo... Los tendría que haber guardado adentro del cinturón. Ahora nos quedan solamente setenta y cinco céntimos... Lo más seguro es que telegrafíe para que nos echen de aquí en la próxima ciudad.

—¿Y también hay policía montada para los trenes?

—No tengo ni idea.

El tren volvió a arrancar y Ike se acostó boca abajo y se durmió melancólicamente. Mac se estiró de espaldas, contempló el rayo de luz que se abría paso por la ranura de la puerta y se preguntó cómo sería por dentro una cárcel canadiense.

Esa noche, cuando ya hacía tiempo que el tren estaba detenido en un pesacargas, oyeron que alguien descorría el cerrojo de la puerta. Un rato después Ike no aguantó más, abrió la puerta y los dos saltaron fuera, para caer sobre las piedras, duros y muertos de hambre. En la otra vía también había un tren de carga, de modo que todo

lo que podían ver era una brillante franja estrellada sobre sus cabezas. Se alejaron de los vagones sin dificultad y se encontraron caminando por las calles desiertas y amplias de una gran ciudad.

—Te doy mi palabra de que Winnipeg parece un lugar condenadamente solitario —dijo Ike.

—Debe de ser más de medianoche.

Caminaron y caminaron hasta que por fin dieron con un pequeño restaurante cuyo dueño, un chino, iba a cerrar. Gastaron cuarenta céntimos en estofado, patatas y café. Le pidieron al chino que los dejara dormir en el suelo, detrás del mostrador, pero el hombre los echó y se encontraron otra vez errando como perros por las anchas calles desiertas de Winnipeg. Hacía demasiado frío como para sentarse en cualquier parte y no hallaban ningún sitio que tuviera el aspecto de albergados por treinta y cinco céntimos, así que siguieron dando vueltas hasta que, no mucho después, el cielo empezó a adquirir la palidez de un lento amanecer nórdico de verano. Cuando hubo luz plena volvieron a lo del chino y gastaron los treinta y cinco céntimos en copos de avena y café. Después fueron a la oficina de empleo de la Canadian Pacific y se apuntaron para trabajar en unas obras que se realizaban en Banff. Pasaron las horas que faltaban hasta la partida del tren en la biblioteca pública. Mac leyó parte de *Mirando hacia atrás*, de Bellamy, y Ike, al no encontrar ningún volumen de Marx, se abocó a un extracto de «Cuando el dormido despierte», que incluía la *Stand Magazine*. De modo que cuando subieron al tren estaban rebosantes de revolución socialista inminente y se pusieron a hablar de ella a dos desgarbados leñadores de rostros colorados que viajaban sentados frente a ellos.

Uno de los hombres siguió mascando su tabaco en silencio, pero el otro escupió la bola por la ventana y dijo:

—Mejor que cambiéis de conversación si queréis conservar la salud, ¿estamos?

—Diablos, vivimos en un país libre, ¿no? Todo el mundo tiene derecho a hablar, ¿no? —dijo Ike.

—Hasta que viene un superior y te ordena que cierres el pico.

—Bueno, no hay por qué pelearse —dijo Ike.

Trabajaron todo el verano para el CPR^[4] y para el 1 de octubre llegaron a Vancouver. Llevaban maletas y trajes nuevos. Ike tenía cuarenta y nueve dólares con cincuenta céntimos y Mac ochenta y tres con quince en una flamante billetera de cuero de cerdo. Mac tenía más porque no jugaba al póquer. Alquilaron para los dos una habitación de un dólar y medio y se tumbaron en la cama como príncipes a disfrutar de su primera mañana libre. Bronceados, endurecidos, las manos se les habían vuelto toscas. Después del tufo a pipas rancias, pies sucios y jergones con chinches de las cabañas del ferrocarril, el pequeño cuarto aseado y las camas limpias del hotel les parecieron un paraíso.

Cuando se despertó del todo Mac se sentó y buscó su Ingersoll. Las once. Los rayos del sol que caían sobre la ventana se irisaban con el humo de los bosques

quemados en la costa. Se levantó y se lavó con agua fría en la jofaina. Se paseó por el cuarto secándose los brazos y la cara con la toalla. Mientras lo hacía, recorrerse los contornos del cuello, el hoyo entre los omóplatos y los músculos del brazo le provocó un enorme bienestar.

—Oye, Ike, ¿qué piensas que deberíamos hacer? Yo creo que deberíamos ir en barco como pasajeros normales hasta Seattle, Washington. Yo quiero quedarme allí y conseguir trabajo en una imprenta; eso da dinero. Este invierno voy a estudiar como un condenado. ¿Qué piensas, Ike? Yo quiero salir de este agujero inglés y volver a mi bendito país. ¿Qué piensas, Ike?

Ike gruñó y se giró en la cama.

—Oye, Ike, siéntate, por Cristo, tenemos que darle un vistazo a la ciudad.

Ike se incorporó en la cama.

—Maldición, necesito una mujer.

—He oído decir que en Seattle hay muy buenas fulanas. No te miento, Ike.

Ike saltó de la cama y empezó a salpicarse de pies a cabeza con agua fría. Después se vistió y se paró frente a la ventana a peinarse.

—¿Cuándo parte ese maldito barco? Mierda, anoche me corrí dos veces en sueños. ¿Tú no?

Mac, enrojecido, asintió.

—Mierda, tenemos que conseguir un par de mujeres. Correrse de noche debilita la salud.

—A mí no me gustaría nada enfermar.

—Demonios, un hombre no es un hombre hasta que no se ha pescado tres purgaciones.

—Bah, vamos a ver la ciudad.

—Y bien, hace media hora que estoy esperándote.

Bajaron las escaleras corriendo y salieron a la calle. Recorrieron Vancouver husmeando el olor a vino de los aserraderos que bordean la ribera, deteniéndose bajo los enormes árboles del parque. Después sacaron billetes para el vapor y fueron a una camisería y se compraron corbatas rayadas, calcetines de colores y camisas de seda de cuatro dólares. Cuando subieron la pasarela del barco que iba a Victoria y Seattle, ostentando las maletas, los trajes y las camisas nuevas, se sintieron verdaderos millonarios. Pasearon por la cubierta fumando y mirando a las muchachas.

—Mira, allí hay un par que no parece muy difícil... Apuesto a que son putas — susurró Ike al oído de Mac y, al pasar frente a las dos chicas con capelina que recorrían la cubierta en sentido contrario, le dio un codazo en las costillas—. Mierda, vamos a intentarlo.

Tomaron un par de cervezas en el bar y cuando volvieron a cubierta las chicas habían desaparecido. Desconsolados, pasearon un rato más hasta que encontraron otra vez a las chicas apoyadas en la baranda. Era una noche nublada. El mar y las

islas oscuras cubiertas de abetos despedían un resplandor intermitente de un verde plateado. Las dos muchachas tenían pelo rizado y círculos oscuros bajo los ojos. A Mac le dio la impresión de que eran demasiado viejas, pero Ike ya había emprendido el ataque y era tarde para decir algo. La que le tocó a él se llamaba Gladys. Le gustaba más la otra, que se llamaba Olive, pero Ike había sido más rápido. Permanecieron en cubierta riendo y bromeando hasta que ellas dijeron que tenían frío, de modo que entraron todos al salón y se sentaron en un sofá y Ike fue a comprar una caja de caramelos.

—Hoy comimos cebollas en el almuerzo —dijo Olive—. Espero que no os moleste. Te dije, Gladys, que no deberíamos comer cebolla tan a menudo. Mucho menos antes de subir al barco.

—Dame un beso y te diré si me molesta o no —dijo Ike.

—Oye, te prohíbo que nos hables así, al menos en el barco —le espetó Olive, mientras en las comisuras de sus labios aparecían dos líneas severas.

—Tenemos que cuidarnos terriblemente de lo que hacemos en el barco —explicó Gladys—. La gente sospecha toda clase de cosas de dos chicas que viajan solas hoy en día. ¿No es espantoso?

—Por supuesto. —Ike se les acercó más.

—Fuera... Mucho ruido y pocas nueces; si os conoceré —Olive fue a sentarse al banco de enfrente. Ike la siguió—. Antes en estos barcos se podía hacer lo que uno quería, pero ahora se terminó —dijo Gladys, dirigiéndose a Mac en una íntima voz grave—. ¿Y vosotros habéis estado trabajando en las fábricas de conservas?

—No, trabajamos todo el verano para el CPR.

—Debéis haber ganado mucha pasta —Mac se dio cuenta de que mientras le hablaba miraba de reojo a su amiga.

—Bueno... No tanto... Yo ahorré casi cien dólares.

—Y ahora vais a Seattle.

—Quiero trabajar de linotipista.

—Allí vivimos nosotras, en Seattle. Olive y yo tenemos un apartamento... Salgamos a la cubierta, aquí hace demasiado calor.

Cuando pasaron por delante de los otros dos, Gladys se inclinó y dijo algo al oído de Olive. Después se volvió hacia Mac con una sonrisa melosa. En la cubierta no había nadie. Ella permitió que él la tomara por la cintura. Sus dedos sintieron los nudos de una especie de corsé. La apretó.

—Oh, no seas tan violento, chico —gimió ella con una vocecita divertida.

Él se rió. Al retirar la mano sintió la forma del pecho. Mientras caminaban, su pierna rozó la de ella. Era la primera vez que estaba tan cerca de una mujer. Un rato después ella dijo que tenía que irse a la cama.

—¿Y qué tal si voy contigo?

Ella sacudió la cabeza.

—En el barco no. Te veré mañana; podéis venir con tu amigo a visitarnos en

nuestro apartamento. Os mostraremos la ciudad.

—Claro —dijo Mac. Se quedó paseando por la cubierta, el corazón exaltado. Podía sentir el clamor de las calderas y la estela puntiaguda de agua hendida en la popa, y pensó que así era como se sentía. Se encontró con Ike.

—Mi chica ha dicho que tenía que ir a dormir.

—La mía ha dicho lo mismo.

—¿Has conseguido algo?

—Tienen un apartamento en Seattle.

—La mía me ha dado un beso. No sabes lo caliente que es. Cristo, pensé que iba a asfixiarme.

—Mañana nos saldremos con la nuestra.

Al día siguiente había sol; la ribera de Seattle refulgía y olía a madera almacenada, y cuando bajaron del barco oyeron un estrépito de carros y gritos de conductores. Fueron a la YMCA a pedir una habitación. Estaban hartos de ser obreros o vagabundos. Tenían decidido encontrar un trabajo limpio, vivir decentemente y acudir a la escuela nocturna. Pasearon todo el día por la ciudad y por la noche se encontraron con Gladys y Olive frente al tótem de Pioneer Square.

Las cosas sucedieron con rapidez. Fueron a un restaurante y regaron con vino una cena excelente, y después a una cervecería donde había una banda de música y bebieron whisky sour. De paso hacia el apartamento de las muchachas compraron una petaca de whisky que a Mac estuvo a punto de caérsele en la escalera, y una de ellas dijo: «Por Dios, no hagas tanto ruido, que vendrá la policía», y el apartamento olía a almizcle y a polvos, y en todas las sillas había ropa interior y antes que nada las chicas les exigieron quince dólares a cada uno. Mac se metió en el baño con la suya y ella le pintó la nariz con lápiz de labios y rieron y rieron hasta que él se puso pesado y ella le dio una bofetada. Después se sentaron todos alrededor de la mesa y bebieron más y Ike bailó descalzo la danza de Salomé. Mac se reía, era todo muy gracioso, pero el hecho era que estaba sentado en el suelo y que cuando intentó levantarse cayó de bruces y de repente se encontró vomitando en la bañera mientras Gladys lo insultaba como un demonio. Lo ayudó a vestirse, pero sin encontrar la corbata, y todos dijeron que estaba demasiado borracho y lo echaron y caminó por la calle cantando *Make o noise like o hoop and just roll away, rollaway*, y le preguntó a un policía dónde estaba la YMCA y el policía lo encerró en una celda de la comisaría.

Se despertó con la cabeza como una piedra de molino achacada. Tenía vómito seco en la camisa y los pantalones rotos. Buscó en todos los bolsillos y no pudo encontrar la billetera. Un policía abrió la puerta de la celda y le dijo que se esfumara y salió a encontrarse con un sol refulgente que le cortó los ojos como un cuchillo. El conserje de la YMCA lo miró de una manera rara, pero logró subir a su cuarto y echarse en la cama sin que nadie le dijera nada. Ike todavía no había vuelto. Dormitó sin perder la conciencia de la jaqueca.

Cuando se despertó Ike estaba sentado en el borde de la cama. Tenía los ojos

brillantes y las mejillas sonrosadas. Todavía estaba algo borracho.

—Oye, Mac, ¿y a ti te robaron? No puedo encontrar mi billetera y he tratado de volver, pero no consigo dar con el apartamento. Dios, tendría que haberlas sacudido, malditas... Mierda, todavía estoy borracho como un corcho. Oye, el tipo de la conserjería ha dicho que nos tenemos que ir. En la YMCA no aceptan curdas.

—Joder, pero si pagamos una semana entera.

—Nos devuelve el dinero... Bah, qué demonios, Mac... Estamos a cero, pero me siento de puta madre... Es que después de que te echaron me di un buen revolcón con tu amiguita.

—Me siento como un perro enfermo.

—A mí me parece que si duermo ahora voy a empeorar. Salgamos, te hará bien.

Eran las tres de la tarde. Fueron a un pequeño restaurante chino de la costa y bebieron café. Habían vendido las maletas por dos dólares. El tipo de la casa de empeño no les había aceptado las camisas porque estaban sucias. Fuera llovían puñales.

—Me cago en diez, ¿por qué no nos habremos mantenido sobrios? Cristo, Ike, somos un par de corderitos.

—Lo pasamos bien. Joder, estabas gracioso con toda la nariz pintada.

—Me siento como el demonio... Quiero estudiar y trabajar por algo; tú sabes qué quiero decir. No digo ser un esclavo de porquería, sino trabajar por el socialismo y la revolución y esas cosas; no quiero seguir yendo de un lado para otro todo el tiempo como los tipos esos de los trenes.

—Diablos, otra vez tendremos más cuidado y dejaremos la billetera en algún lugar seguro... Oye, estoy empezando a derrumbarme.

—Te aseguro que si todo el maldito edificio se incendiara no tendría fuerzas para escapar.

Se quedaron sentados en el restaurante chino todo el tiempo posible y después salieron a la lluvia y encontraron una pensión a treinta céntimos la cama en donde pasaron la noche devorados por las chinches. Por la mañana dieron vueltas buscando trabajo, Mac en las imprentas y Ike en las agencias navieras. Se encontraron al atardecer para contarse la mala suerte y, como era una noche tibia, durmieron en el parque. Por fin los contrataron a los dos para un aserradero de Snake River. Viajaron en un camión de la empresa lleno de suecos y finlandeses. Ike y Mac eran los únicos que hablaban inglés. Cuando llegaron al lugar descubrieron que el capataz era tan exigente, la comida tan horrible y las camas tan mugrientas que un par de días después se marcharon. Ya había llegado el frío a las Montañas Azules y, de no haber pedido comida en los campamentos madereros del camino, se hubieran muerto de inanición.

Subieron al tren en Baker City y se las ingenaron para viajar hasta Portland en vagones de carga. Allí no consiguieron trabajo porque tenían la ropa demasiado sucia y debieron descender hacia el sur por el interminable valle del Oregón, salpicado de

granjas frutales, durmiendo en establos y procurándose una comida de tanto en tanto a cambio de cortar leña o hacer algún trabajo doméstico en las casas de campo.

En Salem, Ike descubrió que tenía blenorragia y Mac no pudo dormir por las noches pensando que quizás él también se había contagiado. Intentaron consultar a un médico. Era un hombrón de cara redonda y risa eufórica. Cuando le explicaron que no tenían dinero, les dijo que no importaba y que a cambio de la consulta podían hacerle algún trabajo casero, pero cuando oyó que se trataba de una venérea los echó después de endosarles un ardoroso sermón sobre el precio del pecado.

Siguieron lastimosamente su camino, hambrientos y con los pies llagados. Ike tenía fiebre y sentía dolores al andar. Finalmente llegaron a una pequeña estación de embalaje de frutas, sobre la línea principal del Ferrocarril del Pacífico, en donde había tanques de agua.

Allí Ike dijo que no podía seguir adelante, que tendría que esperar un tren de carga.

—Jesucristo, creo que preferiría la cárcel.

—Cuando en este país uno tiene mala suerte, puede estar seguro de que es muy mala —dijo Mac, y por alguna razón los dos se rieron.

Detrás de la estación, entre unos arbustos, encontraron un viejo vagabundo que calentaba café en una lata. Les dio de beber, les ofreció pan y tocino, y ellos le contaron sus desventuras. El hombre dijo que se marchaba al sur a pasar el invierno y que lo mejor para curar la blenorragia era una infusión de huesos y tallos de cereza.

—Pero ¿de dónde diablos voy a sacar yo tallos y huesos de cereza?

De todos modos, dijo el vagabundo, no había que preocuparse demasiado: no era peor que un resfriado fuerte. Era un viejo alegre con la cara tan sucia que la mugre parecía una máscara de cuero marrón. Iba a probar suerte en un tren que se detenía allí a cargar agua poco después de anochecer. Mientras Ike y el viejo seguían conversando, Mac se quedó dormido. Cuando se despertó, Ike le estaba gritando y todos corrieron para alcanzar el tren, que ya había arrancado. En la oscuridad Mac tropezó y cayó de brúces; se torció una rodilla y hundió la nariz entre las piedras, y cuando logró reincorporarse todo lo que pudo ver fueron las dos luces traseras del tren perdiéndose en la niebla de noviembre.

Eso fue lo último que supo de Ike Hall.

Volvió al camino y cojeó hasta llegar a una hacienda. Un perro le ladraba y temió por sus tobillos, pero estaba demasiado destrozado como para asustarse. Finalmente una mujer corpulenta salió a la puerta de la casa, le dio bizcochos y puré de manzanas y le ofreció dormir en el granero siempre y cuando le entregara todos los fósforos que llevaba. Mac se metió en el granero sin dejar de cojear, se tendió en una pila de pasto seco y se durmió.

A la mañana siguiente el ranchero, un tipo alto y rubio de voz tronante, que se llamaba Thomas, le ofreció trabajo por unos días a cambio de casa y comida. Lo trataron con amabilidad, y tenían una hija muy bonita llamada Mona, de la cual Mac

se enamoró. Era una chica más bien gordita y de mejillas coloradas, fuerte como un varón y sin miedo a nada. Luchaba con Mac y le pegaba y, especialmente después de haber engordado y recuperado fuerzas, él se pasaba las noches sin dormir pensando en ella. Se quedaba de espaldas en la cama de pasto evocando el tacto de ese brazo desnudo que lo rozaba cuando ella le devolvía la boquilla del pulverizador para los frutales o lo ayudaba a hacer una fogata con las ramas podadas, o el contorno de sus pechos y su aliento dulce como el de las vacas ardiéndole en el cuello cuando, por las noches, jugueteaban y se reían después de la cena. Pero los Thomas tenían otros planes para su hija y le comunicaron a Mac que no lo necesitaban más. Lo despidieron con un cargamento de consejos sanos, algunas ropas viejas y un almuerzo frío envuelto en periódicos, pero sin un céntimo. Mientras se alejaba por el camino polvoriento, Mona corrió tras él y lo besó sin importarle que sus padres la vieran.

—Te quiero —le dijo—. Gana mucho dinero y vuelve para casarte conmigo.

—Caray, te juro que lo haré —dijo Mac, y se alejó con los ojos cubiertos de lágrimas pero feliz.

Era una suerte no haberse pescado nada con esa chica de Seattle.

NOTICIARIO VI

ESCÁNDALO en París

HARRIMAN DEMUESTRA SER UN COLOSO DEL RAÍL

Atranpan a un famoso estafador

TEDDY AMENAZA CON UN GARROTE

Obreros de la línea de montaje reclaman descanso

Mientras navegábamos
Por la bahía iluminada
Se oía a alguien susurrar
Parecía decir
No me dejes, me has robado el corazón
Mientras nosotros entonábamos
viejas
y dulces
canciones
de amor
Por la bahía iluminada

LINCHADO DESPUÉS DEL SERMÓN

cuando el metal fundido rebasó el horno vi que los hombres corrían a refugiarse. A la derecha del horno divisé un grupo de diez hombres todos ellos huyendo salvajemente con las ropas en llamas. Aparentemente algunos habían resultado heridos en el momento de la explosión y varios tropezaron y se cayeron. El metal ardiente los cubrió en un instante.

ELOGIAN LA LABOR DE LOS MONOPOLIOS POR EL ORDEN
COMÚN

empresarios rivales trabajan por la paz en torno a mistress Potter Palmer

viejas
y dulces
canciones
de amor

Mientras navegábamos
por la bahía iluminada

EL OJO DE LA CÁMARA (7)

PATINAJE en el estanque cercano a las fábricas de la compañía de platería donde había un extraño olor picante a grasa de ballena que venía del depósito alguien dijo que era lo que usaban para limpiar los tenedores y las cucharas y los cuchillos de plata y darles brillo para venderlos el hielo relucía negruzco hielo temprano que chirriaba como una sierra cuando los primeros patinadores lo rasguñaban dejando marcas blancas Yo no podía aprender a patinar me caía todo el tiempo eh mirad a esos tontos decía todo el mundo los chicos bohemios y polacos ponían piedras en las bolas de nieve escribían palabras sucias en las paredes hacían cosas feas en los senderos sus padres trabajaban en las fábricas

nosotros sanos Jóvenes Excursionistas Americanos hábiles con las herramientas cazadores de ciervos jugábamos al hockey éramos boy scouts y dibujábamos figuras sobre el hielo Aquiles Ajax Agamenón yo no pude aprender a patinar y seguí cayéndome.

EL HECHICERO

Luther Burbank nació en una granja de ladrillos de Lancaster, Mass.,

un inverno atravesó los bosques

haciendo crujir la reluciente capa de nieve

tropezó en un vallecito donde había un tibio manantial

y descubrió que la hierba era verde y crecía la maleza

y berzas silvestres presionando un poderoso pulgar.

Volvió a su casa y se sentó junto a la estufa y leyó a Darwin

Lucha por la Vida Origen de las Especies Selección

Natural no era eso lo que le enseñaban en la iglesia, así

que Luther Burbank dejó de creer se mudó a Lunenburg,

encontró una semilla en una planta de patatas la sembró

y se valió de la Selección Natural de míster Darwin

de Spencer y de Huxley

para la Patata Burbank.

Joven se marcha al Este:

Luther Burbank fue a Santa Rosa

acariciando su sueño de hierba verde en

invierno flores perennes fresas perennemente maduras;

Luther Burbank podría

valerse de la Selección Natural Luther Burbank llevó adelante su sueño

apocalíptico de hierba verde en invierno y fresas sin

semilla ciruelas sin hueso rosas sin espinas y

cactus sin púas —los inviernos eran gélidos en esa gélida granja de ladrillos

de la gélida Massachusetts— lejos de la soleada Santa Rosa;

y se convirtió en un viejo lleno de sol

allí donde florecían rosas todo el año

siempre en flor plenas de vida

híbridas rosas.

América era híbrida

América podía valerse de la Selección Natural. Él era un infiel creía en Darwin y la Selección Natural y en la influencia de los muertos poderosos

y en una buena empresa de frutos

aptos para ser envasados.

Fue un anciano venerable hasta que las iglesias y las congregaciones corrieron la voz de que era un infiel y creía en Darwin. Jamás mientras cultivaba

híbridos cada vez mejores para América
en sus soleados años de Santa Rosa
había Luther Burbank alentado una idea maligna.

Pero esa vez se sentó en un hormiguero;
no quiso abjurar de Darwin y la Selección Natural
y lo picaron y murió
confundido.

Lo enterraron bajo un cedro.

Su fotografía favorita
era la de un niño junto a un lecho de
híbridas y perennes margaritas de Shasta
sin idea maligna alguna
y el monte Shasta como telón de fondo,
que había sido volcán,
pero hoy ya no existen
los volcanes.

NOTICIARIO VII

AFIRMAN QUE ÉSTE SERÁ EL SIGLO DE LOS QUE
POSEAN INTELIGENCIA Y MILLONES

llega en incubadora un bebé nacido
en Mineápolis

Cheyenne Cheyenne
Súbete a mi pony

Jim Hill presenta 939 objeciones al trust del petróleo

ENORME TREN HECHO AÑICOS

desaparecen mujeres y niños admite que presenció flagelaciones e incluso
mutilaciones pero ningún atropello terrible

LA VERDAD SOBRE EL ESTADO LIBRE DEL CONGO

Encuentran graves defectos en el Dreadnaught Santos Dumont habla del rival del
ave de rapiña las vidas de sus esposas, objetivo principal de la extraordinaria carta en
donde los nativos del Congo exigen la retirada de los marines estadounidenses

**LOS BLANCOS DEL CONGO PIERDEN TODA NOCIÓN
DE LA MORAL**

MUJER CAPTURADA POR CAZADORES DE AMBULANCIAS

Thaw se enfrenta al tribunal en una tremenda lucha

EL MUNDO DEL TRABAJO PREOCUPA A LOS POLÍTICOS

última función de Salomé en Nueva York Vano heroísmo de una madre

Aquí cabemos los dos, mi amor
Pero tras la ceremonia
En mi pony trotaremos como si fuésemos uno
En mi pony de Cheyenne

EL OJO DE LA CÁMARA (8)

TE sentaste en la cama a desatarte los zapatos Eh Frenchie gritó Taylor desde la puerta tienes que pelear con Kid no quiero pelear con él tienes que hacerlo, ¿acaso él no está para eso? Freddie asomó la cabeza por la abertura de la puerta e hizo una mueca Tienes que pelear con él mariquita y estaban todos los muchachos del último piso y yo estaba en pijama e hicieron entrar al Kid de un empujón y Kid le dio a Frenchie un golpe y Frenchie le dio un golpe a Kid y tenías gusto a sangre en la boca y todo el mundo gritaba Vamos Kid salvo Gummer él gritaba Pártele la mandíbula Jack y Frenchie derribó a Kid en la cama y todo el mundo lo apartó y lo apretaron contra la puerta y Frenchie se sacudía y no podía ver quién le estaba pegando y Taylor y Freddie le agarraban los brazos y le decían a Kid que se acercara a pegarle pero Kid no quería y Kid estaba llorando

el suave sabor nauseabundo de la sangre y entonces sonó el timbre de luz de noche y se metieron todos en sus cuartos y tú te acostaste y te palpitan las sienes y estabas llorando cuando Gummer entró de puntillas y dijo le ganaste Jack fue una vergüenza el que te pegó de atrás fue Freddie, pero Hoppy también andaba de puntillas por la sala y pescó a Gummer cuando volvía a su cuarto y lo castigó

MAC

PARA el Día de Acción de Gracias Mac ya había logrado llegar a Sacramento, donde consiguió un trabajo de llenar cajones en un depósito de fruta seca. Para Año Nuevo había ahorrado lo suficiente como para comprarse un traje nuevo de tela oscura y viajar en barco río abajo hasta San Francisco.

Llegó a eso de las ocho de la noche. Maleta en mano, se internó en Market Street desde el muelle. Las calles hervían de luces. Muchachos y chicas bonitas con vestidos de colores brillantes se abrían paso con rapidez por entre un brusco viento que agitaba las bufandas y las faldas, daba color a las mejillas y arremolinaba polvo y papeles. En la calle había italianos, portugueses, japoneses, chinos. La gente se apresuraba a entrar en las salas de espectáculos y los restaurantes. De los bares surgía música y se mezclaba con el olor a comida frita en manteca que salía de los restaurantes y con un aroma a cerveza y barriles de vino. A Mac le hubiera gustado ir a un espectáculo, pero tenía sólo cuatro dólares, de modo que alquiló una habitación en la YMCA y comió un trozo húmedo de pastel con café en el desierto bar de al lado.

Apenas entró a la habitación desnuda como un cuarto de hospital abrió la ventana, pero descubrió que daba a una toma de aire. La habitación olía a cierta clase de producto de limpieza y cuando se echó en la cama las sábanas apestan a formal. Se sentía demasiado bien. Era capaz de percibir la pujanza de la corriente de sangre que le fluía por dentro. Quería hablar con alguien, ir a un baile o beber un trago con un amigo o una mujer. Le vino a la memoria el olor a carmín y almizcle del apartamento de las chicas de Seattle. Se sentó en el borde de la cama balanceando las piernas. Después decidió salir, pero antes guardó el dinero en la maleta y le echó la llave. Caminó solo como un fantasma por las calles hasta agotarse; caminó deprisa, sin mirar a los costados, evitando a las chicas maquilladas de las esquinas, a pelmazos que intentaban entregarle tarjetas, a borrachos que buscaban camorra, a pordioseros que gimoteaban pidiendo limosna. Después, amargado, muerto de frío y exhausto, volvió a su habitación y se derrumbó en la cama.

Al día siguiente consiguió trabajo en la imprenta de un italiano calvo de grandes patillas y ondulante corbata negra que se llamaba Bonello. Bonello le contó que había sido camisa roja en los tiempos de Garibaldi y ahora era anarquista. Su ídolo era Ferrer; tomó a Mac de empleado porque pensó que podía convertirlo a la causa. Todo ese invierno Mac trabajó con Bonello, comió espaguetis y bebió vino tinto y habló con él y sus amigos de la revolución por las tardes, concurrió los domingos a pícnic socialistas o mítimes libertarios. Los sábados por la noche iba al burdel con un tipo llamado Miller que había conocido en la YMCA. Miller estudiaba odontología. Se

hizo amigo de una chica llamada Maisie Spencer que trabajaba en la sección de sombrerería de Emporium. Los domingos ella hacía todo lo posible por llevarlo a la iglesia. Era una chica pacífica de grandes ojos azules que lo contemplaba con una sonrisa increíble cuando él le hablaba de la revolución. Tenía unos dientes parejos pequeños como perlas y se vestía con gusto. Después de un tiempo decidió dejar de molestarlo con lo de la iglesia. Le gustaba que él la llevara a oír la banda en el Presidio o a ver las esculturas del Sutro Park.

La mañana del terremoto, cuando se repuso del susto, en lo primero que Mac pensó fue en Maisie. Cuando llegó allí, la casa donde vivía la familia de ella en Mariposa Street todavía estaba en pie, pero los habitantes la habían abandonado. No fue hasta tres días después, tres días de humo y cimientos en ruinas y dinamitajes que pasó trabajando con una cuadrilla de bomberos, que la divisó en una cola de aprovisionamiento a la entrada del Golden Gate Park. Los Spencer estaban viviendo en una tienda, cerca de los invernaderos destruidos.

Al principio ella no lo reconoció porque Mac tenía las cejas y el pelo chamuscado, la ropa desgarrada y estaba cubierto de cenizas de pies a cabeza. Nunca antes la había besado, pero en ese momento la abrazó delante de todo el mundo y lo hizo. Cuando se separaron, ella tenía la cara manchada de hollín. Algunos de los que estaban en la cola se rieron y aplaudieron, pero la vieja que tenían detrás, que llevaba el peinado a la Pompadour tan torcido que se veía que era una peluca, y dos vestidos de seda rosa, uno encima del otro, comentó desdeñosamente: «Ahora tendrás que ir a lavarte la cara».

Después de ese incidente se consideraron comprometidos, pero no podían casarse porque la imprenta de Bonello había quedado destrozada junto con la manzana entera, y Mac sin trabajo. Cuando la acompañaba a su casa por las noches, Maisie solía dejarle abrazarla y besarla en portales oscuros, y él no se animaba a llegar más lejos.

En otoño consiguió un empleo en el *Bulletin*. Era nocturno y apenas podía ver a Maisie como no fuera los domingos, pero así comenzaron a hablar de casarse después de Navidad. Cuando no estaba con ella se sentía dolorido la mayor parte del tiempo, pero apenas la encontraba se derretía por completo. Trató de hacerle leer panfletos socialistas, pero ella se reía, lo miraba con sus grandes e íntimos ojos azules y argumentaba que eran demasiado difíciles. A ella le gustaba ir al teatro y comer en restaurantes con mantel almidonado y camareros bien vestidos.

Por esa época Mac fue una noche a escuchar la conferencia de Upton Sinclair sobre los mataderos de Chicago. A su lado había un muchacho con mono. Tenía nariz de halcón y ojos grises y dos profundas arrugas bajo los pómulos, y hablaba arrastrando pesadamente las palabras. Se llamaba Fred Hoff. Después de la conferencia fueron juntos a beber una cerveza y conversaron. Fred Hoff pertenecía a la nueva organización revolucionaria denominada Industrial Workers of the World^[5]. Después de un segundo vaso de cerveza, le leyó a Mac la declaración de principios.

Fred Hoff acababa de llegar a la ciudad trabajando en la caldera de un carguero. Estaba harto de la comida enlatada y la vida dura del mar. Todavía tenía la paga íntegra en el bolsillo y estaba decidido a no derrocharla en juergas. Había oído hablar de una huelga de mineros en Goldfield y pensaba ir allí a ver si se podía hacer algo. A Mac lo dejó con la sensación de que, ayudando a imprimir mentiras contra la clase obrera, estaba dilapidando su vida.

—Dios mío, hombre, eres de la clase de gente que necesitamos. En Goldfield, Nevada, vamos a publicar un periódico.

Esa misma noche Mac fue al local, llenó una ficha y volvió a su pensión con la cabeza dándole vueltas. «Estaba a punto de venderme a esos hijos de puta», se dijo.

El domingo siguiente Maisie y él habían proyectado subir en el funicular al monte Tamalpais. Cuando el despertador lo obligó a saltar de la cama Mac sentía un sueño espantoso. Tenían que partir muy temprano porque por la noche debía presentarse en su trabajo. Mientras se dirigía a la estación para encontrarse con Maisie a las nueve, la cabeza le rezumaba aún el rechinar de las máquinas impresoras, el olor ácido de las tintas y del papel bajo las prensas y, sobre todo, el perfume del vestíbulo de la casa donde había estado con un par de compañeros, de las habitaciones húmedas y sucias, de los sobacos y el tocador de la muchacha de pelo rizado, el sabor rancio de la cerveza y el arrullo de la voz anodina: «Buenas noches, cariño, a ver si vuelves pronto».

«Dios, soy un cerdo», se dijo.

Por suerte era una mañana transparente, todos los colores de la calle brillaban como cristales. Demonios, estaba harto de ir de putas. Si Maisie fuese su compinche, una rebelde con quien se pudiese hablar como con un amigo... ¿Cómo demonios iba a decirle que dejaría su trabajo?

Ella lo estaba esperando en la estación, con un limpio traje azul marino y un sombrero de ala ancha que le daban el aspecto de un personaje de Gibson. No tuvieron tiempo de decirse nada porque debieron correr para subirse al ferry. Una vez a bordo, Maisie le ofreció el rostro para que la besara y apoyó ligeramente su mano enguantada sobre la de Mac. En Sausalito tomaron el tranvía y mientras corrían para conseguir buenos sitios en el funicular ella no dejaba de sonreírle, y se sintieron tremadamente solitarios ante la majestuosa inmensidad de la montaña tostada, del cielo y el mar. Nunca habían sido tan felices juntos. Maisie corrió delante de él hasta alcanzar la cumbre. Cuando llegaron al observatorio estaban los dos sin aliento. Se apoyaron en la pared, lejos de la vista de los demás, y ella le permitió besarle la cara y el cuello.

Flotaban en el aire retazos de niebla que les ocultaban la bahía, los valles y las montañas en sombras. Un viento helado los recibió cuando fueron a pararse de cara al mar. Una masa revuelta de neblina surgía de las aguas como una marejada. Ella se colgó del brazo de Mac.

—¡Oh, me da miedo, Fainy! —y entonces, de repente, él le contó que había

dejado su trabajo. Ella lo miró asustada, temblando en medio del viento gélido, pequeña y desolada. Comenzaron a resbalarle lágrimas por los costados de la nariz.

—Pensé que me amabas, Fenian... ¿Crees que ha sido fácil esperarte todo este tiempo, esperarte y quererte? ¡Oh, pensé que me amabas! —Él la rodeó con el brazo. No podía decir nada.

Se pusieron a caminar hacia el tren.

—No quiero que la gente me vea llorar... Éramos tan felices hace un rato. Vayamos andando hasta Muir Woods.

—Eso está muy lejos, Maisie.

—No me importa, quiero ir.

—Cristo, qué buena compañera eres, Maisie.

Se pusieron en marcha y todo quedó envuelto en la niebla. Dos horas después se pararon a descansar. Encontraron, alejado del sendero, un claro de hierba en medio de un gran matorral. La niebla parecía borrado todo pero el cielo estaba claro y el sollos entibiaba.

—Me han salido ampollas —dijo ella con una mueca graciosa que hizo reír a Mac.

—No podemos estar demasiado lejos, Maisie, de veras —dijo él.

Quería explicarle lo de la huelga, hablarle de la asociación de obreros industriales y de por qué se marcharía a Goldfield, pero le era imposible. Lo único que hizo fue besarla. La boca de ella se apretó contra sus labios y los brazos le rodearon el cuello.

—Maisie, te juro que nos casaremos de cualquier modo. Estoy loco por ti... Maisie, déjame... Maisie, debes dejarme. No sabes lo terrible que es quererte así y que nunca me permitas...

Se puso de pie y le alisó el vestido. Ella estaba extendida con los ojos cerrados y el rostro lívido; temió que se hubiese desmayado. Mac se arrodilló y la besó suavemente en la mejilla. Ella sonrió, le acarició la cabeza y le revolvió el pelo mientras decía: «Maridito mío». Un momento después se levantaron, atravesaron sin verlo un monte de pinos rojizos y se dirigieron a la parada del tranvía. En el bote decidieron que se casarían esa misma semana. Mac prometió no ir a Nevada.

A la mañana siguiente se levantó deprimido. Se estaba vendiendo. Mientras se afeitaba en el cuarto de baño se contempló en el espejo y exclamó en voz alta:

—Bastardo, te estás vendiendo a esos hijos de puta.

Volvió a la habitación y le escribió una carta a Maisie.

QUERIDA MAISIE:

Te aseguro que no debes pensar ni por un instante que no te amo, pero prometí ir a Goldfield para ayudar a los muchachos a poner en marcha ese periódico, y tengo que hacerlo. Te enviaré mi dirección apenas llegue y si de verdad me necesitas para cualquier cosa, puedes estar segura de que regresaré.

Un montón de besos y todo el amor de
FAINY

Fue a la oficina del *Bulletin*, cobró lo que le debían, hizo su equipaje y se encaminó a la estación para preguntar cuándo había un tren para Goldfield, Nevada.

EL OJO DE LA CÁMARA (9)

DE las fábricas de abono llegaba todo el día un olor horrible y por la noche la cabaña se llenaba de mosquitos que te volvían loco pero estábamos en Crisfield en la Costa Este y si hubiésemos podido cargarla de tomates maíz y melocotones para cruzar la bahía y llevarlas temprano a Nueva York en vez de tener que tratar con los intermediarios de Baltimore hubiésemos montado una granja mecanizada despachado las verduras tempranas irrigado fertilizado enriquecido la tierra agotada por el tabaco de Northern Neck si hubiésemos tenido una lancha a motor habríamos podido transportar ostras en invierno criar tortugas para el mercado

pero en la playa de carga me puse a hablar con un tipo joven no podía ser mucho mayor que yo estaba durmiendo en una de las furgonetas dormía ahí al sol entre el olor de los tallos de maíz y de las bogas podridas de las fábricas de abono tenía el pelo rizado lleno de paja y como tenía la camisa abierta se le veía el cuerpo bronceado hasta la cintura supongo que no valía gran cosa pero había viajado como un vagabundo desde Minnesota se dirigía al Sur y cuando le hablé de la bahía de Chesapeake no se sorprendió aunque dijo Es demasiado lejos para ir a nadar conseguiré un trabajo en una lancha pesquera

BIG BILL

BIG Bill Haywood nació en el sesenta y nueve en una pensión de Salt Lake City.

Se crió en Utah, fue a la escuela en Ophir, un campamento minero donde había tiroteos, faro^[6] los sábados por la noche y whisky derramado sobre las mesas de póquer donde se apilaban dólares de plata reluciente.

A los once años su madre lo entregó a un granjero, pero él se escapó porque el granjero lo azotaba con un látigo. Fue su primera huelga.

Perdió un ojo desbastando una honda con su navaja. Trabajó para comerciantes, vendió en una frutería, fue acomodador del teatro de Salt Lake, recadero y botones del Continental Hotel.

A los quince años

se marchó a las minas de Humboldt County, en Nevada, llevándose por todo equipaje un mono, un jersey, una camisa azul, botas de minero, dos pares de sábanas, un juego de ajedrez, guantes de boxeo y un gran trozo de pudín de ciruelas que su madre había preparado para él.

Después de casarse se instaló en Fort Mc Dermitt, construido en los tiempos de la guerra con los indios y abandonado ahora que ya no existían más fronteras;

allí su mujer dio a luz el primer hijo, sin asistencia de doctor ni comadrona. Bill cortó el cordón umbilical y enterró la placenta;

el niño sobrevivió. Bill ganaba algún dinero supervisando forrajes en Paradise Valley, domando potrillos, recorriendo una ancha tierra indómita.

Una noche en Thompson's Mill se encontró por casualidad con otros cuatro hombres que habían hecho un alto allí para pasar la noche. Los cinco habían perdido un ojo y eran los únicos tuertos de la región.

Perdió su hogar, las cosas se arruinaron, su esposa cayó enferma, tenía que mantener a sus hijos. Fue a Silver City a trabajar de minero.

En Silver City, Idaho, se afilió a la Federación de Mineros del Oeste, que tuvo allí su primer sindicato; fue elegido delegado de sus compañeros ante el congreso de la Federación que se llevó a cabo en Salt Lake City en el noventa y ocho.

A partir de entonces se convirtió en organizador, portavoz y agitador; sus reivindicaciones eran las de todos los mineros; estuvo en Coeur D' Alenes, Telluride, Cripple Creek, ingresó al Partido Socialista, su pluma y su voz atravesaron Idaho, Utah, Nevada, Montana y Colorado llegando a los mineros que luchaban por la jornada de ocho horas, una vida mejor y la distribución de la riqueza que le extraían a las montañas.

En 1905 fue convocada en Chicago una conferencia que se llevó a cabo en el mismo salón de Lake Street en donde veinte años antes los anarquistas habían celebrado sus mítines.

William D. Haywood fue elegido presidente de las sesiones. Fue allí donde se redactó el manifiesto que dio a luz la IWW

Al regresar a Denver fue apresado y conducido a Idaho, donde lo juzgaron junto a Moyer y Pettibone por el asesinato del pastor Steunenberg, despedazado por una bomba en su propia casa.

Cuando los pusieron en libertad en Boise (Darrow fue su defensor), Big Bill Haywood se había convertido en un líder obrero famoso de costa a costa.

Y ahora sus reivindicaciones eran las de todos los trabajadores, era la voz más representativa del Oeste, de los vaqueros, los obreros de la madera, los cosechadores y los mineros.

(La perforadora mecánica había dejado a millares de mineros sin trabajo; la perforadora mecánica había sembrado el pánico entre los mineros del Oeste).

La Federación de Mineros del Oeste mostraba tendencias conservadoras. Haywood trabajaba con la IWW *construyendo una sociedad nueva con la caparazón de la antigua*, participó en la campaña presidencial de Debs, en 1908, en el *Red Special*. Estuvo presente en todas las grandes huelgas del Este, donde crecía el espíritu revolucionario: Lawrence, Paterson, la huelga de metalúrgicos de Minnesota.

Los otros apoyaron el empréstito Morgan, se empeñaron en salvar la democracia wilsoniana, visitaron la tumba de Napoleón y anhelaron un imperio, organizaron brindis con champán en el Ritz y se acostaron en Montmartre con condesas rusas; a lo largo de todo el país, en los destacamentos militares y los almuerzos de empresarios, se opinaba que bien valía la pena sacrificar cierto dinero para arrancarle un grito al águila; lincharon pacifistas, germanófilos, militantes obreros, rojos y bolcheviques.

Bill Haywood fue juzgado con los ciento uno de Chicago, cuando el juez Landis, el zar del béisbol,

con la informalidad de un tribunal de tráfico,
repartió penas de veinte años de prisión y multas de treinta mil dólares.

Dos años después, en Leavenworth, dejaron a Big Bill en libertad bajo fianza (tenía cincuenta años y era un hombre envejecido y quebrantado), la guerra había concluido, pero ellos habían aprendido en el Salón de los Espejos de Versalles cómo se construía un imperio;

los magistrados se negaron a realizar un nuevo juicio.

Era Haywood el que debía decidir si prefería pagar la fianza o pasarse veinte años en la cárcel.

Estaba enfermo de diabetes, su vida había sido dura, la cárcel le había corroído la salud. Rusia era una república de trabajadores; se marchó allí y vivió un par de años

en Moscú pero no fue feliz, era un mundo demasiado ajeno. Allí murió: quemaron los restos de su gran cuerpo gastado y enterraron sus cenizas bajo los muros del Kremlin.

EL OJO DE LA CÁMARA (10)

EL viejo comandante que solía llevarme al Capitolio cuando estaban reunidos el Senado y la Cámara de Representantes había sido miembro del comisariado del Ejército Confederado y tenía modales muy elegantes y por eso los mozos lo saludaban con una reverencia salvo los pajés que eran chicos no mucho mayores que tu hermano una vez tu hermano fue pajé del Senado y de vez en cuando algún senador o un representante lo miraba con los ojos entornados quizás alguno o hacía una reverencia o le daba un apretón de manos o lo saludaba con un gesto

el viejo comandante usaba una chaqueta deportiva de muy buena calidad y patillas en forma de chuleta de cordero y paseábamos despacio por el Jardín Botánico bajo la luz chata del sol y leíamos los cartelitos de los árboles y arbustos y veíamos cómo los petirrojos y los estorninos saltaban en el césped y subíamos la escalera y atravesábamos el aire detenido de la rotonda con sus estatuas muertas y la Cámara del Senado de un rojo pálido y la de Representantes de un verde plano y las salas de las comisiones y el Tribunal Supremo me olvidé de qué color eran el Tribunal Supremo y las salas de las comisiones

y susurrábamos detrás de la puerta de la galería pública y el aire estaba muerto y una voz martilleante se dejaba oír bajo el cristal transparente y resonaba por los largos pasillos repletos de aire muerto y se nos cansaban las piernas y yo pensaba en los petirrojos y el césped y las calles interminables llenas de aire muerto y me dolían las piernas y algo entre los ojos y los viejos se inclinaban entornando los ojos rápidos

quizás alguno de enorme boca apretada y agresiva y se podía sentir la oscuridad polvorienta y el olor de los guardarropas y el aire muerto y me pregunto en qué pensaría el viejo comandante y en qué pensaba yo tal vez en ese gran cuadro de la Corcoran Art Gallery lleno de columnas y escaleras y conspiradores y César exánime en su túnica púrpura César muerto

MAC

MAC apenas se había bajado del tren en Goldfield cuando un hombre fibroso con camisa caqui, polainas y bombachos militares de lona se le acercó y le dijo:

—Con perdón, ¿qué vienes a hacer a este lugar, hermano?

—Soy viajante de una editorial.

—¿Qué clase de editorial?

—De libros de estudio y cosas así; El Buscador de la Verdad y Compañía, de Chicago.

Mac lo soltó todo junto y el hombre pareció impresionarse.

—Supongo que no tiene nada de malo —dijo—. ¿Vas al Eagle? —Mac asintió—. Plug te llevará; es ése que está con los caballos... Estamos buscando a esos malditos agitadores, sabes, la gente del Yo No Quiero Trabajar^[7].

En la puerta del Golden Eagle había dos soldados de guardia, tipos rígidos e imperturbables con las gorras caladas hasta los ojos. Cuando Mac entró, todo el mundo en el bar se giró para mirarlo. Dijo «Salud, amigos» con la mayor discreción posible y buscó al dueño para pedirle una habitación. Lo que más le preocupaba era a quién se atrevería a preguntarle dónde diablos estaba la oficina del *Nevada Worknarn*.

—Supongo que puedo darle una cama. ¿Viajante?

—Sí, vendo libros —dijo Mac.

Al fondo, apoyado en el mostrador, había un hombrón de bigotes de morsa que hablaba a gran velocidad con una voz ululante y ebria.

—Bastaría que me dejaran para que yo echara del pueblo enseguida a esos cochinos. Hay demasiados abogados de mierda metidos en esto. Eche a patadas a esos hijos de puta. Si se resisten, mátelos, eso es lo que le dije al gobernador, pero no, dejan que se metan esos abogados hijos de puta y armen un lío de garantías y habeas corpus y una cantilena que no termina nunca. Me cago en el habeas corpus.

—Muy bien, Joe, díselo a ellos —lo calmó el dueño.

Mac compró un cigarro y salió con sigilo. Apenas la puerta se cerró tras él, el hombrón volvió a gritar:

—Dije que me cago en el habeas corpus.

Era casi de noche. Un viento helado soplabía en la calle bordeada de desvencijadas casas de madera. Chapoteando en el barro mil veces pisado, Mac recorrió varias manzanas escrutando las ventanas a oscuras. Atravesó el pueblo entero, pero no encontró nada que se pareciera a una oficina de periódico. Cuando pasó por tercera vez frente al mismo tugurio chino, refrenó la marcha y se detuvo, vacilante, junto al bordillo. Al final de la calle un peñón irregular de la colina se cernía sobre las casas. Enfrente, un muchacho con la cabeza y las orejas hundidas en

el cuello de la cazadora se recostaba contra el escaparate en sombras de una ferretería. Mac pensó que debía de ser uno de los suyos que custodiaba la zona y cruzó para hablarle.

—Oye, muchacho, ¿dónde está la oficina del *Nevada Workman*?

—¿Para qué diablos quiere saberlo?

Intercambiaron miradas.

—Quiero ver a Fred Hoff... Vengo de San Francisco para ayudar a imprimir el periódico.

—¿Tiene la tarjeta roja?

Mac sacó su carnet de la IWW.

—También tengo el carnet de mi sindicato, si te interesa verlo...

—No, diablos... Ya no hay problema. Pero como dice la gente, supón que yo era policía. Quién sabe dónde estarías ahora.

—Les dije que era vendedor de libros para que me dejaran entrar al maldito pueblo. Y gasté mi último cuarto en un cigarrillo para mantener el camelo.

El otro se rió.

—Muy bien, compañero: te llevaré.

—¿Qué hay aquí? ¿Ley marcial? —preguntó Mac mientras bajaban por un callejón, entre chozas cubiertas de hierbajos.

—Los esquiroles más hijos de puta de Nevada están en este pueblo... Tuviste suerte de que no te echaran a bayonetazos en el culo, como dice la gente.

Al final del callejón había una casita parecida a una caja de zapatos con las ventanas muy iluminadas. Delante de ella, algunos sentados en los escalones carcomidos, se agolpaban hombres jóvenes con ropa de minero.

—¿Qué es esto, una sala de juego?

—Es el *Nevada Workman*... Oye, yo me llamo Ben Evans.

Te presentaré a los demás... Eh, muchachos, éste es el compañero Mc Creary; ha venido de Frisco para ayudarnos a imprimir.

—Choca esos cinco, Mac —dijo uno de casi dos metros que parecía un leñador sueco, y le dio a Mac un apretón que le hizo crujir los huesos.

Fred Hoff llevaba una visera verde y estaba sentado detrás de un escritorio repleto de galeradas. Se levantó y le estrechó la mano.

—Caramba, muchacho, llegas justo a tiempo. Esto es un lío de los mil demonios. Han metido al impresor a la sombra y tenemos que sacar este periódico.

Mac se sacó la chaqueta y fue al fondo a darle un vistazo a la prensa. Estaba inclinado sobre el comodín del tipógrafo cuando Fred Hoff se le acercó y lo llevó a un rincón.

—Oye, Mac, quiero explicarte el lío en que estamos... Es una situación graciosa... La Federación del Oeste nos está traicionando... Son una basura. El otro día estuvo aquí el Santo y ese bastardo de Mullany le disparó en los dos brazos y ahora está en el hospital... Están que hierven porque nosotros propagamos ideas de

solidaridad revolucionaria, ¿te das cuenta? Tenemos de nuestro lado a los empleados de los restaurantes y algunos grupos mineros. Pero los de la AFL^[8] se han dado cuenta y han traído a un organizador de soplones que se entiende con los patrones de las minas en el Montezuma Club.

—Tranquilo, Fred. Déjame entenderlo poco a poco.

—Además el otro día hubo un tiroteo frente al restaurante de la vía y la palmó el imbécil del dueño y por culpa de eso nos metieron presos un par de muchachos.

—Joder.

—Y la semana que viene vendrá a hablar Big Bill Haywood. Así están las cosas más o menos, Mac... Tengo que terminar un artículo... De ahora en adelante tú eres el jefe de impresión: te pagamos diecisiete con cincuenta, como a todo el mundo. ¿Alguna vez has escrito algo?

—No.

—En estos momentos es cuando te arrepientes de no haber trabajado más en el colegio. Mierda, ojalá supiera escribir decentemente.

—Trataré de hacer un artículo, si me dejas.

—Big Bill nos dará algo. Escribe de maravilla.

Instalaron un camastro para Mac detrás de la prensa. Pasó una semana antes de que pudiera regresar al Eagle a buscar su maleta. Encima de la oficina y las máquinas había un altillo amplio con estufa donde dormía la mayoría de los muchachos. Los que tenían mantas las usaban, los que no se cubrían con las chaquetas, y los que no tenían chaqueta dormían como podían. En un extremo de la habitación había una gran hoja de papel en la que alguien había impreso la Declaración en difusas letras de molde. En la pared de yeso de la oficina había una caricatura de un obrero, con el rótulo de la IWW; dándole un puntapié en el trasero a un gordo de chistera señalado mediante una flecha como «Empresario». Encima de ambos habían empezado a escribir «solidaridad», pero no habían logrado pasar de SOLIDA.

Una noche de noviembre Big Bill Haywood habló en el sindicato de mineros. Mac y Fred acudieron para reproducir el discurso en el periódico. El pueblo parecía tan solitario como un antiguo vertedero en el enorme valle cruzado por un viento glacial y la nevada persistente. El salón estaba caliente y saturado por el vapor que se desprendía de tantos cuerpos, el olor a tabaco de mascar y a pesadas ropas de montaña, a lámparas de petróleo, a madera quemada, a sartenes grasientas y a whisky puro. Cuando comenzó el acto los hombres se movían nerviosamente, arrastrando los pies y carraspeando. El mismo Mac se sentía incómodo. Tenía en el bolsillo una carta de Maisie. La sabía de memoria:

MI MUY QUERIDO FAINY:

Ha sucedido justamente lo que me temía. Sabes lo que quiero decir, querido esposo mío. Han pasado ya dos meses y tengo mucho miedo y no tengo nadie a quien contárselo. Mi amor, debes volver enseguida. Moriré si no

lo haces. Moriré de verdad, te echo tanto de menos y me da miedo que lo descubran. Tal como están las cosas, tendremos que marcharnos a otro sitio después de casarnos y no regresar hasta que haya pasado muchísimo tiempo. Si pudiera conseguir trabajo allí, iría contigo a Goldfield. Pienso que sería maravilloso ir a San Diego. Allí tengo amigos y dicen que es un lugar precioso y a la gente le podríamos decir que nos hemos casado hace tiempo. Esposo mío, ven, por favor. Me siento sola sin ti, es muy difícil soportar esto sin apoyo. Las cruces son besos. Tu esposa amante

MAISIE
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Big Bill habló de solidaridad y de apretar filas para enfrentar a la clase gobernante y Mac no podía dejar de preguntarse qué hubiera hecho Big Bill de haber tenido una chica en apuros. Big Bill afirmó que había llegado el día de construir una sociedad nueva en el caparazón de la vieja y que los obreros habían de prepararse para asumir el control de la industria que habían erigido con su sudor y su sangre. Cuando dijo: «Queremos un gran sindicato único» se produjo una explosión de vítores y aplausos en el salón. Sin dejar de aplaudir, Fred Hoff tocó a Mac con el codo.

—Hagamos saltar el techo, Mac.

Los explotadores se encontrarían maniatados ante la solidaridad de la clase obrera entera. Las milicias y los esquiroles también eran miembros del proletariado: cuando llegaran a comprender cuál era su misión histórica, los poderosos ya no podrían utilizarlos más para asesinar a sus hermanos. Los trabajadores debían darse cuenta de que cada combate mínimo por mejores salarios, por la libertad de expresión, por condiciones de vida más humanas, no era sino parte indispensable de la batalla final por la revolución y el comunismo. Mac se olvidó de Maisie. Cuando Big Bill finalizó el discurso, su mente había viajado mucho más allá de aquellas palabras, pero se encontraba instalado en un éxtasis apoteósico. Él y Fred Hoff seguían aclamando al líder, el rechoncho minero húngaro que, junto a ellos, despedía un olor fétido, se hartaba de aplaudir, aplaudía el polaco tuerto que tenían al otro lado y aplaudían los italianos, y el japonesito que trabajaba de camarero en el Montezuma Club, y el vaquero que había concurrido con la esperanza de presenciar una pelea. «Qué orador es el hijo de perra —repetía—. Ya lo digo yo, Utah es un estado de hombres con cojones. Yo soy de Ogden».

Después del mitin Big Bill pasó por la oficina y bromeó con todo el mundo y se sentó a escribir un artículo para el periódico. Sacó una botella y todo el mundo pegó un trago salvo Fred Hoff, a quien no le gustaba lo que bebía Big Bill ni ninguna otra bebida, y después todos se fueron a dormir con el próximo número en máquinas, exhaustos y enfervorizados y felices.

Cuando a la mañana siguiente Mac se despertó, pensó repentinamente en Maisie y releyó la carta; sentado al borde del camastro, mientras los demás aún dormían, sintió que se le nublaba la vista. Hundió la cabeza en un cubo de agua helada de la bomba, tan escarchada que para fundida tuvo que verter antes toda una tetera calentada en el hornillo, pero ni siquiera así logró alejar la preocupación. Cuando fue al bar del chino con Fred Hoff para desayunar, intentó explicarle que iba a volver a San Francisco para casarse.

—No puedes hacernos eso, Mac. Te necesitamos.

—Pero te prometo que volveré, Fred.

—El primer deber de todo hombre es para con la clase obrera —dijo Fred Hoff.

—Tan pronto como haya nacido el niño y ella vuelva a trabajar, estaré aquí de nuevo. Pero tú sabes cómo son estas cosas, Fred. No puedo pagar el hospital con diecisiete dólares a la semana.

—Deberías tener más cuidado.

—Pero, mierda, Fred, yo soy de carne como todo el mundo. Por el amor de Dios, ¿qué pretendes que seamos? ¿Santos de latón?

—Un militante no debe casarse ni tener hijos, al menos no antes de la revolución.

—No estoy abandonando la lucha, Fred... Tampoco pienso venderme; te juro que no lo haré.

Fred Hoff se había puesto muy pálido. Lamiéndose los labios por entre los dientes, se levantó de la mesa y salió del bar. Mac se quedó sentado un largo rato, condenadamente triste. Después volvió a la oficina del *Workman*. Fred Hoff estaba sentado al escritorio escribiendo febrilmente.

—Oye, Fred —dijo Mac—. Me quedaré un mes más. Le escribiré a Maisie ahora mismo.

—Sabía que te quedarías, Mac; no eres ningún cobarde.

—Pero, diablos, macho, tú esperas demasiado de un individuo.

—Demasiado es poco —dijo Fred Hoff.

Mac se puso a imprimir el periódico.

Durante las semanas siguientes se guardó en el bolsillo, una tras otra, las cartas de Maisie sin leerlas. Por su parte le escribía dándole todo el aliento posible, asegurándole que iría apenas los muchachos pudieran reemplazarlo.

Entonces llegó la Nochebuena y leyó todas las cartas juntas. Eran muy parecidas; le hicieron llorar. No tenía ganas de casarse, pero vivir todo el invierno en Nevada sin una chica era algo infernal, y estaba harto de ir de putas. No quería que los muchachos lo vieran con el ánimo por el suelo, de modo que bajó hasta el saloon que frecuentaban los empleados del restaurante a beber un trago. Del local brotaba un bramido de canciones alcohólicas. En la puerta se encontró con Ben Evans.

—Hola, Ben. ¿Adónde vas?

—A beber un trago, como dice la gente.

—Bueno, yo también.

—¿Qué te pasa?

—Estoy jodido.

Ben Evans se rió.

—Cristo, yo también... Y eso que es Navidad, ¿no? Bebieron tres copas cada uno, pero el bar estaba repleto y ellos no tenían ánimo de festejo; de modo que compraron una botella de una pinta —porque para más no les alcanzaba— y la llevaron al cuarto de Ben Evans. Ben Evans era un muchacho moreno y robusto de pelo y ojos muy negros. Provenía de Louisville, Kentucky. Había recibido una educación nada despreciable y era mecánico de automóviles. El cuarto estaba más frío que el hielo. Se sentaron en la cama, cada uno envuelto en una manta.

—Y bien, ¿no es una buena forma de pasar la Navidad? —dijo Mac—. Suerte que Fred no nos pescó.

—Fred es un buen tipo, honrado como no hay dos y todo eso, pero no nos deja vivir en paz.

—Supongo que si los demás fuésemos como él conseguiríamos todo más rápido.

—Es cierto... Pero oye, Mac, todo esto me deprime, el tiroteo, los tipos esos de la Federación del Oeste que van al Montezuma Club y coquetean con el maldito delegado de Washington.

—Bueno, todavía no nos traicionó ningún *wobbly*^[9].

—No, pero no somos suficientes.

—Lo que necesitas es un trago, Ben.

—Es lo mismo que con esta botella de mierda, como dice la gente, si tuviéramos bastante nos emborracharíamos, pero la cosa es que no tenemos. Si tuviéramos bastantes tipos como Fred Hoff haríamos la revolución, pero no los tenemos.

Le pegaron un trago cada uno a la botella y después Mac dijo:

—Oye, Ben, ¿alguna vez tuviste una chica en apuros, una chica que querías como a nadie?

—Seguro, cientos de veces.

—¿Y no te preocupaba?

—Por Dios, Mac, una chica que no sea una puta no va a abandonarte, ¿no?

—Yo no lo veo así, Ben... Pero, joder, no sé qué hacer... Es una buena chica, ¿comprendes...?

—Yo no confío en ninguna... Una vez conocí un tipo que vivía con una chica así, se lo tomó en serio y la llenó. Y cuando se casó con ella de veras resultó que era una puta de mierda y que tenía sífilis. Hazme caso, muchacho... Amalas y déjalas, no hay otra solución para gente como nosotros.

Terminaron la botella. Mac volvió a la oficina del *Workman* y se durmió sintiendo el ardor del whisky en el estómago. Soñó que atravesaba un campo con una chica en un día tibio. El whisky le había dejado un sabor tórrido y dulce en el paladar y le zumbaba en los oídos como un puñado de abejas. No sabía bien si la chica era Maisie o una puta cualquiera, pero se sentía abrigado y enternecido y ella le decía con una

vocecita acariciante «Ámame, muchacho», y podía verle el cuerpo a través del vestido de gasa transparente cuando se inclinaba repitiendo una y otra vez «Ámame, muchacho».

—Eh, Mac, ¿te vas a levantar de una buena vez? —Fred Hoff, de pie al lado de él, se frotaba el cuello y la cara con una toalla—. Quiero limpiar antes de que lleguen los demás.

Mac se sentó en el camastro.

—Bueno, ¿qué pasa? —No tenía resaca pero estaba deprimido; solía presentido enseguida.

—Oye, anoche estabas algo espeso, ¿no?

—Como el demonio, Fred... Bebí un par de tragos, pero Jesús...

—Te oí tambalearte como un vago portuario.

—Escúchame, Fred, no necesitas hacer de niñera. Sé cuidarme.

—Un destacamento de niñeras es lo que necesitáis... Ni siquiera sois capaces de esperar que ganemos la huelga para emborracharnos e ir de putas.

Mac estaba sentado en el borde de la cama, atándose los zapatos.

—¿Y por qué carajo crees que nos quedamos aquí? ¿Porque nos hace bien a la salud?

—La verdad es que no sé para qué carajo os quedáis la mayoría de vosotros —dijo Fred Hoff, y se fue dando un portazo.

Un par de días más tarde encontraron por casualidad a un sujeto que sabía manejar una linotipia y Mac se marchó del pueblo. Vendió su maleta y su mejor ropa por cinco dólares y se subió a un tren de furgones cargados de mineral de cobre que lo llevó hasta Ludlow. En Ludlow se limpió la boca de polvo de álcali, comió y se puso presentable. Lo carcomía la ansiedad de llegar a Frisco, se le ocurría todo el tiempo que Maisie podía llegar a matarse. Estaba desesperado por verla, por acariciarle suavemente la mano mientras conversaban sentados uno junto al otro como habían solidado hacer. Después de esos terribles meses polvorientos en Goldfield necesitaba una mujer. El billete a Frisco costaba 11,15 dólares y él apenas tenía cuatro. Arriesgó un dólar en el tragamonedas del bar de la estación, pero lo perdió y se fue lleno de rabia.

NOTICIARIO VIII

EL profesor Ferrer, ex director de la Escuela Moderna de Barcelona, que había sido acusado de ser el principal instigador del reciente movimiento revolucionario, fue condenado a muerte y será fusilado el miércoles a menos que Cook que aún confía en los esquimales sostiene que el interior de la isla de Luzón es el lugar más hermoso de la tierra

UNA PIZCA DE HUMOR EN LAS CONVERSACIONES SOBRE EL POLO

Oh no me enterréis en la pradera
Cobijado por el aullido de los lobos
Bajo el ulular del viento y el silbido de las víboras

GITANOS AMBULANTES SITIAN FORTALEZA DEL PECADO

destacadas personalidades nacionales aguardan el inicio de un viaje obra propagandística ambulante del Club Femenino Englewood miles de evangelistas se abren paso en el corazón de la mayoría silenciosa es arrestado en posesión de 3018 \$

DONA UN MILLÓN PARA LA LUCHA CONTRA LA LOMBRIZ SOLITARIA

fantasmal desfile de gitanos por los barrios bajos del Sur de la ciudad
haciendo gala de un coraje que provocó el llanto de los doce hombres del pelotón de fusilamiento Francisco Ferrer se encaminó esta madrugada a la fosa que había sido preparada para recibir su cuerpo después de cumplirse la sentencia

MUERE AHOGADO EN SU AUTOMÓVIL

EL OJO DE LA CÁMARA (11)

LOS Pennypacker iban a la iglesia presbiteriana y sus hijas cantaban en el coro con frías y chillonas voces de soprano y a todos los que iban a la iglesia los saludaban y afuera las hojas de verano se agitaban verdeazulamarillas y todos nos sentábamos en las filas de bancos y yo le pregunté a míster Pennypacker diácono de la iglesia ¿quiénes eran los Molly Maguire?

por las ramas del roble blanco correteaba una ardilla pero las hijas de Pennypacker y todas las chicas cantaban el anatema todas con sus mejores sombreros ¿quiénes eran los Molly Maguire? pero ya era tarde en la iglesia no se podía hablar y los mejores sombreros y los hermosos vestidos rosas verdes azules amarillos de las chicas y la ardilla correteando ¿quiénes eran los Molly Maguire?

y antes de poder darme cuenta tomé la comunión y quería decir que no me habían bautizado pero todos los ojos parecieron cerrarse cuando empecé a decirle a Con

la comunión fue zumo de uva en vasitos y trocitos de pan duro y uno tenía que tragarse el pan y taparse la boca con el pañuelo y parecer sagrado y los vasitos hacían un ruido gracioso como de chupar y la iglesia serena bajo la luz dominical azul brillante entre robles que se agitaban y el olor a frito de la casa blanca y el humo dominical parsimonioso azulado de las chimeneas subiendo desde cocinas donde el pollo frito y las patatas se mojaban en salsa marrón para mantenerlos calientes

en medio de las ardillas y las bebidas en medio del domingo azul de verano en Pensilvania sorbíamos los vasitos para beber la última gota de comunión y yo sentía un hormigueo en la nuca me castigarían por alegrarme comer pan beber la comunión yo que no creía ni estaba bautizado ni era presbiteriano y ¿quiénes eran los Molly Maguire? hombres enmascarados que por la noche cabalgaban y disparaban contra los graneros por la noche ¿qué buscaban en la noche ancestral?

la ceremonia terminó y todo el mundo salió y se saludó cuando salía y todo el mundo tenía hambre después de la comunión pero yo no pude comer demasiado sentía un hormigueo en la nuca me asustaban los jinetes enmascarados Molly Maguire

NOTICIARIO IX

E STRELLAS ARRUINADAS POR EL ALCOHOL

«Oh, no me enterréis
en la pradera»

Pero nadie oyó su ruego agónico
y en la pradera salvaje lo enterraron

DIRECTOR DEL COLEGIO PROHÍBE BESARSE

entonces recobramos el valor porque comprendimos que existía la posibilidad de que nos salvaran y volvimos a gritar pero no sabíamos si nos oían. Luego desbloquearon y perdí el conocimiento. Todos esos días y noches cayeron juntos sobre mí y me quedé dormido

A MEDIANOCHE SE DECIDE EL DESTINO DE ALTMAN

Hace cuatro días que estamos aquí abajo. Eso es lo que calculo, porque se nos han parado los relojes. He esperado a oscuras porque nos hemos comido la cera de las lámparas de seguridad. También he comido un rollo de tabaco, un poco de corteza y parte de mi zapato. Logré masticarlo. Espero que puedas leer esto. No le tengo miedo a la muerte. Oh, Virgen Santa, ten piedad de mí. Creo que me ha llegado la hora. Tú sabes bien lo que poseo. Trabajamos juntos para conseguirlo y es todo tuyo. Esta es mi voluntad y tienes que cumplirla. Has sido una buena esposa. Que la Virgen te proteja. Espero que algún día esto llegue hasta ti y lo puedas leer. Hace mucho tiempo que nadie habla aquí abajo y me pregunto qué habrá sido de mis camaradas. Adiós hasta que el cielo nos reúna.

Molesta a una chica y es azotado en público

AVESTRUCESES CODICIADAS

En una cajita de tres por seis
Donde sus huesos se pudren en la soledad

MAC

MAC se dirigió al tanque de agua, más allá del patio de la estación, para esperar una oportunidad de saltar a un furgón. El sombrero y los zapatos rotos del viejo estaban cubiertos de tierra; encorvado, se había sentado con la cabeza apoyada en las rodillas y no se movió hasta que Mac se plantó delante de él. Mac se le sentó al lado. El viejo rezumaba un olor rancio a sudor griposo.

—¿Qué le pasa, abuelo?

—Estoy acabado, eso es todo... He sido tuberculoso toda mi vida y ahora me está llamando la parca —la boca se le torció en un espasmo de dolor. Dejó colgar la cabeza entre las rodillas. Un minuto después volvió a alzarla, boqueando convulsivamente como un pez moribundo. Cuando recuperó el resuello, dijo—: Es como si me cortaran los pulmones con una navaja. Quédate, por favor, muchacho.

—Por supuesto —dijo Mac.

—Oye, muchacho... Lo que quiero es viajar al Oeste, a donde hay árboles y esas cosas... Tienes que ayudarme a saltar a un vagón... Yo solo no puedo, estoy muy débil... No me permitas acostarme... Si lo hago empezaré a sangrar —volvió a ahogarse.

—Tengo un par de dólares. A lo mejor puedo arreglar algo con el guardafrenos.

—Tú no hablas como un vagabundo.

—Soy impresor. Quiero llegar a San Francisco lo más pronto posible.

—Un trabajador; si seré hijo de puta... Oye, muchacho... hace diecisiete años que yo no muevo un dedo.

Llegó el tren y la locomotora se detuvo jadeando frente al tanque de agua.

Mac ayudó al viejo a levantarse y consiguió acomodarlo en un rincón de un furgón cargado con piezas para máquinas tapadas con una lona. Vio que el fogonero y el maquinista los observaban desde su puesto sin decir nada.

Cuando el tren se puso en marcha arreció el viento. Mac se quitó la chaqueta y la colocó bajo la cabeza del viejo para evitar que se golpeara con los bandazos del vagón. El viejo iba sentado con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Mac no sabía si se había muerto o no. Comenzó a oscurecer. Mac sentía un frío terrible y se envolvió temblando en un pliegue de la lona, en la otra punta del vagón.

En la penumbra del amanecer Mac se despertó de un sueño inquieto castañeteando los dientes. El tren se paró en un desvío. Tenía las piernas tan acalambradas que le costó un buen rato incorporarse. Se acercó al viejo, pero le fue imposible averiguar si estaba vivo. La claridad aumentó un poco; el horizonte empezó a reflejarse al este como un pedazo de hierro en una forja. Mac saltó a tierra y caminó junto al tren hasta el vagón de cola.

El guardafrenos roncaba aferrado a su linterna. Mac le dijo que en uno de los vagones de carga había un viejo vagabundo que se estaba muriendo. El guardafrenos tenía una botella de whisky en el abrigo que colgaba de un clavo en la pared del furgón. Regresaron juntos. Cuando llegaron al furgón ya era casi de día. El viejo había caído de costado. Tenía la cara blanca y grave como la estatua de un general de la Guerra Civil. Mac le abrió la chaqueta, la camisa y la ropa interior mugrienta y raída y le puso la mano sobre el pecho. Estaba frío e inerte como un tablón. Cuando retiró la mano tenía sangre pegada.

—Hemorragia —dijo el guardafrenos, con un lacónico chasquido de la lengua.

El guardafrenos dijo que tenían que bajar el cuerpo del tren. Lo tendieron en la zanja junto al balasto con el sombrero en la cabeza. Mac le preguntó al guardafrenos si no había una pala para enterrarlo y protegerlo de los pájaros, pero el otro contestó que no hacía falta, que lo enterrarían los inspectores de vías. Se llevó a Mac con él al vagón de cola, le ofreció un trago y le pidió que le contara cómo había muerto el viejo.

Mac logró llegar a San Francisco.

Al principio Maisie estuvo con él fría y sarcástica, pero después de un rato de charla confesó que lo veía más delgado y andrajoso como un vago y se echó a llorar y lo besó. Fueron a sacar del banco los ahorros de ella y compraron un traje para Mac y después fueron al ayuntamiento y se casaron sin contarle nada a los parientes. En el tren a San Diego se sintieron los dos muy felices. Al llegar alquilaron un cuarto amueblado con derecho a cocina y le dijeron a la dueña que llevaban un año de casados. A la familia de Maisie le enviaron un telegrama avisándola de que estaban de luna de miel y que regresarían pronto.

Mac consiguió trabajo en una imprenta y empezaron a pagar las mensualidades de un bungalow en Pacific Beach. El trabajo no era malo y la vida tranquila con Maisie lo hacía feliz. Después de todo ya había pasado bastante tiempo moviéndose de un lado para otro. Cuando Maisie se internó en el hospital para tener el bebé Mac tuvo que pedirle a Ed Balderston, su jefe, dos meses adelantados. Aun así debieron hipotecar el bungalow por segunda vez para pagar al médico. El bebé fue una niña de ojos azules y la llamaron Rose.

La vida en San Diego era sosegada y llena de sol. Por la mañana Mac iba al trabajo en tranvía y volvía por la noche en tranvía y los domingos daban vueltas por la casa o a veces se sentaba en una de las playas con Maisie y la niña. Se sobreentendía que después de los malos ratos que Mac le había hecho pasar, era ella la que tenía derecho a imponer sus condiciones. Al año siguiente tuvieron otro bebé y el parto fue difícil y Maisie estuvo muchos días en el hospital, de modo que ahora a Mac el sueldo sólo le alcanzaba para pagar los intereses de sus deudas, y se pasaba el tiempo inventando triquiñuelas para prolongar el crédito en la verdulería, la panadería y la lechería. Maisie leía un montón de revistas y siempre quería algo nuevo para la casa, una pianola, una nevera nueva o una cocina eléctrica. Sus hermanos ganaban

mucho dinero vendiendo fincas en Los Angeles y su familia empezaba a adquirir una buena posición social. Cada vez que recibía una carta le insistía a Mac para que le pidiera un aumento a su patrón o buscara un trabajo mejor.

Cuando se encontraba en la ciudad a algún wobbly en apuros o se realizaba una colecta para ayudar a una huelga o algo por el estilo, contribuía con un par de dólares; pero no podía hacer más porque temía que Maisie lo descubriera. Cada vez que ella encontraba en la casa *El llamado a la Razón* o cualquier periódico radical lo quemaba, y entonces indefectiblemente discutían, se ponían de mal humor y se hacían la vida insopportable el uno al otro varios días, hasta que Mac decidía que no tenía sentido y no volvía a hablar del tema. Pero el tema los alejaba, como si ella presintiera que en la vida de él existía otra mujer.

Un sábado por la tarde Mac y Maisie habían arreglado que una vecina se ocupara de los niños. Iban a un teatro de variedades cuando, en la esquina de la farmacia Marshall, divisaron un grupo de gente. Un muchacho delgado vestido de azul, de pie junto al poste de la alarma para incendios, estaba leyendo la Declaración de la Independencia: *Cuando en el curso de los acontecimientos humanos...* Un policía se le acercó y le ordenó que circulara... *inalienable derecho..., vida, libertad y la búsqueda de la felicidad*.

Ahora los policías eran dos. Uno de ellos había agarrado al muchacho por los hombros y trataba de separarlo del poste.

—Vamos, Fainy, llegaremos tarde —decía Maisie.

—Eh, traed una lima. El bastardo se ha encadenado al poste —oyó que decía uno de los policías.

A esas alturas Maisie ya se las había ingeniado para arrastrarlo hasta la taquilla del teatro. Después de todo había prometido llevarla a la función y era la primera vez que ella salía en todo el invierno. Lo último que vio fue que el policía tiraba del muchacho y le daba un golpe en la mandíbula.

Mac estuvo toda la tarde sentado en la colmada oscuridad del teatro. No vio las obritas ni las películas que pasaban entre actos. No cambió con Maisie ni una palabra. Se quedó sentado con una sensación de repugnancia en el estómago. Los muchachos debían de estar preparando una manifestación por la libertad de expresión. De vez en cuando observaba el rostro de Maisie a la débil luz que llegaba desde el escenario. Había engordado un poco y ostentaba curvas satisfechas como las de un gato sentado junto al fuego, pero todavía era bella. Ya se había olvidado de todo y estaba absolutamente feliz con su espectáculo, los labios abiertos, los ojos resplandecientes como una chica en una fiesta. «Supongo que he acabado por venderme a los hijos de puta —se repetía Mac—. Ya lo sé, ya lo sé».

El último número del programa era el de Eva Tanguay. La voz nasal que cantaba *Yo soy Eva Tanguay y no me importa* sacó a Mac de su letargo. De golpe todo le pareció claro y transparente, el proscenio con sus recargados adornos dorados, los rostros en los palcos, las cabezas delante de él, el escenario y las partículas de polvo

flotando en la luz azul y ámbar, la mujer huesuda que se meneaba bajo el luminoso arco iris de los reflectores.

Los periódicos dicen que estoy loca
Pero... no... me... importa.

Mac se levantó.

—Maisie, te veré en casa. Quédate a escuchar esto. Yo estoy un poco cansado.

Antes de que ella pudiera responder, pasó por entre la gente y la otra hilera de butacas, se escurrió por el pasillo y salió. En la calle no había otra cosa que la muchedumbre normal de los sábados por la noche. Mac dio vueltas y vueltas por el centro. Ni siquiera sabía dónde estaba el local de la IWW Tenía que hablar con alguien. Al pasar por el Hotel Brewster sintió olor a cerveza. Lo que necesitaba era un trago. Si seguía así se volvería loco.

En la esquina siguiente entró a un bar y bebió cuatro whiskis de centeno, uno tras otro. La barra estaba atestada de hombres que bebían manoseándose unos a otros, hablando de béisbol, de boxeo, de Eva Tanguay y su danza de Salomé.

Al lado de Mac había un tipo corpulento de cara ofuscada con un sombrero de ala ancha echado hacia atrás. Cuando Mac iba a alzar su quinta copa, el hombre le puso la mano en el brazo y dijo:

—Si no le molesta, ésta la pago yo... Estoy festejando.

—Gracias. A su salud —dijo Mac.

—Si no le molesta que se lo diga, está bebiendo como si quisiera terminar todo el barril y no dejarnos nada... Pida un licorcito.

—Muy bien, compañero. Que sea un licor de cerveza.

—Me llamo Mc Creary —dijo el grandote—. Acabo de vender mi cosecha de fruta. Soy del camino de San Jacinto.

Se estrecharon las manos efusivamente.

—Caray, qué coincidencia... Debemos ser parientes o algo parecido... ¿De dónde es usted, compañero?

—De Chicago, pero mis padres eran irlandeses.

—Los míos del Este, de Delaware... Claro que la materia prima es la misma: la mejor, mezcla de escoceses e irlandeses.

Bebieron más para celebrarlo. Después fueron a otro bar y se sentaron a una mesa apartada y conversaron. El hombre habló de su granja y de su cosecha de albaricoques y de que su esposa estaba en cama desde el último parto.

—Quiero a esa chica horriblemente, pero ¿qué voy a hacer? Un tipo no puede castrarse para ser fiel a su mujer.

—A mí la mía me gusta mucho —dijo Mac—. Y tengo dos niños preciosos. Rase tiene cuatro años y ya empieza a leer, y Ed está por largarse a caminar... Pero, mierda, antes de casarme yo tenía la esperanza de ser alguien en el mundo... No digo

que me considerara un tipo especial... Ya sabes de qué te hablo.

—Claro, compañero, yo también pensaba así cuando era joven.

—Maisie es una buena chica, cada día me gusta más —dijo Mac, y sintió que lo invadía una húmeda y tibia ola de cariño, parecida a la de ciertos domingos por la noche en que ayudaba a Maisie a bañar a los niños y acostarlos y el cuarto conservaba el vapor que manaba de los cuerpos y súbitamente sus ojos se encontraban con los de ella y no tenían ningún sitio adónde ir y allí estaban los dos juntos.

El hombre del camino de San Jacinto empezó a cantar:

Mi mujer se marchó al campo,
Hurra, hurra.

Yo amo a mi mujer, pero muchacho,
Mi mujer se marchó.

—Pero qué caray —dijo Mac—, un hombre tiene que trabajar por algo más que él mismo y sus hijos para sentirse bien.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, compañero; cada uno a lo suyo y el diablo se los lleva a todos.

—Mierda —dijo Mac—. Cómo me gustaría largar me de nuevo al camino o estar en Goldfield con los muchachos.

Bebieron y bebieron y comieron el menú y después bebieron más whisky de centeno con licor de cerveza y el hombre del camino de San Jacinto tenía un número de teléfono y llamó a ciertas chicas y compraron una botella de whisky y fueron a verlas a su apartamento, y el hombre del camino de San Jacinto sentó a una en cada rodilla mientras cantaba *Mi esposa se marchó al campo*. Mac se sentó a eructar en un rincón con la cabeza caída sobre el pecho; y de repente le sobrevino una rabia amarga y se levantó haciendo tambalear una mesa de la cual cayó un jarrón de cristal.

—Mc Creary —dijo—. Éste no es un lugar para un rebelde con conciencia de clase... Maldición, yo soy un wobbly... Me voy a meter en esa manifestación por la libertad de expresión.

El otro Mc Creary siguió cantando y no le hizo caso. Mac salió dando un portazo. Una de las chicas lo persiguió quejándose porque el jarrón se había roto, pero él le dio una bofetada y bajó a la calle desierta. Había salido la luna. Mac había perdido el último tranvía y tuvo que volver a su casa caminando.

Cuando llegó encontró a Maisie sentada en el porche, envuelta en una bata. Estaba llorando. «Y te había preparado una cena especial», decía una y otra vez, sin dejar de mirarlo con los mismos ojos fríos y resentidos que lo habían recibido al regresar de Goldfield, antes de que se casaran.

Al día siguiente se despertó con un dolor de cabeza restallante y acidez en el estómago. Se dio cuenta de que había gastado quince dólares que le estaban vedados.

Maisie no le dirigía la palabra. Se quedó dando vueltas en la cama, sintiéndose miserable y deseando dormirse para siempre. Esa noche estaba invitado a cenar Bill, el hermano de Maisie. Apenas llegó, Maisie empezó a hablarle de Mac como si no hubiese sucedido nada. A Mac lo desesperó comprender que sólo era una maniobra para que Bill no se enterara de la pelea.

Bill era un hombre musculoso con pelo de estopa y cuello colorado, que empezaba a juntar grasa. Se sentó a la mesa a devorar el asado y el pan de maíz que había preparado Maise y habló hasta por los codos del auge del negocio inmobiliario en Los Angeles. Había sido maquinista de ferrocarril, había resultado herido en un choque y había tenido suerte en la compra de dos terrenos con el dinero de la indemnización. Intentó convencer a Mac de que dejara su trabajo de San Diego y se marchara con él.

—Por consideración a Maisie te acomodaré en un buen puesto —no se cansaba de repetir—, y en diez años serás rico, como yo voy a serlo en menos tiempo aún... Este es el momento de tomar la decisión, Maisie, ahora que todavía sois jóvenes. Después será demasiado tarde y Mac tendrá que trabajar toda la vida.

Los ojos de Maisie relucían. Llevó a la mesa un pastel de chocolate y una botella de vino dulce. Le ardían las mejillas y se reía todo el tiempo mostrando los dientes perlados. Mac no la había visto tan bonita desde el primer parto. Oír a Bill hablar de dinero la embriagaba.

—Supón que hay un individuo que no quiere ser rico... ¿No sabes lo que dijo Gene Debs? «Quiero escalar posiciones con la gente y no sobre la gente».

Maisie y Bill se rieron.

—Cuando un tipo habla así, es que está listo para el loquero, te lo aseguro —dijo Bill.

Mac enrojeció pero no dijo nada.

Bill apartó su silla de la mesa y carraspeó con solemnidad.

—Mira, Mac... Yo estaré unos días en esta ciudad para evaluar la situación, pero la impresión que tengo es que aquí la Cosa está muerta. Ahora bien, lo que te propongo es lo siguiente... Tú sabes lo que pienso de Maisie... Creo que es la chica más dulce del mundo... En fin, he aquí mi propuesta: tengo en la Ocean View Avenue varios bungalows estupendos de estilo californiano, sobre los que aún no he decidido nada. Ocho metros de frente sobre una calle residencial sofisticada por treinta metros de fondo. He pagado por ellos treinta mil dólares en efectivo. Dentro de un par de años ninguno de nosotros podrá meter allí las narices. Será todo de los millonarios... Ahora bien, si quieres poner la casa a nombre de Maisie, te diré lo que voy a hacer... Haré un cambio de propiedades contigo, pagando todos los gastos de la escritura, la transferencia y el saldo de las hipotecas, de modo que quede todo en familia, y tú te verás lanzado al camino del progreso sin tener que efectuar pagos mucho más considerables de los que te supone esta casa.

—¡Oh, Bill querido! —exclamó Maisie. Corrió hasta Bill, le besó la frente y se

sentó en el brazo de su silla balanceando las piernas.

—Demonios, tendré que pensarla —dijo Mac—. Es una oferta muy generosa.

—Fainy, creí que serías más agradecido con Bill —le espetó Maisie—. Está clarísimo que aceptamos.

—No, Mac tiene razón —dijo Bill—. Una propuesta semejante debe ser meditada. Pero ten en cuenta las ventajas incluidas: mejores colegios para los niños, un barrio de más categoría y una ciudad en alza en lugar de una agonizante, la posibilidad de progresar en la vida y no seguir siendo un esclavo a sueldo.

De modo que un mes más tarde los Mc Creary se mudaron a Los Angeles. Los gastos del traslado y la instalación de los muebles significaron para Mac una deuda de quinientos dólares. En medio del lío Rose tuvo sarampión y la cuenta del médico se sumó a lo anterior. Mac no conseguía trabajo en ninguno de los periódicos. En el local del sindicato le comunicaron que había diez hombres en la misma situación que él.

Pasaba mucho tiempo caminando por la ciudad, meditabundo. Ya no tenía ganas de estar en casa. No se entendía con Maisie. Ella siempre estaba pensando en lo que sucedía en la casa de Bill, en qué clase de ropa usaba su esposa, Mary Virginia, en cómo educaban a sus hijos, en el fonógrafo nuevo que tenían. Mac se sentaba en los bancos de los parques de las afueras a leer *El llamado a la Razón* y *El Obrero Industrial* y los diarios locales.

Un día advirtió que del bolsillo de un hombre sentado a su lado sobresalía *El Obrero Industrial*. Hacía rato que ocupaban el mismo banco pero sólo ese detalle lo llevó a mirar la cara del otro.

—Oye, ¿tú no eres Ben Evans?

—Mac, que me caiga muerto... ¿Qué te pasa, muchacho? Estás más flaco.

—Oh, nada. Estoy buscando trabajo, eso es todo.

Hablaron mucho tiempo. Después fueron a tomar una taza de café a un restaurante mexicano por donde se dejaban caer algunos de los muchachos. Se sentó con ellos un joven rubio que hablaba inglés con un acento extraño. A Mac le sorprendió enterarse de que era mexicano. Todo el mundo hablaba de México. Madero había comenzado su revolución. Se esperaba la caída de Díaz en cualquier momento. Por todas partes los peones tomaban las colinas y echaban de sus ranchos a los ricos. Entre los obreros urbanos se propagaba el anarquismo. El restaurante rebosaba de un aroma cálido a chile y café torrado. En todas las mesas había flores de papel bermellón y rojinero, un destello ocasional de dientes blancos en un rostro moreno y bocas que hablaban en voz baja. Algunos de los mexicanos pertenecían a la IWW; pero la mayoría eran anarquistas. Hablar de la revolución y de lugares desconocidos le devolvió a Mac la alegría y las ansias de aventura, la misma sensación de tener un objetivo en la vida que había ostentado en sus correrías con Ike Hall.

—Oye, Mac, ¿por qué no nos vamos a México a ver si es verdad esto de la

revolución?

—Si no fuera por los niños... Diablos, Ben, Fred Hoff tenía razón cuando se burlaba de mí y decía que un revolucionario no debería casarse.

Finalmente Mac consiguió trabajo como linotipista en el *Times* y, pese a que en cierto modo las cosas mejoraron en su casa, siguió sin poder ahorrar un céntimo: todo lo absorbían las deudas y los intereses de las hipotecas. El trabajo era nocturno y apenas podía ver a Maisie y los niños. Los domingos Maisie llevaba al pequeño Ed a lo de su tío Bill, y Mac y Rose se iban a pasear o a viajar en trolebús. Eso era lo mejor de la semana. Los sábados por la noche asistía a alguna conferencia o, a veces, iba a charlar con los muchachos de la IWW pero la verdad era que tenía miedo de ser visto por la ciudad con compañías radicales y perder por eso su empleo. Los muchachos lo consideraban un amarillo pero no lo rechazaban en honor a los viejos tiempos.

De vez en cuando recibía cartas de Milly; hablaban de la salud del tío Tim. Milly se había casado con un hombre llamado Cohen que era contable diplomado y trabajaba en la administración de una empresa ganadera. El tío Tim vivía con ellos. A Mac le hubiera gustado llevarlo a vivir con él a Los Angeles, pero sabía que eso le acarrearía rencillas con Maisie. Las cartas de Milly eran deprimentes. Le resultaba curioso estar casada con un judío, decía. El tío Tim estaba cada vez peor. El doctor aseguraba que era culpa de la bebida, pero de todos modos seguía emborrachándose cada vez que le daban algo de dinero. A Milly le hubiera gustado tener hijos. Pensaba que era una suerte que Mac tuviera dos. Temía que el pobre tío Tim no fuera a durar mucho en este mundo.

El mismo día que los periódicos anunciaron el asesinato de Madero en Ciudad de México, Mac recibió un telegrama de Milly en donde decía que el tío Tim había muerto y que por favor le enviara dinero para el entierro. Mac fue al banco y sacó los 53,75 dólares que tenía ahorrados para los estudios de los niños; después se dirigió a la Western Union y le giró 50 a su hermana. Maisie no lo descubrió hasta que llegó el cumpleaños de Ed y fue al banco a depositar los cinco dólares que Bill le había regalado a su sobrino.

Esa noche, cuando Mac volvió a casa, le sorprendió ver encendida la luz del vestíbulo. Maisie estaba dormitando en el sofá de la sala, envuelta en una manta. Le gustó verla ahí y se acercó a besarla.

—¿Qué pasa, encanto? —dijo.

Ella le dio un empujón y se levantó de un salto.

—Ladrón —gritó—. No me hubiera podido dormir sin decirte lo que pienso de ti. Imagino que te lo habrás gastado todo bebiendo, o con otra mujer. Pero no me importa porque no pienso volver a verte nunca más.

—Maisie, cálmate un poco, muchacha. Dime qué pasa... Hablemos con calma.

—Me divorciaré, eso es lo que haré. Robar el dinero de tus propios hijos para irte por ahí sin importarte nada de...

Mac tragó saliva y apretó los puños. A pesar de que le temblaban los labios, habló con mucha serenidad.

—Tenía todo el derecho a sacar ese dinero, Maisie. Depositaré eso y más dentro de una o dos semanas, y además no es asunto tuyo.

—Ya te veo a ti ahorrando cincuenta dólares; no eres lo bastante hombre como para darle a tu mujer y a tus hijos una vida decente y encima tienes que sacar de tu cuenta el dinero de los pobres inocentes —Maisie estalló en un lloriqueo reseco.

—Basta, Maisie... Estoy empezando a hartarme.

—Soy yo la que está harta de ti y de tu maldita palabrería socialista. Eso nunca ha llevado a ninguna parte; y los vagabundos y sinvergüenzas con que te juntas... Oh, Dios, para qué me habré casado contigo. Puedes estar condenadamente seguro de que no lo habría hecho si no hubiera pasado lo que pasó.

—Maisie, no hables así.

Maisie avanzó hacia él con los ojos desorbitados y febres.

—Esta casa está a mi nombre; no lo olvides.

—Muy bien. Ya me harté.

Casi sin darse cuenta dio un portazo y se vio caminando por la calle. Empezó a llover. Cada gota dejaba en el polvo de las baldosas un círculo del tamaño de una moneda de siete dólares. A la luz de los faroles, parecía una lluvia de teatro. Mac no tenía idea de adónde ir. Empapado, caminó durante un largo rato. En una esquina encontró un terreno con palmeras que ofrecía cierto refugio. Se quedó allí mucho tiempo, temblando. Sintió ganas de llorar cuando recordó la tibia suavidad de Maisie cuando él levantaba un poco la sábana para deslizarse en la cama junto a su cuerpo dormido al volver del trabajo aturdido por el estrépito de las máquinas, sus pechos, la dureza de sus pezones a través de la tela delgada del camisón; los niños en sus camitas y el gesto con que él se inclinaba a besados en la frente. «Bien. Me harté», dijo en voz alta, como si estuviese hablando con alguien. Sólo entonces se le ocurrió: «Ahora soy libre de recorrer el país, trabajar para el movimiento, volver a vagabundear».

Por último se dirigió a la pensión de Ben Evans. Pasó un buen rato antes de que le abrieran la puerta. Cuando por fin logró entrar, Ben se sentó en la cama y lo miró atontado de sueño.

—¿Qué diablos pasa?

—Mira, Ben, acabo de abandonar a mi familia... Me marcho a México.

—¿Te persigue la policía? Por el amor de Dios, no deberías quedarte aquí.

—No, me he peleado con mi mujer.

Ben se echó a reír.

—Oh, no.

—Escúchame, Ben, ¿no quieres ir a México a ver la revolución?

—¿Qué diablos vamos a hacer en México? Además los muchachos me nombraron secretario del local 257... Tengo que quedarme aquí, con mis 17,50 de

salario. Oye, estás empapado; desvístete y ponte mi ropa de trabajo. Está ahí, detrás de la puerta... Será mejor que duermas un poco. Te voy a hacer lugar.

Mac se quedó en la ciudad dos semanas más, el tiempo que necesitó para conseguir alguien que lo reemplazara en la linotipia. Le escribió a Maisie diciéndole que se iba de viaje y que le enviaría dinero para ayudarla tan pronto como consiguiera trabajo. Una mañana subió al tren con veinticinco dólares y un pasaje para Yuma, Arizona, en el bolsillo. En Yuma resultó hacer más calor que en el sótano del infierno. Un tipo que conoció en la pensión para ferroviarios le dijo que si trataba de llegar a México por ese camino lo más probable era que se muriese de sed, y que por otra parte nadie sabía nada de la revolución. De modo que bajó hasta El Paso con el Southern Pacific. La gente decía que al otro lado de la frontera andaba suelto el diablo. Se esperaba que los bandidos tomaran Juárez de un momento a otro. A los estadounidenses que veían los mataban. Los bares de El Paso estaban repletos de rancheros y dueños de minas nostálgicos de las épocas doradas en que el poder estaba en manos de Porfirio Díaz y cualquier hombre blanco podía hacer dinero en México. Cuando Mac cruzó el puente internacional que llevaba a las calles polvorrientas y las desvencijadas casas de adobe de Juárez, el corazón le latía con una fuerza inusitada.

Caminó contemplando los pequeños tranvías y las mulas y las paredes pintadas de azul marino y las mujeres acurrucadas detrás de montañas de fruta en el mercado y las iglesias de fachadas ajadas y los hondos bares abiertos a la calle. Todo era extraño y el aire le ardía en la nariz y se preguntaba qué iba a hacer. Era el atardecer de un día de abril. Bajo la camisa de franela azul Mac no dejaba de sudar. Sentía el cuerpo sucio y como cubierto de arena y tenía ganas de darse un baño. «Estoy demasiado viejo para estas cosas», se dijo. Por fin encontró la casa de un tal Ricardo Pérez a quien uno de los anarquistas de Los Angeles le había dicho que fuese a ver. Tuvo problemas para hallarlo en la gran casa de patio descuidado que se alzaba en una punta de la ciudad. Ninguna de las mujeres que estaban colgando ropa parecía entender el chapurreo de Mac. Por fin oyó una voz que lo llamaba desde arriba en un inglés cuidadosamente modulado.

—Si busca a Ricardo Pérez, haga el favor de subir. Soy yo.

Mac levantó la vista y vio un hombre cobrizo de cabello gris, vestido con un viejo guardapolvo color canela, que lo miraba desde la galería alta. Subió la escalera de hierro. El hombre alto le estrechó la mano.

—Mucho gusto, camarada Mc Creary... Mis camaradas me avisaron de que vendría.

—Mucho gusto. Me alegro de que hable inglés.

—Viví muchos años en Santa Fe y en Brockton, Massachusetts... Siéntese, por favor... Me siento feliz de dar la bienvenida a un revolucionario americano... Aunque nuestras ideas no sean exactamente las mismas, tenemos muchas cosas en común. Somos compañeros en la gran batalla —le dio a Mac una palmada en el hombro y lo obligó a sentarse en una silla—. Por favor. —Había un montón de

niñitos amarillentos con los pies descalzos y las camisas raídas corriendo por la casa. Ricardo Pérez se sentó y colocó al más pequeño sobre sus rodillas, una niña de cara tiznada y cabellos ensortijados como rabos de cerdo. El lugar olía a chile y a aceite de oliva recalentado y a niños y a ropa lavada—. ¿Qué va a hacer en México, camarada?

Mac se sonrojó.

—Bien, quiero participar en lo que está pasando, en la revolución.

—La situación aquí es muy confusa... Los trabajadores de nuestra ciudad están organizados y tienen conciencia de clase, pero los peones, los campesinos, se dejan llevar fácilmente por caudillos sin escrúpulos.

—Quiero entrar en acción, Pérez... Hasta hace poco viví en Los Angeles y estuve a punto de convertirme en un burgués repugnante. Puedo ganarme la vida como impresor...

—He de presentarlo a los camaradas... Por favor... Iremos ahora mismo.

Cuando salieron una media luz azulina empezaba a barrer las calles. Se estaban encendiendo luces amarillas. En los bares resonaban las pianolas. En un rincón, un indio viejo y una mujer de cara achatada, los dos ciegos y profundamente picados de viruelas, cantaban una canción aguda e interminable rodeados por un denso grupo de gente achaparrada, las mujeres con las cabezas envueltas en chales, los hombres con trajes de algodón azul parecidos a pijamas.

—Cantan sobre el asesinato de Madero... Es una buena manera de educar al pueblo... No pueden leer los periódicos, sabe, y entonces se enteran de las noticias por las canciones... Fue el embajador de su país el que mató a Madero. Era un burgués idealista pero un gran hombre... Por aquí... Aquí está el salón... Fíjese, este cartel dice «Viva la Revolución Reivindicadora, preludio de la Revolución Social». Éste es un local de la Unión Anarquista de la Industria y la Agricultura. Huerta ha enviado unos cuantos federales, pero son tan débiles que no se atreven a atacarnos. Ciudad Juárez está en cuerpo y alma con la revolución... Por favor..., tendrá que saludar a los camaradas con unas palabras.

El salón y la tribuna estaban llenos de humo y de hombres oscuros con ropas azules de trabajo; al fondo había algunos peones vestidos de blanco. Un montón de manos estrecharon la de Mac, los ojos negros le clavaron la mirada, algunos hombres lo abrazaron. Se le concedió una silla plegable en la primera fila de la tribuna. Evidentemente Ricardo Pérez era el presidente. Cada una de las pausas de su discurso se llenaba con una ovación. Había en el ambiente algo como un presagio de grandes sucesos. Cuando Mac se puso de pie alguien gritó en inglés «Solidaridad por siempre». Mac balbuceó unas pocas palabras explicando que no era delegado oficial de la IWW pero que de todos modos los obreros americanos conscientes depositaban enormes esperanzas en la revolución mexicana, y selló el discurso con la vieja consigna wobbly de construir una nueva sociedad en el caparazón de la vieja. Las palabras cobraron otra dimensión cuando Pérez las tradujo y Mac se sintió satisfecho. Después el acto continuó con más discursos matizados por canciones. Mac se

sorprendió varias veces cabeceando. El sonido de esa lengua extraña lo adormecía. Consiguió a duras penas mantenerse despierto hasta que una pequeña banda ubicada en la puerta del salón irrumpió en una melodía, todo el mundo la cantó y el mitin se dio por terminado.

—Es el *Cuatro Milpas*, que quiere decir cuatro maizales... Es una canción campesina, pero ahora la canta todo el mundo —dijo Pérez.

—Me muero de hambre —dijo Mac—. Me gustaría ir a comer algo. Desde que esta mañana tomé un café y un buñuelo en El Paso no he vuelto a probar bocado.

—Cenaremos en casa de un camarada —dijo Pérez—. Por favor... Por aquí.

Salieron a la calle, ahora negra y desierta, y después, por una puerta vaivén con una cortina de cuentas, entraron a un salón de paredes encaladas, brillantemente iluminado por una lámpara de acetileno que despedía un fuerte olor a carburo. Se sentaron en la punta de una mesa larga con un mantel manchado. Poco a poco la mesa se fue llenando de gente que venía del acto, en su mayoría hombres jóvenes con ropa azul de trabajo y rostros delgados y angulosos. En el otro extremo se colocó un viejito moreno de nariz prominente y gruesos pómulos de indio. Pérez le sirvió a Mac dos vasos de una bebida blanca de sabor estupendo que le hizo girar la cabeza. La comida era muy picante y el chile y los pimientos se le atragantaron varias veces. Los mexicanos mimaban a Mac como a un chico en el día de su cumpleaños. Tuvo que beber un montón de vasos de cerveza y coñac. Pérez volvió a su casa temprano y lo dejó a cargo de un muchacho llamado Pablo. Pablo estaba muy orgulloso del Colt automático que le colgaba de la bandolera. Hablaba inglés con medias palabras y se acomodó con una mano rodeando el cuello de Mac y la otra apoyada en la hebilla de su correa.

—Gringos jodidos... Matarlos... Camarada, buen hombre... Solidario... — repetía.

Cantaron varias veces *La Internacional*, y después *La Marsellesa* y *La Carmagnole*. Mac flotaba en una bruma de alcohol y pimentón. Cantó, comió y bebió y los objetos empezaron a desdibujarse.

—Camarada se casará con linda muchacha —dijo Pablo. Se habían metido en un bar. Hizo el ademán de dormir con la cara apoyada en las dos manos.

Entraron a un baile. En la puerta, todo el mundo tenía que dejar su pistola en un mostrador custodiado por un soldado que llevaba una gorra con visera. Mac advirtió que los hombres y las muchachas lo miraban con reticencia. Pablo se rió.

—Crean que eres gringo... Les diré que revolucionario internacional. Ahí tienes..., linda muchacha... Nada de prostituta..., no pagar. Trabajadora..., camarada.

Mac se vio presentado a una chica de rostro ancho y marrón que se llamaba Encarnación. Iba bien vestida y tenía el pelo de un azabache brillante. Le ofreció una sonrisa veloz y resplandeciente. Él le acarició la mejilla. Bebieron cerveza y después salieron. Pablo también iba acompañado. Los otros se quedaron en el baile. Pablo y

su chica los acompañaron hasta la casa de Encarnación. Era un cuarto que daba a un patio pequeño. Más allá se divisaba el inacabable desierto pálido que se extendía bajo la luna menguante. A lo lejos se veían los minúsculos resplandores de varias fogatas. Pablo las señaló con la mano abierta y susurró:

—Revolución.

Después se despidieron en la puerta del cuarto de Encarnación, que tenía una cama, un retrato de la Virgen y una fotografía flamante de Madero clavada a la pared con un alfiler. Encarnación cerró la puerta, cruzó el cerrojo y se sentó en la cama volviendo hacia Mac los ojos sonrientes.

EL OJO DE LA CÁMARA (12)

CUANDO todos se fueron de viaje Jeanne nos llevaba todos los días a jugar a Farragut Square y contaba cómo en el Jura los lobos bajaban de las montañas en invierno y aullaban por las calles de los pueblos

y a veces veíamos al presidente Roosevelt cabalgando en un bayo sin escolta y una vez nos sentimos muy orgullosos porque cuando nos sacamos los gorros nos sentimos muy orgullosos porque nos sonrió y enseñó los dientes como en el periódico y se tocó el ala del sombrero y nosotros nos sentimos muy orgullosos y lo acompañaba un edecán

pero teníamos un pato de felpa para jugar en la escalera hasta que empezaba a oscurecer y los lobos aullaban corrían por las calles con sangre de niños chorreando por los morros claro que era verano y no era lo mismo un lobo que un perro nos mandaban a la cama y Jeanne era una francesita del Jura donde los lobos aullaban invadían las calles de los pueblos y una vez que todo el mundo se había ido a dormir ella te llevaba a su cama

y era una historia muy larga muy terrorífica y el peor de los lobos aullaba por las calles helando la sangre de los niños era el Hombre Lobo que aullaba en el Jura y a nosotros nos daba miedo y ella tenía pechos debajo del camisón y el Hombre Lobo daba mucho miedo y el pelo negro y te restregaba contra ella y afuera los lobos aullaban en las calles y estaba mojada y decía no es nada decía que era porque se había lavado pero en realidad el Hombre Lobo era un hombre abrázame cheri un hombre que aullaba por las calles con la boca chorreando sangre de tanto desgarrar los vientres de las muchachas y los niños el Hombre Lobo

y después ya sabías cómo estaban hechas las mujeres y ella era muy tonta porque te hacía prometer que no lo contarías y de todos modos no se lo hubieras contado a nadie

NOTICIARIO X

FRACASA LA EVIDENCIA DE MOON

los insurgentes ganan las elecciones de Kansas. Separan a los siameses de Oak Park Ocho mil participantes en la carrera automovilística afirman que la muchacha intercedió por su esposo

LOS SENTIMIENTOS REPRIMIDOS PROVOCAN TRASTORNOS

Oh muñequita-a
Preciosa muñequita

el mundo es incapaz de comprender todo lo que está en juego, dijo la muchacha. Da la impresión de ser un asunto común lleno de trampas bajas y vulgares pero no tiene nada que ver con eso. Él es una persona honesta y sincera. Yo lo conozco bien. He luchado codo a codo con él. Mi corazón le pertenece.

Déjame rodearte con mis brazos
Mi amor qué suerte que te conocí

Lo encuentran paralizado por la canícula Un millón para el transporte marítimo
Borrachos apaleados

TRAS LAS HUELLAS DE LOS ESPECULADORES DE LA CARNE

compara al amor con el Vesubio calles engalanadas aguardan el desfile de los paladines

Mi amor qué alegría haberte conocido
Oh muñequita-a
Preciosa muñequita

CAMBIA CABALLO BLANCO POR ROJO

las tropas de Madero derrotan a los rebeldes en la batalla de Parral Roosevelt gana en Illinois su oratoria incita al sueño Chicago reclama más agua

ANARQUISTA CONFESO SE HINCA DE RODILLAS
Y BESA LA BANDERA DE EE. UU.

Se extiende el movimiento del rayo de sol

LA CUARTA BOMBA COLOCADA EN LEVEE WAR
DESTROZA UN BAR DEL DISTRITO OESTE

el informe dado a conocer el miércoles pasado sobre que el paciente sometido a la extirpación quirúrgica de un tumor canceroso en la base de la lengua en un pabellón privado del hospital de Saint Luke era el general Grant fue desmentido tanto por las autoridades del citado nosocomio como por el teniente Howzes quien caracterizó la versión de mentira prefabricada

EL OJO DE LA CÁMARA (13)

ERA capitán de un remolcador y conocía el río desde Indian Head hasta Virginia Capes como la palma de su mano y por supuesto también la bahía y la costa oriental hasta Baltimore y vivía en una casa de ladrillos en Alexandria la cabina del piloto olía a un centenar de pipas consumidas

ése es el *Mayflower* el yate del presidente y aquel otro es el *Dolphin* y este viejo monitor es el *Tippecanoe* y allá está la canoa de inspección y acabamos de pasar por delante de la lancha de la policía

cuando el capitán Keen estira el brazo para hacer sonar la sirena del techo de la cabina del piloto se le ve el brazalete rojo y verde que tiene tatuado bajo el vello negro de la muñeca

Dio' mío el viejo capitán Gifford era mû amigo mío toda' la' vese' qu'ibamo' jurto' a casar ostra' a la Costa Este y los pirata' ostrero' ponían curda' a lo' muchacho' y se lo' llevaban a Shanghai lo' hasían trabajar todo el invierno no te podía' e'capar como no fuera nadardo y el agua e'taba jodidamente fría y el viejo le' sacaba la ropa para que no se e' caparan nadardo a la costa cuando arclábamo' en una cala o cerca de una casa muchacho mejor no crusarse con lo' pirata' ostrero' Dio' mío una ves había un chico lo hisieron trabajar que se de'rnató y entonse' lo tiraron por la borda todo el día con ostra' en la lengua te hasían haser el peor trabajo en invierno con las líneas corgeladas que te cortaban la' mano' a pedaso' y la rastra que se enredaba pero había que seguir arrastrando meter la' mano' en el agua helada se te quedaban dura' una ve' pescamo' un fiambre ¿Qué es un fiambre? Dio' mío un fiambre es un muerto ése era un chico joven no le quedaba un hueso sano paresía que le habían dado una palisa de cojone' con una cabilla o un remo a lo mejor no quería trabajar o estaba enfermo o algo así y lo cascarron hasta matarlo de verdá lo' único' capase' de haser eso eran lo' pirata' ostrero'

JANEY

CUANDO Janey era niña vivía en una vieja casa de fachada plana de ladrillos, un par de puertas más arriba de M Street, en Georgetown. La parte delantera de la casa estaba siempre a oscuras porque Mamá tenía cerradas las pesadas cortinas de encaje y los visillos con volantes y aplicaciones. Los domingos por la tarde Janey, Joe, Ellen y Francie tenían que sentarse en la habitación delantera y mirar las ilustraciones de los libros rojos. Janey y Joe leían juntos los chistes porque eran los mayores y los otros dos eran apenas bebés y demasiado pequeños como para darse cuenta de que eran graciosos. No se podía reír muy fuerte porque Papá se sentaba con el resto del *Sunday Star* en las rodillas y después del almuerzo por lo general se dormía con la hoja del editorial arrugada en una mano grande de venas azules. Sobre la cabeza calva se le derramaban débiles hilos de sol que reverberaban a través de los visillos de encaje y resbalaban por uno de los grandes flancos de la nariz, por la punta del bigote y por el traje de los domingos jaspeado hasta iluminar las mangas almidonadas de la camisa, ceñidas al brazo por una banda de goma y con puños relucientes. Janey y Joe se sentaban en la misma silla sintiendo que les crujían las costillas a fuerza de reírse cuando los chicos de los Katzenjarnmer le ponían al capitán un cañón de juguete bajo el banquillo. Los más pequeños los veían y también empezaban a reírse. «Callaos de una vez —les advertía Joe torciendo la boca—. Ni siquiera sabéis de qué nos reímos». De vez en cuando, si no se oía a Mamá, que estaba haciendo su siesta dominical arriba, tendida en el dormitorio del fondo sobre una colcha violeta pálido con pliegues, después de haber escuchado un buen rato el jadeo resquebrajado que culminaba en un silbido de los ronquidos de Papá, Joe abandonaba la silla y, conteniendo la respiración, Janey atravesaba detrás de él el vestíbulo y salía a la calle. Una vez cerrada la puerta con suma cautela, Joe le daba una palmadita, gritaba «Ya está» y bajaba corriendo la colina hacia M Street, y ella se echaba a correr también con el corazón palpitante y las manos frías de miedo a que él la dejara.

En invierno las aceras de ladrillo se cubrían de hielo y había mujeres de color esparciendo ceniza frente a las puertas cuando por la mañana los niños iban a la escuela. Joe se negaba a caminar al lado de los demás porque eran niñas, se quedaba retrasado o se adelantaba a la carrera. A Janey le hubiera gustado caminar con él, pero no podía desprenderse de las hermanitas que se le colgaban de las manos. Un invierno se acostumbraron a hacer el camino de regreso colina arriba con una niñita negra que se llamaba Pearl y vivía enfrente de ellos. Pearl y Janey caminaban juntas. Pearl tenía casi siempre un par de peniques para comprar pastillas o caramelos de plátano en una pequeña tienda de Wisconsin Avenue, y como siempre le daba la mitad Janey la quería mucho. Una tarde le pidió a Pearl que entrara a su casa y

jugaron a las muñecas en el jardín, bajo el gran arbusto de rosas de Sharon. Cuando Pearl se fue la voz de Mamá la llamó desde la cocina. Mamá tenía las mangas dobladas en los brazos pálidos y fofos, y un delantal a cuadros, y estaba preparando un pastel para la cena, de modo que el delantal había quedado cubierto de harina.

—Ven aquí, Janey —dijo. Por el tono frío de la voz Janey comprendió que algo andaba mal.

—Sí, mamá —se paró delante de su madre sacudiendo la cabeza de tal modo que los dos rígidos bucles del color de la arena se balancearon de un lado a otro.

—Quédate quieta, nena, por el amor de Dios... Janey, quiero decirte algo. Esa niñita de color que trajiste esta tarde... —El corazón de Janey dio un vuelco. Sintió un mareo y, sin saber por qué, se ruborizó—. Bien, no quiero que me malinterpretes; me gusta la gente de color y la respeto; algunos de ellos son personas muy dignas dentro de su situación... Pero no debes volver a traer a casa a esa niñita negra. Una de las cosas que distinguen a los seres de buena educación es el respeto y la amabilidad para con la gente de color... No debes olvidar que la familia de tu madre fue siempre muy distinguida... En aquellos días Georgetown era muy diferente. Vivíamos en una casa inmensa con un parque bellísimo... Pero no debes juntarte con la gente de color en un plano de igualdad y el hecho de vivir en este barrio hace que sea aún más necesario recordarlo siempre... Ni los blancos ni los negros respetan al que lo olvida... Eso es todo, Janey. Veo que comprendes; ahora ve a jugar afuera, pronto será hora de cenar.

Janey intentó hablar pero no pudo. Se quedó rígida en medio del jardín, sobre la reja que cubría el tubo de desagüe, mirando fijamente la cerca negra.

—Negrófila —le cantó Joe al oído—. Negrófila, umpmya-mya... Negrófila, negrófila, ump-mya-mya. —Janey se puso a llorar.

Joe era un chico reservado, de cabellos color arena, capaz desde muy pequeño de lanzar una pelota de béisbol con un efecto endiablado. Aprendió a nadar y bucear en Rock Creek y solía decir que cuando fuese mayor iba a ser conductor de tranvías. Durante varios años su mejor amigo fue Alec Mc Pherson, cuyo padre era maquinista de ferrocarril en la B & O. Desde entonces Joe quiso ser maquinista. Cada vez que se lo permitían, Janey seguía a los dos chicos hasta la estación terminal de Pensilvania Avenue, donde se habían hecho amigos de algunos conductores y revisores que a veces los dejaban viajar doscientos metros en la plataforma, si no había inspectores a la vista, a lo largo del canal o hasta Rock Creek, donde pescaban renacuajos, se caían al agua y se arrojaban barro unos a otros.

En las noches de verano, cuando los atardeceres se prolongaban después de la cena, jugaban a leones y tigres con otros chicos del barrio entre la hierba crecida de unos descampados que había cerca del cementerio de Oak Hill. En los largos períodos en que había epidemias de sarampión o escarlatina, Mamá no les permitía salir. Entonces Alec iba a visitarlos y jugaban a las esquinitas en el jardín. Eso era lo que más le gustaba a Janey, porque los chicos la trataban como si fuera uno de ellos.

El atardecer de verano se derramaba sobre los tres, hirviente y habitado por bichitos fosforescentes. Si Papá estaba de buen humor los mandaba al colmado, colina arriba, a comprar helados; allí, en N Street, había muchachos en mangas de camisa y sombreros de paja paseando con chicas que llevaban un palito de yesca en la cabeza para ahuyentar a los mosquitos, un hedor a sudor y perfume barato que manaba de las familias negras agolpadas en los umbrales hablando y riendo con un destello blanco de los dientes y las orbitas de los ojos. La noche espesa y vaporosa daba miedo, susurraba, rugía con un clamor distante, con polillas, con el estruendo del tráfico de M Street, densa y acechante bajo los árboles; pero cuando Janey estaba con Alec y Joe no le temía a nada, ni siquiera a los borrachos ni a los negros patizambos. Cuando volvían, Papá se ponía a fumar un cigarro y ellos se sentaban en el jardín, donde los devoraban los mosquitos, y Mamá y Tía Francine y los pequeños comían sus helados y Papá mordía su cigarro y les contaba historias de la época en que había sido capitán de un remolcador en el Chesapeake, de cuando era joven y durante una sudestada había salvado la *Nancy Q*, que se hallaba en Kettlebottoms a punto de hundirse. Después llegaba la hora de irse a la cama y a Alec lo mandaban a su casa y Janey tenía que acostarse en el cuartito sofocante que estaba al fondo del primer piso, con las cunas de sus hermanas menores contra la pared de enfrente. A veces estallaba una tormenta y entonces permanecía despierta, los ojos fijos en el techo y petrificada de terror, escuchando el lloriqueo dormido de sus hermanitas, hasta que oía el sonido tranquilizador que hacía Mamá al recorrer la casa y cerrar las ventanas, un portazo, el ulular del viento, el repiqueteo de la lluvia y el rugido terrible del trueno sobre la casa, como si mil camiones de cerveza cruzaran el puente al mismo tiempo. En momentos así se le ocurría correr al cuarto de Joe y meterse en la cama con él, pero por alguna razón le daba miedo hacerlo, aunque a veces llegaba hasta el pasillo. Él se reiría desde su cama y la llamaría cobarde.

Más o menos una vez por semana a Joe le daban una paliza. Papá volvía de mal humor de la Oficina de Patentes donde trabajaba, y las niñas se asustaban y caminaban por la casa haciendo menos ruido que ratones; pero a Joe parecía divertirle provocarlo: correteaba por la sala trasera silbando todo el tiempo o subía y bajaba las escaleras armando un escándalo mayúsculo con las chapitas de metal de sus zapatos. Entonces Papá se ponía a reñido y Joe se paraba delante de él sin decir palabra, mirando al suelo con amargos ojos azules. Cuando Papá subía la escalera y se metía en el baño empujando adelante a Joe, a Janey se le hacía un nudo en la garganta y temblaba de pies a cabeza. Sabía lo que iba a pasar. Papá agarraría el suavizador de navajas que colgaba detrás de la puerta y se pondría bajo el brazo la cabeza y los hombros de Joe y lo azotaría, y Joe apretaría los dientes, enrojecería y no soltaría ni un gemido, y cuando Papá se cansara de pegarle se mirarían a los ojos y Joe tendría que meterse en su cuarto y Papá bajaría las escaleras estremeciéndose y fingiendo que no había sucedido nada y Janey saldría al jardín con los puños apretados, mascullando: «Lo odio... Lo odio... Lo odio».

Cierta vez, una noche de sábado en que lloviznaba, se quedó recostada en la verja, a oscuras, contemplando la ventana iluminada. Oyó una discusión entre Papá y Joe. Creyó que caería muerta allí mismo al primer golpe del suavizador. No podía distinguir lo que decían. Entonces súbitamente oyó el cuero estrellarse contra la piel y una queja ahogada de Joe. Janey tenía once años. Algo en su cuerpo se descontroló. Entró corriendo a la cocina con el pelo húmedo de lluvia.

—Páralo, mamá, va a matar a Joe.

Su madre alzó de la sartén que estaba puliendo un desolado rostro fláccido y blanquecino.

—No podemos hacer nada.

Janey subió la escalera y se puso a golpear la puerta del baño.

—Basta, basta —aullaba. Tenía miedo, pero estaba poseída por una fuerza superior a ella misma.

La puerta se abrió; allí estaban Joe con una expresión de Oveja y Papá con la cara colorada y el suavizador en la mano.

—Pégame... Soy yo la que tiene la culpa... No quiero que le pegues a Joe —estaba asustada, no sabía qué hacer, se le inundaron los ojos de lágrimas.

La voz de Papá sonó inesperadamente bondadosa.

—Vete enseguida a la cama sin cenar, Janey, y recuerda que ya tienes bastante con ocuparte de tus asuntos.

Fue corriendo hasta su cuarto y se tendió en la cama temblando. Poco después de quedarse dormida, la voz de Joe la hizo despertarse sobresaltada.

Estaba parado en la puerta, en camisón.

—Oye, Janey —susurró—. No vuelvas a hacerla, ¿quieres? Yo no necesito que me cuiden, sabes. Las niñas no tienen que meterse en cosas de hombres. Cuando consiga un trabajo y tenga pasta me compraré un revólver y la primera vez que Papá intente tocarme le meteré un balazo —Janey empezó a lloriquear—. ¿Y ahora por qué lloras? Ni que hubiera habido una masacre.

Lo oyó bajar la escalera con los pies descalzos.

En la escuela superior fue al curso de formación profesional y estudió mecanografía y estenografía. Era una muchacha delgada de rostro fino y cabello color arena, silenciosa y querida por los profesores. Sus dedos eran ágiles y aprendió fácilmente a escribir a máquina y copiar taquigráficamente. Le gustaba leer y solía sacar de la biblioteca libros como *El contenido de la taza*. *La lucha de los fuertes* y *El triunfo de Barbara Worth*. Su madre no paraba de decirle que si seguía leyendo tanto se arruinaría la vista. Mientras leía le gustaba imaginarse que era la heroína, que el hermano débil que rodaba por la pendiente pero en el fondo seguía siendo un caballero capaz de cualquier sacrificio, como Sidney Carton en *Historia de dos ciudades*, era Joe, y que Alec era el héroe.

Estaba convencida de que Alec era el muchacho más buen mozo de Georgetown, y probablemente el más fuerte. Tenía el pelo negro y tupido y una piel muy blanca

con algunas pecas, y un modo de andar imponente y decidido. Después de Alec, el más fuerte y buen mozo era Joe, quien por otra parte era el que mejor jugaba al béisbol. Todo el mundo decía que siendo tan buen jugador no debía abandonar el colegio, pero cuando terminó el primer curso Papá dijo que había que mantener a tres mujeres y que Joe debería conseguir un empleo; de modo que entró a trabajar de mensajero en la Western Union. Janey se sintió muy orgullosa de verlo con un uniforme tan elegante, hasta que las chicas del colegio empezaron a hacerle bromas. Los padres de Alec prometieron enviarlo a la universidad si le iba bien en el colegio, así que se esforzó al máximo. No era grosero ni decía palabrotas como la mayoría de los amigos de Joe. Siempre se comportaba con Janey amablemente, si bien parecía no querer quedarse a solas con ella. Ella terminó por admitirse que estaba loca por Alec.

El mejor día de su vida fue un domingo en que fueron todos en canoa a Great Falls. Ella había preparado el almuerzo la noche anterior. Por la mañana agregó un bistec que encontró en la nevera. Todas las esquinas con casas de ladrillos estaban envueltas en una niebla azulada y las hojas de los árboles eran de un verde profundo a esa hora en que nadie más se había levantado y ella y Joe salieron de su casa.

Se encontraron con Alec en la estación. Los estaba esperando con las piernas abiertas y una sartén en la mano.

Tuvieron que correr y subir al tren cuando ya iba a partir para Cabin John's Bridge. Tenían todo el vagón para ellos, como si fuese privado. El tren se deslizaba sobre los raíles con un rumor, dejando atrás las casuchas pintadas de blanco y las cabañas de los negros alineados sobre el canal, y bordeando colinas donde las ondulantes plantas de maíz de casi dos metros de altura se sucedían como columnas disciplinadas de guerreros. La luz del sol arrojaba un resplandor blancuzco sobre las volcadas hojas de maíz; ese resplandor, unido al canto de las cigarras y el zumbido de las avispas se alzaba envuelto en un humo cálido hacia un cielo imperturbado por el estrépito de las ruedas del tren eléctrico. Comieron dulces y manzanas maduras que Joe había comprado en la estación a una negra y se persiguieron por el vagón vacío y se dejaron caer uno sobre el otro en el último asiento; y se hicieron cosquillas y rieron hasta quedar exhaustos. Un rato después el tren empezó a atravesar bosques; vieron a través de los árboles los baos y crucetas de los barcos de cabotaje de Glen Echo y se bajaron del tren en Cabin John's más contentos que un puñado de monos.

Corrieron hacia el puente para contemplar toda la perspectiva del río marrón y oscuro a la luz de la mañana entre la espesa fronda de las riberas; después encontraron la canoa, que pertenecía a un amigo de Alec, y partieron. Alec y Joe remaban y Janey se recostó en el fondo con el jersey arrollado por almohada. Alec remaba en la proa. Hacía un calor tremendo. El sudor le adhería la camisa a la espalda maciza que se curvaba a cada golpe de remo. Después de un rato los muchachos se quedaron nada más que con los trajes de baño que llevaban bajo la ropa. Janey sintió que le temblaba el cuello cuando descubrió la espalda de Alec, y se sintió alegre y temerosa al contemplar sus músculos en tensión mientras remaba. Iba

sentada con su vestido blanco de hilo, la mano en el agua castaño verdosa plagada de malezas. Se detuvieron a recoger nenúfares y unas flores blancas con forma de flecha que resplandecían como si fuesen de hielo y el aire se llenó del perfume húmedo que destilaban las raíces embarradas de los nenúfares. El refresco se había calentado pero lo bebieron así, y bromearon y Alec pescó un cangrejo y salpicó el vestido de Janey de manchas verdosas y a Janey no le importó para nada y a Joe lo llamaron «capitán» y él se puso de pie y afirmó que ingresaría en la Marina y Alec repuso que él sería ingeniero naval y construiría un yate y los llevaría a todos en un crucero y Janey estaba contenta porque cuando hacían planes la incluían a ella, como si fuese un varón más. En un lugar antes de las cascadas, donde estaban las esclusas del canal, tuvieron que transportar la canoa hasta el río. Janey cargó con el almuerzo, los zumos y la sartén, mientras los muchachos sudaban y maldecían bajo el peso de la embarcación. Después siguieron remando en dirección a Virginia y encendieron una fogata en un hueco entre cantos rodados grises y cubiertos de musgo. Joe cocinó el bistec y Janey desenvolvió los sandwiches y los bizcochos que había preparado y asó unas patatas con piel entre las cenizas. También asaron unas panochas de maíz que habían encontrado en un campo cercano al canal. Salvo el hecho de que no tenían demasiada mantequilla, todo salió a la perfección. Después se sentaron a comer bizcochos y beber malta y conversar tranquilamente alrededor de las brasas. Alec y Joe sacaron sus pipas y Janey estaba encantada de verse sentada allí, en las cascadas del Potomac, con dos hombres que fumaban.

—Jesús, Janey, qué bien cocinó Joe ese bistec.

—Cuando éramos pequeños solíamos cazar ranas y asarlas en Rack Creek. ¿Te acuerdas, Alec?

—Claro que sí, y una vez también vino Janey. Cristo, qué lío armaste, Janey.

—No me gustaba ver cómo les sacaban el pellejo.

—Nos creímos que éramos cazadores salvajes. Nos divertíamos mucho.

—Yo me divierto más ahora —dijo Janey, vacilante.

—Yo también —dijo Alec—. Maldición, cómo me gustaría comer sandía.

—A lo mejor vemos alguna en la costa cuando volvamos.

—Daría cualquier cosa por una sandía, Joe.

—Mamá tenía una en la nevera —dijo Janey—. A lo mejor todavía queda algo cuando volvamos a casa.

—Yo no volvería nunca a casa —dijo Joe, repentinamente serio.

—Joe, no me gusta que hables así —Janey se sintió pequeña y asustada.

—Hablo como me da la gana... Diablos, cómo odio ese agujero inmundo.

—Joe, no quiero que hables así —Janey tenía la sensación de que iba a llorar.

—Cristo, me parece que es hora de movernos de aquí... ¿Qué os parece? Una zambullida más y nos ponemos en marcha.

Cuando los muchachos se cansaron de nadar fueron todos juntos a ver las

cascadas y después emprendieron el regreso. Se deslizaron velozmente a favor de la corriente, entre las riberas abruptas donde parecían colgar los árboles. La tarde era asfixiante: atravesaban capas de aire denso y caliente. Hacia el norte empezaban a acumularse gruesos nubarrones. A Janey el espectáculo no le hacía ninguna gracia. Tenía miedo de que se pusiera a llover. Por dentro se sentía enferma y agotada. Temía que estuviese por venirle el período. Por el momento sólo había soportado esa maldición unas pocas veces y la mera idea bastaba para asustarla y privarla de toda fuerza: lo único que deseaba era arrastrarse fuera de la vista de todo el mundo como un viejo gato inútil y sarnoso. No quería que Joe y Alec advirtieran lo mal que se sentía. Se le ocurrió pensar qué pasaría si diera vuelta la canoa. Los muchachos serían capaces de nadar sin problemas hasta la orilla, y después tendrían que dragar el río en busca de su cadáver y todos llorarían y sentirían una pena inmensa.

Una tiniebla gris púrpura empezaba a condensarse, ocultando las cumbres de las nubes. Todo adquirió un tono púrpura o blanco lívido. Los muchachos remaban con todas sus fuerzas. Podían oír el rugido del trueno cada vez más cerca. Cuando los sacudió la primera ráfaga de un viento borrascoso preñado de polvo y hojas muertas y trozos de juncos, que batía el agua al pasar, ya tenían el puente a la vista.

Alcanzaron la orilla justo a tiempo.

—Caray, va a ser una tormenta terrible —dijo Alec—. Métete debajo de la canoa, Janey.

Dieron vuelta a la canoa sobre la playa de guijarros, apoyada en el canto de una roca, y se refugiaron debajo. Janey se sentó en el medio con los nenúfares que había recogido por la mañana mustios y pringosos por el calor de su mano. Los muchachos se tumbaron en traje de baño uno a cada lado de ella. Sentía el enmarañado pelo negro de Alec contra la mejilla. Al otro lado estaba Joe, tendido, con la cabeza en la punta de la canoa y las delgadas piernas marrones encogidas bajo su vestido. El olor a esa mezcla de sudor y agua de río y la fragancia tibia del cabello de varón de Alec terminaron por marearla. Cuando la lluvia empezó a golpetear contra el casco de la canoa y los envolvió en una cortina de restallante espuma blanca, Janey pasó tímidamente el brazo por detrás del cuello de Alec y le apoyó la mano en el hombro desnudo. Él no se movió.

Un rato después cesó la lluvia.

—Caray, no fue tan terrible como había pensado —dijo Alec.

Estaban empapados y tenían frío, pero el aire fresco lavado por la lluvia no les sentaba nada mal. Pusieron la canoa en el agua y siguieron remando hasta el puente. Después la cargaron hasta la casa de donde la habían sacado y se dirigieron al pequeño refugio a esperar el tren. Se sentían cansados y pegajosos y estaban quemados por el sol. El tren estaba atestado de domingueros sudorosos, familias de pícnic que habían sido sorprendidas por la lluvia en Great Falls y Glenn Echo. Janey creyó que no podría soportar todo el viaje. Tenía el vientre contraído en un continuo calambre. Cuando llegaron a Georgetown los muchachos decidieron ir al cine con los

cincuenta céntimos que todavía les quedaban, pero Janey no los acompañó. En lo único que pensaba era en echarse en su cama a esconder la cara en la almohada y llorar a gusto.

Sin embargo, nunca lloraba demasiado; había muchas cosas que la deprimían, pero había logrado revestirse de una dura frialdad. La época del colegio transcurría con rapidez, encerrando, entre los cursos, calientes veranos tormentosos de Washington, salpicada de pícnicos ocasionales en Marshall Hall o fiestas en casas del barrio. Joe consiguió trabajo en la Adams Express. No lo veía muy seguido porque ya no comía en casa. Alec se había comprado una moto y, a pesar de que todavía iba al colegio, Janey no tenía demasiadas noticias de él. A veces se sentaba a charlar con Joe cuando él volvía a casa por la noche. Olía a tabaco y licor, aunque no se emborrachaba nunca. Salía a trabajar a las siete de la mañana y cuando por la noche iba a dar una vuelta se encontraba con un grupo que se pasaba el tiempo en los billares, la bolera o jugando a las cartas en un bar de 4 ¼ Street. Los domingos jugaba al béisbol en Maryland. Janey lo esperaba, pero cuando llegaba le preguntaba cómo marchaban las cosas en el trabajo y él respondía «Muy bien», ya su vez le preguntaba a ella cómo le iba en la escuela, y ella contestaba «Muy bien», y después de eso los dos se iban a dormir. De vez en cuando solía preguntarle si había visto a Alec y él decía que sí con una sonrisa inconclusa, y entonces ella quería saber cómo estaba y él decía «Muy bien».

Tenía una sola amiga, Alice Dick, una chica achaparrada y morena, con gafas, que era compañera suya en el colegio. Los sábados por la tarde se ponían su mejor ropa e iban de compras a las tiendas de F Street. Compraban algunas cositas, tomaban un batido y volvían a casa en tranvía con la sensación de haber pasado una tarde sumamente ajetreada. Muy de vez en cuando iban a ver la sesión vespertina en el Poli y Janey invitaba a Alice Dick a cenar a su casa. A Alice Dick le gustaban los Williams y a la familia le caía bien la muchacha. Decía que pasar algunas horas con gente de mentalidad abierta la tornaba más libre. La suya era una familia de metodistas sureños muy cerrados. Su padre trabajaba de administrativo en la Imprenta del Gobierno y vivía con el permanente temor de que su empleo fuera regulado como servicio civil. Era un hombre fornido y agitado, amigo de gastar a su esposa y su hija bromas poco sutiles, y aquejado de dispepsia.

Alice Dick y Janey planeaban marcharse de sus casas tan pronto como terminaran el colegio y consiguieran trabajo. Habían incluso elegido la pensión, una casa de piedra verdosa ubicada cerca de Thomas Circle y dirigida por una tal mistress Jenks, viuda de un oficial de la marina, mujer muy refinada que cocinaba a la manera sureña y no cobraba demasiado caro.

Un domingo por la noche, durante la primavera de su último curso, Janey estaba desvistiéndose en su cuarto. Francie y Ellen todavía jugaban en el jardín. Sus voces penetraban por la ventana abierta enredadas a la fragancia fuerte de las lilas que crecían en el jardín vecino. Había acabado de soltarse el pelo y se encontraba frente

al espejo imaginándose cómo se vería si hubiese sido morena y bonita, cuando Joe llamó a la puerta. Había algo extraño en su voz.

—Entra —dijo ella—. Me estoy cepillando el pelo. Primero le vio la cara en el espejo. Estaba pálido y tenía la piel tensa y retraída sobre los pómulos y las comisuras de la boca.

—Bueno, Joe, ¿qué te pasa? —se plantó frente a él de un salto.

—Algo muy simple, Janey —dijo Joe, dejando caer dolorosamente las palabras—. Alec ha muerto. Se estrelló con la moto. Vengo del hospital. Está muerto, eso es todo.

Janey parecía estar imprimiendo las palabras en un papel en blanco que guardaba en la cabeza. No podía hablar.

—Chocó al volver de Chevy Chase... Había ido a verme jugar. No sabes lo horrible que fue verlo hecho papilla.

Janey seguía esforzándose por decir algo.

—Era tu mejor...

—Era el mejor tipo que he conocido —concluyó Joe con suavidad—. Bueno, Janey, así es la vida... Pero quería decirte que ahora que Alec no está, no pienso quedarme en este agujero inmundo. Me voy a enrolar en la marina. Por favor, díselo tú a los viejos... Yo no quiero hablar con ellos. Así es la cosa; me enrolaré en la marina y recorreré el mundo.

—Pero Joe...

—Te escribiré, Janey, te lo juro... Te escribiré montones de cartas. Tú y yo... Bueno, adiós, Janey —la tomó por los hombros y la besó tímidamente en la nariz y la mejilla. Ella no atinó a hacer otra cosa que decide «Cuídate, Joe», y quedarse de pie junto al tocador envuelta en el aroma de las Was y el criterio de los niños que le llegaba por la ventana abierta. Oyó a Joe descender la escalera con pasos breves y ligeros y cerrar la puerta de la calle. Apagó la luz, se desvistió a oscuras y se metió en la cama. No lloró.

Llegó el día de la graduación y la entrega de diplomas, y ella y Alice concurrieron a fiestas y una vez hasta participaron con un montón de amigos en uno de esos viajes por el río, a la luz de la luna, en el vapor *Charles McAlister* hasta Indian Head. Los pasajeros no eran exactamente lo que Alice y Janey hubieran deseado. Algunos de los muchachos bebían más de la cuenta y había parejas besándose en cuanto rincón encontraban; sin embargo, era hermoso ver la luna reflejada en el río y se sentaron juntas a conversar. Había baile con orquesta, pero ellas no bailaron porque el salón estaba repleto de tipos groseros que hacían comentarios. Cuando el barco regresaba remontando el río, en voz muy baja y apoyada en la baranda muy cerca de su amiga, Janey le habló de Alec. Alice se había enterado por el periódico, pero ni siquiera había soñado que Janey lo conociese, y menos aún que lo quisiera tanto. Se puso a llorar y, mientras la consolaba, Janey se sintió fuerte y después de eso se vieron más unidas que antes. Janey susurró que nunca volvería a ser capaz de amar y Alice dijo

que ella no pensaba enamorarse de ningún hombre porque todos bebían, fumaban, decían cosas sucias y no pensaban más que en una cosa.

En julio Alice y Janey entraron a trabajar para mistress Robinson, estenógrafa pública del edificio Riggs, en reemplazo de dos chicas que estaban de vacaciones. Mistress Robinson era una mujercita canosa con pecho de paloma y una voz chillona con acento de Kentucky que a Janey la hacía pensar en una cotorra. Era sumamente severa, de modo que en sus dominios debían observarse innumerables reglas.

—Miss Williams —solía gorjear reclinándose detrás de su escritorio—. Ese trabajo para el juez Roberts tiene que estar terminado hoy sin falta... Lo hemos prometido, querida, y lo entregaremos aunque nos tengamos que quedar trabajando hasta medianoche. Noblesse oblige, querida.

Y las máquinas de escribir se lanzaban a trinar y resonar y los dedos de todas las chicas parecían volverse locos copiando circulares, manuscritos de discursos jamás pronunciados por funcionarios desconocidos, engendros ocasionales de un periodista o un científico, prospectos de agencias inmobiliarias, extractos de patentes, cartas apremiantes de médicos y dentistas a los pacientes morosos.

EL OJO DE LA CÁMARA (14)

LOS domingos por la noche cuando habíamos terminado las croquetas de pescado y míster Garfield nos leía con su voz hermosa todos estaban tan callados que se hubiera podido oír la caída de un alfiler porque lo que leía era *El hombre sin país* y era una historia terrible y Aaron Burr había sido un hombre muy peligroso y este pobre joven había dicho «Malditos Estados Unidos; espero no volver a oír su nombre nunca más» y eso era algo muy grave y el juez de cabello gris era tan bueno tan amable

y el juez me condenó y me llevaron a tierras lejanas y desconocidas en una fragata y los oficiales eran gentiles y educados y hablaban con una voz grave serena y muy compasiva como la de míster Garfield y todo era grave sereno y muy compasivo las fragatas el Mediterráneo azul las islas y cuando me morí me dio miedo y me puse a llorar y no quería que los demás chicos me vieran las lágrimas

los americanos no deben llorar han de tener un aspecto grave sereno y muy compasivo cuando me envolvieron en las barras y las estrellas y me trajeron a mi tierra en una bandera para ser enterrado sentía tanta piedad que después no podía recordar si me habían traído a mi tierra o me habían echado al mar pero el hecho es que me envolvieron en la gloriosa insignia

NOTICIARIO XI

EL gobierno de los Estados Unidos debe insistir y exigir que los ciudadanos americanos que puedan ser hechos prisioneros por cualquiera de los bandos en el curso de los actuales disturbios insurreccionales sean tratados de acuerdo con los más tolerantes principios de la legislación internacional.

EL EJÉRCITO CUSTODIA LA CONVENCIÓN

el *Titanio* zarpó de Southampton el 10 de abril en su viaje inaugural la operación se llevará a cabo contra los deseos del New York Life según «Kimmel» bien ya saben en Niles soy Kimmel pero para todo el mundo soy George incluso mi madre y mi hermana cuando nos encontramos por la calle

Me voy al Maxim's
Donde todo es diversión
con todas las chicas hablaré
Entre besos y piropos reiré
Con Lolo, Dodo, Joujou,
Cloclo, Margot y Froufrou

SE HUNDE EL TITANIC, EL BARCO MÁS GRANDE DEL MUNDO

personalmente no estoy convencido de que la jornada de doce horas sea perjudicial para los empleados más aún teniendo en cuenta que ellos insisten en trabajar horas extras para ganar más dinero

Mi canción musitaré
Cariño muy cerca de ti
Cerca de ti

era alrededor de la una de una noche estrellada de luna nueva. El mar estaba sereno como una laguna, el barco sólo se mecía suavemente con el ir y venir de las olas, una noche ideal de no ser por el fuerte frío reinante. Desde lejos el *Titanio* presentaba un perfil inmensamente largo, su gigantesco casco se recortaba como una figura negra con el cielo estrellado; hasta el último ojo de buey, hasta el salón más

pequeño que estaban iluminados.

SE PIDE AL METODISMO QUE RENIEGUE DE LA TRINIDAD

el vestido de la novia es de un satén encantador, ceñido a la cintura por una faja de chiffon y encaje. El velo es de crepe lisso ribeteado con punto de Venecia, lo cual representa una novedad con respecto al velo tradicional de los trajes de novia, y el bouquet estará formado por lirios del valle y gardenias

Lolo, Dodo, Joujou,
Cloclo, Margot y Froufrou
Me voy al Maxim's
y tú también puedes venir

el *Titanio* hundió lentamente la punta hasta que la proa quedó casi perpendicular al agua y en ese instante las luces de las cabinas, que ni siquiera habían titilado desde la partida, se apagaron por completo volvieron a encenderse por un segundo y una vez más se apagaron para siempre. Mientras tanto las máquinas del buque trepidaban con un bramido que se podía oír desde millas a la redonda. Luego, sumergiéndose de costado

JANEY

-PERO es tan interesante, mamá —argumentaba Janey cuando su madre se lamentaba de que tuviera que trabajar.

—En mis épocas se consideraba que no era propio de una dama, nos parecía degradante.

—Bueno, ahora no —respondía Janey, inflexible. Después de aquello era un alivio alejarse de la casa sofocante y de las sofocantes calles arboladas de Georgetown y encontrarse con Alice Dick para ir al centro a ver películas de otros países y mezclarse con el gentío de F Street y entrar a un bar a tomar un batido antes de regresar en el tranvía, y sentarse en la fuente a hablar de la película, de Olive Thomas, Charley Chaplin y John Bunny. Comenzó a leer todos los días el periódico e interesarse por la política. La punzaba la vaga sensación de que en alguna parte existía un mundo palpitante y luminoso, y que vivir en Georgetown, donde todo era tan modesto y anticuado, y Mamá y Papá eran tan humildes y anticuados, le estaba impidiendo acceder a él.

Las postales de Joe le despertaban la misma sensación. Era marinero en un buque de guerra, el *Connecticut*. Le enviaba postales del malecón de La Habana, el puerto de Marsella o de Villefranche, o alguna fotografía de una muchacha en traje de campesina en el centro de una herradura de brillantes, y unas cuantas líneas deseándole que se encontrara bien y le gustara su trabajo; jamás hablaba de él. Ella le escribía cartas muy largas plagadas de preguntas sobre él y los países que conocía, pero Joe nunca se las contestaba. Y, aun así, el solo hecho de recibir las postales le contagiaba una vaga sensación de aventura. Cada vez que veía en la calle un marino o un oficial de Quantico pensaba en Joe y se preguntaba cómo le iría. Le bastaba cruzarse con un marinero de azul, con la gorra ladeada, para que el corazón le latiera de un modo desconocido.

Casi todos los domingos Alice iba a Georgetown. Ahora la casa era diferente: Joe se había marchado, su madre y su padre eran mayores y más apacibles. Francie y Ellen florecían, transformándose en dos colegialas bonitas y dicharacheras muy populares entre los muchachos del barrio, yendo a fiestas y quejándose continuamente de no tener dinero para gastar. Cuando se sentaba a la mesa con ellas, ayudaba a su madre a preparar la salsa, o llevaba las patatas y las coles de Bruselas para el almuerzo del domingo, Janey se sentía una mujer madura, casi una vieja solterona. Ahora integraba el mismo bando que sus padres, enfrentado al de sus hermanas. Papá empezó a envejecer y consumirse. A menudo hablaba de retirarse; esperaba que le concedieran la jubilación.

Después de haber trabajado ocho meses con mistress Robinson, Janey recibió una

oferta de Dreyfus y Carroll, los abogados de patentes que ocupaban el último piso del edificio Riggs, para trabajar con ellos a diecisiete dólares por semana, cinco más de los que estaba ganando. Eso la enorgullecíó. Ahora se daba cuenta de que era una buena empleada y que podría salir a flote en cualquier situación. Embriagada por ese triunfo, fue con Alice a comprarse un vestido a Woodward & Lothrop. Tenía veintiún años, iba a ganar diecisiete dólares por semana, y por lo tanto gozaba de pleno derecho a comprarse un buen vestido. Quería uno de seda con bordados. Alice opinó que el color bronce le haría juego con el cabello. Sin embargo, recorrieron todas las tiendas de F Street sin encontrar un vestido que no fuese excesivamente caro, de modo que por fin compró tela y algunas revistas de moda y le dio todo a su madre para que hiciera algo. A Janey la irritaba seguir dependiendo de su madre, pero el hecho era que no le cobraría nada. Así que mistress Williams cosió ese vestido nuevo para Janey, tal como le había cosido toda la ropa que había usado desde el momento de nacer. Janey nunca había tenido paciencia para aprender a coser tan bien como ella. Por lo demás, compraron tela suficiente como para que Alice también se hiciera un vestido nuevo, con lo cual mistress Williams tuvo doble tarea.

El trabajo con Dreyfus y Carroll era muy distinto que con mistress Robinson.

En la oficina eran casi todos hombres. Dreyfus era un hombrecito de cara chupada con bigote negro, negros ojitos parpadeantes y un acento rebuscado que le daba cierto aire de diplomático extranjero. Usaba guantes amarillos y un bastón del mismo color y poseía una gran variedad de sobretodos de un corte impecable. Según Jerry Burnham, era el cerebro de la empresa. Míster Carroll era un hombrón de cara congestionada que fumaba innumerables cigarros y se aclaraba la garganta muchas veces al día y tenía una forma de hablar malditaseamisombramente sureña. Según Jerry Burnham, un joven pecoso de ojos disipados, era el consejero de la empresa para cuestiones de técnica e ingeniería. Se reía mucho, llegaba siempre tarde y por alguna razón había simpatizado con Janey y solía contarle chistes mientras le dictaba. A ella le caía bien, pero por algún motivo esa mirada disipada le daba un poco de miedo. Le hubiera gustado poder hablarle como una hermana y aconsejarle que no consumiera la vela por las dos puntas. Después había un contable viejo, míster Sills, un hombre arrugado que vivía en Anacostia y jamás cambiaba una palabra con nadie. Al mediodía, en vez de salir a comer, se quedaba en su escritorio a masticar un sándwich y una manzana que traía envueltos en un papel lustroso que luego se guardaba en el bolsillo, doblándolo con mucho cuidado. Había además dos recaderos y una mecanógrafa diminuta de cara chata llamada miss Simonds que sólo ganaba doce dólares a la semana. Durante el día se presentaba toda clase de gente de aspecto algunas veces respetable y otras atemorizador que permanecía de pie en el despacho exterior, las más de las veces escuchando la cháchara que míster Carroll les propinaba desde detrás del panel de vidrio. Míster Dreyfus salía y entraba sin decir palabra, sonriendo ligeramente a los conocidos, urgido siempre por misteriosas ocupaciones. Mientras almorzaban en una cafetería o un bar Janey le contaba todo a Alice y ésta la

escuchaba con admiración. Alice la esperaba todos los días a la una en el vestíbulo. Habían convenido salir a comer a esa hora porque había menos gente. Ninguna de las dos gastaba más de veinte céntimos, de modo que no tardaban demasiado y les sobraba tiempo para dar un paseo por Lafayette Square o el parque de la Casa Blanca antes de regresar a la oficina.

Un sábado por la noche tuvo que quedarse trabajando hasta tarde para terminar de copiar a máquina la descripción de un motor fuera borda que debía estar el lunes a primera hora en la Oficina de Patentes. No había casi nadie más. Hacía lo posible por concentrarse en el complicado lenguaje técnico para no cometer errores, pero los pensamientos se le escapaban tras una postal del Cristo de los Andes que había recibido de Joe esa mañana. Todo lo que decía era:

«Al diablo con los barquitos del Tío Sam. Regresaré pronto».

No estaba firmada pero ella conocía la letra. La había dejado preocupada. Burnham estaba sentado en la centralita revisando las páginas a medida que ella las terminaba. De vez en cuando iba al lavabo; cuando volvía, una vaharada caliente de whisky atravesaba la oficina. Janey se puso nerviosa. Siguió escribiendo, hasta que las letritas negras empezaron a borroneársele ante los ojos. Estaba preocupada por Joe. ¿Cómo era posible que volviera antes de concluir el servicio? Algo debía pasar. Y Jerry Burnham, que no paraba de dar vueltas alrededor del sillón de la telefonista, la hacía sentirse incómoda. Varias veces habían comentado con Alice lo peligroso que era quedarse a solas en la oficina con un hombre como aquél. A esa hora y repleto de alcohol, un macho no podía pensar más que en una cosa.

Cuando le entregó la penúltima hoja se encontró con una mirada húmeda y febril.

—Apuesto a que está agotada, miss Williams —dijo Burnham—. Es una falta de consideración obligarla a quedarse hasta tan tarde, y para peor un sábado por la noche.

—No hay problema, míster Burnham —respondió ella glacialmente, y se le crisparon los dedos.

—Es culpa de ese condenado gorila. Se pasa el día dando la lata con la política y nadie puede terminar las cosas a tiempo.

—Bueno, ahora ya no hay nada que hacerle —dijo Janey.

—No hay nada que hacerle... Son casi las ocho. Tuve que anular una cita con mi mejor chica... Bueno, una de las mejores. Seguro que a usted le pasó lo mismo, miss Williams.

—Me tenía que encontrar con una amiga, eso es todo.

—Ahora me toca a mí... —dijo él, y se rió con tal naturalidad que de repente Janey también se encontró riéndose.

Una vez terminada y puesta en el sobre la última hoja, Janey se levantó a buscar su sombrero.

—Mire, miss Williams, echaremos esto en el buzón y después usted vendrá conmigo a cenar algo.

En el ascensor Janey trató de poner alguna excusa, pero por alguna razón no lo hizo bien y un rato después se encontraba, turbada y en calma, sentada frente a él en un restaurante francés de H Street.

—Y bien, ¿usted qué piensa de la Nueva Libertad, miss Williams? —preguntó Jerry Burnham con una sonrisa, y le pasó la carta—. Aquí tiene el menú... Déjese guiar por su conciencia.

—Bueno, no estoy demasiado enterada, míster Burnham.

—Yo estoy francamente de acuerdo. Creo que Wilson es un gran hombre... De todos modos no hay nada en el mundo como un buen cambio, ¿no le parece? Brian es un charlatán, puro ruido, pero incluso él representa algo, y hasta Josephus Daniels, que se pasa el tiempo pagándole copas a la marina. Creo que existe la posibilidad de que volvamos a ser una democracia... A lo mejor lo conseguimos sin necesidad de llegar a la revolución. ¿Usted qué opina?

Nunca esperaba respuesta, le bastaba con hablar y reírse solo.

Cuando después Janey intentó contárselas a Alice, las cosas que había dicho Jerry Burnham no sonaron tan graciosas, la comida no pareció haber sido tan buena ni todo tan divertido. Alice se enojó:

—Oh, Janey, cómo pudiste ir tan tarde a un lugar así y con un borracho.

Y yo esperándote aquí con una ansiedad horrible... Sabes bien que esa clase de hombres tiene una idea fija... Si quieres que te diga la verdad, pienso que hiciste algo ligero, una inconsciencia... Yo no te hubiera creído capaz.

—Pero, Alice, no fue así —intentó explicarle Janey, pero Alice se echó a llorar y pasó una semana entera ofendida; de modo que de allí en adelante Janey no tocó el tema de Jerry Burnham. Era la primera vez que discutía con Alice y no le gustó nada.

Con todo, se hizo amiga de Jerry. A él parecía divertirle salir con ella y tenerla de público. Incluso después de haber dejado de trabajar en Dreyfus y Carroll la siguió llamando los sábados por la tarde para llevarla a Keith's. Una vez Janey arregló un encuentro con Alice en Rock Creek Park, pero la cosa no fue precisamente un éxito. Jerry llevó a las muchachas a tomar el té al viejo molino de piedra. Trabajaba en un periódico para ingenieros y escribía un artículo semanal para el *New York Sun*. A Alice le molestó oírle decir que Washington era un sumidero y un pozo de aburrimiento, que allí se estaba pudriendo y que la mayoría de los habitantes eran muertos en vida. Cuando las dejó en el autobús para volver a Georgetown, Alice dijo lacónicamente que el joven Burnham no era el tipo de persona que debía tratar una chica respetable. Janey se arrellanó alegramente en el asiento, contempló los árboles, las chicas con ropa de verano, los hombres con sombreros de paja, los buzones, las tiendas, y dijo:

—Pero, Alice, es tan listo... A mí me gusta la gente inteligente. ¿A ti no?

Alice meneó tristemente la cabeza y no respondió.

Esa misma tarde fueron al hospital de Georgetown a ver a Papá. Fue espantoso. Mamá, Janey, el médico y la enfermera de guardia sabían que tenía cáncer de vejiga y

que no le quedaba mucho de vida, pero ninguno de los cuatro quería admitirlo. Lo acababan de trasladar a una habitación individual para que se encontrase más cómodo. Pero la hospitalización costaba mucho dinero y habían tenido que abrir una segunda hipoteca sobre la casa. Ya habían gastado los ahorros que Janey había acumulado en una cuenta bancaria por si llegaban días difíciles. Esa tarde las hicieron esperar un rato. Cuando la enfermera salió con un orinal envuelto en una toalla, Janey entró sola.

—Hola, Papá —dijo con una sonrisa compulsiva. El olor a desinfectante le daba náuseas. A través de la ventana abierta invadía el cuarto un perfume tibio de árboles marchitos, somnolientos rumores de tarde de domingo, el graznido de algún cuervo, un clamor de tráfico distante. El rostro de Papá estaba consumido y torcido hacia un lado. Sus grandes bigotes parecían patéticamente blancos, sedosos. Janey sabía que ella era la persona que más lo quería en el mundo. Lo oyó hablar con una voz muy baja pero firme.

—Janey, sabes mejor que yo que estoy en dique seco y nunca más... Pero esos hijos de puta no me lo quieren confesar... Oye, cuéntame algo de Joe. Tienes noticias de él, ¿no? Ojalá no hubiera entrado en la marina. Eso no es futuro para un muchacho con ganas de triunfar; pero en el fondo me alegra que lo atraiga el mar, eso lo heredó de mí. En los viejos tiempos, antes de cumplir los veinte, di tres veces la vuelta al cabo de Hornos. Fue antes de meterme en lo del remolcador, sabes. Y como aquí tirado no tengo otra cosa que hacer, me puse a pensar que Joe anda siguiendo mis huellas, y la verdad es que me alegra. Él no me preocupa. Lo que me gustaría es que vosotras os casarais, que no dependierais de mí. Me sentiría más tranquilo. No me gustan las chicas de hoy en día, con esas faldas por encima de los tobillos —los ojos de Papá la recorrían con una mirada débil y llena de frío que le endureció la garganta y apenas le permitió hablar.

—Supongo que puedo cuidarme sola —dijo.

—Ahora tienes que cuidarme a mí. Lo he dado todo por vosotros. Y mira cómo me lo agradecéis. Tuvisteis todas las comodidades y ahora me mandáis a morir a un hospital.

—Pero, Papá, tú mismo dijiste que sería mejor estar en un lugar donde pudieran ocuparse de ti.

—No me gusta la enfermera de la noche, Janey, me trata demasiado mal... Díselo a los de la administración.

Fue un alivio tener que marcharse. Caminó por la calle con Alice sin que ninguna de las dos abriera la boca. Finalmente Janey dijo:

—Por el amor de Dios, Alice, no estés de mal humor. Si supieras como me duele todo esto... Oh, Dios, querría...

—¿Qué querrías, Janey?

—Oh, no lo sé.

Aquel verano julio fue muy caluroso; en la oficina trabajaban bajo un perpetuo

remolino de ventiladores eléctricos, los hombres con los cuellos abiertos y las mujeres con el rostro protegido por una gruesa capa de polvos; únicamente míster Dreyfus se mantenía fresco y atildado como recién salido de una sombrerera. El último día del mes Janey se había demorado un minuto en su escritorio reuniendo energías para volver a su casa por las calles hirvientes, cuando de repente se presentó Jerry Burnham. Llevaba las mangas de la camisa arrolladas por encima del codo, pantalones blancos de dril y el sombrero bajo el brazo. Le preguntó a Janey cómo estaba su padre, habló con euforia de las noticias de Europa e insistió en llevarla a cenar porque necesitaba conversar con alguien que lo serenara.

—Me prestaron un coche, es de Bugs Dolan y no tengo permiso de conducir, pero igual podemos pasear un poco por la carretera y de paso respiraremos aire fresco.

Ella intentó negarse porque debía ir a cenar a su casa, y por otra parte Alice se enfadaba muchísimo cada vez que salía con Jerry, pero él se dio cuenta de que en el fondo quería aceptar y le insistió.

Se acomodaron en el Ford y dejaron las chaquetas en el asiento de atrás. Dieron una vuelta por la carretera, pero el asfalto estaba como una parrilla. Los árboles y el río pardo y estancado se cocían al sol como un estofado con verduras. El calor del motor los asfixiaba. Jerry, el rostro enfebrecido, hablaba sin cesar de la guerra que se avecinaba en Europa: aseguraba que sería el ocaso de una civilización y el punto de partida para una revolución general de las clases trabajadoras; no le importaba lo que pasara con tal que se tratase de algo que lo ayudara a salir de Washington, donde estaba bebiendo hasta idiotizarse, con el cerebro derretido por el calor y las actas del Congreso; después siguió hablando de lo harto que estaba de mujeres que sólo buscaban sacarle dinero, o ser invitadas a fiestas, o casarse o cualquier maldito invento, y de lo hermoso y vivificante que era hablar con Janey, que no se parecía a las demás.

Hacía demasiado calor, de modo que dejaron para más tarde el paseo en coche y fueron a comer algo al Willard. Él insistió en ir allí porque tenía los bolsillos llenos de dinero y quería gastarlo de alguna forma, y Janey se sentía aterrorizada porque nunca había estado en un hotel tan grande y le parecía que no iba vestida como para entrar a un sitio así y dijo que temía hacerla quedar mal y él se echó a reír y contestó que eso era imposible. Se sentaron en el largo, inmenso comedor dorado, y Janey dijo que parecía el palacete de un millonario, y el camarero era muy amable, y Janey recorría el menú sin lograr decidir qué tenía ganas de comer y pidió una ensalada. Jerry le hizo beber un gin fizz con la excusa de que era refrescante, y el cóctel la dejó mareada, aturdida y torpe. Seguía el hilo de la conversación sin aliento, igual que cuando era pequeña y corría detrás de Joe y Alec hacia la terminal de tranvías.

Después de cenar pasearon un rato más en coche. Mientras Jerry se tranquilizaba, Janey se iba viendo invadida por una ola de timidez y buscaba en vano algo que decir. Recorrieron la Rhode Island Avenue y regresaron por el lado de la Residencia de Oficiales Retirados. El aire era irrespirable por todas partes y los fulgurantes faroles

idénticos de la calle pasaban uno tras otro iluminando retazos de árboles que no emitían ni un susurro. Ni siquiera en las colinas soplaban un poco de viento.

En los caminos más oscuros, alejados de los faroles, la atmósfera era más agradable. Janey había perdido todo sentido de la orientación y se quedó recostada aspirando las aisladas ráfagas de brisa que llegaban de los maizales y las colinas. Jerry detuvo repentinamente el coche en un sitio donde una débil humedad cenagosa se suspendía sobre el camino; se acercó a Janey y la besó. El corazón de ella se puso a latir a toda velocidad. Hubiera deseado decirle que no lo hiciera, pero le era imposible.

—No quería hacerla —murmuró él—, pero no pude evitarlo. Es que esto de vivir en Washington acaba socavándote la voluntad... O a lo mejor estoy enamorado de ti, Janey. No lo sé... Sentémonos atrás; está más fresco.

Desde el fondo del estómago de Janey surgió una sensación de debilidad que se esparció por todo el cuerpo. Apenas se acomodó, él la tomó en sus brazos. Ella le apoyó la cabeza en el hombro, con los labios junto al cuello. La cabeza empezó a girarle envuelta en un vaho de tabaco, alcohol y sudor de hombre. Sintió que Jerry apretaba las piernas contra las suyas. Se separó de él bruscamente y retrocedió en el asiento. Estaba temblando. Él volvió a acercarse.

—No, no —dijo Janey.

Él permaneció sentado junto a ella, rodeándole la cintura con el brazo.

—Fumemos un cigarrillo —dijo con voz temblorosa. Por lo menos fumar era una actividad; incluso le sirvió para sentirse cerca de él. Las puntas de los cigarrillos, rojas y ásperas, titilaban una frente a otra.

—¿Quieres decir que te gusto, Jerry?

—Me vuelves loco, nena.

—¿Quieres decir que...?

—¿Si me quiero casar contigo? Bueno, diablos, por qué no. Yo no... ¿Y si nos comprometiéramos?

—¿Quieres decir que quieres casarte conmigo?

—Si túquieres... Pero ¿no puedes entender lo que siente un hombre? Mira qué noche..., cómo huele el pantano... Dios mío, daría cualquier cosa por que fueras mía.

Terminaron los cigarrillos. Se quedaron largo rato sentados sin decir palabra. Janey podía sentir el vello del brazo desnudo de él contra la piel del suyo.

—Estoy preocupada por mi hermano Joe... Está en la marina, Jerry, y me da la impresión de que ha desertado, o algo así... Creo que te caería bien. Es un gran jugador de béisbol.

—¿Y por qué pensaste en él? ¿Es eso lo que sientes por mí? El amor es algo maravilloso. Caray, si lo conocieras, sabrías que no se parece a lo que sientes por tu hermano.

Le apoyó la mano en la rodilla. Janey sabía que la estaba mirando en la oscuridad. Se inclinó hacia ella y la besó con mucha suavidad. Le gustaron esos labios que

tocaban los suyos casi imperceptiblemente. Empezó a besarlos. Tuvo la impresión de caer por un abismo de siglos nocturnos. Y entonces, súbitamente, la atravesó un espasmo helado, se sintió mareada y abrió violentamente la boca buscando aire. Se lanzó a luchar con él. Levantó la pierna y le asestó un rodillazo en la ingle.

Jerry reculó y se bajó del coche. Janey lo oyó pasearse de un lado a otro en las sombras, a sus espaldas. Tenía escalofríos, y además de encontrarse mal estaba asustada. Jerry se subió, encendió el motor y comenzó a conducir sin mirarla. Iba fumando un cigarrillo del que surgían chispas diminutas.

Cuando llegó a la esquina de M Street, a unos metros de la casa de los Williams, frenó, se bajó y abrió la puerta. Ella descendió sin saber qué decir, temerosa de mirado.

—Supongo que pensarás que debo pedirte disculpas por haberme portado como un cochino —dijo Jerry.

—Jerry, lo siento —dijo ella.

—Yo no, qué diablos... Pensé que éramos amigos, pero está visto que en este pozo infecto no hay una sola mujer con un rastro de humanidad... Imagino que estarás esperando que suenen las campanas nupciales. Adelante: tú a tu negocio. Yo puedo conseguir lo que busco con cualquier puta negra, y no necesito salir de esta calle... Buenas noches.

Janey no respondió: miró alejarse el coche, entró en su casa y se acostó.

Durante todo agosto su padre agonizó, intoxicado de morfina, en el hospital de Georgetown. Día tras día los periódicos traían enormes titulares que evocaban la guerra en Europa: Lieja, Lovaina, Monza. En lo de Dreyfus y Carroll reinaba una intensa agitación y se producían pleitos en torno a unas patentes de municiones. Circulaba el rumor de que el intachable míster Dreyfus era agente del gobierno alemán. Un mediodía Jerry fue a ver a Janey para disculparse por haber sido tan grosero aquella noche y contarle que había conseguido un trabajo como corresponsal de guerra y debía partir para el frente en una semana. Comieron juntos un almuerzo a lo grande. Él habló de los espías, de las intrigas británicas, del paneslavismo, del asesinato de Jaurés y de la revolución socialista, sin dejar de reírse y asegurando que todo se encaminaba sin pausa hacia la destrucción total. Ella pensó que Jerry era maravilloso y deseó pedirle que se comprometieran y sintió por él una ternura inmensa y temió que lo mataran, pero de repente se hizo hora de volver a la oficina y ninguno de los dos sacó el tema. Él la acompañó hasta el edificio Riggs, le dijo adiós, le dio un largo beso delante de todo el mundo y se alejó prometiendo que le escribiría desde Nueva York. En ese instante apareció Alice, que se dirigía al despacho de mistress Robinson, y Janey se encontró diciéndole que se había comprometido con Jerry Burnham pero que él se marchaba a Europa como corresponsal de guerra.

Cuando su padre murió a comienzos de septiembre toda la familia se sintió aliviada. En el camino de regreso del cementerio de Oak Hill Janey advirtió que renacían todos los deseos que había experimentado de niña y el recuerdo de Alec le

produjo una tristeza casi insoportable. Su madre estaba muy serena, tenía los ojos irritados y no cesaba de decir que la alegraba saber que sobraba lugar para que a ella también la enterraran en el cementerio de Oak Hill. A Papá, decía, lo hubiera deprimido ser enterrado en otro sitio. Oak Hill era el más hermoso y era allí donde yacía la mejor gente de Georgetown.

Con el dinero del seguro la señora Williams reacondicionó la casa y dispuso los dos pisos superiores para alquilarlos como apartamentos. Aquella era la oportunidad que Janey había estado aguardando tanto tiempo; alquiló con Alice una habitación en Massachusetts Avenue, cerca de la Biblioteca Carnegie, con derecho a cocina. De modo que una tarde de sábado pidió un taxi por el teléfono de la farmacia y se marchó de su casa con su maleta, un baúl y una pila de pinturas enmarcadas. Las pinturas eran en realidad reproducciones de Remington, una muchacha de Gibson, una fotografía del destructor *Connecticut* en el puerto de Villefranche que le había enviado Joe y un retrato ampliado de su padre, de uniforme y al timón de una nave imaginaria sobre el fondo de un cielo tormentoso, obra de cierto fotógrafo de Norfolk, Virginia. También había dos grabados en color de Maxfield Parrish que había comprado hacía poco y una instantánea de Joe con ropas de béisbol. La pequeña fotografía de Alec la guardó con otras cosas en la maleta. El taxi olía a moho y avanzaba por la calle dando tumbos. Era un día fresco de otoño; las aceras estaban repletas de hojas secas. Janey sentía a un tiempo miedo y entusiasmo, como a punto de emprender un largo viaje.

Ese otoño leyó una buena cantidad de periódicos y revistas, además de *El adorado vagabundo*, de W J. Locke. Empezó a odiar a los alemanes, que estaban destruyendo el arte y la cultura, la civilización y la ciudad de Lovaina. Tenía la esperanza de recibir carta de Jerry, pero la carta no llegó nunca.

Una tarde, en el momento en que salía de la oficina con cierto retraso, a quien se encontró esperándola en el vestíbulo sino a Joe.

—Hola, Janey —dijo él—. Diablos, pareces una millonaria.

Le dio tal alegría verlo que apenas pudo articular palabra. Se aferró a su brazo y se apretó contra él.

—Acabo de cobrar —siguió Joe—, y pensé que lo mejor era venir a ver a la parentela antes de gastármelo todo... Vamos, iremos juntos a cenar como reyes y después, si quieres, al teatro. —Estaba bruñido por el sol y tenía los hombros más anchos que antes de partir. Las manos enormes y las muñecas nudosas emergían de un traje azul que le quedaba demasiado estrecho. Las mangas también eran cortas.

—¿Pasaste por Georgetown? —preguntó ella.

—Psé.

—¿Fuiste al cementerio?

—Mamá quería que fuera, pero ¿de qué sirve?

—Pobre mamá, es tan sentimental para algunas cosas...

Comenzaron a caminar. Joe guardaba silencio. Era un día caluroso. En la calle se

arremolinaba el polvo. Janey dijo:

—Joe, querido, tienes que contarme todas tus aventuras... Has de haber estado en lugares increíbles. No cualquiera tiene un hermano en la marina.

—Janey, te pido que no me hables de la marina, ¿quieres? Me gustaría no volver a oírla nombrar. Deserté en Buenos Aires, te das cuenta, y me embarqué en un carguero inglés... También era una vida de perros, pero cualquier cosa es mejor que la Armada de los Estados Unidos.

—Pero, Joe...

—No hay nada de qué preocuparse.

—Pero ¿qué pasó, Joe?

—¿Me prometes que no le dirás una sola palabra ni a la última viviente?

Mira, me enredé en una pelea con un oficialito que pretendía manejarme con la rienda corta. Le coloqué una castaña en la mandíbula, no quedó muy sano y como las cosas se pusieron espesas me tomé el piro... Eso es todo.

—Oh, Joe, y yo que esperaba que llegaras a oficial.

—¿Yo, oficial? Lo veo difícil.

Lo llevó al Mabillon, a donde una vez la había invitado Jerry. A la entrada Joe examinó el lugar con mirada crítica.

—¿Este es el mejor comedero que conoces, Janey? Mira que tengo cien pavos en el bolsillo.

—Oh, es un restaurante terriblemente caro... Es francés. Y no tienes por qué gastar todo el dinero conmigo.

—¿Y con quién diablos quieres que lo gaste?

Joe se sentó a la mesa y Janey fue a telefonearle a Alice para avisar que regresaría tarde. Cuando volvió a la mesa, Joe estaba extrayendo de los bolsillos unos paquetitos envueltos en papel a franjas rojas y verdes.

—¿Qué son?

—Abrelos, Janey, son tuyos.

Los abrió. Había cuellos de encaje y un mantel bordado.

—El encaje es irlandés y lo otro es de Madeira... También te había comprado un jarrón chino, pero algún ladrón hijodeputa me lo robó.

—Me emociona que hayas pensado en mí... Te lo agradezco.

Joe jugueteaba con el tenedor y el cuchillo.

—Tenemos que darnos prisa, Janey, o llegaremos tarde al teatro. Tengo entradas para *El jardín de Alá*.

Cuando salieron del Belasco a Lafayette Square, serena y silenciosa bajo el canturreo del viento entre los árboles, Joe dijo:

—No es para tanto. Una vez vi una verdadera tormenta de arena —y a Janey le apenó que su hermano fuese tan grosero.

En el teatro se había sentido, como cuando era pequeña, llena de un incierto anhelo de países extraños, aroma de incienso, ojos oscuros, duques con levita que

dilapidaban su dinero en las mesas de juego de Montecarlo, monjes y misteriosos parajes orientales. Si Joe hubiera sido un poco más educado habría podido apreciar mejor los lugares en donde había estado. Caminaron juntos hasta el umbral de la casa de Massachusetts Avenue.

—¿Dónde vas a dormir, Joe? —preguntó ella.

—Supongo que regresaré a Nueva York y me embarcaré... Ahora que hay guerra ser marino es un buen negocio.

—¿Esta misma noche? —Él asintió—. Ojalá pudiera ofrecerte una cama, pero vivo con Alice.

—No, no quiero quedar me mucho en este agujero... Sólo he venido a saludarte.

—Bueno, Joe, buenas noches. Cuídate y escribe.

—Seguro que lo haré, Janey. Buenas noches.

Lo contempló alejarse hasta que se perdió de vista entre las sombras de los árboles. La puso triste verlo marcharse solo por la calle desierta. No tenía el paso bamboleante de los marinos; parecía un obrero. Suspiró y entró en la casa. Alice la esperaba despierta. Janey le enseñó los regalos y se probaron los cuellos y estuvieron de acuerdo en que eran muy bonitos y debían de valer mucho dinero.

Ese invierno Janey y Alice lo pasaron bien. Se acostumbraron a fumar cigarrillos y a invitar a sus amigos a tomar el té los domingos por la tarde. Leyeron novelas de Arnold Bennett y se adjudicaron el papel de mujeres independientes. Aprendieron a jugar al bridge y se acortaron las faldas. Para Navidad, en Dreyfus y Carroll Janey recibió una bonificación de cien dólares y le aumentaron el sueldo a veinte por semana. Empezó a decirle a Alice que no podía conformarse con su empleo en lo de mistress Robinson. En cuanto a ella, ambicionaba hacer carrera en los negocios. Ya no le daban miedo los hombres y se lo tomaba muy bien cuando en el ascensor otros empleados del edificio le hacían bromas que en otras épocas la hubieran hecho ruborizarse. Cuando Johnny Edwards o Morris Byer la llevaban al cine por la noche, no le importaba que le rodearan los hombros o le dieran un par de besos mientras buscaba la llave en la cartera. Había aprendido cómo aferrar la muñeca de un muchacho y apartarle la mano cuando pretendía ir demasiado lejos. Cuando Alice volvía a la carga con su sonsonete de que los hombres tenían una idea fija, ella solía responderle: «Oh, no son tan listos». Descubrió que unas gotas de peróxido en el agua cuando se lavaba la cabeza bastaban para volverle el cabello más rubio y borrar ese aspecto de ratita. A veces, cuando estaba a punto de salir por la noche, mojaba la yema de un dedo en carmín y se lo pasaba cuidadosamente por los labios.

EL OJO DE LA CÁMARA (15)

EN la desembocadura del Schuylkill subió a bordo míster Pierce noventa y seis años y fuerte como un roble Él había sido recadero en la oficina de míster Pierce más o menos en la época en que se había alistado pero sin poder tomar parte en la batalla de Antietam porque tenía un fuerte ataque de disentería y la hermana de míster Pierce mistress Black lo llamaba Jack y fumaba unos cigarrillos pequeñitos y marrones y poníamos el *Fra biavolo* en el fonógrafo y todo el mundo estaba muy alegre cuando míster Pierce se tiraba de las patillas y bebía ponche y mistress Black encendía los cigarrillos uno tras otro y hablaban de los días pasados y de cómo su padre había querido que Él fuese cura y Su madre había tenido tantos problemas para alimentar a toda una familia de hombres voraces y Su padre era un hombre callado y cuando hablaba era casi siempre en portugués y cuando no le gustaba cómo estaba cocinado un plato se levantaba de la mesa y lo tiraba por la ventana y Él quería ver el mar y estudió derecho en la universidad y en la oficina de míster Pierce Él cantaba

Oh cómo expresar la dicha que se siente
Viendo la espuma que este barco deja atrás

y Él también preparó un ponche y míster Pierce se tiraba de las patillas y todo el mundo estaba muy alegre y hablaron de la goleta *May Wentworth* y de cómo el coronel Hodgeson y el padre Murphy miraban la bebida con severidad y Él preparó un ponche y míster Pierce se tiraba de las patillas y mistress Black fumaba los pequeños cigarrillos marrones uno tras otro y a todo el mundo le gustaba el *Fra biavolo* que sonaba en el fonógrafo y el olor penetrante del puerto y el Delaware y los ferris antes todo eso era un gran pantano solíamos ir a cazar patos y Él cantó *Vittoria* al unísono con el fonógrafo

y al padre Murphy le dio un ataque terrible de gota y se lo tuvieron que llevar en camilla y míster Pierce noventa y seis años fuerte como un roble bebió un trago de ponche y se tiró de las patillas y con el viento llegaba el olor del puerto y el humo de los astilleros de Camden y el aroma de limón azucarado de los ponches ponía a todo el mundo muy alegre

NOTICIARIO XII

GRIEGOS HUYEN DE LA POLICÍA TRAS UNA REYERTA

Pasajeros de coche-cama son despertados a punta de pistola

Corre, río, corre
No pares hasta el mar
Que tus aguas brillantes
Traigan a mi amado
De regreso al hogar

COMBATES EN TORREÓN

cuando concluyó la campaña pasada, escribe el brillante diputado por Misuri Champ Clark, estuve a punto de desvanecerme por el exceso de trabajo, la tensión nerviosa, la falta de sueño, la mala alimentación y los discursos constantes, pero bastaron tres botellas de Electric Bitters para convertirme en un hombre nuevo

Roosevelt, líder de un nuevo partido

AYUDADO POR PARKER, CLARK ASESINÓ A BRYAN

No sabes, mi amor,
Lo sincero que soy
Créeme cuanto teuento
Que las orillas del Sena
Están lejos, muy lejos

el delito por el cual Richardson fue condenado a morir en la silla eléctrica fue el asesinato de su ex amante de diecinueve años Avis Linnel de Hyannis alumna del conservatorio musical New England de Boston.

La muchacha se oponía al casamiento del pastor con una joven heredera de la sociedad de Brookline tanto por el compromiso que existía entre ambos como por el estado en que se hallaba la propia miss Linnel.

La muchacha fue inducida por Richardson a ingerir veneno en la convicción de

que se trataba de un preparado que la libraría de tal estado y murió en su cuarto de la Asociación Cristiana de Jóvenes

POR PRIMERA VEZ ROOSEVELT REVELA CÓMO
CONSEGUIMOS PANAMÁ

CIEN MIL PERSONAS QUE NO LOGRAN ENTRAR AL
RECINTO PERMANECEN FUERA OVACIONANDO

a la hora de la cena el gobernador afirmó que durante todo el día no había recibido noticias directas de míster Bryan. «Teniendo en cuenta el porcentaje actual de ventaja —dijo míster Wilson después de haber leído los resultados de la votación en el distrito XV—, creo que me serán favorables unos 175 distritos más».

Joven pelirrojo afirma que los cuentos sobre cómo ganar dinero fácil lo condujeron a la delincuencia

el interés por el caso se intensificó notablemente cuando el 20 de diciembre se hizo público que el ex reverendo se había automutilado en su celda de la prisión de Charles Street

CINCO HOMBRES MUEREN TRAS HABER ARRIBADO
AL POLO SUR

DÍAZ SE DISPONE A DEFENDER LA ECONOMÍA CON CAÑONES

Están lejos, muy lejos,
Las orillas del Sena
Para una chica que sueña
A orillas del Saskatchewan

EL ORADOR JOVEN DE PLATTE

FUE en la convención de Chicago, en el noventa y seis, que el precoz orador premiado, aquel hijo de un pastor cuyos labios jamás habían probado el alcohol, alzó su voz de plata para colmar el gigantesco recinto y los oídos de la gente simple:

Señor presidente y caballeros de esta convención:
sería por demás presuntuoso
presentarme como alternativa

a los distinguidos caballeros que habéis escuchado anteriormente, en el caso de que esto fuera una exhibición de habilidades;

pero el hecho es que no libramos
un torneo entre individuos.
Cuando viste la armadura de una causa justa,
el más humilde de los ciudadanos
puede ser más fuerte que el ejército entero del
pecado.

Yo he venido para hablarles en defensa de esa causa sacrosanta que se llama Libertad...

hombre juvenil, de boca grande y corbata blanca,
pendenciero, exhortador, evangelista,

su voz fascinaba a los granjeros hipotecados de las grandes llanuras, tronaba por las escuelas con acequias del valle del Misuri, sonaba seductora a los oídos de los pequeños comerciantes sedientos de créditos fáciles, derretía las entrañas de los hombres como el canto de un zorzal o un sinsonte en la quietud grisácea que precede al alba, o un alza repentina en el trigo invernal, o una corneta llamando al ataque entre un flamear de banderas;

lengua plateada de la gente simple:

... el hombre que trabaja por un salario puede ser tan hombre de empresa como su

patrón;

el alcalde de un pueblo de provincias es tan hombre de empresa como el consejo corporativo de una gran metrópoli;

el tendero de un cruce de caminos es tan hombre de empresa como un comerciante de Nueva York;

el granjero que se levanta temprano por la mañana y se esfuerza todo el día, que se entrega al trabajo en primavera y suda todo el verano, que crea riqueza al modelar los recursos naturales con sus músculos y su cerebro, es un hombre de empresa en la misma medida que el hombre que concurre a la cámara de comercio y especula con el precio del grano;

los mineros que se sumergen trescientos metros
en la tierra o trepan seiscientos metros
en un acantilado
y extraen de esos recónditos lugares
los metales preciosos
que luego se derramarán por los canales
comerciales
no son menos hombres de empresa
que los pocos magnates financieros
que
en una trastienda
acaparan el dinero del mundo.

El peón y el apoderado se irguyeron en sus asientos y prestaron atención, aquello era un aliciente para el granjero que había hipotecado su cosecha para comprar fertilizante, para el ferretero y el vendedor de ultramarinos, para el vendedor de cereales, para el dueño de la funeraria del pueblo y para el transportista.

Teniendo de nuestro lado
las masas productoras
de nuestro país y el mundo entero,
sostenidos por los intereses comerciales, los intereses
laborales y los de los trabajadores de todas partes,
responderemos
a sus demandas
de patrón-oro
advirtiéndoles lo siguiente:

No podréis colocar a la fuerza una corona de espinas en la frente del trabajador,

jamás crucificaréis a la humanidad en una cruz de oro.

Los demás rugieron hasta vaciarse los pulmones (*corona de espinas y cruz de oro*)

lo pasearon en hombros por el salón, lo abrazaron, lo idolatraron, bautizaron a sus hijos con su nombre, lo propusieron para la presidencia,

el orador joven de Platte,

lengua dorada de la gente simple.

Pero Mc Arthur y Forrest, dos escoceses del Rand, inventaron el método del cianuro para extraer oro del mineral, Sudáfrica inundó el mercado de metal dorado; ya no se necesitó un profeta de la plata.

Por el agujero de la gran boca, la lengua de plata peroró sobre Pacifismo, Prohibición y Fundamentalismo,

mordisqueó nabos en el estrado de conferencias,

bebío agua y zumo de pomelo,

se regaló grandes comilonas;

Bryan encaneció en el aire caliente de las tiendas de Chautauqua, entre aplausos, apretones de mano, palmadas en el hombro y el aire saturado de humo de tabaco de las salas de comité en las convenciones democráticas, la lengua plateada siempre activa en la gran boca.

En Daytona soñó con volver a la carga enloqueciendo los relojes de la gente simple; marcó, desholló, se burló del darwinismo y del aspecto inconcebible de los seres de la ciudad, científicos, extranjeros con barba y moral de simios.

En Florida habló todos los mediodías desde un carro, vendiendo terrenos para Coral Gables bajo un toldo... Es que necesitaba hablar, sentir cómo se iban silenciando los murmullos, la aprobación de los oídos tensos, la ráfaga de aplausos.

¿Por qué no volver a dar rienda suelta a su voz a lo largo y ancho para conmover a la gente simple sedienta de la transparente palabra de Dios

(*corona de espinas y cruz de oro*)

la palabra transparente suave y próspera de Dios

para el transparente suave y próspero americano medio?

Comía con voracidad. Hacía calor. Se murió de un ataque.

Tres días más tarde en Florida la compañía entregó el caballo eléctrico que había encargado para entrenarse después de haber visto que el presidente se entrenaba con un caballo eléctrico en la Casa Blanca.

EL OJO DE LA CÁMARA (16)

CUANDO atravesamos el canal desde Delaware City hacía un calor de horno y las tortugas que tomaban el sol flotaban en la espesa estela ocre que dejábamos al pasar y Él estaba alegre y por una vez Ella se encontraba bien y Él nos preparó ponche de té y menta y un ron de Saint Croix pero en Delaware hacía un calor infernal y vimos tángaras escarlatas y pájaros de alas rojas y martín pescadores que se retorcían de rabia cuando la ola amarilla de la proa blanca hamacaba los juncos las espadañas los cálamos dulces y Él hablaba de la reforma de las leyes y de cómo eran los políticos y preguntaba dónde estaban los Hombres Valiosos del país y decían Bien la verdad es que pensando como pienso no podría ser elegido notario público en ningún distrito del Estado no ni por todo el dinero del mundo ni siquiera funcionario de la perrera municipal

J. WARD MOOREHOUSE

NACIÓ el Cuatro de Julio en Wilmington, Delaware. Ni un solo momento, mientras duraron las contracciones, la pobre mistress Moorehouse dejó de oír los petardos que estallaban cerca del hospital. Y cuando se despertó y le llevaron el bebé, le preguntó a la enfermera con un susurro trémulo si pensaba que el ruido podría tener efectos perniciosos en el niño, por la influencia prenatal, me comprende. La enfermera le contestó que el niño sería una persona muy patriótica y probablemente llegaría a ser presidente porque había nacido el Glorioso Cuatro de Julio, y se abocó a contarle la interminable historia de una mujer que se había asustado poco antes del parto porque un mendigo le había dado la mano de repente y el bebé había nacido con seis dedos, pero mistress Moorehouse se sentía demasiado débil y se quedó dormida. Más tarde míster Moorehouse, que volvía a su casa del depósito donde trabajaba como agente ferroviario, pasó a verla y decidieron que el niño se llamara John Ward, como el padre de mistress Moorehouse que era granjero en Iowa y no podía quejarse de su suerte. Después míster Moorehouse se dio una vuelta por lo de Healy para mojarse el garguero porque desde ese día era padre y se festejaba el Glorioso Cuatro de Julio, y mistress Moorehouse se durmió otra vez.

Johnny creció en Wilmington. Tenía dos hermanos, Ben y Ed, y tres hermanas, Myrtle, Edith y Hazel, pero todo el mundo afirmaba que, además de ser el mayor, él era la lumbre de la familia. Ben y Ed eran más fuertes y corpulentos, pero él era el campeón de canicas de la escuela pública y se había hecho acreedor a una fama considerable creando un monopolio de ágatas con un chico judío y menudo que se llamaba Ike Goldberg; alquilaban canicas a los demás chicos a razón de un céntimo a la semana las diez unidades.

Cuando estalló la guerra con España todo el mundo en Wilmington se dejó insuflar por un entusiasmo marcial; los niños les pedían a sus padres que les compraran uniformes de Rough Rider, jugaban a los filibusteros y a los indios Pawnee y al coronel Roosevelt y a Acuérdate del *Maine* y de la Armada Blanca y del *Oregón* navegando por el estrecho de Magallanes. Una tarde de verano Johnny estaba en el puerto cuando la escuadra del almirante Cervera fue divisada frente al cabo Delaware en formación de combate por un destacamento de la milicia estatal que de inmediato abrió fuego contra un viejo negro que pescaba cangrejos en el río. Johnny Volvió corriendo a su casa como Paul Revere y mistress Moorehouse juntó a sus seis hijos y, habiendo metido a dos de ellos en un carrito de bebé y arrastrando tras ella a los otros cuatro, emprendió la marcha hasta la estación de ferrocarril para encontrar a su esposo. Cuando ya se habían decidido a tomar el primer tren para Filadelfia, se difundió la noticia de que el supuesto escuadrón español era un grupo de barcos que

pescaban sábalos y que los milicianos habían sido arrestados por embriaguez. Cuando el viejo negro acabó de recoger su última línea, remó hasta la orilla y le mostró a sus amigos varios agujeros de bala en el casco de su bote.

Cuando Johnny se graduó en la escuela superior como figura sobresaliente del equipo de debates, orador singular y ganador del premio de ensayo con una monografía titulada «Roosevelt, el Hombre del Momento», todos tuvieron la impresión de que debía seguir la universidad. Pero la situación financiera de la familia no era floreciente, argumentaba su padre meneando la cabeza. La pobre mistress Moorehouse, cuya salud se había quebrantado después de dar a luz por última vez, había sido internada en el hospital para someterse a una operación y debería permanecer allí cierto tiempo. Los más pequeños habían tenido sarampión, tos ferina, escarlatina y paperas, todo el mismo año. Aún había que amortizar la casa y míster Moorehouse no había recibido el aumento que esperaba para fin de diciembre. De manera que en vez de emplearse como ayudante de comisionista o ir a la cosecha de melocotones cerca de Dover, como había hecho otros años, Johnny viajó por Delaware, Maryland y Pensilvania en calidad de agente de una distribuidora de libros. En septiembre recibió una nota de felicitación que le enviaba la empresa afirmando que era el primer agente que conseguía vender cien colecciones seguidas de la *Historia de los Estados Unidos* de Bryant. Alentado por este triunfo se marchó al oeste de Filadelfia y se presentó para una beca en la Universidad de Pensilvania. Consiguió la beca, aprobó los exámenes y se matriculó en el primer curso de la carrera de Diplomado en Comercio. El primer año sacó un carnet de viaje desde Wilmington para ahorrar el dinero del alojamiento. Los sábados y domingos hacía algo de dinero vendiendo suscripciones para las *Conferencias* de Stoddard. Todo hubiera funcionado bien si una mañana de enero, durante el curso de graduación de Johnny, su padre no se hubiera resbalado en el hielo que cubría los escalones de la estación, fracturándose la cadera. Lo llevaron al hospital y allí se desencadenó una complicación tras otra. Un abogadito medio turbio, en realidad el padre de Ike Goldberg, fue a visitar a Moorehouse, quien estaba postrado con la pierna colgando de un armazón Balkan, y lo indujo a demandar a la empresa por cien mil dólares amparándose en la ley de responsabilidad patronal. Los abogados del ferrocarril consiguieron testigos para demostrar que Moorehouse había estado bebiendo más de la cuenta y el médico que lo había examinado declaró que mostraba síntomas de haber ingerido alcohol la mañana del accidente, de modo que hacia mitad del verano el hombre abandonó el hospital en muletas, sin trabajo y sin indemnización. Ése fue el final de los estudios universitarios de Johnny. El incidente le dejó un imborrable resentimiento contra el alcohol y contra su padre.

Para salvar la casa míster Moorehouse tuvo que escribir a su padre pidiéndole ayuda, pero la respuesta tardó tanto en llegar que el banco se quedó con todo antes de que se produjeran noticias; de todos modos no hubiera servido de mucho porque todo lo que llegó fueron cien dólares en billetes de diez, dentro de una carta certificada,

suma que apenas sirvió para pagar la mudanza a un piso en una casa de madera habitada por cuatro familias, cerca de las explanadas de carga de Pensilvania. Ben abandonó la escuela superior y consiguió un empleo de ayudante de comisionista, en tanto que Johnny entraba a trabajar para Hillyard y Miller, agentes inmobiliarios. Myrtle y su madre hacían pasteles por las tardes y vendían tartas de cabello de ángel al Hogar Femenino, y míster Moorehouse se sentaba en su sillón de inválido, en la sala escupiendo maldiciones contra los abogados, los tribunales de justicia y la compañía de trenes de Pensilvania.

Aquél fue un mal año para Johnny Moorehouse. Tenía veinte años, no fumaba ni bebía y se reservaba inmaculado para la encantadora chica con la que pensaba casarse, una muchacha de organdí rosado, con rizos del color del oro y una sombrilla. Se sentaba en la minúscula, polvorienta oficina de Hillyard y Miller a confeccionar listas de casas en alquiler, habitaciones amuebladas, apartamentos y terrenos en venta, y pensaba en la guerra de los bóer, en la Vida Activa y la búsqueda de oro. Desde su escritorio, a través de la mugrienta cortina de la ventana, veía un trozo de calle con casas de madera y varios olmos. En verano había frente a la ventana un cazamoscas en forma de cono, donde los insectos atrapados zumbaban y crepitaban, y en invierno una pequeña estufa de petróleo que emitía continuamente un sonido débil y peculiar. Detrás de Johnny, al otro lado de un tabique de cristal esmerilado que no tocaba el cielorraso, míster Hillyard y míster Miller se sentaban frente a frente en un gran escritorio doble a fumar cigarros y revisar documentos. Míster Hillard era un sujeto macilento, de pelo negro un poco demasiado largo, que se estaba forjando una aceptable reputación como abogado criminalista cuando, debido a cierto escándalo que la gente ya no mencionaba porque existía el acuerdo generalizado de que se había redimido, fue expulsado del foro. Míster Miller era un hombre bajito, de cara redonda, que vivía con su madre anciana. Se había visto obligado a ingresar en el negocio de los bienes raíces porque su padre había muerto dejando como única herencia varios solares repartidos por Wilmington y las afueras de Filadelfia. La ocupación de Johnny consistía en sentarse en el despacho anterior y tratar con amabilidad a los compradores potenciales; hacer listas de propiedades, ocuparse de la publicidad, copiar cartas a máquina, vaciar los cestos de papeles y quitar las moscas muertas del cazamoscas, llevar a los clientes a visitar apartamentos, casas y solares y, en líneas generales, ser a toda hora servicial y agradable. Fue gracias a esa tarea que descubrió que era dueño de un resplandeciente par de ojos azules y que a la gente le gustaba su translúcida mirada de hombre joven. Las viejitas que buscaban casa nueva solicitaban con especial insistencia ser guiadas por ese muchacho tan simpático, en tanto que los hombres de negocios que se dejaban caer para charlar un rato con Hillyard y Miller meneaban la cabeza para exclamar: «Es listo el chico». Ganaba ocho dólares por semana.

Aparte de la vida aventurera y de una chica ideal que se enamorara de él, había algo más que absorbía los pensamientos de Johnny Moorehouse cuando se sentaba en

su escritorio a confeccionar listas de casas de cinco y siete habitaciones; sala, comedor, cocina, despensa, tres dormitorios y baño, cuarto para la sirvienta, agua, electricidad, gas, excelente orientación sobre terreno pedregoso en un barrio distinguido. Pensaba que quería ser compositor de canciones populares. Poseía una buena voz de tenor y era capaz de entonar cualquier tema de moda: *Larboard Watch Ahoy, I Dreamt I Dwelt in Marble Halls o Through PleasuresandPalaces Sadly I Roam*. Los domingos por la tarde tomaba lecciones de música con miss O'Higgins, una irlandesa menuda, marchita y soltera de unos treinta y cinco años, que le enseñaba los rudimentos del piano y escuchaba embelesada las originales creaciones de Johnny, creaciones que de inmediato convertía a escritura en un papel especialmente pentagramado poco antes de que él llegara. Una de las canciones empezaba así:

Oh, ese estado donde florecen los melocotones
Y las muchachas son bellas... es Delaware

La profesora consideró que era suficientemente buena como para enviársela a un editor de Filadelfia; pero la canción le fue devuelta y lo mismo sucedió con la siguiente, sobre la cual miss O'Higgins —a esas alturas él ya la llamaba Marie y ella afirmaba que no podía cobrarle las lecciones, al menos hasta que se hiciera rico y famoso— derramó gruesas lágrimas mientras aseguraba que era tan bella como las de Mac Dowell. Comenzaba del siguiente modo:

La bahía plateada de Delaware
Se extiende sobre el mar con capullos rosados
Y su recuerdo suave me acaricia
Cuando mi corazón de pena está embargado.

Miss O'Higgins tenía un salóncto con sillones dorados donde daba las clases. Estaba adornado con pesadas cortinas de encaje y cortinados de brocado color salmón que había comprado en una subasta. En el centro había una mesa negra de nogal con una considerable pila de viejos álbumes encuadrados en cuero oscuro. Los domingos por la tarde, cuando acababan la lección, ella servía té, bizcochos y tostadas de canela; Johnny se reclinaba en el sillón de crin, cubierto en invierno y verano con un forro floreado debido a su estado ruinoso, y los ojos se le tornaban más azules y hablaba de sus anhelos y se burlaba de míster Hillyard y míster Miller. Ella le relataba las vidas de los grandes compositores, y las mejillas se le sonrojaban y se sentía casi bonita y no veía que existiera entre los dos una diferencia de edad abismal. Las lecciones de música le servían para mantener a su madre inválida ya su padre, que de joven había sido barítono de fama y patriota irlandés, y cuya carrera se había

malogrado por culpa de la bebida. Miss O'Higgins estaba locamente enamorada de Johnny Moorehouse.

Johnny Moorehouse trabajó para Hillyard y Miller, sentado en el despacho angustiante, irritándose cuando no había trabajo hasta el punto de pensar que se volvería loco y saldría corriendo a matar a alguien, sin dejar de enviar canciones a editores musicales que se las devolvían puntualmente ni de leer la *Success Magazine*, pleno como vivía de ambición de futuro. Lo que más deseaba era vivir lejos de Wilmington, de los gruñidos y la pipa de su padre, del escándalo que armaban sus hermanos y hermanas, del olor a cecina y coliflor, y del rostro pecoso y las manos estropeadas de su madre.

Pero un día lo mandaron a Ocean City, Maryland, a hacer un informe sobre unos terrenos que poseía allí la empresa. Míster Hillard se encontraba imposibilitado: tenía un forúnculo en el cuello. Le dio a Johnny el billete de ida y vuelta y diez dólares para gastos.

Era una tarde calurosa de julio. Johnny corrió a su casa a buscar una maleta y llegó a la estación justo a tiempo para subirse al tren. El viaje, a través de huertas de melocotones y pinos estériles, bajo un resplandor cielo pizarra que proyectaba sobre los trigales parches de sombra opaca, entre casuchas blanqueadas y ciénagas, fue sofocante y pringoso. Johnny se había quitado la chaqueta del traje de franela gris y la había doblado sobre el asiento para que no se arrugara; encima había colocado el cuello y la corbata, para preservarlos limpios. Súbitamente advirtió, sentada al otro lado del pasillo, a una muchacha de ojos oscuros, con un vestido rosa con pinzas y un sombrero blanco de ala. Era bastante mayor que él y pertenecía a esa clase de mujeres de buen porte que sólo hubieran debido viajar en el coche-sala. Johnny sintió los ojos de ella sobre la piel en un momento en que no la estaba mirando. Se puso de nuevo el cuello, la corbata y la chaqueta, cavilando sobre la manera de entrar en contacto con ella. Quería hablarle.

La tarde se había vuelto cada vez más sombría y no tardó en llover; gruesos goterones golpearon las ventanillas. La muchacha de las puntillas rosas estaba luchando con su ventana. Johnny se puso en pie de un salto y la cerró.

«Permítame», dijo. «Gracias». Ella alzó los ojos y le sonrió. «Oh, hay tanta tierra en este tren espantoso», agregó, y le enseñó los guantes blancos manchados de tocar las trabas de la ventana. Él volvió a acomodarse del lado interior de su asiento. Ella le mostró el rostro pleno. Era moreno e irregular, y dos líneas nada agradables lo surcaban desde la nariz hasta los bordes de la boca, pero los ojos lo conmovieron.

—¿Cree usted que sería incorrecto por mi parte que conversáramos un poco? —preguntó ella—. En este tren espantoso una se aburre a muerte, y a pesar de que en Nueva York me lo juraron, resulta que no hay coche-sala.

—Apuesto a que ha viajado todo el día —dijo Johnny, tímido e infantil.

—Mucho peor. Anoche llegué de Newport en barco.

La manera informal de mencionar Newport le sorprendió.

—Yo voy a Ocean City —dijo.

—Yo también. ¿No es un sitio espantoso? No me quedaría allí ni un minuto si no fuera por Papá. Él finge que le gusta.

—Dicen que Ocean City tiene mucho futuro... Quiero decir, desde el punto de vista de la construcción —dijo Johnny.

Se produjo una pausa.

—Yo vengo de Wilmington —dijo Johnny con una sonrisa.

—Wilmington es un lugar espantoso... No lo soporto.

—Yo nací y me crié en él... Supongo que por eso me gusta —respondió Johnny.

—Oh, no quise decir que no haya gente extraordinariamente simpática... Familias antiguas, encantadoras... ¿Conoce usted a los Rawlins?

—Bah, olvídelo... De todos modos no pretendo pasarme toda la vida en Wilmington... Dios mío, mire cómo llueve.

Llovía de tal modo que se desbordó una alcantarilla y el tren llegó a Ocean City con cuatro horas de retraso. A esa altura ya se habían hecho amigos; se habían desatado truenos y relámpagos, ella se había puesto bastante nerviosa y él había cumplido el papel de hombre duro y protector, y el vagón se había llenado de mosquitos devoradores y los dos estaban muertos de hambre. La estación estaba oscura como boca de lobo y no había cargadores y Johnny debió hacer dos viajes para bajar los equipajes y aun así se olvidaron del bolso de cuero de cocodrilo que llevaba ella y él tuvo que subir al tren por tercera vez. Para entonces se había presentado un viejo negro con un carro, asegurando que venía de la Ocean House. «Supongo que usted también irá allí», dijo ella.

Él respondió que sí y se acomodaron, si bien apenas pudieron apoyar los pies entre las maletas. Debido a la tormenta en Ocean City se había cortado la electricidad. Las ruedas del coche se hundían en la tierra arenosa, aunque de vez en cuando tanto ese ruido como el del látigo del cochero eran ahogados por el rumor de las rompientes en la playa. No había más luz que la de la luna, intermitentemente cubierta por nubes viajeras. Ya no llovía, pero la presión del aire parecía anunciar otro chaparrón en cualquier instante.

—De no ser por usted seguro que habría perecido en la tormenta —dijo ella; después, repentinamente, le ofreció la mano como un hombre—: Me llamo Strang... Annabelle Marie Strang... ¿No es un nombre gracioso?

Él le estrechó la mano.

—Yo me llamo John Moorehouse... Encantado, miss Strang.

La palma de la mano de ella era seca y caliente. Pareció apretarse contra la de él, y al soltada intuyó que debería haberla retenido un poco más. Ella dejó escapar una larga risa ronca y estremecida.

—Ahora ya nos conocemos, míster Moorehouse, y todo está en orden. De más está decir que Papá va a oírme. ¿Qué es esto de no ir a buscar a la estación a su única hija?

En el tenebroso vestíbulo del hotel, sólo alumbrado por un par de humosas lámparas de aceite, la vio, de reojo, arrojarse a los brazos de un hombre alto y canoso; pero cuando él acabó de estampar el John W Moorehouse en el registro con su letra más pulcra y obtuvo del conserje la llave de su habitación, los otros habían desaparecido. Arriba, en el dormitorio de madera de pino, hacía un calor tremendo. Cuando abrió la ventana le llegó a través de una persiana oxidada el rumor de las olas, y al mismo tiempo el ruido de la lluvia golpeando el techo. Se cambió de cuello, se lavó con el agua tibia de una jarra ajada que vertió en el lavabo y bajó al comedor a que le dieran algo de comer. Una camarera con dientes de cabra le estaba sirviendo la sopa cuando miss Strang entró en el salón seguida del hombre alto. Como la única lámpara era la que estaba sobre la mesa, se dirigieron a ella. Johnny se levantó sonriendo.

—Aquí lo tienes, papá —dijo ella—. Ah, le debemos la cuenta del cochero que nos trajo de la estación... Míster Morris, le presento a mi padre, el doctor Strang... Se llamaba Morris, ¿verdad?

Johnny se ruborizó.

—Moorehouse, pero lo mismo da... Encantado, señor.

A la mañana siguiente Johnny se levantó temprano y fue a la oficina de la Compañía de Mejoramiento y Bienes Raíces de Ocean City, emplazada en un flamante bungalow verde con techo de tejas, en una calle recién trazada junto a la playa. Aún no había nadie, de modo que decidió recorrer el pueblo. Era un día gris y húmedo, y las torres, las tiendas de madera, las casuchas despintadas que bordeaban las vías férreas, ofrecían un aspecto más que desolado. De vez en cuando Johnny se aplastaba un mosquito contra el cuello. Se había puesto el último cuello limpio que le quedaba y no tenía ningún deseo de que se ensuciara. Cada vez que bajaba de las aceras amplias se le llenaban los zapatos de arena y los guijarros toscos de la playa le lastimaban los tobillos. Por fin, sentado en la escalera de la Oficina de Bienes Raíces, encontró a un hombre rechoncho vestido con un traje de hilo blanco.

—Buenos días, señor —dijo—. ¿Es usted el coronel Wedgewood?

Al hombre rechoncho le faltó el aire para contestar y se limitó a asentir. Llevaba un gran pañuelo de seda anudado al cuello y se estaba ventilando la cara con otro parecido. Johnny le entregó la carta de su empresa y se quedó esperando que el otro dijera algo. El hombre rechoncho leyó la carta frunciendo el ceño y lo hizo pasar a la oficina.

—Ehte ahma —expectoró entre inspiraciones convulsivas—. Cada vez que quiero darme prisa se me corta la rehpiración. Encantado de conocerte, muchacho.

Johnny anduvo el resto de la mañana detrás del viejo coronel Wedgewood oyendo como un niño educado de mirada azul historias de la Guerra Civil y del general Lee y de su caballo blanco llamado *Traveller* y de las juergas en la Costa Este antes de la guerra, fue a la tienda de la esquina a comprar tarta helada, pronunció un discreto discurso acerca de las brillantes posibilidades de Ocean City como balneario

veraniego —«y claro», bramó el coronel, «¿qué tienen en Atlantic City o Cape May que no tengamos aquí?»—, acompañó al anciano a su bungalow particular para almorzar con él, trámite este que le impidió tomar el tren que debería haberlo llevado otra vez a Wilmington, rechazó un refresco de menta —no fumaba ni bebía— pero soportó admirablemente que el coronel se preparara y engullera dos copas, gran remedio para el asma, apeló a su sonrisa, sus ojos azules y su pinta de niño para dirigirse a la cocinera negra llamada Mamie, y a las cuatro de la tarde se estaba riendo a carcajadas del gobernador de Carolina del Norte y del gobernador de Carolina del Sur y había aceptado un puesto en la Compañía de Mejoramiento y Bienes Raíces de Ocean City, a cambio de quince dólares a la semana y un chalet amueblado. Volvió al hotel y le escribió a míster Hillyard una carta que incluía la información en torno a las fincas y el detalle de los gastos; se disculpó por abandonar la firma sin previo aviso pero explicó que la decisión se debía a la necesidad de su familia de recaudar todo el dinero posible. Después le escribió a su madre anunciándole que se quedaría en Ocean City y pidiéndole que le enviara su ropa por expreso. Se preguntó si haría falta escribirle a mis O'Higgins pero decidió no hacerlo. A fin de cuentas, pasado, pisado.

Después de cenar se acercó al escritorio a preguntar cuánto debía, temeroso de que no le alcanzara el dinero; sin embargo, pudo marcharse con dos cuartos de dólar en el bolsillo y la maleta en la mano. En el preciso momento en que iba a abandonar el hotel, se topó con miss Strang. La acompañaba un hombre bajo y moreno con traje de franela blanca, sujeto que le fue presentado a Johnny como monsieur De la Rochevillaine. A pesar de ser francés, hablaba inglés correctamente.

—No quiero imaginar que piensa dejarnos —dijo ella.

—No, señorita, me traslado a uno de los bungalows que el coronel Wedgewood tiene sobre la playa. —A Johnny lo ponía intranquilo monsieur De la Rochevillaine; se plantificaba junto a miss Strang con una sonrisa de peluquero.

—Oh, ¿de modo que usted conoce a nuestro amigo gordo? Es un gran compinche de papá. Supongo que ya lo habrá aburrido con la historia de su caballo blanco *Traveller*.

Miss Strang y el francés sonrieron al unísono, como gente que comparte un secreto. El francés se bamboleaba manso sobre sus pies como si estuviera mostrándole orgullosamente a un amigo un mueble de su propiedad. Johnny tuvo ganas de darle una trompada en el lugar donde la franela blanca se hinchaba sobre la panza.

—Debo marcharme —dijo.

—¿Por qué no vuelve más tarde? Habrá baile: nos gustaría que nos hiciera compañía.

—Sí, haga lo posible por venir —dijo el francés.

—Lo haré si puedo —respondió Johnny, y salió del hotel con la maleta en la mano. Se sentía nervioso y fastidiado—. Maldito francés —dijo en voz alta. Sin

embargo, algo extraño había en la forma de mirarlo de miss Strang. En cuanto a él, lo más probable era que se estuviera enamorando.

Agosto fue un mes caluroso de mañanas detenidas y tardes preñadas de bochorno que estallaban en tormentas. Salvo cuando se presentaban clientes deseosos de ver los terrenos resecos y arenosos y los solares con pinos junto a calles demarcadas, Johnny se pasaba el día en su despacho, sentado bajo el ventilador con pantalones de franela blanca y una camisa rosa de tenis, redactando la descripción lírica de Ocean City que serviría de prefacio al folleto de ventas concebido por el coronel: «Las playas cristalinas de Ocean City (Maryland) reciben el embate de las vivificantes olas del Atlántico... La tónica atmósfera perfumada por los pinos es un bálsamo para asmáticos y tuberculosos... Y a muy poca distancia, el paraíso deportivo de Indian River abre su estuario rebosante de...». Por la tarde llegaba el coronel, sin resuello y bañado en sudor, y Johnny le leía el párrafo y el coronel respondía «Magnífico, muchacho, magnífico», y le sugería que continuara en esa vena. Y Johnny se lanzaba a buscar un nuevo cargamento de palabras en el carcomido ejemplar del *Century Dictionary*.

De no haberse enamorado, habría sido una vida incomparable. Pero sucedía que no lograba privarse de concurrir todas las noches a la Ocean House. Cada vez que, después de subir los escalones rechinantes de la galería, pasaba ante ancianas que se mecían abanicándose con hojas de palma y entraba al vestíbulo, lo asaltaba el presagio de que aquella vez encontraría a Annabelle Marie sola; pero el francés, siempre sonriente, fresco y panzón, parecía ser eterno. Ambos recibían a Johnny con entusiasmo, contemplándolo como si fuese un perrito o un niño precoz. Con el tiempo ella le enseñó a bailar el boston, y el francés, que resultó ser duque, barón o algo por el estilo, empezó a ofrecerle bebidas, puros y cigarrillos aromáticos. A Johnny le sorprendió enterarse de que ella fumaba, pero debió admitirse que el hábito estaba a tono con un mundo de duques, Newport y viajes al extranjero. Annabelle usaba un perfume de almizcle y ese olor, mezclado con el humo rancio del tabaco que le impregnaba el pelo, le producía al bailar con ella un mareo febril. Hubo noches en que llevó a cabo el intento de aburrir al francés con largas partidas de billar, pero entonces la que se iba a la cama era ella y Johnny volvía a su casa escupiendo maldiciones. Mientras se desvestía aún le cosquilleaba en la nariz la sensación del almizcle. Estaba intentando escribir una canción:

Junto al mar ebrio de luna
Desfallezco por ti
Annabelle Marie...

Pero de pronto aquello sonaba condenadamente estúpido y no le quedaba otra cosa que pasearse por el porche en pijama, los mosquitos zumbándole alrededor de la cabeza y el rumor del mar y el siseo de las moscas y los saltamontes en los oídos,

denostando el hecho de ser joven, pobre e inculto, y proyectando maneras de ganar una montaña de dinero para comprar hasta el último asqueroso francés. Con los puños apretados, recorría el porche farfullando: «Soy capaz de hacerlo, qué joder».

Entonces, una noche, encontró a Annabelle Marie sola. El francés se había marchado en el tren del mediodía. Ella parecía contenta de verlo, pero era indudable que algo la perturbaba. Se había puesto muchos polvos en la cara y tenía los ojos irritados como por el llanto. Había salido la luna. Apoyó la mano en el brazo de Johnny.

—Acompáñeme a la playa, Moorehouse —dijo—. No soporto ver a esa sarta de gallinas en las tumbonas.

En el paseo que llevaba a la playa se cruzaron con el doctor Strang.

—¿Qué pasó con Rochevillaine, Annie? —preguntó el hombre. Era un tipo alto, de frente despejada. Tenía los labios apretados y parecía preocupado.

—Recibió una carta de su madre... No lo autoriza.

—Pero ya es mayorcito, ¿no?

—Nunca comprenderás a la aristocracia francesa, Papá... Es el consejo familiar el que no se lo permite... Podrían retirarle la asignación.

—Tú recibirás lo suficiente como para los dos... Ya se lo dije.

—Oh, no hables de eso, ¿quieres? —repentinamente se echó a lloriquear como una niña. Regresó corriendo al hotel, dejando a Johnny y el doctor Strang cara a cara sobre la rambla. Por primera vez el viejo reparó en Johnny.

—Este... le pido perdón —balbuceó, y se alejó por el sendero a grandes zancadas, dejando a Johnny libertad para seguir camino a la playa y contemplar la luna como alma en pena.

Sin embargo, las noches siguientes Annabelle Marie paseó con él por la playa y comenzó a darse cuenta de que, después de todo, quizás no hubiera estado tan enamorada del francés. Solían ir más allá de los últimos chalets, encenderían un fuego y se sentaban juntos a mirar las llamas. A veces, al caminar, se rozaban las manos; y cuando ella quería levantarse, él la sostenía de los dos brazos y la ayudaba, con la idea nunca concretada de atraerla hacia sí y besarla.

Una noche hacía mucho calor ya ella se le ocurrió súbitamente que podían bañarse.

—Pero no tenemos traje de baño.

—¿Nunca lo has hecho desnudo? Es mucho mejor... Oye, cariño, por más que sea de noche veo bien que te has puesto colorado.

—¿Confías en mí?

—¿Qué te parece?

Johnny se alejó unos metros, se sacó la ropa y entró corriendo al agua. Como no se atrevía a mirar descaradamente, sólo espió de reojo una confusa imagen de piernas blancas, pechos y pies rodeados de espuma. Mientras volvía a vestirse, se preguntó si verdaderamente le interesaba casarse con una muchacha capaz de nadar desnuda con

un amigo. Se preguntó si lo habría hecho con el imbécil del francés.

—Parecías un fauno de mármol —dijo ella, sujetándose detrás de la nuca el cabello negro. Tenía alfileres en la boca y hablaba por entre ellos—. Un fauno de mármol un poco nervioso, claro... Me mojé el pelo.

Él no pensaba hacerla, pero de golpe la apretó contra él y la besó. Ella no se resistió. Al contrario, se acurrucó en sus brazos y alzó el rostro para que la besara otra vez.

—¿Te casarías con un pobre diablo como yo?

—No lo había pensado, encanto, pero es posible que sí.

—Tú eres muy rica, supongo, y yo no tengo ni un céntimo, y por si fuera poco debo mandarle dinero a mi familia... Pero tengo planes.

—¿Qué clase de planes? —le hizo reclinar la cabeza, le acarició el pelo y lo besó.

—Haré fortuna con la venta de inmuebles. Te doy mi palabra.

—¿De veras, mi bebé?

—No eres tanto más vieja que yo... ¿Cuántos años tienes, Annabelle?

—Bueno, digamos que veinticuatro, pero no se lo debes contar a nadie. Lo de esta noche tampoco, ¿entiendes?

—¿Y a quién se lo iba a contar?

De regreso al hotel ella parecía estar absorta en algo porque no prestaba la menor atención a lo que decía Johnny.

En otra oportunidad estaban sentados en el porche del chalet, fumando —ahora él fumaba un cigarrillo de vez en cuando para acompañarla—, y se arriesgó a preguntarle qué era lo que la preocupaba.

Ella lo tomó por los hombros y lo sacudió:

—Ay, Moorehouse, eres tan tonto. Pero me gustas así.

—Pero algo debe haber, Annabelle. Cuando viajamos juntos en el tren no tenías esa mirada.

—Si te contara... Es gracioso, hasta puedo imaginarme la cara que pondrías —y dejó escapar esa risa ronca y áspera que siempre lo hacía sentirse incómodo.

—Bien, me gustaría tener derecho a saberlo... Deberías olvidarte de ese condenado francés.

—Oh, eres como un niño —dijo ella. Después se levantó y empezó a pasearse por el porche.

—¿Quieres hacerme el favor de sentarte, Annabelle? ¿No te gusto ni siquiera un poco?

Ella le acarició el cabello y la cara.

—Claro que sí, chiquitín de ojos azules... Pero ¿no te das cuenta de que me estoy volviendo loca, con todas esas gatas decrepitas del hotel murmurando que soy una puta porque de vez en cuando fumo un cigarrillo en mi propio cuarto...? Y bien, en Inglaterra hay mujeres de lo más aristocráticas que fuman en público sin que nadie las moleste... Y además estoy preocupada por Papá; está invirtiendo demasiado

dinero en bienes raíces. Me parece que no está bien de la cabeza.

—Pero todo indica que se avecina un boom. Con el tiempo esto será una nueva Atlantic City.

—Muy bien, ahora mírame a los ojos y confíésame cuántos terrenos se vendieron este mes.

—Bueno, no demasiados... Pero hay algunas ventas importantes a punto de concretarse... Hay una compañía interesada en construir el nuevo hotel.

—Papá tendrá suerte si consigue recuperar la mitad de cada dólar. Y se pasa el tiempo repitiéndome que soy una chiflada. Él es un médico, no un mago de las finanzas, ya debería haberlo comprendido. Eso está bien para alguien como tú, que no tiene nada que perder y pretende abrirse camino en el mundo... y en cuanto al gordito del coronel, todavía no sé si es un imbécil o un estafador.

—¿Qué clase de médico es tu padre?

—¿Me vas a decir que nunca oíste hablar del doctor Strang? Es el otorrinolaringólogo más famoso de Filadelfia... Oh, eres tan bueno mozo —lo besó en la mejilla—... e ignorante —volvió a besarla—... y puro.

—No soy tan puro —respondió él enseguida y le clavó la mirada. De sólo contemplarse les empezaron a enrojecer las mejillas. Ella recostó la cabeza en su hombro.

El corazón de Johnny se desbocó. El olor de ese pelo y la fragancia a almizcle lo aturdían. Rodeándole el cuello con los brazos, obligó a Annabelle a levantarse. Temblando casi imperceptiblemente, las piernas apretadas, la rigidez del corsé contra las costillas, el pelo de ella sobre el rostro de él, la fue empujando por la sala, llegó al dormitorio y echó llave a la puerta. Después la besó en la boca con toda su fuerza. Ella se sentó en el borde de la cama y comenzó a desnudarse: con excesiva serenidad, pensó él, demasiado tarde, de todos modos, para volverse atrás. Ella se sacó el corsé y lo arrojó a un rincón.

—Así está mejor —suspiró—. Odio estos artefactos —se acercó a Johnny en la oscuridad y le tanteó el rostro—. ¿Qué pasa, mi amor? —susurró con ferocidad—. ¿Me tienes miedo?

Salió todo mejor de lo que Johnny esperaba. Incluso se gastaron bromas mientras se vestían. Y al regresar por la playa de la Ocean House, se repitió mil veces: «Ahora tendrá que casarse conmigo».

En septiembre un par de tempestades del nordeste, poco después del Día del Trabajo, dejaron vacías las casas y la Ocean House. El coronel se llenaba la boca con el boom inminente y la campaña publicitaria, y bebía cada vez más. Ahora Johnny comía con él en lugar de hacerlo en la pensión de mistress Ames. El folleto quedó acabado y Johnny debió viajar dos veces a Filadelfia con el texto y las fotografías para obtener un presupuesto de las imprentas. El hecho de atravesar Wilmington en tren y no bajarse le produjo una agradable sensación de independencia. El doctor Strang parecía cada día más atribulado y hablaba de proteger sus inversiones. No

habían conversado del compromiso de Johnny con su hija, pero existía un acuerdo tácito. Los cambios de humor de Annabelle eran imprevisibles. No cesaba de proclamar que se estaba muriendo de aburrimiento. Gastaba una buena parte de su tiempo fastidiando a Johnny y provocándolo. Una noche él se despertó de golpe y la encontró de pie al lado de la cama. «¿Te asusté? —le preguntó ella—. Es que no podía dormirme. Escucha las olas». Alrededor de la casa se exasperaba el viento y sobre la playa se volcaba una impresionante marejada. Ya había amanecido casi cuando consiguió sacarla de la cama y llevarla de vuelta al hotel. «Que me vean... No me importa», decía. Otra vez, mientras recorrián la playa, tuvo un ataque de náusea y Johnny debió esperar que vomitara detrás de una duna y llevarla, lívida y sacudida de escalofríos, a su cuarto del hotel. Se sentía preocupado e inquieto. En uno de sus viajes a Filadelfia pasó por el *Public Ledger* ver si podía conseguir trabajo como periodista.

Un sábado por la tarde estaba sentado en la sala de la Ocean House leyendo el periódico. No había nadie más: la mayoría de los huéspedes habían partido. El hotel cerraría sus puertas el quince. De pronto se encontró oyendo una conversación. Los dos botones habían entrado y hablaban en voz baja, sentados en un banco contra la pared.

—La verdad es que este verano lo pasé fenómeno.

—Yo también, lástima que enfermé.

—¿No te dije que no te enredaras con Lizzie? Macho, apostaría que hasta el último hijo de puta de este lugar se acostó con ella. Hasta los negros.

—Oye, y tú... ¿te acostaste con la de los ojos negros? Dijiste que ya estaba todo a punto.

Johnny sintió un escalofrío. Se quedó petrificado con el periódico en la mano. El primer botones soltó un silbido.

—Está más caliente que una cafetera —dijo—. Diablos, con estas mujeres de sociedad siempre vas a contramano.

—Pero ¿te acostaste o no?

—Bueno, no del todo. Me daba miedo pescarme algo. Pero el francés se la folló... Diablos, se pasaba todo el tiempo en su cuarto.

—Eso ya lo sé. Una vez lo vi —los dos se rieron al mismo tiempo—. Se habían olvidado de cerrar con llave.

—¿Estaba desnuda?

—Creo que sí... debajo del quimono... El tipo estaba fresquito como una lechuga; pidió una jarra de agua fría.

—¿Por qué no avisaste a míster Greeley?

—¿Para qué? No era mal tipo el francés. Me dio cinco pavos.

—Además ella es dueña de hacer lo que quiera. Me contaron que su viejo y el coronel Wedgewood son los dueños del pueblo.

—Sí, pero me parece que ahora también se está metiendo el chico ese de la

inmobiliaria... Me da la impresión de que quiere casarse con ella.

—Joder, yo también me casaría con una millonaria.

Johnny estaba bañado en un sudor frío. Todo lo que quería era escaparse de la sala sin que lo vieran. Sonó un timbre y uno de los muchachos salió. Oyó que el otro se estiraba en el banco. Tal vez se hubiese puesto a leer una revista o algo así. Por un momento planeó ir a la estación, subirse al primer tren y tirar todo el asunto a la basura, pero todavía estaba pendiente lo del folleto, y además, contando con los Strang y su dinero existía la posibilidad de que el boom estallara de verdad; la suerte sólo llamaba una vez a la puerta de los jóvenes. Volvió a su chalet y se encerró en el dormitorio. Estuvo un rato mirándose en el espejo del tocador: el cabello fino, netamente dividido por la raya, la nariz recta, la barbilla. La imagen se tornó borrosa. Estaba llorando. Se dejó caer en la cama boca abajo y se desahogó.

La siguiente vez que viajó a Filadelfia para leer las pruebas del folleto:

OCEAN CITY (Maryland)
FABULOSO LUGAR DE ESPARCIMIENTO

Aprovechó para entregar el borrador de las invitaciones de boda:

EL DOCTOR ALONSO B. STRANG
PARTICIPA A UD. DE LA BODA DE SU HIJA
ANNABELLE MARIE
CON MR. J. WARD MOOREHOUSE
QUE SE LLEVARÁ A CABO EN LA IGLESIA PROTESTANTE
EPISCOPAL DE GERMANTOWN, PENSILVANIA,
EL 15 DE NOVIEMBRE DE 1909 A LAS 12 DEL
MEDIODÍA

Estaba además la invitación del ágape, para enviar a una lista menos numerosa de personas. La boda tenía que llevarse a cabo de ese modo porque el doctor Strang era un hombre muy relacionado. Annabelle decidió que J. Ward Moorehouse sonaba bastante más chic que John W y a partir de entonces lo llamó Ward. Cuando le preguntaron si no pensaba invitar a su familia, explicó que tanto su madre como su padre eran inválidos y que sus hermanos eran demasiado pequeños como para divertirse. Le escribió a su madre diciéndole que estaba seguro de que iba a comprender, que teniendo en cuenta el estado de Papá... estaba seguro de que iba a comprender. Entonces, una tarde, Annabelle le anunció que estaba embarazada.

—Ya me había imaginado que era eso.

Súbitamente más negros y más fríos, los ojos de ella le atravesaron la piel. Por un instante la odió; sin embargo, enseguida apeló a su azul sonrisa de niño.

—Me refiero a por qué estabas tan nerviosa últimamente —se rió y le tomó la mano—. Bien, voy a hacer de ti una mujer decente, ¿no?

Ahora era él quien llevaba las riendas. La besó. Ella se puso a llorar.

—Oh, Ward, te podrías haber ahorrado el comentario.

—Era una broma, amor mío... Dime, ¿no hay alguna manera de...?

—Ya probé de todo... Papá sabría qué hacer, pero no me atrevo a contárselo. Me conoce muy bien, pero...

—Tendremos que pasar un año fuera de aquí... Para mí es un desastre. Me acaban de ofrecer trabajo en el *Public Ledger*.

—Iremos a Europa. Papá nos dará dinero para la luna de miel. Está contento de no tener que ocuparse más de mí, y además yo tengo mi propio dinero, la herencia de mi madre.

—A lo mejor nos estamos equivocando.

—¿Tú crees que es posible?

—¿Cuánto hace que... te diste cuenta?

Ella le buscó la mirada con los ojos nuevamente opacos. Se contemplaron con odio.

—Hace mucho —dijo ella, y le tiró de la oreja como si fuese su hijo. Después subió corriendo la escalera para ir a vestirse. El coronel estaba entusiasmadísimo con el compromiso y los había invitado a todos a cenar para celebrarlo.

La boda se llevó a cabo en el mejor de los estilos y J. W Moorehouse, con levita confeccionada a medida y sombrero de seda, se encontró convertido en el centro de todas las miradas. La gente opinó que era muy buen mozo. Su madre, allá en Wilmington, dejaba enfriar una plancha tras otra, inclinada sobre los periódicos; por último, se quitó las gafas, dobló los periódicos con sumo cuidado y los dejó sobre la tabla de planchar. Se sentía muy feliz.

Al día siguiente el joven matrimonio zarpó de Nueva York a bordo del *Teutonic*. El viaje fue tan malo que sólo en los dos últimos días se pudo salir a cubierta. Ward se mareó y tuvo que ocuparse de él un simpático camarero cockney que se dirigía a Annabelle llamándola «Madam» y pensaba que era su madre. A pesar de ser buena viajera, Annabelle no pudo evitar que su estado le provocara náuseas con frecuencia; cada vez que se miraba al espejo se veía tan ojerosa que rehusaba salir de su cabina. La camarera le aconsejó que bebiera ginebra con unas gotas de bíter, y los últimos días eso consiguió levantarle el ánimo. La noche de la cena ofrecida por el capitán, por fin, se presentó en el comedor con un vestido de noche negro de Valenciennes y todo el mundo proclamó que era la mujer más bella del barco. Ward temía que bebiera demasiado champán porque ya la había visto liquidar cuatro ginebras con bíter y un martini mientras se vestía. Ward había trabado amistad con un banquero entrado en años, míster Jarvis Oppenheimer, y su esposa, y le daba miedo que Annabelle pudiera parecerles algo ligera. Sin embargo, la cena transcurrió sin contratiempos; Annabelle y Ward llegaron a la conclusión de que formaban una

excelente pareja. El capitán, que conocía al doctor Strang, los acompañó después al salón de fumar y brindó con ellos y los Oppenheimer, y oyeron al pasar que la gente se preguntaba quién podía ser esa pareja tan mundana, simpática y aguda, más que seguro personas de sociedad, y cuando se fueron a dormir después de haber avistado las luces de la costa irlandesa ya estaban convencidos de que todos esos días de mareos sin duda habían valido la pena.

A Annabelle no le gustó Londres porque las calles eran lúgubres y las atravesaban constantes ráfagas de llovizna, así que sólo se alojaron una semana en el Cecil y después cruzaron a París. En la travesía de Folkestone a Boulogne, Ward volvió a vomitar y no pudo seguir las huellas de Annabelle; cuando el barco entró en las aguas tranquilas del puerto de Boulogne la encontró en el bar, bebiendo coñac con soda con un oficial de la marina inglesa. No le causó tantos problemas como pensaba estar en un país cuyo idioma desconocía, ya que Annabelle hablaba francés a la perfección y tenían un comportamiento de primera clase y una cesta con pollo frío, sándwiches y una botellita de vino dulce —que Ward probó por primera vez, ya que siempre debe hacerse lo que manda el dueño de la casa—, y a esas alturas conformaban la imagen más acabada de una pareja en luna de miel viajando en tren a París. Desde la estación se dirigieron en coche al Hotel Wagram, con sólo los bolsos de mano porque el portero del hotel se encargó del resto, a través de calles húmedas que relucían bajo las luces de gas. Los cascos del caballo resonaban en el asfalto y las llantas de goma se deslizaban con suavidad y las calles estaban repletas a pesar del invierno lluvioso y en las terrazas de los cafés se veía gente sentada alrededor de unas mesitas de mármol dispuestas en torno a pequeñas estufas y el aire olía a café, a vino, a mantequilla dorada y pan recién horneado. Los ojos de Annabelle no se perdían un solo detalle; radiante, lo tocaba con el codo para mostrarle cosas y no apartaba la mano de su muslo. Annabelle había escrito al hotel, donde se había hospedado ya con su padre, y al llegar encontraron a su disposición una habitación blanca con vestíbulo, un gerente de cara redonda de lo más afable y un fuego en el hogar. Antes de acostarse comieron paté de foie gras con champán y Ward se sintió como un rey. Ella se despojó de la ropa de viaje y se puso un negligé y él una bata que ella le había regalado y que aún no había estrenado, y al instante se esfumaron todos los pensamientos sombríos del último mes.

Estuvieron mucho tiempo sentados, contemplando el fuego y fumando los Muratti que había en una caja de metal. Ella le acariciaba el pelo y le pasaba la mano por el cuello y la espalda.

—¿Por qué no eres más cariñoso, Ward? —dijo de repente con una voz lenta y resentida—. Soy de esas mujeres que necesitan que las dominen... Toma nota... Puedes llegar a perderme... Aquí los hombres saben lo que es hacer el amor.

—Bien, dame una oportunidad... Lo primero que haré será conseguir trabajo en alguna firma americana. Creo que míster Oppenheimer me echará una mano. Además, mañana mismo empezaré a estudiar francés; eso me será muy útil.

—Eres divertido.

—No te habrás pensado que iba a seguirte a todas partes como un perrito faldero, sin poner un céntimo, ¿no? Estás muy equivocada, nena —se levantó y la tomó del brazo—. Vamos a la cama.

Ward asistió con regularidad a clases de francés en la Berlitz y fue a conocer Notre Dame y la tumba de Napoleón y el Louvre con míster Oppenheimer y su esposa. Annabelle, que argumentaba que los museos le daban dolor de cabeza, se pasaba los días de compras o visitando casas de moda. En París no había tantas firmas americanas, de modo que con la ayuda de míster Oppenheimer —que las conocía todas—, el único empleo que Ward pudo encontrar fue en el periódico de Gordon Bennett, la edición francesa del *New York Herdd*. El trabajo consistía en seguir los pasos de los hombres de negocios estadounidenses que llegaban a París, entrevistarlos y preguntarles su opinión sobre los atractivos de la ciudad y sobre cuestiones internacionales. Ward se sentía como pez en el agua y la posición le servía para entablar contactos valiosísimos. Annabelle opinaba que era enormemente aburrido y se negaba a escuchar cualquier cosa relacionada con el tema. Lo obligaba a ponerse un traje distinto cada noche y llevarla a la Ópera o al teatro. A Ward esas actividades le eran de gran utilidad para mejorar su francés.

Ella fue a consultar a un famoso especialista en enfermedades femeninas, el cual afirmó que de ninguna manera debía tener un hijo en esos momentos. Se imponía la necesidad de una intervención quirúrgica inmediata, emergencia bastante peligrosa dado lo avanzado del embarazo. No le contó nada a Ward: sólo le hizo llegar la noticia desde el hospital cuando todo hubo acabado. Era el día de Navidad. Él fue a verla enseguida. Prestó atención a todos los detalles, sacudido de espanto. Se había habituado a la idea de ser padre y suponía que la maternidad ejercería sobre Annabelle un efecto sedante. Ella estaba tan pálida como las sábanas y Ward permaneció a su lado, de pie, con los puños apretados y sin decir palabra. Finalmente entró la enfermera, dijo que madame no debía fatigarse y él se marchó. Cuando cuatro o cinco días después Annabelle retornó del hospital asegurando que se sentía como nueva y anunció que partía para el sur de Francia, Ward no dijo nada. Ella preparó sus cosas dando por sentado que él también viajaría, pero el día de la partida del tren de Niza Ward le comunicó que se quedaría en París. Ella le dirigió una mirada inflexible y preguntó con una risita:

—¿De modo que me das libertad?

—Yo tengo mis ocupaciones y tú tus diversiones.

—Perfectamente, muchacho. De acuerdo.

La acompañó a la estación, le entregó cinco francos al revisor para que se ocupara de ella y regresó a pie. Estaba harto de olor a almizcle.

París era mejor que Wilmington, pero de todos modos a Ward no le gustaba. Le destrozaban los nervios la ociosidad rampante y el espectáculo de ese montón de gente sentada en los bistrots comiendo y bebiendo. El día que le llegó una carta del

coronel Wedgewood con el folleto le invadió una tremenda nostalgia. Por fin las cosas iban marchando bien, decía el coronel, y en cuanto a él, invertía en acciones hasta el último céntimo que lograba ahorrar o conseguir en préstamo. Incluso le aconsejaba a Ward que le enviara algo de dinero, dado que ahora era posible arriesgar unos dólares y obtener a cambio grandes beneficios. La palabra riesgo, con todo, no era la apropiada: eran los dueños de la situación y no había más que sacudir el árbol y abrir la boca esperando que cayeran los frutos maduros. Ward bajó la escalera del despacho de Morgan Harjes, donde recibía su correspondencia, y salió al boulevard Haussmann. Sentía en los dedos el peso placentero del grueso papel. Se guardó la carta en el bolsillo y anduvo por el boulevard entre el ruido de las bocinas, el eco de los cascos de los caballos y el compás de sus propios pasos, leyendo algún letrero de vez en cuando. Deseó casi retornar a Ocean City (Maryland). Un sol vagamente rojo entibiaba el tono grisáceo de las calles invernales. De alguna parte le llegaba un aroma a café tostado. Ward pensó en la blanca, relumbrante luz del sol de los días de invierno de su país, días que azotaban el cuerpo con una carga de energía y esperanza, que invitaban a la Vida Activa. Tenía una cita para almorzar con míster Oppenheimer en un restaurante diminuto y de gran clase de los barrios bajos llamado La Tour d'Argent. Al subir a un taxi de ruedas rojas se encontró con la notable gratificación de que el conductor entendía la dirección. Después de todo la experiencia estaba resultando instructiva y en cierto modo reemplazaba los años de universidad que había perdido. Para el momento de llegar al restaurante ya había leído el folleto tres veces.

Estaba pagándole al taxista cuando divisó a míster Oppenheimer, que se acercaba caminando por el quai con otro caballero. Míster Oppenheimer llevaba un abrigo de un color gris perla idéntico al de sus bigotes. El otro era un individuo acerado, con la nariz y la barbilla afiladas. Cuando los vio, Ward decidió ser más cuidadoso con sus ropas en el futuro. Saborearon despacio una buena cantidad de platos, si bien el hombre acerado, cuyo nombre era Mc Gill (director de una de las fabricas de acero de la Jones y Laughlin, de Pittsburgh), precisó que su estómago sólo solía tolerar una chuleta, una patata asada y un whisky con soda en lugar de vino. Míster Oppenheimer disfrutó enormemente su comida y se interesó por debatir algunos aspectos con el maître.

—Caballeros, deben ustedes ser condescendientes conmigo... Para mí esto es una orgía —manifestó—. Ya que no me custodia la mirada vigilante de mi esposa, puedo tomarme ciertas licencias con mi digestión... Mi esposa está llevando a cabo el sagrado ritual de una prueba en casa de su corsetera y no le es dado distraerse... En cuanto a usted, Ward, creo que es demasiado joven como para comprender los placeres de la gastronomía.

Ward, molesto, le dirigió una mirada pusilánime y declaró que el pato le gustaba muchísimo.

—La comida —continuó míster Oppenheimer— constituye el placer supremo de

los viejos.

Cuando llegaron al coñac Napoleón, servido en grandes copas panzonas, y a los cigarros, Ward se atrevió a sacar el folleto publicitario de Ocean City (Maryland) que le había estado quemando el bolsillo. Lo puso sobre la mesa con gran modestia.

—Tal vez le interese hojear esto, míster Oppenheimer, como... una pequeña muestra de los nuevos métodos propagandísticos.

Míster Oppenheimer apeló a sus gafas, se las caló sobre la nariz, sorbió su coñac y examinó el folleto con una sonrisa cómplice. Lo cerró, expiró por la nariz un doble hilo de humo azul y exclamó:

—Bueno, Ocean City seguramente ha de ser un paraíso terrenal. Pero, ¿seguro que..., ejem... no ha exagerado un poco?

—Pero dese cuenta, señor, que debemos conseguir que el hombre de la calle se vuelva loco por conocer el lugar... Entonces se debe colocar una palabra capaz de llamar la atención no bien se ve el folleto.

Míster Mc Gill, que hasta ese instante no se había dignado mirar a Ward, le clavó un par de ojos grises de halcón. Extendió una gruesa mano colorada y agarró el folleto. Lo leyó concentradamente mientras míster Oppenheimer seguía hablando del buqué del coñac y de cómo la copa debía calentarse entre las manos y había que beber con sorbos lentos y minúsculos, más bien inhalando que bebiendo. De repente míster Mc Gill dejó caer el puño sobre la mesa, lanzó una breve risotada seca sin mover un solo músculo del rostro y exclamó:

—Por Dios, el cebo es una obra de arte. Creo que fue Mark Twain el que dijo que a cada minuto nace un bobo —se volvió hacia Ward—: Lo siento pero no entendí bien su nombre. ¿Le importaría repetírmelo?

—Sin duda... Me llamo Moorehouse, J. Ward Moorehouse.

—¿Dónde trabaja?

—Actualmente en el *París Herald* —dijo Ward ruborizándose.

—Y cuando está en Estados Unidos, ¿dónde vive?

—Mi casa está en Wilmington, Delaware; pero no pienso regresar allí cuando estemos de vuelta. Me han ofrecido un empleo en el *Public Ledger* de Filadelfia.

Míster Mc Gill sacó una tarjeta con su nombre y escribió en ella una dirección.

—Bien, si alguna vez pasa por Pittsburgh no deje de visitarme. Estaré encantado de verlo.

—Su esposa —terció míster Oppenheimer— es la hija del doctor Strang, el famoso otorrinolaringólogo de Filadelfia... A propósito, ¿cómo se encuentra ese encanto de muchacha? Espero que la estancia en Niza le haya servido para curarse de su amigdalitis.

—Oh, sí, me escribió diciendo que está mucho mejor.

—Es una criatura adorable..., fascinante... —dictaminó míster Oppenheimer bebiendo el último sorbo de coñac y dilatando las pupilas.

Al día siguiente Ward recibió un telegrama de Annabelle anunciando su regreso a

París. Fue a buscarla a la estación. Ella le presentó un francés alto, con una barba a lo Vandycck, que la estaba ayudando a bajar el equipaje, con el título de «monsieur Forelle, un compañero de viaje». No pudieron hablar con tranquilidad hasta que se acomodaron en un taxi. El vehículo olía a moho pero no podían abrir las ventanillas por culpa de la lluvia.

—Bien, querido, ¿ya se te pasó el malhumor que tenías cuando me marché? Espero que sea así porque tengo malas noticias.

—¿Qué sucede?

—Papá se ha metido en un lío financiero... Yo sabía que iba a suceder. Sabe de negocios tanto como un gato. Ese estupendo proyecto tuyo en Ocean City se fue a pique antes de ponerse en marcha; Papá se asustó, intentó desprendérse de sus terrenos y, como es muy natural, nadie quiso comprárselos... Entonces la Compañía de Mejoramiento y Bienes Raíces se declaró en quiebra y tu idolatrado coronel se hizo humo y ahora Papá es en cierto modo el garante de un montón de deudas... Ése es el panorama. Le telegrafié que volveríamos apenas consiguiésemos pasajes. Tendré que ver qué puedo hacer... En estas cosas es más ingenuo que un niño.

—No me siento culpable. A fin de cuentas yo no hubiera viajado de no haber sido por ti.

—Es que tú eres un mártir, ¿verdad?

—Mejor no discutamos, Annabelle.

Durante los últimos días Ward empezó a entusiasmarse con París. Vieron *La Boheme* en la Ópera ya los dos les entusiasmó mucho. Después entraron en un café y les sirvieron perdiz fría y vino, y Ward le confesó a Annabelle que en una época quería ser autor de canciones y le contó que había empezado a escribir una dedicada a Marie O'Higgins y volvieron a sentirse alegres juntos. La besó una y otra vez en el coche que los llevó al hotel y el viaje hasta el cuarto en ascensor les pareció terriblemente lento.

Todavía tenían mil dólares en la letra de crédito que el doctor Strang les había regalado para la boda; de modo que Annabelle se compró toda clase de ropa, sombreros y perfumes, y Ward encargó para él cuatro trajes en la tienda de un sastre inglés, cerca de la iglesia de La Madeleine. La víspera de la partida Ward le regaló a Annabelle un broche en forma de gallo, hecho de esmalte de Limoges y adornado con granates, comprado con la paga del *París Herdd*. Después de despachar el equipaje almorcizaron envueltos en una gran ternura por París, por ellos mismos y por el broche. Zarparon del Havre a bordo del *Touraine* y tuvieron una travesía calma absoluta; si bien era febrero, los acompañó todo el tiempo un suave oleaje gris y cristalino, razón por la cual Ward no se mareó. Todas las mañanas, antes de que Annabelle se levantara, daba un recorrido por la primera clase, envuelto en un abrigo y llevando una gorra escocesa de punto que hacía juego con los prismáticos colgados del hombro; mientras paseaba intentaba concebir algún plan para el futuro. De todos modos, Wilmington estaba tan lejos como el horizonte.

Estrellándose contra un viento fragoroso y gélido del noreste, el vapor, tirado por los remolcadores, se abrió por fin paso entre las embarcaciones y los botes rojos y trinantes de Nueva York.

Annabelle refunfuñaba y repetía que le parecía todo horrible, pero cuando un caballero judío de gorra a cuadros señaló el Battery, la Casa de Aduanas, el Acuario y la iglesia de la Trinidad, Ward se sintió hinchido de orgullo.

Del muelle se dirigieron directamente al ferry y almorcizaron en el comedor alfombrado de rojo de la estación de Pensilvania de Jersey City Ward pidió ostras fritas. Le bastó ver al camarero negro enfundado en su chaqueta blanca para sentirse en casa. «Otra vez en el país de Dios», dijo, y decidió que iría a visitar a su familia. Annabelle se le rió en la cara y después, tiesos y mudos, se sentaron en el coche-salón del tren de Filadelfia.

Los asuntos del doctor Strang eran un desastre y, dado que él estaba ocupado casi todo el día con su profesión, Annabelle los tomó a su cargo enteramente. La habilidad de que hizo gala para manejar las finanzas asombró tanto a Ward como a su propio padre. Se instalaron en la vieja casona del doctor Strang en Spruce Street. Por intermedio de un amigo del doctor Strang, Ward consiguió un empleo en el *Public Ledger*, razón por la cual pasaba muy poco tiempo en casa. Cada vez que disponía de un momento libre asistía a conferencias sobre economía y negocios en el Instituto Drexel. Annabelle empezó a salir por las noches con un joven arquitecto llamado Joachim Beale, individuo de dinero y con automóvil. Beale era un sujeto delgado y afecto a las mayólicas y el burbon, que llamaba a Annabelle «mi Cleopatra».

Cierta noche Ward los encontró a los dos, borrachos y casi desnudos, sentados en el gabinete que Annabelle se había reservado en el último piso. El doctor Strang había viajado a Kansas City para asistir a un congreso médico. Ward se quedó de pie en la puerta con los brazos cruzados, anunció que estaba harto y que iniciaría los trámites del divorcio, salió dando un portazo y se fue a pasar la noche ala YMCA. Cuando a la tarde siguiente se presentó en su despacho, encontró una carta de Annabelle en la que le rogaba que tuviese mucho cuidado con lo que hacía, dado que dar publicidad al asunto podría acarrear consecuencias funestas para la posición profesional de su padre; se ofrecía a hacer lo que él sugiriese. Le respondió de inmediato:

QUERIDA ANNABELLE:

Por fin he comprendido que durante todo este tiempo sólo me has utilizado como pantalla para encubrir tu conducta tan escandalosa como indigna de una mujer. Ahora entiendo las razones por las que prefieres la compañía de extranjeros, bohemios y gente de esa calaña a las de jóvenes americanos con ambición.

No albergo el menor deseo de causaros disgusto alguno ni a ti ni a tu padre, pero en primer lugar has de privarte de seguir degradando el apellido

Moorehouse mientras aún lo ostentes, y asimismo pienso que, cuando el divorcio se halle saldado satisfactoriamente, deberá ser reparado de algún modo por el tiempo que perdí y el daño que por tu culpa sufrió mi carrera. Mañana mismo parto para Pittsburgh, donde me espera un empleo con futuro que, espero, me hará olvidar el gran dolor que provocó tu infidelidad.

Dudó unos instantes cómo finalizar la carta, y por último escribió:
Sinceramente,

J.W.M.

Después la despachó.

Pasó toda la noche despierto en una litera del tren de Pittsburg. Tenía veintitrés años, carecía de título universitario, no sabía ningún oficio y había abandonado la esperanza de ser Compositor. Mierda, no volvería nunca a ser el criado de una señora de sociedad. La cabina apestaba, la almohada se le estaba convirtiendo en un nudo bajo la oreja, recordaba párrafos de las charlas económicas de Bancroft o de los relatos de Bryant... «A través de melocotoneros hacia el mar...» La voz de míster Hillyard dirigiéndose al jurado desde las entrañas de la inmobiliaria de Wilmington: «Los bienes raíces, señoría, constituyen el único tipo de inversión sólida, segura y firme, no expuesta a pérdidas por obra del agua o del fuego. El poseedor de bienes raíces se une por vínculos inquebrantables a la prosperidad de su ciudad o su país... Sin comprometer sus horas de ocio, desenvolviéndose a su propio ritmo, tranquilamente sentado en la seguridad de su hogar, se limita a acumular en el regazo los frutos producidos por el inevitable e inalienable aumento de la prosperidad en el marco de una nación poderosa...». «Para un muchacho con buenas relaciones y, permítame decirlo, dueño de modales agradables y una esmerada educación clásica —había dicho míster Oppenheimer—, la banca es un campo fértil para el cultivo de virtudes tales como la energía, la diplomacia y tal vez la iniciativa...» Una mano le estaba sacudiendo las sábanas.

—En cuarenta y cinco minutos llegaremos a Pittsburg, jefe —dijo la voz negra del revisor.

Ward se puso los pantalones, observó con desaliento que estaban perdiendo la raya, saltó de la litera, metió los pies en los zapatos pegajosos por obra de un betún de emergencia y recorrió el pasillo, tropezando con gente despeinada que emergía de sus compartimentos, en busca del lavabo de hombres. Tenía los ojos legañosos y necesitaba un baño. El vagón estaba saturado de una fetidez insopportable y el lavabo olía a calzoncillos sucios y crema de afeitar. Vio por la ventana colinas negras espolvoreadas de nieve, hileras de chozas grises e iguales, el lecho de un río mostrando las cicatrices de los socavones, montículos de escoria y la línea púrpura de los árboles bordeando las colinas contra el fondo de un sol sangrante. Después, sobre una de las elevaciones, fulgurante y roja como el sol, la ampolla de fuego de una

fundición. Se afeitó, se cepilló los dientes, se lavó la cara y el cuello lo mejor que pudo y se peinó. Sus mandíbulas y sus pómulos estaban adquiriendo una forma cuadrada que no le disgustaba en absoluto. «Joven y pulcro ejecutivo», pensó mientras se colocaba el cuello y hacía el nudo de la corbata. Era Annabelle la que le había enseñado la treta de usar una corbata del mismo color que sus ojos. En el instante mismo de recordar ese nombre lo acometió el leve recuerdo táctil de sus labios y el olor de su perfume. Espantó el pensamiento, se puso a silbar, se interrumpió por temor a que los demás lo consideraran un poco raro y fue a pararse en la plataforma. Ahora el sol ya estaba alto, los montes negros y rosados, y los valles azules por el humo de los fuegos encendidos para el desayuno. No se veía otra cosa que casillas, fundiciones, pilas de escoria. De vez en cuando una hilera de chozas o un horno se proyectaban hacia el cielo desde la cumbre de una colina. En los cruces, detrás de las barreras, se apiñaban hombres de rostros grises y ropas oscuras. El tren recorrió túneles, puentes suspendidos, vías subterráneas.

«Pittsburgh», gritó un camarero. Ward le dio al negro un cuarto de dólar, extrajo la maleta del amasijo de equipajes y remontó el andén con paso firme y enérgico aspirando el aire carbonizado de la estación.

EL OJO DE LA CÁMARA (17)

EN primavera se veía el cometa Halley sobre los olmos desde la ventana del último piso del Senado míster Greenleaf te dijo que hubieras debido ir a la clase de confirmación a que te confirmaran la vez siguiente que vino el obispo te fuiste a remar y le dijiste a Skinny que no serías confirmado porque creías en las excursiones y los paseos en canoa y el cometa Halley y el Universo y el sonido de la lluvia sobre la tienda de campaña por la noche ambos leíais *El perro de los Baskervilles* y tú colgabas el bistec de un árbol y una vez debió haberlo olido un sabueso porque dio vueltas por allí toda la noche aullando de un modo terrible y te moriste de miedo (pero no lo dijiste, no sabes qué es lo que dijiste)

y nada de iglesia y Skinny dijo que si nunca te habían bautizado tampoco te podían confirmar y fuiste y se lo contaste a míster Greenleaf y él te miró fríamente y te dijo que mejor no fueras más a la clase de confirmación y a partir de entonces te obligaron a ir los domingos a la iglesia pero podías ir a la que te gustara así que a veces ibas a la congregacional y a veces a la episcopal y el domingo vino el obispo ese día no pudiste ver el cometa Halley y miraste cómo confirmaban a los demás y la cosa duró horas porque también se estaba confirmando un montón de niñas y lo único que podías oír era murmullos murmullos éste es tu hijo murmullos murmullos éste es tu hijo y te preguntaste si estarías vivo la próxima vez que apareciese el cometa Halley

NOTICIARIO XIII

CUANDO se desató el tiroteo yo me encontraba frente a la plaza nacional. Atravesé corriendo la plaza con otros miles de hombres, mujeres y niños, muchos de los cuales rodaron en su desesperación por escapar

SE DESCUBREN NUEVAS MONTAÑAS ALTAS

¡Oh! A Jim O'Shea lo abandonaron en una isla
A los nativos les encantó su pelo
Y su sonrisa de irlandés

CONFUSIÓN EN EL ARTE

EL PÁRAMO, PARAÍSO DE LOS MALEANTES

Washington considera desafortunada ilógica y antinatural la designación del general Huerta como primer mandatario provisional de México en sustitución del defenestrado presidente

TRES SUJETOS BURLAN LA RED POLICIAL

Puso arena en el azúcar del hotel escritor afirma que llegó a América como exiliado y no encontró más que sordidez.

LA EX EMPERATRIZ DE CHINA LUNG YU MUERE EN LA CIUDAD PROHIBIDA

La cucaracha la cucaracha
Ya no quiere caminar
Porque no tiene porque no tiene
Marihuana que fumar

La marginación de las clases humildes en la tarea de organizar la república puede provocar un nuevo levantamiento

SEISCIENTOS AMERICANOS HUYEN DE LA CAPITAL

Llevarás anillos en los dedos
Y cascabeles en los pies
Y elefantes para pasear
Mi dulce rosa de Irlanda
Por eso ven con tu señor y para el día de San Patricio
Serás la señora Mumbo Jumbo Jijibhoy Jay O'Shea

ELEONOR STODDARD

CUANDO era pequeña odiaba todo. Odiaba a su padre, un hombrón pelirrojo que olía a barba y tabaco para pipa rancio. Trabajaba en la oficina del matadero y volvía a casa con el hedor del matadero en la ropa y contaba chistes pesados que hablaban de matanzas de ovejas, novillos, cerdos y hombres. Eleanor odiaba los olores y la sangre. De noche solía soñar que vivía sola con su madre en una enorme casa muy aseada en Old Park; era invierno, había nevado y, después de cubrir la mesa con un mantel de hilo blanco, ella ponía los cubiertos de brillante plata blanca, un jarrón con blanquísimas flores frescas y un pollo de carne inmaculada delante de su madre, que era una mujer de sociedad vestida con un traje de encaje blanco; pero de pronto aparecía en el mantel una mancha roja que comenzaba a crecer más y más, y su madre hacía gestos convulsivos y vanos para espantarla y ella intentaba lavarla pero la mancha no dejaba de cobrar tamaño y Eleanor se despertaba de la pesadilla gritando y con el vaho del matadero en la nariz.

A los dieciséis años, en la escuela superior, ella y una chica llamada Isabelle se juraron una a la otra que si algún día llegaba a tocarlas un hombre se matarían. Pero ese mismo otoño su amiga tuvo escarlatina y neumonía y se murió.

La única otra persona que Eleanor quería era miss Oliphant, su profesora de inglés. Miss Oliphant había nacido en Inglaterra. Sus padres se habían trasladado a Chicago cuando ella era adolescente. Era una fanática de la lengua inglesa, se esforzaba por lograr que sus alumnos usaran la «a» abierta y estaba convencida de que poseía cierta autoridad en algunos temas de literatura inglesa debido a un lejano parentesco con cierta dama de apellido Oliphant que en el siglo XIX había alcanzado alguna notoriedad merced a unos bellos textos inspirados por una visita a Florencia. De modo que a veces invitaba a sus mejores alumnas, las que daban la impresión de tener padres más educados, a tomar el té al pequeño apartamento donde vivía acompañada por un gato persa y un pinzón real; les hablaba de Goldsmith y de las piadosas enseñanzas del doctor Johnson y de Keats y del *cor cordium* y de lo terrible que era morir tan joven y de Tennyson y de lo duro que había sido con las mujeres y de cómo se hacía el cambio de guardia en Whitehall y de la viña que Enrique VIII había plantado en Hampton Court y del destino fatal de María, reina de Escocia. Los padres de miss Oliphant habían sido católicos y le habían enseñado a considerar a los Estuardo como legítimos herederos del trono británico y pasaban el vaso de vino por sobre la jarra de agua cada vez que bebían a la salud del rey. Todas estas cosas maravillaban a las muchachas, y especialmente a Eleanor e Isabelle, a quienes miss Oliphant premiaba con las calificaciones más altas y alentaba a leer. El mero hecho de oír a miss Oliphant pronunciar frases como «Los Grandes Monumentos de la

Literatura Inglesa», «La frágil princesa prisionera en la torre» o «San Jorge y la alborozada Inglaterra» les provocaba un escalofrío. Cuando Isabelle murió, miss Oliphant se portó como una dama con Eleanor: la llevó sola a su casa a tomar el té, le leyó *Lycidas* con voz clara y contenida y le recomendó que leyera el *Adonais* cuando volviera a su hogar: ese poema no se lo podía recitar ella misma porque sabía que si lo hacía rompería en llanto. Después hablaron de la mejor amiga que había tenido en su infancia, una muchacha irlandesa de pelo rojo y delicada tez blanca como la de Crown Derby, querida, que se había marchado a la India y había muerto de malaria; miss Oliphant le contó que había pensado que no podría sobrevivir a semejante dolor, y le relató la historia de cómo había sido creada la porcelana Crown Derby, y cómo el inventor se había gastado hasta el último penique en la fórmula y necesitaba un poco de oro como ingrediente definitivo y estaban a punto de morir de inanición y sólo les quedaba el anillo de bodas de su esposa y mantenían la estufa encendida alimentándola con las sillas y las mesas pero al final había logrado producir esa extraordinaria porcelana empleada exclusivamente por la familia real.

Fue miss Oliphant la que indujo a Eleanor a matricularse en el Instituto de Artes. En las paredes de su casa había reproducciones de Rosetti y Burne-Jones y le hablaba a Eleanor de la hermandad de los Prerrafaelitas. Le contagió el sentimiento de que el Arte era algo blanco como el marfil, puro, noble, distante y triste.

Cuando su madre murió de anemia perniciosa Eleanor era una muchacha de dieciséis años que de día trabajaba en una mercería del Loop y por la noche estudiaba dibujo comercial en el Instituto de Artes. Después del entierro volvió a su casa, reunió todas sus pertenencias y se mudó a la Moody House. Casi nunca iba a ver a su padre. Él la llamaba a veces por teléfono, pero siempre que podía ella evitaba contestar. Quería olvidarlo.

En la mercería la apreciaban porque era muy refinada y otorgaba a la tienda lo que la vieja mistress Lang, la dueña, llamaba «un indefinible aire de distinción», pero sin embargo sólo le pagaban diez dólares a la semana, cinco de los cuales los consumían el alquiler y la comida. Ella no comía mucho, pero en el comedor de la residencia lo que le servían era malísimo y, por otra parte, odiaba sentarse con las otras chicas, de modo que a veces tenía que comprarse una botella de leche extra para tomar en su cuarto, y a veces se quedaba sin dinero para lápices y papel de dibujo y se veía obligada a visitar a su padre para pedirle prestados un par de dólares. Él se los daba de buena gana, pero por alguna razón ese gesto le hacía odiado más que nunca.

Por las noches, mientras desde el salón de estar se elevaba un canto de himnos, ella se sentaba en su cubículo de cama de hierro y colcha deprimente a leer libros de Ruskin y de Pater sacados de la biblioteca pública. A veces apoyaba el libro en las rodillas y se pasaba horas contemplando la luz rojiza y tenue de la bombilla que le habían asignado por toda luz.

Cada vez que pedía un aumento, mistress Lang le contestaba: «Mira, querida, un día de éstos tú te casarás y podrás irte de aquí; una chica tan distinguida no puede

vivir demasiado tiempo soltera. Y cuando te cases ya no necesitarás dinero».

Los domingos por lo general iba en tren a Pullman, donde estaba la casita de la hermana de su madre. Tía Betty era una mujercita tranquila y hogareña que calificaba todos los anhelos de Eleanor de fantasías juveniles y mantenía los ojos bien abiertos, por si se presentaba algún candidato conveniente, a fin de acorralado y hacerlo novio de su sobrina. Su esposo, el tío Joe, era capataz en un taller de laminación. Como hacía muchísimos años que trabajaba allí se había vuelto completamente sordo, pero aseguraba que por más que resultase extraño, en el taller siempre podía oír a la perfección lo que le decían. En verano se pasaba los domingos cuidando un huerto donde se había especializado en ásteres y lechugas. En invierno, o cuando llovía, se sentaba en la sala a leer la *Railroad Mani Magazine*. La tía Betty preparaba entonces algún plato complicado en base a recetas extraídas del *Ladies' Home Journal* y le pedía a Eleanor que preparara un arreglo floral para la mesa. Después de almorzar la tía Betty lavaba los platos y Eleanor los secaba, y mientras los viejos hacían la siesta ella se sentaba en la sala a leer la sección de sociales del *Chicago Tribune*. Después de la cena, si hacía buen tiempo, los viejos la acompañaban a tomar el tren y la tía Betty no perdía la oportunidad de decirle que era una vergüenza que una chica encantadora como ella viviera sola en una gran ciudad. Eleanor le dedicaba una sonrisa amarga y resplandeciente y contestaba que no tenía miedo.

Los domingos por la noche los vagones estaban repletos de muchachos y chicas pegajosos, sucios, quemados por el sol, que volvían de pasar el día en el campo o las dunas. Eleanor los odiaba a todos: a los jóvenes, a las familias italianas con mocosos insoportables que llenaban el aire de un tufo a vino y ajo, a los alemanes colorados de pasarse la tarde tragando cerveza, a los obreros suecos y finlandeses borrachos que la miraban con ese resplandor alcohólico y azulino que les brotaba de las caras de madera. A menudo alguno intentaba acercársele y ella tenía que cambiarse de vagón.

Una vez que el tren estaba atestado, un tipo de pelo rizado se restregó contra ella de mala manera. La gente iba tan apiñada que Eleanor no podía apartarse. A duras penas logró contener las ganas de pedir auxilio a gritos: sólo la frenó la vulgaridad de la idea de provocar un incidente. Un vértigo ingobernable se apoderó de ella al abrirse paso en la estación y tuvo que parar en una farmacia para comprar sales de amoníaco y aspirarlas. Atravesó a tumbos el vestíbulo de la Moody House y entró en su cuarto temblando. Sentía náuseas, y cuando una de las inquilinas la encontró vomitando en el baño, la *miró* de un modo extraño. Tan desgraciada se sentía, que le atravesó la mente la idea de suicidarse. Eran malos momentos. Cuando tenía la menstruación la acometían unos espasmos dolorosísimos y por lo menos una vez al mes se pasaba el día en la cama. En ciertas ocasiones el sentimiento de humillación le duraba una semana entera.

Un día de otoño le telefoneó a mistress Lang avisándola que estaba enferma y se tendría que quedar en la cama. Después de hablar, volvió a su cuarto y se recostó a leer *Romola*. En realidad, estaba leyendo las obras completas de George Eliot que

estaban en la biblioteca de la Moody House. Cuando la mujer de la limpieza abrió la puerta para hacer la cama, Eleanor le dijo: «No me siento bien, mistress Koontz... Limpiaré yo misma». Por la tarde empezó a tener hambre y le molestaban las sábanas arrugadas bajo la espalda y a pesar de que le daba vergüenza salir cuando le había dicho a mistress Lang que no se encontraba bien, repentinamente experimentó la certeza de que si se quedaba un minuto más en ese cuarto se asfixiaría. Se vistió cuidadosamente y bajó las escaleras con cierto sigilo. «De modo que no estás tan enferma», exclamó mistress Biggs, la dueña, cuando la vio atravesar la sala. «Necesito respirar un poco de aire puro». «Tú no acabarás bien», oyó que añadía mistress Biggs en voz baja mientras ella cerraba la puerta. Mistress Biggs no confiaba demasiado en Eleanor porque era estudiante de arte.

Al borde del desmayo, se detuvo en una farmacia y compró una botellita de agua de amoníaco. Después tomó un tranvía hasta Grant Park. Soplaba un viento tremendo del noreste que arremolinaba polvo y papeles a la orilla del lago.

Entró al Instituto de Artes y se dirigió a la Sala Stickney para mirar los Whistlers. El Instituto de Artes era lo que más le gustaba de Chicago, lo que más le gustaba de todo el mundo: su quietud, la ausencia de hombres cargantes, el leve aroma a barniz que despedían las pinturas. Salvo los sábados, cuando lo visitaba la masa y se convertía en un sitio espantoso. Ese día no había en la Sala Stickney nadie más que una chica con un cuello de zorro gris y un sombrero con pluma. Estaba mirando extasiada el retrato de Manet. De pronto las miradas de las dos muchachas se encontraron. La otra tenía ojos almendrados, de un marrón pálido, muy separados entre sí.

—Pienso que es el mejor pintor del mundo —dijo belicosamente, como buscando que alguien lo negara.

—Yo pienso que es un pintor estupendo —dijo Eleanor, tratando de evitar que le temblara la voz—. Ese cuadro me encanta.

—Sabrás que no es de Manet, ¿no? Es de Fantin-Latour —dijo la otra chica.

—Sí, por supuesto —dijo Eleanor.

Hubo una pausa. A Eleanor le dio miedo de que eso hubiera sido todo, pero la otra preguntó:

—¿A ti qué pintura te gusta?

Eleanor miró prudentemente un Whistler; después dijo con lentitud:

—Me gustan Whistler y Corot.

—A mí también. Pero más me gusta Millet. Es tan redondo, tan cálido... ¿Has estado en Barbizon alguna vez?

—No, pero me encantaría —un nuevo silencio—. Sin embargo, me parece que Millet es un poco basto, ¿no crees? —aventuró Eleanor.

—¿Te refieres a aquel cromo del *Angelus*? Sí, yo simplemente detesto y desprecio la pintura hecha de sentimientos religiosos. ¿Tú no?

Eleanor no sabía qué decir exactamente, de modo que sacudió la cabeza y

manifestó:

—Whistler me gusta muchísimo; me pasa que después de haber estado mirando sus cuadros, me siento junto a una ventana y..., no sé..., todo lo que veo tiene un tono pastel.

—Tengo una idea —dijo la otra chica, que había estado consultando un pequeño reloj que llevaba en el bolso—. No tengo que volver a mi casa hasta las seis. ¿Por qué no vienes a tomar el té conmigo? Conozco una pastelería alemana donde sirven el té muy bien. Hasta las seis tenemos tiempo de conversar un buen rato. No se te ocurrirá decirme que es una propuesta un poco informal, ¿verdad? A mí me encanta la informalidad, ¿y a ti? ¿Tú no odias Chicago?

Sí, Eleanor odiaba Chicago, la gente convencional y todas esas cosas. Fueron a la pastelería, tomaron el té y la chica del cuello de zorro, cuyo nombre era Eveline Hutchins, bebió el suyo con limón. Eleanor habló en cantidad y la hizo reír. Su padre, se encontró explicando Eleanor, era pintor, que residía en Florencia y ella no lo había visto desde que era pequeña. Había habido un divorcio de por medio y su madre se había vuelto a casar, esta vez con un empresario de Armour and Co. Pero ahora su madre había muerto y sólo le quedaban unos parientes en Lake Forest; estudiaba en el Instituto de Artes, pero tenía pensado abandonado porque no la convencían los profesores. Opinaba que vivir en Chicago era demasiado insopportable y tenía intención de marcharse al Este.

—¿Por qué no te vas a vivir con tu padre a Florencia? —preguntó Eveline Hutchins.

—Oh, algún día lo haré, cuando llegue la hora —respondió Eleanor.

—Yo nunca seré rica —confesó Eveline—. Mi padre es pastor... Mira, Eleanor, vayamos juntas a Florencia y llamemos a tu padre. Una vez que estemos allí no nos podrá dejar en la calle.

—Me encantaría viajar alguna vez.

—Bien, es hora de irme. A propósito, ¿dónde vives? Veámonos mañana por la tarde para mirar juntas todos los cuadros.

—Me temo que mañana estaré ocupada.

—Bueno, quizás alguna noche puedas venir a cenar. Le preguntaré a mamá cuándo puedo invitarte. Es tan poco común encontrar una chica con la que se pueda conversar. Vivimos en Drexel Boulevard. Aquí tienes mi tarjeta. Te enviaré una nota y debes prometerme que vendrás, ¿eh?

—Te lo agradezco mucho, pero me será imposible antes de las siete... Lo que sucede es que hago una tarea que me ocupa todas las tardes, salvo los domingos, y los domingos por lo general voy a ver a mis parientes de...

—¿Lake Forest?

—Sí... Cuando estoy aquí vivo en una especie de residencia, la Moody House; es algo vulgar, pero me conviene... Te escribiré la dirección en esta tarjeta —la tarjeta era de mistress Lang, y decía: «Encajes y telas bordadas de importación». Anotó su

dirección en el reverso, tachó lo que había del otro lado y se la entregó a Eveline.

—Perfecto —dijo ella—. Esta misma noche te enviaré una nota y tú debes prometerme que vendrás.

Eleanor la vio subirse al tranvía y se alejó despacioseamente por la calle. Se había olvidado por completo de su malestar, pero ahora que la otra muchacha se había ido, entre el clamor de las calles y el viento del crepúsculo se sintió deprimida, sola y pobemente vestida.

A través de Eveline Hutchins hizo varios amigos. La primera vez que fue a la casa de su amiga estaba demasiado asustada como para ver bien, pero con el tiempo empezó a sentirse más cómoda, en especial desde que descubrió que la consideraban una chica interesante y distinguida. La familia estaba formada por el doctor y la señora Hutchins, dos hijas y un hijo que estudiaba en la universidad. El doctor Hutchins era un pastor unitarista de mentalidad abierta y mistress Hutchins pintaba unas acuarelas de flores que pasaban por demostrar un notable talento. La hija mayor, Grace, había ido al colegio en el Este, en Vassar, y se decía de ella que había dado muestras de cierta predisposición a la literatura, el varón realizaba un curso de griego para posgraduados, en Harvard, mientras que Eveline asistía a los cursos más interesantes de por allí, en la universidad de Northwestern. El doctor Hutchins era un hombre de voz blanda, gran cara rosada y suaves manos cadavéricas. Los Hutchins planeaban marcharse al extranjero al año siguiente, que sería el sabático del reverendo. Eleanor nunca había oído a nadie hablar como esa gente; estaba conmocionada.

Una tarde Eveline la llevó a casa de mistress Shuster.

—Ni una palabra de esto a mis padres, ¿estamos? —dijo Eveline mientras salían del metro—. Míster Shuster es negociante de objetos de arte y en casa piensan que son demasiado bohemios... Y nada más que porque una noche Annie Shuster vino a casa y se pasó toda la cena fumando... Les dije que íbamos al concierto del Auditorium.

Eleanor se había hecho un vestido nuevo, blanco y nada complicado, no exactamente de noche sino más bien para toda ocasión, y cuando Annie Shuster, una mujer regordeta, pelirroja y sobreexcitada, las ayudó a sacarse los abrigos en el vestíbulo, no pudo evitar una exclamación.

—La verdad es que es precioso —dijo Eveline—. Eleanor, esta noche estás hecha una joya.

Eleanor sonrió sin darle importancia y se sonrojó: eso la tornó aún más bonita.

Había una multitud de personas hacinadas en dos salitas llenas de humo, tazas de café y olor a ponche. Míster Shuster era un hombre canoso de rostro gris, cabeza demasiado grande para su cuerpo y modales fatigados. Hablaba como un inglés. Lo rodeaban varios jóvenes; Eleanor recordaba haber conocido a uno de ellos en el Instituto. Se llamaba Eric Egstrom y siempre le había gustado; tenía una cabellera espesa, ojos azules y un bigotito rubio. Era evidente que míster Shuster lo apreciaba

mucho. Eveline se hizo cargo de ella, la presentó a todo el mundo y le hizo a unas cuantas personas preguntas en cierto modo desconcertantes. Tanto los hombres como las mujeres fumaban, hablaban de libros, de pintura y de gente que Eleanor jamás había oído mencionar. Ella observaba, se callaba la boca y se fijaba en las siluetas griegas dibujadas en las pantallas de las lámparas, los extraños cuadros de las paredes y las dos hileras de libros franceses que llenaban los estantes, sacando la conclusión de que sin duda en ese lugar iba a aprender muchas cosas.

Se fueron temprano porque Eveline debía pasar por el Auditorium a enterarse del programa del concierto por si las moscas. Las acompañaron Eric y otro joven. Después de dejar a Eveline en su casa le preguntaron a Eleanor dónde vivía, pero como la calle de la Moody House era tan horrible que le daba vergüenza, les pidió que la llevaran a la parada del metro elevado y, sin dejar que siguieran, subió corriendo la escalera pese a que volver sola a esas horas le daba bastante miedo.

Muchos de los clientes de mistress Lang pensaban que Eleanor era francesa, sobre todo porque tenía el pelo oscuro, el rostro ovalado y la piel transparente. Y así, cuando cierta vez una tal mistress Mc Cormick, de la cual mistress Lang sospechaba que debía ser una de los Mc Cormick, preguntó por la adorable francesita que la despachaba siempre, mistress Lang tuvo una idea. A partir de ese momento Eleanor sería francesa de verdad; de modo que acudió a la academia Berlitz, compró veinte cupones y le dijo a su empleada que le daría una hora libre de nueve a diez de la mañana si quería emplearla en tomar clases de francés. Durante diciembre y enero completos Eleanor estudió francés tres veces por semana con un viejo enfundado en una apetosa chaqueta de alpaca y empezó a deslizar de vez en cuando una frase inocente al dirigirse a los clientes, delante de los cuales mistress Lang adoptó el hábito de llamarla «mademoiselle».

Se esforzó, pidió prestados a los Shuster libros franceses de cubiertas amarillas y un diccionario y muy pronto llegó a saber más francés que Eveline, que había tenido una gobernanta francesa. Un día, al llegar a la Berlitz, se encontró con un profesor nuevo. El viejo tenía bronquitis y lo habían reemplazado por un joven francés. Era delgado, de barbilla afilada y grandes ojos marrones con largas pestañas. Sus manos aristocráticas y sus gestos sueltos capturaron a Eleanor desde el primer momento. Al cabo de media hora ya no se acordaban de la lección y estaban charlando en inglés. Él hablaba con un acento gracioso pero sin problemas. A ella le gustaba más que nada esa manera gangosa de pronunciar las erres.

A la clase siguiente subió la escalera envuelta en un tañido de campanas y desesperada por saber si estaría el mismo profesor. Estaba. Le dijo, además, que el viejo se había muerto. Eleanor se impelió a sentirse apenada pero no lo consiguió. El muchacho comprendió lo que le pasaba y torció el rostro en una divertida semisonrisa: «Vae victis», dijo. Después le habló de su hogar en Francia, de cómo aborrecía la vida burguesa y convencional de su tierra y, de que había ido a América porque era el país de la juventud, el futuro y la Twentieth Century Limited, y de lo

hermosa que le parecía Chicago. Eleanor nunca había oído a nadie decir esas cosas y le replicó que lo más probable era que hubiese pasado por Irlanda para besar la piedra de la adulación. Él le devolvió una mirada grave y afirmó: «Mademoiselle, c'est la pure vérité», y ella dijo que le creía de todo corazón y lo interesante que era haberlo conocido y anunció que le presentaría a su amiga Eveline Hutchins. Entonces él le contó que había vivido en Nueva Orleans y que había venido de Francia trabajando de camarero en un barco de pasajeros y había trabajado de fregaplatos, de recadero y de pianista en cabarets y lugares todavía peores, y que le gustaban mucho los negros y era pintor y lo que más quería era tener un estudio y dedicarse al arte pero todavía no tenía suficiente dinero. La parte relacionada con los platos sucios, los negros y los cabarets dejó a Eleanor un poco fría, pero cuando le oyó asegurar que le interesaba el arte comprendió que no podía dejar de presentárselo a Eveline; rebosante de una mundana informalidad le propuso que se encontraran el domingo por la tarde en el Instituto de Artes. Después de todo, si se arrepentían podría dejarlo plantado.

Eveline quedó estupefacta, pero como los franceses tenían tan mala fama decidieron llevarse con ellas a Eric Egstrom. El francés tardó tanto que pensaron que se había perdido entre la gente, pero sin embargo por fin Eleanor lo vio subir la escalinata. Se llamaba Maurice Millet —no, no era de la familia del pintor— y los dejó a todos mudos cuando se negó a mirar las pinturas del Instituto aduciendo que esas obras iban a ser quemadas y empleando una cantidad de palabras como cubismo y futurismo que Eleanor no había oído en su vida. De todos modos se dio cuenta enseguida de que a Eveline y Eric los había impresionado; estaban pendientes a tal punto de cada palabra que decía, que durante el té no le prestaron a ella la menor atención. Eveline invitó al francés a su casa, donde se comportó con los Hutchins con una amabilidad extrema. Después fueron a visitar a los Shuster. De allí salieron juntos. Maurice opinó que los Shuster eran insufribles y que los cuadros que tenían eran malísimos. «Tout ga c'est affreusement pompier», dijo. Eleanor estaba confundida, pero Eric asumió que lo que quería decir era que ellos sabían de arte tan poco como un destacamento de bomberos, y los cuatro soltaron una carcajada.

La vez siguiente que Eleanor y Eveline se vieron, ésta confesó que estaba locamente enamorada de Maurice, y las dos lloraron copiosamente y decidieron que a pesar de todo llevarían adelante su bella amistad. Eso sucedió en la habitación de Eveline en la casa de Drexel Boulevard. En el caballete había un retrato del amado, a pastel, que Eveline estaba intentando dibujar de memoria. Se sentaron juntas y abrazadas en la cama, hablaron de sí mismas con solemnidad y Eleanor le contó lo que sentía con respecto a los hombres. Eveline no compartía enteramente esas ideas, pero eso no constituiría un obstáculo para su amistad inquebrantable: siempre habrían de confesarse todo.

Por esa época Eric Egstrom consiguió un empleo en el departamento de decoración de interiores de Marshall Field, con el sueldo de cincuenta dólares por semana. Se mudó a un estudio precioso con luz del norte en un pasaje que daba a

North Clark Street y Maurice se fue a vivir con él. Las chicas iban mucho a ese sitio siempre lleno de amigos, donde se bebía té al estilo ruso y, a veces, vino de Virginia, de modo que comenzaron a espaciar sus visitas a los Shuster. Eleanor siempre intentaba reservar un momento para hablar a solas con Eveline; el hecho de que Maurice no sintiera lo mismo por ella la hacía infeliz, mientras que los dos varones parecían vivir una alegría ininterrumpida. Dormían en la misma cama y era imposible verlos separados. Por momentos Eleanor se preguntaba qué pasaría con ellos, pero prefería no removerlo demasiado porque la enternecía saber que existían hombres gentiles para con las mujeres. Iban todos juntos a la ópera, a conciertos y exposiciones —eran Eveline o Eric los que compraban las entradas o pagaban en los restaurantes— Y en esos meses Eleanor lo pasó mejor que en todo el resto de su vida. Ya no iba más a Pullman y con Eveline proyectaban alquilar juntas un estudio cuando los Hutchins volvieran de su viaje al extranjero. La entristecía la idea de que junio se aproximaba cada vez más; a partir de entonces Eveline se marcharía y ella debería afrontar sola el horrendo verano pestilente, polvoriento y arenoso de Chicago. Pero tanto los esfuerzos que hacía Eric por conseguirle un empleo en Marshall Field como las conferencias sobre decoración a las que concurría con su amiga lograron disipar los pensamientos funestos.

Maurice pintaba unos cuadros maravillosos en tonos amarillo pálido y violeta: eran muchachos de rostro oblongo con grandes ojos refulgentes y larguísimas pestañas, y chicas de rostro fino que parecían varones y mastines rusos de pupilas luminosas recortados contra un fondo de vigas, rascacielos blanquecinos o cielos de nubes pálidas. Eveline y Eleanor opinaban que era una vergüenza que para ganarse la vida tuviese que dar clases en la Berlitz. La víspera de la partida de Eveline hubo una reunión íntima en casa de Eric. De las paredes colgaban las pinturas de Maurice y todos, contentos, tristes y excitados, se reían con nerviosismo. En cierto modo apareció Eric con la noticia de que había hablado de Eleanor con su jefe y le había dicho que sabía francés, había estudiado arte y era muy bonita. Míster Spotmann le sugirió que se la presentara el mediodía del día siguiente. El empleo, si lo conseguía, sería de por lo menos veinticinco dólares por semana. Una anciana había ido a ver los cuadros de Maurice y tenía intención de comprarle uno; las noticias los pusieron alegres y bebieron mucho vino, de modo que al llegar el momento del adiós era Eveline la que se sentía triste de alejarse de los demás.

Cuando a la noche siguiente Eleanor regresó de la estación de Nueva York después de haber visto subir al tren a los Hutchins con las maletas rotuladas para el *Baltic* y los ojos húmedos por el entusiasmo de viajar primero al Este y después al extranjero, entre el olor del carbón quemado y el clamor de las máquinas y el golpeteo de los pasos, apretó los puños hasta que las uñas afiladas se le hundieron en la carne de las palmas y se repitió hasta el cansancio: «Yo también me marcharé; es sólo cuestión de tiempo. Yo también me marcharé».

EL OJO DE LA CÁMARA (18)

ERA una mujer muy elegante que adoraba a los bullterriers y tenía por amigo a un caballero célebre por su parecido con el rey Eduardo

era una mujer muy elegante que tenía lirios blancos en el vestíbulo No querido me es imposible soportar su aroma en mi habitación y los bullterriers mordían a los vendedores y los mensajeros No querido jamás muerden a la gente amable con Billy y sus amigos son de lo más cariñosos

fuimos todos a pasear en un carroaje y el cochero soplabía un cuerno y allí fue donde Dick Whittington estuvo con su gato y las campanas había canastas llenas de comida y ella tenía ojos grises y era muy gentil con el hijito de sus amigos a pesar de que detestaba simplemente detestaba a la mayoría de los niños y su amigo que era célebre por su parecido con el rey Eduardo no podía aguantarlos ni a ellos ni a los perritos y ella se pasaba el tiempo preguntándole ¿por qué lo llamas así?

y pensaste en Dick Whittington y las grandes campanas de Bow, por tres veces lord mayor de Londres, y miraste a la señora a los ojos grises y le contestaste Quizá porque así lo llamé la primera vez que lo vi y no me gustaban ni la señora ni los bullterriers ni el carroaje sólo deseaba que Dick Whittington tres veces lord mayor de Londres hiciera sonar las grandes campanas de Bow y deseaba que Dick Whittington y quería irme a mi casa pero yo no tenía casa y el cochero seguía soplando el cuerno.

ELEANOR STODDARD

TRABAJAR en Marshall Field era muy distinto a trabajar en la tienda de mistress Lang. Con mistress Lang tenía un solo jefe pero en los grandes almacenes daba la impresión de que todos los miembros de su sección estaban por encima de ella. Aun así era tan distinguida, tan fría, hablaba de un modo tan suave y terminante que, por más que la gente no le tuviera una excesiva simpatía, en cierto modo se llevaba bien con todos. Hasta mistress Potter y míster Spotmann, los responsables del departamento, le profesaban cierto temor. Corría el rumor de que pertenecía a la alta sociedad y en realidad no necesitaba trabajar para vivir. Era muy condescendiente con los clientes en todo lo que se refiriese a la decoración de sus hogares y con mistress Potter era simpática y discreta —hasta le elogiaba la ropa—, de modo que al cabo de un mes mistress Potter le dijo a míster Spotmann: «Creo que esta chica es todo un hallazgo», y míster Spotmann, sin abrir esa trampa vieja que era su boca, respondió: «Eso es lo que yo opino desde el primer día».

Cuando una tarde de sol Eleanor salió a la calle con el sobre de su primera paga semanal en la mano se sintió terriblemente feliz. Llevaba en los labios una sonrisa tan radiante que un par de personas se volvieron para mirarla y la contemplaron alejarse por la calle, con la cabeza inclinada para que las ráfagas de viento no le quitaran el sombrero. Avanzó por Michigan Avenue hacia el Auditorium paseando los ojos por los escaparates brillantes y el cielo de un celeste desleído y las nubes grises e hinchadas como palomas que se reflejaban en el lago y las burbujas de vapor que despedían las locomotoras. Entró al salón de luz ámbar del Auditorium anexo, buscó una mesa bien apartada y estuvo sentada mucho tiempo, sola, bebiendo té y comiendo tostadas con mantequilla, cosas que pidió al camarero con una vocecita frágil, refinada y seductora.

Después se dirigió a la Moody House, reunió sus cosas y se mudó al Eleanor Club, donde alquiló una habitación por siete dólares y medio a la semana, comida incluida. Sin embargo, el cuarto no era mucho mejor que el otro y destilaba el mismo hedor vetusto que las instituciones de caridad, así que a la semana siguiente se trasladó a un pequeño hotel residencial del North Side donde el cuarto y la comida costaban quince dólares semanales. Como ese desembolso sólo le dejaba un saldo de tres dólares y medio —porque la paga había resultado ser de sólo veinte, que con el descuento de la Seguridad Social se convertían en dieciocho con cincuenta—, tuvo que hacerle una nueva visita a su padre. Lo impresionó de tal forma con su carrera fulgurante y el panorama espléndido que le pintó, que el hombre prometió darle cinco dólares por semana, a pesar de que él también ganaba veinte y pensaba casarse de nuevo con cierta mistress O'Toole, una viuda con cinco hijos que tenía una casa de

huéspedes en Elsdon Way.

Eleanor rehusó ir a ver a su futura madrastra y le hizo prometer a su padre que el dinero se lo enviaría por giro; no habría pensado que ella iría a recogerlo todos los lunes a Elsdon Way, ¿verdad? Antes de marcharse le dio un beso en la frente, con lo cual lo dejó exultante. Durante toda la entrevista Eleanor se estuvo repitiendo que era la última vez.

Después volvió al hotel Ivanhoe, subió a su cuarto y se tendió en la comodísima cama de bronce a contemplar la pequeña habitación, los muebles de madera clara, el empapelado amarillo con delicadas rayas de un violeta satinado, las cortinas de encaje. Había una grieta en el yeso del cielorraso y la alfombra estaba un poco gastada, pero no le cabía la menor duda de que el lugar era francamente fino, eso saltaba a la vista en las parejas de edad que vivían de pensiones reducidas y la madurez y la buena educación de los empleados; por primera vez en su vida se sentía a sus anchas.

Cuando en primavera Eveline Hutchins regresó de su viaje por Europa tocada con sombrero de ala con una pluma, hablando hasta por los codos del Salón de las Tullerías y los museos y la rue de la Paix y la Ópera, advirtió que Eleanor era una muchacha nueva. Aparentaba ser mayor de lo que era, se vestía sin estridencias y a la moda, había adquirido un modo de hablar cortante y amargo. Se encontraba firmemente instalada en el departamento de decoración de interiores y esperaba un aumento, pero se resistía a hablar de ello. Había dejado de asistir a conferencias y frequentar el Instituto de Artes, y pasaba mucho tiempo con una vieja dama solterona que también vivía en el Ivanhoe y tenía fama de ser tan rica como avara; miss Eliza Perkins.

El primer domingo después del regreso Eleanor invitó a Eveline a tomar el té en el hotel y ambas ocuparon un viejo sofá con el propósito de conversar con la anciana por medio de inaudibles murmullos. Eveline preguntó por Eric y Maurice, y Eleanor supuso que estarían bien pero aclaró que no los había visto mucho desde que Eric había perdido su empleo en Marshall Field. Dijo que en buena medida la había defraudado. Tanto él como Maurice bebían demasiado y frecuentaban compañías perniciosas, razón por la cual rara vez se encontraba con ellos. Ella cenaba todas las noches con miss Perkins y miss Perkins la tenía en gran estima, le compraba ropa y la llevaba a pasear al parque y a veces, si el espectáculo valía la pena, si había una obra interesante con Minnie Maddern Fiske o Guy Bates Post, incluso al teatro. Miss Perkins era hija del acaudalado propietario de una cafetería y en su juventud había sido víctima de los engaños de un joven abogado que, aprovechándose de su amor, la había inducido a invertir una fuerte suma de dinero. El sujeto se había fugado con otra muchacha y una cantidad de títulos. Eleanor no sabía bien cuánto dinero le había quedado, pero en el teatro siempre elegía la mejor localidad, comía en restaurantes de lujo y alquilaba coches cada vez que se le antojaba, de lo cual podía colegirse que aún mantenía una buena posición económica.

Después de despedirse de miss Perkins para ir a cenar a casa de los Hutchins, Eveline dijo:

—Bien, si tengo que serte franca..., no sé qué le ves a..., esa señora... y yo llena de cosas que contarte y de preguntas que hacerte. Me parece que no te has portado muy bien.

—Yo le tengo un gran aprecio, Eveline. Pensé que te interesaría conocer a una íntima amiga.

—Oh, claro que sí; pero es gracioso; no te comprendo.

—Muy bien, no tienes por qué volver a verla, aunque debo decirte que por lo que pude advertir le has caído muy bien.

La caminata desde el metro elevado hasta la casa de los Hutchins fue como revivir los viejos tiempos. Eleanor contó las rencillas que había entre mistress Potter y míster Spotmann, cómo los dos querían ganársela para su casa, y Eveline se rió y confesó que en el viaje de regreso en el *Kroonland* se había enamorado de un hombre de Salt Lake City, lo cual era un alivio después de tantos extranjeros, y Eleanor se burló y observó que lo más probable era que fuese mormón y Eveline se rió y respondió que no, que era juez, si bien admitió que estaba casado. «¿Te das cuenta? —dijo Eleanor—. Seguro que es mormón». Pero Eveline dijo que estaba segura de que no lo era y que si se divorciaba de su mujer ella se casaría con él. Entonces Eleanor dijo que no creía en el divorcio, y si la discusión no pasó a mayores fue porque de pronto se encontraron ante la puerta.

Ese invierno no vio demasiado a Eveline. Eveline tenía muchos pretendientes, concurría a fiestas y Eleanor se enteraba de su vida por las páginas de sociedad de los periódicos del domingo. En cuanto a ella, estaba demasiado ocupada y a menudo cansada hasta para ir al teatro con miss Perkins. La guerra solapada entre mistress Potter y míster Spotmann había terminado por estallar, y la gerencia había trasladado a mistress Potter a otra sección y la mujer se había derrumbado en una silla y, presa de un ataque de nervios, se había echado a llorar delante de los clientes, y Eleanor había tenido que llevársela a un probador para darle a oler sales y ayudarla a recomponer la estructura pompadour de su pelo teñido y consolarla diciéndole que de todos modos probablemente le gustaría más trabajar en el otro edificio. Después del incidente míster Spotmann estuvo hecho una seda durante varios meses. En ocasiones invitaba a Eleanor a almorzar y se reían juntos al acordarse de cómo se le había estropeado el peinado a mistress Potter aquella tarde. A menudo el jefe le encargaba a Eleanor que fuera a supervisar los trabajos que se hacían para los clientes más importantes; pero si estos clientes se deshacían enelogios hacia su distinción y su simpatía, sus propios compañeros de sección no la podían ni ver y acabaron por llamarla «pelota». Míster Spotmann insinuaba la posibilidad de darle una comisión por esos trabajos especiales y seguía hablando de aumentarle el sueldo a veinticinco por semana.

Una noche Eleanor volvió algo tarde al hotel y el viejo conserje le comunicó que

miss Perkins había sufrido un infarto mientras almorzaba un filete con pastel de riñón, y se había muerto; el cuerpo había sido transportado a la Irving Funeral Chapel. Le preguntaron si conocía algún pariente al cual se le pudiera avisar. Lo único que sabía Eleanor era que sus asuntos pecuniarios los manejaba el Corn Exchange Bank; le parecía que tenía unos sobrinos en Mound City pero no recordaba cómo se llamaban. Al conserje le preocupaba aclarar quién pagaría los gastos del entierro y la cuenta pendiente, pero de todos modos anunció que guardaría bajo llave la ropa de la anciana hasta que alguna persona autorizada fuera a reclamarla. Parecía opinar que miss Perkins había muerto nada más que para hacer daño al hotel.

Eleanor subió a su cuarto, se encerró con llave, se arrojó en la cama y lloró un poco, porque a miss Perkins le tenía cariño.

Después le atravesó el pensamiento una idea que le aceleró el corazón. ¿Y si miss Perkins le había dejado una fortuna? A veces pasaban cosas así. Muchachos que daban una limosna a la salida de la iglesia, cocheros que tenían la amabilidad de cargar con el equipaje: a las viejas les encantaba dejar fortunas enteras a gente así.

Ya veía los titulares:

EMPLEADA DE MARSHALL FIELD HEREDA UN MILLÓN DE DÓLARES

Pasó la noche en vela; por la mañana fue a ver al gerente del hotel y se ofreció a ayudar en todo lo posible. Llamó por teléfono a míster Spotmann y lo convenció de que le dejara el día libre diciéndole que la muerte de miss Perkins la tenía virtualmente postrada. Después telefoneó al Corn Exchange Bank y habló con un tal míster Smith que se ocupaba de los bienes de mistress Perkins. El hombre le aseguró que haría todo lo que estuviera a su alcance para proteger tanto a los herederos como a los beneficiarios laterales y que el testamento de miss Perkins se hallaba en una caja de seguridad y sería protegido mediante todos los medios legales a mano.

Eleanor no tuvo nada que hacer en todo el día, de modo que se decidió a comer con Eveline y después fueron juntas al Keith. Le daba la impresión de que no era apropiado ir al teatro mientras aún velaban el cadáver de su amiga, pero estaba tan histérica que debía hacer algo para quitarse de la cabeza ese tremendo disgusto. Eveline se mostró muy comprensiva y por fin llegaron a sentirse tan unidas como antes del viaje de los Hutchins. Eleanor no dijo una palabra de sus expectativas.

Al funeral sólo se presentaron Eleanor, la camarera irlandesa del hotel, una vieja que se sonaba la nariz y se persignaba en cantidad, míster Smith y un tal míster Sullivan, en representación de los parientes de Mound City. Eleanor iba de negro, y el delegado de la empresa de pompas fúnebres se le acercó para decirle: «Perdóneme, señorita, pero no puedo evitar decirle que parece usted un lirio de las Bermudas». La cosa no salió tan mal como había esperado; cuando terminó todo, Eleanor, míster Smith y míster Sullivan salieron juntos del crematorio con un estado de ánimo nada

lóbrego.

Era un refulgente día de octubre y la idea general fue que octubre era el mejor mes del año y que el pastor había oficiado el responso con bellísimas palabras. Ya que se la mencionaba en el testamento, míster Smith le sugirió a Eleanor que comiera con ellos, instante en el cual el corazón de la muchacha estuvo a punto de paralizarse; con gran presencia de ánimo, con todo, bajó inocentemente los ojos y manifestó que iría con sumo agrado.

Subieron todos a un taxi. Míster Sullivan dijo que era un alivio dejar atrás un trámite tan lúgubre. Comieron en el de Yonghe y Eleanor los regocijó contándoles cómo se habían portado los del hotel y qué apuros habían pasado, pero cuando le ofrecieron la carta declaró que no estaba en condiciones de probar bocado. A pesar de eso, cuando vio la merluza rellena se retractó y aceptó que le pusieran unos trocitos en el plato. Resultaba que el viento les había abierto el apetito a los tres. Eleanor pidió por fin una ensalada Waldorf y, de postre, una copa melba.

Los caballeros le preguntaron si le molestaba que fumaran puros. Míster Sullivan, con una mirada capciosa, le ofreció un cigarrillo, pero ella se sonrojó y respondió que no, no fumaba, y míster Sullivan observó que él no respetaba a las mujeres que fumaban y míster Smith no estuvo de acuerdo: muchas chicas de las familias más respetables de Chicago tenían la costumbre de fumar, hábito en el que él no veía inconveniente en tanto no se convirtieran en chimeneas. Después del almuerzo cruzaron la calle y subieron en el ascensor a la oficina de míster Sullivan; allí se acomodaron en grandes sillones de cuero y míster Sullivan y míster Smith compusieron expresiones solemnes y míster Smith carraspeó y empezó a leer el testamento. Al principio Eleanor no entendió nada y míster Sullivan debió explicarle que el grueso de la fortuna de tres millones de dólares había sido legado al hogar Florence Crittenton para niñas expósitas, pero que se destinaban mil dólares a cada uno de los sobrinos residentes en Mound City y un hermoso broche de diamantes a Eleanor Stoddard, relación esta que culminó con la frase: «De modo que si tiene a bien telefonearme mañana mismo al banco, miss Stoddard, con mucho gusto le entregaré el objeto», pronunciada por míster Smith.

Eleanor se echó a llorar.

Ambos caballeros se mostraron commovidos por el hecho de que a miss Stoddard la afectara de tal forma el recuerdo de su anciana amiga. Cuando abandonó el despacho con la promesa de pasar al día siguiente por el broche, míster Sullivan le dijo a míster Smith con su voz más afectuosa:

—Comprenderá usted que me veo en la obligación de hacer lo posible por falsear ese testamento, dado el daño que representa para los Perkins de Mound City.

—Lo comprendo, Sullivan —dijo míster Smith—. Pero no creo que le pueda salir muy bien. Es un documento sellado con cobre fundido y guardado en una caja de seguridad, y si le digo que es difícil falsearlo es porque yo mismo ya intenté hacerlo.

Así que al día siguiente Eleanor volvió a ir a Marshall Field y allí siguió

trabajando varios años. Consiguió el aumento y las comisiones, y con míster Spotmann llegaron a una gran intimidad, si bien el hombre jamás intentó hacerle el amor y mantuvo las formas; para Eleanor eso era un alivio porque casi todos los días se enteraba de historias de jefes de sección que pretendían hacerse de mal modo con las atenciones de las jóvenes empleadas; justamente por esa razón había sido despedido míster Elwood, de la sección muebles: había saltado la noticia de que Lizzie Dukes iba a tener un niño. Aunque quizá no toda la culpa fuera de míster Elwood, dado que Lizzie Dukes no parecía precisamente un ángel inmaculado. Como fuera, daba la impresión de que Eleanor tendría que pasarse la vida decorando los estudios y comedores de los demás, eligiéndoles cortinas, artesonados y alfombras, calmando las iras de mujeres airadas a las cuales se les había enviado un perro de porcelana en vez de una mesita de té, o de neuróticas que incluso después de haberlo elegido ellas mismas no quedaban satisfechas con el color de la cretona.

Una tarde Eveline Hutchins fue a buscarla a la hora en que cerraban los almacenes. No lloraba pero estaba lívida. Dijo que hacía dos días que no comía y le propuso a Eleanor tomar el té en Sherman House o un sitio así.

Fueron al bar del Auditorium y pidieron té con tostadas de canela y Eveline le contó que había roto su compromiso con Dick Mc Arthur y que, en lugar de suicidarse, había decidido ponerse a trabajar.

—No volveré a enamorar me nunca, la cosa es así de simple, pero algo tengo que hacer, y por otra parte no es posible que tú sigas desperdiando tu talento en ese almacén. Sabes bien que allí nunca vas a poder demostrar lo que vales.

Eleanor confesó que odiaba su trabajo más que el veneno. Pero ¿qué iba a hacer?

—¿Por qué no concretamos lo que planeamos tantas veces estos años? Oh, la gente me da rabia, nadie es capaz de hacer algo interesante, divertido... Te apuesto lo que quieras a que si pusiéramos una empresa de decoración nos lloverían los pedidos. Sally Emerson nos dará para decorar su casa nueva y cuando la vean todos se desesperarán por contratarnos... No puedo creer que la gente viva a gusto en esas madrigueras que se montan; lo que pasa es que no conocen nada mejor.

Eleanor alzó su taza y bebió varios sorbos de té. Contempló el meticuloso trabajo que la manicura había hecho con sus uñas. Después dijo:

—¿Y de dónde sacaremos el capital? Hace falta dinero para empezar.

—Papá nos dará una parte. Por lo menos eso pienso. Y el resto quizás nos lo preste Sally Emerson. Apenas nos pongamos en marcha... Oh, Eleanor, dime que sí. Será tan divertido...

—«Hutcruns y Stoddard, Decoración de Interiores» —recitó Eleanor, depositando la taza—. O en todo caso «Miss Hutchins y miss Stoddard». ¡La verdad, querida, es que me parece una idea grandiosa!

—¿No te parece que sería mejor «Eleanor Stoddard y Eveline Hutchins»?

—Bueno, podemos decidir el nombre cuando alquilemos el estudio y tengamos que ponerlo en la guía. Mira, Eveline, hagamos lo siguiente... si consigues que tu

amiga Sally Emerson nos dé su casa para decorar, empezaremos cuanto antes. Si no, esperaremos que nos llegue el primer encargo de verdad.

—Muy bien. Estoy segura de que aceptará. Corro a verla ahora mismo. —Eveline había recuperado el color. Se levantó y besó a Eleanor—. Oh, Eleanor, eres un encanto.

—Espera, no hemos pagado el té —dijo Eleanor.

Durante el mes siguiente todo le pareció insufrible: el despacho, las quejas de los clientes, levantarse temprano, el trato de mister Spotmann y los chistes que tenía que hacerle para mantenerle el buen humor. El cuarto del Ivanhoe se le antojó de repente sórdido y minúsculo, saturado de un olor a comida que entraba por la ventana y a perfumes baratos que flotaban en el ascensor. Muchas veces llamó al trabajo para avisar de que estaba enferma pero, hastiada de su habitación, se lanzaba a vagar por la ciudad, entrando a tiendas y cines, sintiéndose de pronto mortalmente cansada y teniendo que tomar taxis que en realidad no podía permitirse. Incluso volvió alguna vez al Instituto de Artes, pero ya conocía de memoria todos los cuadros y no tenía paciencia para mirarlos una vez más. Entonces, finalmente, Eveline convenció a la señora de Phillip Paine Emerson de que su casa necesitaba urgentemente una nueva decoración, le confeccionaron un presupuesto mucho menor que los de otros especialistas, y Eleanor se proporcionó el placer de observar el rostro atónito de mister Spotmann mientras ella se negaba a quedarse incluso a cuarenta dólares por semana, ya que le habían encargado la decoración de la nueva mansión Paine Emerson, de Lake Forest.

—Bueno, muchacha —dijo mister Spotmann abriendo la blanca boca cuadrada—. Si lo que usted pretende es asesinar su carrera no vaya ser yo el que se lo impida. Si quiere irse, puede hacerlo ahora mismo. Claro que se queda sin la paga de Navidad.

El corazón de Eleanor dio un salto. Contempló la luz grisácea que bañaba el despacho, el archivo amarillo, las pilas de cartas y las muestras que asomaban por algunos sobres. Ella Bowen, la mecanógrafa, había dejado de escribir; probablemente estuviera escuchando. Eleanor aspiró el aire inmóvil hediondo de barniz, calefacción y aliento humano y por último dijo:

—Muy bien, mister Spotmann, lo comprendo.

Conseguir que le pagaran el sueldo y el saldo de la Seguridad Social le llevó todo el día, incluida una discusión con el cajero, de modo que cuando salió a la calle cubierta de nieve y buscó un bar para llamar a Eveline iba a anochecer.

Eveline ya había alquilado dos de los pisos de una vieja casa victoriana de Chicago Avenue y pasaron todo el invierno muy ocupadas acondicionando el despacho, los salones de exposición y el apartamento donde vivirían, y decorando el comedor de Sally Emerson. Contrataron una sirvienta negra llamada Amelia que a pesar de beber demasiado cocinaba muy bien, fumaron cigarrillos y bebieron cócteles al atardecer, cenaron con vino y encontraron un modisto francés sin pretensiones que les confeccionó los vestidos de noche para las salidas con los amigos de Sally

Emerson, y conocieron un montón de gente auténticamente interesante. Para la primavera, cuando por fin cobraron el talón de quinientos dólares que les entregó Philip Paine Emerson, tenían deudas por el doble de dinero pero vivían como querían. El comedor resultó un poco exagerado, pero a alguna gente le gustó y recibieron más encargos. Hicieron muchas amistades nuevas y empezaron otra vez a salir con artistas y con escritores que colaboraban en el *Daily News* y el *American*, las llevaban a cenar a restaurantes extranjeros cargados de humo y les hablaban de pintura francesa moderna, del Medio Oeste y de sus ganas de largarse a Nueva York. Fueron al Armory Show, pusieron en el escritorio de su despacho una fotografía del *Pájaro Dorado* de Brancusi y, en los mismos estantes donde descansaban las cartas de sus clientes y las cuentas impagadas, ejemplares de la *Lite Review* y de libros de poesía.

Eleanor salía frecuentemente con Tom Custis, un hombre maduro, de rostro irritado, afecto a la música, las coristas y la bebida, que era socio de todos los clubes y profesaba desde hacía años una enorme admiración por Mary Garden. Tenía un palco en la ópera y un Stevens-Duryea y nada que hacer salvo visitar a su sastre, consultar diversos especialistas y, de vez en cuando, rechazar a un judío o un nuevo rico que presentaba su solicitud de inscripción en alguno de los clubes a los que él pertenecía. Los Armour habían comprado la fabrica de conservas de su padre cuando él aún practicaba atletismo en la universidad, y desde entonces no había movido ni un dedo en algo que fuera trabajo. Proclamaba estar hasta las narices de la vida social e intentaba divertirse con las tareas decorativas de las muchachas. Estaba en contacto permanente Con Wall Street y a veces le pasaba a Eleanor un par de acciones. Si subían, la ganancia era para ella; si bajaban, él se hacía cargo. Su esposa estaba internada en un sanatorio privado, de modo que con Eleanor decidieron ser nada más que amigos. A veces, cuando la llevaba en taxi a su casa por la noche, se ponía demasiado cariñoso, pero Eleanor lo llamaba al orden y al día siguiente solía aparecer muy contrito con un ramo de flores o una gran caja de bombones.

Eveline tenía unos cuantos enamorados, escritores, dibujantes y gente por el estilo que jamás llevaban un céntimo y cuando se los invitaba a cenar arrasaban con toda la comida y la bebida. Uno de ellos, Freddy Sargeant, era un actor y productor que se había instalado en Chicago por cierto tiempo. Tenía amigos en la Shubert y su máxima ambición consistía en poner en escena una pantomima similar a *Sumurun*, de Max Reindhart, basada únicamente en leyendas mayas. Poseía una gran cantidad de fotos de ruinas mexicanas, y Eleanor y Eveline comenzaron a diseñar los trajes y la escenografía para el espectáculo. Esperaban conseguir que Tom Custis o los Paine Emerson pusieran el dinero para montarlo en Chicago.

El principal problema estribaba en la música. Un joven pianista que Tom Custis había enviado a estudiar a París comenzó a componerla, y en cierto momento incluso se presentó para tocarla. Le ofrecieron una tremenda fiesta en el estudio de las muchachas. Sally Emerson concurrió con un montón de gente elegante, pero Tom Custis se emborrachó tanto que no pudo escuchar una sola nota, y también se

emborrachó Amelia, la cocinera, y la comida se echó a perder, y Eveline le dijo al joven pianista que lo que había tocado parecía música de películas y el artista se fue hecho una furia. Cuando todo el mundo se hubo marchado, Freddy Sargeant, Eveline y Eleanor empezaron a pasearse por el estudio absolutamente deprimidos. Freddy se retorcía el pelo negro levemente canoso, anunciando que se iba a suicidar, y Evelin y Eleanor discutieron con violencia.

—Pero después de todo, ¿qué tiene de malo que parezca música de películas? —repetía Eveline.

Por fin Freddy Sargeant agarró su sombrero y se marchó diciendo:

—Las mujeres me están arruinando la vista.

Eveline se puso histérica, le dio un ataque de llanto y Eleanor tuvo que llamar al médico.

Al día siguiente reunieron cincuenta dólares para pagar a Freddy el viaje a Nueva York y Eveline se volvió a vivir a la casa de Drexel Boulevard, dejando a Eleanor sola con la empresa de decoración.

Cuando llegó la primavera las dos amigas vendieron a quinientos dólares unos candelabros que habían comprado por veinticinco en un almacén del West End; estaban firmando talones para cancelar las deudas más apremiantes cuando recibieron un telegrama.

ACABO FIRMAR CONTRATO CON LA SHUBERT PARA MONTAR
EL REGRESO DEL NATIVO PROONGO DISEÑÉIS VESTUARIO Y
DECORADOS CIENTO CINCUENTA CADA UNA POR SEMANA DE
TRABAJO VENID A NUEVA YORK DE INMEDIATO TELEGRAFIAD A
HOTEL DES ARTISTES CENTRAL PARK SOUTH FREDDY

—Eleanor, no podemos perder la oportunidad —dijo Eveline, dando furiosas chupadas al cigarrillo que acaba de sacar de su cartera—. Apenas tenemos tiempo, pero deberíamos viajar esta misma tarde.

—Es mediodía —dijo Eleanor con voz temblorosa.

Sin responderle, Eveline fue hasta el teléfono y llamó a la Pullman. Esa noche estaban viajando en un compartimento, mirando por la ventana las acerías de Indiana Harbor, las grandes fabricas de cemento que lanzaban al cielo un humo color masilla, el resplandor de los hornos de Gary disipándose entre las sombras invernales. Ninguna de las dos podía hablar.

EL OJO DE LA CÁMARA (19)

LA esposa del pastor metodista era una mujer alta y delgada que cantaba al piano cancioncitas con una voz aguda y nostálgica y había oído decir que te gustaban los libros y cultivar flores y hortalizas y estaba tan interesada porque en una época había sido episcopalista y amante de las cosas bellas y le habían publicado cuentos en una revista y era más joven que su esposo que era un hombre moreno y silencioso con la boca como una trampa para ratones y manchas de tabaco en la barbilla y ella llevaba vestidos blancos y ligeros y usaba perfume y hablaba con una voz de campana de que las cosas eran hermosas como los lirios y la luna brillaba como un globo a punto de explotar detrás del gran pino cuando paseábamos por la playa y a ti te pareció que debías rodeada con el brazo y besada el único problema era que no tenías ganas y de todos modos te hubiera faltado coraje caminando lentamente sobre la arena y las agujas de pino bajo la luna hinchada como una enorme gota de platino y ella hablaba con tristeza de las cosas que había anhelado y tú pensabas que era una pena

a ti te gustaban los libros y la *Decadencia y caída del Imperio Romano* de Gibbon y las novelas del capitán Marryat y querías navegar y conocer ciudades extrañas Carcassonne Marrakesh Isfahán y querías que las cosas fuesen hermosas y hubieras querido tener el coraje de abrazar y besar a Martha la chica de color que se decía era la hija medio india de Emma y a la pelirroja Mary le hubiera enseñado a andar si me hubiera atrevido noches de respiración contenida y luna llena pero Oh Dios sin ningún lirio.

NOTICIARIO XIV

BOMBARDIER FRENA AL AUSTRALIANO

el coronel sostiene que los demócratas han sumido a la nación en la catástrofe renunciaré cuando me muera se burla Huerta en sarcástico desafío y medio México morirá conmigo no se divisaban llamas pero el vasto penacho de humo negruzco que despedía el cráter alcanzaba un kilómetro y medio de altura y llovía ceniza volcánica sobre Macomber Flats a veinte kilómetros de distancia Nada de fichas de póquer: cáscara de huevo.

Dique abajo
En la vieja Alabama
Me esperan papá y mamá
Y Ephram y Sammy

HADAS BAILAN A LA LUZ DE LA LUNA EN LAS PRADERAS DE RAVINIA

WILSON PEDIRÁ CONSEJO A LOS EMPRESARIOS

admite que arrojó una bomba mujer policía le paga un trago al verlo perder dinero con la venta de trigo asesinado por robar

Los encontrarás a todos
Esperándote
Bajo la luna llena
y una síncopa de banjoes
Qué es lo que dicen
Qué es lo que cantan

reconociendo la letra de James el presidente agarró la granada y le quitó la espoleta. Una lluvia de pastillas doradas cayó sobre el escritorio; después, echando una mirada al papel, el Primer Mandatario leyó: «No comas demasiadas porque Mamá dice que te harán daño».

LOBO MARINO EN AGUAS MEXICANAS

Todos tararean
Bailan y carean
El barco Robert E. Lee
Se llevará el algodón

NUEVO IDILIO DE ISADORA DUNCAN

provocadores de la IWW interrumpieron esta tarde un acto en conmemoración del aniversario de Garibaldi llevado a cabo en Rosebank Staten Island, insultaron a la bandera italiana, aporrearon a los socios del Club Italiano de Tiro y hubieran cubierto de fango la bandera americana si

SEIS CHICAS QUE SE BAÑABAN DESNUDAS GOLPEAN A UN CURIOSO

buzos indios se sumergieron en busca del cuerpo del niño ahogado. Algunos de los testigos afirmaron haber visto una mujer entre el gentío. Fue herida de un ladrillazo. El hombre de gris se ocultó detrás de sus faldas para hacer fuego. La cubierta superior y los rincones poco frecuentados eran un paraíso de libertinos donde se abusaba de muchachas drogadas cuyas madres no deberían haberles permitido viajar solas en ese barco.

EL MEDIO OESTE PUEDE OTORGAR LA VICTORIA A WILSON O SIGNIFICAR SU RUINA

ENUMERAN LAS CAUSA DE INQUIETUD ENTRE LA CLASE OBRERA

«Soy un almirante suizo que acusa a América», y el policía lo metió en un taxi

Míralos pasar
Escucha cómo cantan
Es grandioso, compañero,
Esperar en el dique
Que llegue el
Robert
E.
Lee.

EL EMPERADOR DEL CARIBE

CUANDO Minar C. Keith murió todos los periódicos publicaron su fotografía: un hombre de ojos brillantes con nariz de águila, vientre respetable y una mirada de desasosiego.

Minar C. Keith, hijo de un hombre rico, nació en una familia que apreciaba el olor del dinero; eran capaces de oler dinero en cualquier punto del globo.

Su tío era Henry Meiggs, el Don Enrique de la Costa Oeste. Su padre tenía grandes empresas madereras y propiedades en Brooklyn;

el joven Keith era una astilla de ese palo.

(En el cuarenta y nueve Don Enrique había llegado a San Francisco con la fiebre del oro. No se lanzó a buscarlo en las colinas ni se murió de sed revolviendo el polvo de álcali de Death Valley. Él les vendía equipos a los demás. Se quedó en San Francisco y jugó a la política y a las altas finanzas hasta que se embarró demasiado y tuvo que embarcarse de apuro.

El barco lo llevó a Chile. En Chile olió dinero.

Era un capitalista yanqui. Construyó el ferrocarril de Santiago a Valparaíso. En las islas Chincha había depósitos de guano. Meiggs sintió que el guano olía a dinero. Con el guano hizo una fortuna, se convirtió en una potencia de la Costa Oeste, manejó cifras, ferrocarriles, ejércitos, la política de los caciques: todos eran para él fichas de una partida de póquer. Cuando la suerte le daba buenas cartas, acumulaba dólares.

Financió los increíbles ferrocarriles de los Andes).

Cuando Tomás Guardia llegó a ser dictador de Costa Rica, le escribió a Don Enrique para pedirle que le construyera un ferrocarril;

Meiggs estaba trabajando en los Andes, pero un contrato de 75.000 dólares valía la pena,

así que mandó llamar a su sobrino Minar Keith.

Donde pisaba esta familia no crecía la hierba.

A los dieciséis años Minar Keith vendía cuellos y corbatas por su cuenta en una sastrería.

Después de eso fue capataz de un aserradero y propietario de otro.

Cuando su papáito compró Padre Island, cerca de Corpus Christi, Texas, mandó a Minar a explotar la zona.

En Padre Island, Minar se dedicó a la ganadería y a la pesca, pero con eso no se hacía dinero suficientemente rápido, de modo que compró cerdos y los alimentó con carne de novillos y pescado, pero los cerdos no daban dinero fácil, así que cuando lo enviaron a Limón se alegró.

Limón era uno de los peores focos de peste del Caribe, hasta los nativos se morían de malaria, fiebre amarilla, disentería.

Keith subió hasta Nueva Orleans en el vapor *John G. Meiggs* a contratar mano de obra para la construcción del ferrocarril. Ofreció un dólar por día además de la comida y contrató setecientos hombres. Algunos habían sido filibusteros en las épocas de William Walker.

Sólo sobrevivieron veinticinco.

Los esqueletos húmedos de whisky de los demás se pudrieron en los pantanos.

En un segundo viaje se llevó mil quinientos. Murieron todos, para demostrar quizá que sólo los negros de Jamaica eran capaces de vivir en Limón. Minar Keith no murió.

En 1882 había instalados treinta kilómetros de ferrocarril y Keith debía un millón de dólares;

el ferrocarril no tenía nada que transportar.

Keith hizo plantar plátanos para que el ferrocarril tuviera algo que transportar; para comercializar los plátanos tuvo que meterse en el negocio del transporte;

así empezó el comercio de frutas del Caribe.

Ni un momento los trabajadores dejaban de morirse de malaria, fiebre amarilla y disentería.

Hasta los tres hermanos de Minar Keith murieron.

Pero Minar Keith no murió.

Él construyó ferrocarriles, abrió tiendas de ultramarinos en Bluefields, Belice, Limón, compró y vendió caucho, vainilla, carey, zarzaparrilla, compraba todo lo que costara poco y vendía todo lo que pudiese cobrar caro.

En 1898, en colaboración con la Boston Fruit Company, fundó la United Fruit Company, que desde entonces pasó a ser uno de los consorcios industriales más poderosos del mundo.

En 1912 incorporó a su emporio el Ferrocarril Internacional de Centroamérica; todo empezó con los plátanos;

en Europa y Estados Unidos la gente había empezado a comerlos, de modo que talaron las selvas de Centroamérica para plantar más y construyeron ferrocarriles para

transportarlos, y todos los años más y más barcos de la Gran Flota Blanca partían hacia el norte cargados de plátanos

y ésta es la historia del imperio americano del Caribe y del Canal de Panamá y del futuro Canal de Nicaragua y de los marines y los destructores y las bayonetas.

¿A qué se debe esa mirada de desasosiego que muestra la fotografía de Minar C. Keith, pionero del comercio de frutas y constructor de ferrocarriles, publicada por todos los periódicos el día de su muerte?

EL OJO DE LA CÁMARA (20)

CUANDO los tranviarios fueron a la huelga en Lawrence en solidaridad con no sé qué carajo eran un montón de italianos húngaros y zarrapastrosos que no se lavaban el cuello comían ajos tenían críos que lloraban todo el día y mujeres gordas y grasiencias los malditos italianos pusieron un anuncio pidiendo voluntarios fuertes jóvenes y bien vestidos

para patrullar las calles y demostrarles a esos agitadores extranjeros que todavía hay blancos con cojones

bueno el tipo este vivía en Matthews y siempre había querido ser conductor de tranvías se decía que míster Grover había conducido tranvías en Albany y bebía y siempre se lo veía con preciosuras

bueno el tipo este vivía en Matthews y fue a Lawrence con su compinche y allí se presentaron para trabajar y la gente les gritaba esquiroles pero los que no eran italianos eran unos pobres desgraciados un elemento muy bajo se querían mucho el tipo este y su compinche y al fin subió al tranvía hizo girar la manivela de bronce y sonar la campana

eso fue en la estación su compinche estaba arreglando algo en los parachoques y el tipo este hizo girar la manivela de bronce brillante y el tranvía arrancó y le pasó a su compinche por encima le hizo papilla la cabeza lo mató allí mismo en la estación y ahora el tipo tendrá que darle la noticia a la familia de su amigo

J. WARD MOOREHOUSE

EN Pittsburgh, Ward Moorehouse consiguió un puesto de redactor en el *Times Dispatch* y se pasó seis meses escribiendo acerca de bodas entre italianos, convenciones sobre la caza del alce, muertes tenebrosas, asesinatos y suicidios de lituanos, albanos, croatas y polacos, las dificultades de los trabajadores griegos de hostelería para obtener sus papeles de nacionalización y las cenas de la Sociedad de Hijos de Italia. Vivía en una gran casa de madera rojiza situada en la parte más baja de HigWand Avenue que regentaba una tal mistress Cook, una vieja irritable nacida en Belfast que se había visto obligada a tomar huéspedes desde que su esposo, capataz en una de las plantas de la Homestead, había sido aplastado por un fardo desprendido de una grúa. A Ward le preparaba los desayunos y los almuerzos de los domingos y mientras comía, solos los dos en el comedor pestilente y atestado de muebles, se quedaba parada al lado de él y le hablaba de su juventud en el norte de Irlanda, de las traiciones perpetradas por los papistas y del difunto míster Cook.

Eran días sombríos para Ward. En Pittsburgh, en lugar de amigos, tenía resfriados y anginas que le duraron todo el invierno. Odiaba el despacho del periódico y los peligrosos escalones de madera que debía utilizar constantemente y el olor a miseria, coliflor, criaturas y colada de esas casas destortaladas donde indefectiblemente le tocaba entrevistar a la señora Piretti, cuyo marido había muerto en una riña en un café de Locust Street, o a Sam Burkovich, que había sido elegido presidente de la sociedad coral ucraniana, o a una mujer de manos enjabonadas cuya hijita había sido violada por un pervertido. Nunca volvía a su casa antes de las tres o cuatro de la madrugada y, como desayunaba hacia el mediodía, apenas le quedaba tiempo libre antes de llamar al periódico para recibir órdenes y retornar al trajín.

Al llegar a Pittsburgh había ido a ver a míster Mc Gill, el hombre que Jarvis Oppenheimer le presentara en París. Míster Mc Gill se había acordado de él y había apuntado su dirección, recomendándole que se mantuviera en contacto porque esperaba encontrarle algo en la nueva oficina de informaciones que estaba organizando la Cámara de Comercio, pero al cabo de varias semanas Ward no había recibido noticias de él. Sí le llegó, por el contrario, una lacónica carta de Annabelle llena de vocablos legales: pensaba divorciarse de él aduciendo incumplimiento de los compromisos matrimoniales, abandono y maltrato. Todo lo que Ward debía hacer era negarse a viajar a Filadelfia cuando pusieran a su disposición los papeles. El perfume que destilaba el papel azul le despertó una vaga añoranza de deseo. Pero tenía que mantenerse limpio y pensar en su carrera.

Lo peor de la semana era el día libre. A veces lo pasaba tumbado en la cama, demasiado deprimido como para enfrentarse con la pátina sucia de las calles.

Realizaba cursos por correspondencia de periodismo y publicidad, y hasta uno sobre el cuidado de árboles frutales, acosado siempre por el impulso de abandonarlo todo, marcharse al Oeste y encontrar trabajo en una granja o algo parecido; pero, demasiado cansado para estudiar, veía cómo los cuadernillos se iban apilando, semana tras semana, sobre la mesa de su cuarto. No parecía existir nada capaz de conducirlo a alguna parte. Repasaba una y otra vez el camino recorrido desde el día aquel en que había partido de Wilmington para dirigirse a Ocean City. No lograba descubrir en qué momento había cometido el error fatal. Entonces se ponía a hacer solitarios, pero ni siquiera en eso se concentraba. Las cartas se le desdibujaban y permanecía sentado, los codos sobre la mesa cubierta por un oscuro paño de terciopelo pardo, dejando vagar la mirada entre el tiesto de polvorientos helechos artificiales, forrado de papel, la desvencijada, sucia y rosada caja de bombones, y la calle amplia en cuya curva chirriaban todo el día los tranvías y a la cual los faroles, al encenderse bajo la niebla del ocaso, bañaban de un resplandor trémulo de hielo ennegrecido en las aceras. Pensaba mucho en los lejanos días de Wilmington, en Marie O'Higgins y sus clases de piano y en las excursiones de pesca en el Delaware cuando era niño; se ponía tan nervioso que no le quedaba más remedio que salir y llegar hasta la chocolatería de la esquina a beber un chocolate caliente, para después ir al centro a ver una película o una comedia. Se acostumbró a fumar tres cigarros al día, uno después de cada comida. Por lo menos eso constituía una confusa forma de la esperanza.

Una o dos veces se presentó en la oficina que míster Mc Gill tenía en el edificio Frick. El hombre siempre estaba en viaje de negocios. Ward, remiso a marcharse, conversaba un rato con la recepcionista y alegaba: «Oh, ya recuerdo que me dijo que se iría de viaje» o «Debe haber olvidado la cita», expresiones estas que apenas lograban disimular su embarazo. Le resultaba odioso abandonar ese vestíbulo fastuosamente iluminado, los grandes sillones de caoba lustrada con cabezas de leones en los brazos, las mesas de patas como garras, el golpeteo de las máquinas de escribir en los despachos contiguos, el estruendo de los teléfonos y el movimiento de empleados impeccablesmente vestidos. En las oficinas del periódico sólo había un rechinar de prensas, ácido olor a tinta de imprenta, rollos húmedos de papel y muchachitos que corrían de un lado a otro con un rictus de fastidio. Y era horrendo no tener la oportunidad de conocer gente interesante, estar condenado a trabajar con extranjeros y delincuentes.

Un día de primavera lo enviaron al Schenley a entrevistar a un conferenciante que se hallaba de paso por la ciudad. Estaba contento porque planeaba presentarle al jefe de redacción un artículo de primer orden. Iba abriendose paso por el hall atestado de asistentes a una convención estatal de políticos cuando de repente se cruzó con míster Mc Gill.

—Ah, Moorehouse, ¿cómo está? —dijo Mc Gill con la naturalidad de un hombre que ve a otro todos los días—. Me alegro de haberlo encontrado. Esos imbéciles de

mi oficina perdieron su dirección. ¿Tiene un momento?

—Claro que sí, míster Mc Gill —dijo Ward—. Tengo una cita con cierta persona, pero puede esperar.

—Nunca haga esperar a nadie si ha acordado una cita —recomendó Mc Gill.

—Bueno, es que no se trata de una cita de negocios —dijo Ward, derramando sobre míster Mc Gill su azulada sonrisa de niño—. A esta persona no le importará esperar un par de minutos.

Entraron al salón de lectura y se sentaron en un sofá tapizado. Míster Mc Gill explicó que acababa de ser nombrado gerente general provisional para la reorganización de la Compañía Bessemer de Artículos y Equipamientos Metálicos, que comercializaba buena parte de lo producido en las plantas de la Homestead. Y precisaba un joven ambicioso y energético que se encargara de la publicidad y la promoción.

—Recordé aquel folleto que me enseñó en París, Moorehouse, y decidí que usted era el indicado.

Ward bajó la mirada.

—Claro que eso significaría abandonar mi trabajo actual...

—¿A qué se dedica?

—Trabajo en un periódico.

—Oh, déjelo, en eso no hay futuro... Debido a ciertas razones en las que no abundaré ahora, nos vimos obligados a nombrar ya un gerente publicitario... Pero le prometo que el verdadero jefe será usted. ¿Qué aspiraciones económicas tiene?

Ward miró a míster Mc Gill a los ojos y se le congeló la sangre en los oídos cuando oyó que su propia voz preguntaba del modo más suelto:

—¿Le parece bien cien dólares a la semana?

Míster Mc Gill se acarició el bigote y sonrió.

—Bien, ya volveremos a hablar del tema —dijo, poniéndose de pie—. Estoy en condiciones de aconsejarle seriamente que deje su trabajo actual... Hablaré del asunto con míster Bateman..., para hacerle comprender por qué tendrá más poder de decisión que él... No quiero que su irrupción provoque ninguna clase de resentimiento... El resentimiento es algo que no me gusta... Venga a verme mañana a las diez. Supongo que ya conoce mi despacho del edificio Frick.

—Creo que tengo algunas ideas valiosas en el campo publicitario, míster Mc Gill. En realidad es el campo profesional que más me interesa —dijo Ward.

Míster Mc Gill ya no lo miraba. Se limitó a asentir y salió.

Ward fue a entrevistar al conferenciente, temeroso de alegrarse demasiado pronto.

El día siguiente fue el último que pasó en la redacción de un periódico. Aceptó un sueldo de setenta y cinco con la promesa de un aumento tan pronto como los beneficios lo permitieran, alquiló una habitación con baño en el Schenley y le concedieron un despacho en el edificio Frick, a compartir con un hombre joven llamado Oliver Taylor, sobrino de uno de los directores y una de las promesas de la

organización. Oliver Taylor era un gran jugador de tenis, pertenecía a todos los clubs posibles y estaba siempre encantado de dejarle a Ward la mayor parte del trabajo. Cuando descubrió que Moorehouse había estado en el extranjero y llevaba trajes hechos en Inglaterra, lo hizo socio del Sewickley Country Club y empezó a invitarlo a tomar un trago con él a la salida de la oficina. Poco a poco Moorehouse fue conociendo gente y obteniendo el título de soltero a tener en cuenta. Contrató un instructor que le enseñó a jugar al golf en un pequeño campo cerca de Allegheny, donde era imposible encontrarse con nadie conocido. Una vez que dominó los rudimentos del juego, se decidió a probar suerte en el Sewickley.

Un domingo por la tarde Oliver Taylor fue al club con él y le mostró todos los grandes ejecutivos de las fábricas de acero y los magnates de la industria minera y del petróleo que se paseaban por los links, haciendo sobre cada uno observaciones obscenas de las que Ward se reía aunque le parecieran de mal gusto. Era una tarde radiante de mayo. Ward estaba embriagado por el perfume de algarrobos que acarreaba la brisa desde las tierras feraces de Ohio, el ruido muelle de las pelotas de golf y el revoloteo de los trajes de colores alrededor del edificio del club, las risas intermitentes y el fraseo de barítono de las voces confiadas de los ejecutivos, todo envuelto en un viento bailoteante que rezumaba una fragancia de humo tostado. Era difícil ocultar lo feliz que se sentía a los ojos de los hombres que le presentaban.

El resto del tiempo no hacía otra cosa que trabajar. Consiguió que su mecanógrafa, miss Rodgers, una solterona de cara chata que conocía a fondo el ramo del metal por haber trabajado quince años en diversos despachos de Pittsburgh, le proporcionara manuales industriales que él leía por las noches en el hotel; de modo que en las reuniones de ejecutivos empezó a dejar atónitos a sus colegas con sus conocimientos de los procesos y productos industriales. Tenía la cabeza llena de barrenas, hoces, mazos, bastidores, hachas, fraguas y llaves inglesas. Llegó incluso a aprovechar la hora del almuerzo para entrar en las ferreterías y, con el pretexto de comprar algunos clavos o tachuelas, hacer a los dependientes toda clase de preguntas. Leyó *Crowds Junior* y varios libros de psicología, intentó ponerse en la piel de un distribuidor de artículos de ferretería o del propietario de la Hammacher Schlemmer o cualquier otro gran almacén de la especialidad y terminó confundido ante el espectro de la literatura supuestamente motivadora. Por la mañana, mientras se afeitaba bajo la ducha, veía desfilar largas procesiones de rejillas, accesorios para hornos, bombas, molinillos, taladros, calibradores, tornillos, vaciadores y picaportes, y cavilaba sobre la mejor manera de conseguir que fuesen más competitivos. Se afeitaba con una Gillette; ¿por qué se afeitaba con una Gillette y no con otra hoja? «Bessemer» no era un mal nombre: olía a dinero, a enormes maquinarias y a gerentes descendiendo de limusinas. El objetivo debería ser entonces interesar al ferretero, lograr que se sintiera parte de algo prometedor e indestructible, razonaba mientras se hacía el nudo de la corbata. «Bessemer», se repetía durante el desayuno. ¿Qué les hace falta a nuestros dedales para ser más atractivos que los demás?, seguía interrogándose en el tranvía.

Apretujado entre la arreada muchedumbre que iba al trabajo, los ojos fijos y perdidos en los titulares del periódico, le relampagueaban en la cabeza imágenes de anclas y cadenas, de tuberías y fusiones y casquillos y brazos modulares y cañones y boquillas. «Bessemer».

Cuando pidió un aumento, se lo concedieron: 125 dólares a la semana.

En una fiesta del Country Club conoció una rubia que bailaba muy bien. Se llamaba Gertrude Staple y era hija única de Horace Staple, director de varias compañías y dueño de buena parte del paquete de acciones de la Standard Oil. Gertrude estaba comprometida con Oliver Taylor, pero cuando se sentaron a conversar entre dos piezas le confesó a Ward que cada vez que veía a su novio no hacían más que pelearse. Ward, enfundado en un traje que le caía a la perfección, parecía mucho más joven que cualquiera de los otros hombres. Habló de París; ella le dijo que se aburría a muerte y que preferiría vivir en None, Alaska, antes que en Pittsburgh. Le fascinó saber que él conocía París y oído hablar del Tour d'Argent, del Hotel Wagram y del Ritz, y a Ward le dio rabia no tener coche, porque a esas alturas estaba claro que a ella no le hubiera importado en absoluto que él se ofreciera a acompañarla a su casa. Al día siguiente le envió un ramo de flores con una divertida nota en francés. y el sábado por la tarde concurrió a una escuela de conductores a tomar lecciones y pasó por la agencia Stutz para averiguar bajo qué condiciones podía comprar un descapotable.

Cierto día Oliver Taylor entró al despacho con una sonrisa extraña estampada en el rostro y dijo:

—Ward, Gertrude está chiflada contigo. No habla de otra cosa... Adelante, a mí me importa un comino. Me cuesta demasiados problemas. En media hora me tiene aburrido.

—A lo mejor es porque no me conoce bien —dijo Ward sonrojándose apenas.

—Lástima que el viejo la quiera casar con un millonario. Para pasarlo bien tendrías que conseguirte otra amante más.

—No tengo tiempo para tonterías —repuso Ward.

—A mí es ella la que no me da respiro —dijo Taylor—. Bueno, hasta la vista... Ocúpate tú de todo; yo tengo que comer con una preciosidad de chica... Es tierna como un bebé y baila en el Red Mill, primera fila, tercera desde la izquierda —guiñó un ojo, le dio a Ward una palmadita en el hombro y se escurrió.

Cuando a Ward le tocó nuevamente llamar a la puerta de la arbolada mansión de los Staple, acudió en un Stutz rojo que había sacado a prueba. Lo conducía aceptablemente, si bien tomó a demasiada velocidad la curva del sendero que llevaba a la casa y aplastó unos cuantos tulipanes. Gertrude lo estaba espiando por la ventana de la biblioteca y se burló. Él aceptó que era un conductor lamentable, que siempre lo había sido y jamás mejoraría. Ella le sirvió el té y un cóctel y durante toda la charla él no dejó de debatirse entre si debía o no hablarle de su divorcio. Por fin desplegó el relato de su desgraciada experiencia con Annabelle Strang. Ella se mostró muy

comprensiva. Al doctor Strang lo conocía.

—Pensé que eras un arribista... De limpiabotas a presidente, te das cuenta, esa clase de historia.

—Pero si eso es lo que soy —contestó él, y se rieron, y quedó claro que ella estaba enamoradísima.

Esa misma noche se encontraron en una fiesta y se deslizaron hasta una terraza vaporosa de orquídeas y él le dijo que se parecía a una flor de pétalos amarillos y pálidos y la besó. Después del incidente aprovecharon la menor oportunidad para escaparse juntos. Ella tenía una manera de abandonarse en sus brazos durante cada beso que acabó por convencer a Ward de que estaba loca por él. Cuando después de esas sesiones volvía a su casa, los nervios le quitaban el sueño y se ponía a recorrer su cuarto, desesperado por una mujer que le calentara la cama y maldiciéndose. Por lo general la cosa terminaba con una ducha y el consiguiente sermón: debía ocuparse de su trabajo, no preocuparse por asuntos de faldas y, menos aún, permitir que una mujer le comiera la voluntad de esa forma. Las calles de los barrios bajos estaban llenas de prostitutas, pero le daba miedo contagiarse una enfermedad o dar pie a algún chantaje. Entonces, una noche, después de una fiesta, Taylor lo llevó a una casa de absoluta confianza donde le tocó en suerte una polaquita morena que no podía tener más de dieciocho años; sin embargo, no volvió muchas veces porque la diversión costaba cincuenta dólares y él se ponía nervioso de sólo pensar que un día llegaría la policía y tendría que pagar un montón de dinero para evitar escándalos.

Un domingo por la tarde Gertrude le contó que su madre la había reprendido por hacerse ver tanto con un hombre que tenía una esposa en Filadelfia. Precisamente la mañana anterior había llegado la sentencia definitiva de divorcio. Ward estaba de buen humor y le propuso a la muchacha que se casaran. Se encontraban en un recital de órgano del Instituto Carnegie, sitio ideal porque la entrada era libre y no había peligro de que los sorprendiera ninguna notabilidad. «Ven al Schenley y te enseñaré el documento». El concierto ya había empezado. Ella sacudió la cabeza, pero le acarició la mano, que descansaba sobre la felpa del asiento, cerca de su rodilla. Salieron en la mitad. La música les había puesto los nervios de punta. Gertrude parecía triste y desanimada. Dijo que estaba mal de salud y que sus padres jamás consentirían que se casase con un hombre mucho menos pudiente que ella y que ojalá hubiera sido una simple secretaria o una telefonista dueña de sus decisiones y que lo amaba y lo amaría siempre y que tantos problemas la llevarían a refugiarse en el alcohol o las drogas o cualquier otro vicio porque la vida era insopportable.

Ward se mostró muy frío, apretó las mandíbulas y declaró que en realidad advertía que significaba muy poco para ella y que, en cuanto a él, consideraba que todo estaba terminado y que en cualquier caso podían seguir considerándose buenos amigos. La llevó hasta Highland Avenue en el Stutz que todavía no había pagado, le enseñó la casa donde había vivido al llegar a Pittsburgh, habló del proyecto de marcharse al Oeste para establecer una empresa de publicidad por cuenta propia y

finalmente la dejó en la casa de una amiga, por donde su chófer debía pasar a recogerla a las seis.

Volvió al Schenley, se hizo subir al cuarto una taza de café, masticó su amargura y se puso a trabajar en una campaña que estaba proyectando, mientras se repetía entre dientes: «Al diablo con esa puta».

Durante los meses siguientes no se preocupó mucho por Gertrude porque en la Homestead se produjo una huelga y la guardia minera mató a varios huelguistas y ciertos escritores sensibleros de Nueva York y Chicago inundaron la prensa de artículos tronando contra la industria siderúrgica y las condiciones feudales imperantes en Pittsburgh —así las llamaban—, y en el Congreso los progresistas armaron gran revuelo y empezó a rumorearse que determinados sujetos interesados en obtener beneficios políticos reclamaban una investigación constitucional. Míster Mc Gill y Ward mantuvieron a solas una cena en el Schenley a fin de considerar la situación, ocasión que aprovechó este último para proclamar que lo que hacía falta era un enfoque que diera una imagen publicitaria de la industria totalmente nueva. Era el mundo de la empresa el que, mediante una cuidadosa propaganda planificada a años vista, debía cargar con la responsabilidad de educar al público. Míster Mc Gill quedó impactado por el punto de vista y prometió que hablaría con los directivos sobre la factibilidad de un buró conjunto de informaciones que coordinara la imagen de toda la industria. Ward manifestó que, según su opinión, a la cabeza de tal organismo debería estar él, ya que por algo había sacrificado tanto tiempo por la Bessemer, esfuerzo que hasta el momento había pasado inadvertido bajo la apariencia de una simple tarea rutinaria. Mencionó la posibilidad de establecer una agencia publicitaria propia en Chicago. Míster Mc Gill sonrió, se acarició el bigote y reaccionó: «Tranquilo, muchacho. Quédese aquí un tiempo más y le doy mi palabra de honor de que no se arrepentirá». A lo cual Ward respondió que eso esperaba, porque ¿qué había conseguido después de cinco años en Pittsburgh?

El buró de informaciones fue creado y Ward nombrado responsable con un sueldo de diez mil dólares anuales; con el dinero que le sobraba se metió en inversiones de Bolsa, pero el hecho era que seguía teniendo por encima hombres que ganaban más y no hacían nada, y eso lo ponía furioso. Estaba convencido de que debía casarse y fundar una empresa particular. Poseía numerosos contactos en las industrias de la fundición, el acero y el petróleo, y suponía que podía aprovecharlos. Pero ofrecer cenas en el Fort Pitt o el Schenley resultaba caro y no muy productivo.

Una mañana abrió el periódico y se enteró de que Horace Staple había muerto de angina de pecho en el ascensor del edificio Carnegie y que Gertrude y su madre se hallaban recluidas en su residencia de Sewickley. A pesar de que se le hacía tarde para llegar al despacho, inmediatamente se sentó a escribir la siguiente nota:

MI ESTIMADÍSIMA GERTRUDE:

Permíteme recordarte, en estos momentos de intenso dolor, que jamás he

dejado de pensar en ti. Si puedo ser útil de algún modo, no dudes en comunicármelo al instante. Frente al valle de sombras de la muerte debemos comprender que el Gran Hacedor a quien debemos todo el amor, las riquezas y el afecto que nos inundan en torno al hogar jocundo, es también el Gran Segador...

Después de contemplar las palabras mientras mordía el extremo del portaplumas, decidió que eso del Gran Segador era un poco exagerado; reescribió la nota quitándole la última oración, firmó «Tu fiel Ward» y la envió a Sewickley con un mensajero especial.

Al mediodía estaba por salir a comer cuando el chico de la oficina le dijo que una señora lo llamaba por teléfono. Era Gertrude. Le temblaba la voz pero no daba la impresión de estar deshecha. Le rogó que esa misma noche la llevara a cenar a algún lugar desconocido porque el ambiente de la casa la estaba poniendo histérica y si oía una sola condolencia más se volvería loca. Él le dijo que lo esperara en el vestíbulo del Fort Pitt; de allí la llevaría a algún sitio pequeño donde se pudiera hablar con tranquilidad.

Esa noche soplaban un viento gélido. Todo el día el cielo había sido barrido por nubes del color de la tinta que avanzaban desde el noroeste. Ella estaba tan envuelta en pieles que al principio no la reconoció. Vio cómo le tendía la mano y le decía sin perder tiempo: «Vámonos de aquí». Le dijo que conocía una fonda pequeña en el camino a Mc Keesport, pero que tal vez hiciera demasiado frío para ella en el coche descapotado. «Oh, vamos; hazme... Adoro la nieve». Cuando subió al coche, preguntó:

—¿Te alegra ver a tu viejo amor, Ward?

—Por Dios, Gertrude, claro que sí —respondió él—. ¿Y a ti?

Entonces él empezó a murmurar algo con respecto a su padre, pero ella lo interrumpió:

—No hablemos de eso, por favor.

Por el valle de Nonongahela el viento aullaba constantemente a sus espaldas, arrastrando de vez en cuando ráfagas restallantes de nieve. Contra un cielo bajo y como de lana que reverberaba con el resplandor del metal al rojo, los tizones, los arcos blancos de la luz y los faros de las locomotoras, se recortaban los hornos de Bessemer y las largas hileras de chimeneas de un negro profundo. En un paso a nivel estuvieron a punto de estrellarse contra un vagón de carbón. En el mismo instante en que él clavó los frenos, ella le aferró el brazo.

—Faltó poco... —dijo él apretando los dientes.

—No me importa. Esta noche no me importa nada —dijo ella.

Ward tuvo que bajarse del coche para ponerlo en marcha con la manivela, porque el motor se había atascado.

—No pasaría nada si no hiciera un frío asesino —dijo. Cuando volvió a sentarse

al volante ella le dio un beso en la mejilla.

—¿Todavía tienes ganas de casarte conmigo? Te amo, Ward. El motor rugió y él se volvió para besada en la boca con la misma violencia con que había besado a Annabelle aquella tarde en el bungalow de Ocean City.

—Por supuesto que sí, cariño.

La fonda era propiedad de una familia francesa, y Ward empleó su francés para pedirles pollo a la cazuela, vino tinto y un par de cacaos con whisky para entrar en calor mientras esperaban. Estaban solos, de modo que pudieron elegir una mesa cerca de la chimenea, al fondo de un comedor rosa y amarillo donde, bajo una luz mortecina, se alineaban los fantasmas de las mesas vacías y las ventanas cubiertas de nieve. Durante la cena le confió a Gertrude su proyecto de crear una agencia propia y declaró que, con sólo encontrar un socio dispuesto a trabajar, estaba convencido de poder convertirla en la más importante del país, sobre todo si lograba explotar bien su revolucionario enfoque de las relaciones entre capital y trabajo.

—Bien, supongo que cuando estemos casados yo podré ayudarte con una parte del capital y algunos consejos —dijo ella, con las mejillas encendidas y los ojos chispeantes.

—No lo dudo, Gertrude.

Durante la cena ella bebió mucho y después pidió más whiskis calientes, y él la besó varias veces y le acarició las piernas. A ella no parecía importarle lo que hiciera: se dejaba besar delante de la dueña de la fonda. Cuando salieron para subir al coche soplaba un viento de ochenta kilómetros por hora, la nieve había cubierto por completo la carretera y Ward dijo que conducir hasta Pittsburgh en una noche así era un suicidio; la dueña de la fonda dijo que ya les había preparado una habitación y que era una locura que monsieur y madame regresaran a la ciudad porque el viento no los dejaría en paz en todo el viaje. En ese instante Gertrude sufrió un ataque de pánico y proclamó que antes que quedarse prefería que la mataran. Sin embargo, repentinamente se refugió en los brazos de Ward y rompió en un llanto histérico:

—Quiero quedarme, sí que quiero quedarme, te amo tanto...

Telefonearon a la residencia Staple y hablaron con la enfermera de noche, quien explicó que mistress Staple había tomado un sedante y ahora dormía tan tranquilamente como una niña; Gertrude le pidió que cuando su madre se despertara le dijeran que ella se había quedado a pasar la noche en casa de su amiga Jane English y que regresaría por la mañana, tan pronto como amainase la nevada. Después llamó a Jane English y le dijo que estaba destrozada por el dolor y que había alquilado una habitación en el Fort Pitt para que no la molestaran; le rogó que, en caso de que llamara su madre, le comunicaran que estaba durmiendo. Por último llamaron al Fort Pitt y reservaron una habitación a nombre de Gertrude Staple. Después subieron a dormir. Ward estaba contentísimo y decidió que la amaba con todo su corazón, y en cuanto a ella, daba la impresión de que no era la primera vez que hacía algo parecido, porque apenas cerraron la puerta, advirtió:

—Tendremos que evitar que esto nos cueste una boda apresurada, ¿verdad, querido?

Seis meses más tarde estaban casados, y Ward renunciaba a su puesto en el buró de informaciones. Después de un golpe de suerte en la Bolsa, resolvió tomarse un año entero para pasar la luna de miel en Europa. Resultó que la fortuna íntegra de míster Staple había pasado en calidad de custodia a manos de su esposa y que Gertrude sólo disfrutaría de una asignación de quince mil dólares anuales hasta que muriera su madre; de todos modos, iban a encontrarse con la viuda en Carlsbad e imaginaban que allí podrían sacarle algo de dinero para la agencia de publicidad. Zarparon para Plymouth en la suite nupcial del *Deutschland* y tuvieron una travesía excelente: Ward se mareó una sola vez.

EL OJO DE LA CÁMARA (21)

AQUEL agosto no cayó ni una gota y en julio apenas había llovido la plantación se hallaba en un estado lamentable y en todo el norte de la península de Virginia era inútil cultivar cereales para forraje porque las hojas inferiores se marchitaban y se doblaban en las puntas sólo se pudieron recoger tomates

cuando los de la granja no empleaban a *Rattler* lo montabas tú (era un alazán capado de tres años que andaba a tumbos) y cabalgabas por los bosques de pino blanco y los caminos de arena incendiados de campanillas y los pantanos resecos y surcados de grietas como la piel de los cocodrilos

más allá de la casa de los Morris que tenían unos hijos chupados sucios y marrones

y a lo largo de la ribera más arriba de Harmony Hall donde Sydnor un tipo descalzo de casi dos metros con la cara alargada y una verruga en la nariz enorme estaría yendo de un lado a otro sin saber qué hacer por culpa de la sequía con la mujer enferma y a punto de parir y los niños con tos ferina y los vientres hinchados

hasta Sandy Pint y vuelta por entre los pinos

y miss Emily estaría espiando por sobre la verja junto al mirto florido (miss Emily siempre llevaba un sombrero de ala y tenía flores y un par de pollos para vender y por sus venas corría la sangre más noble del Sur se escribe Tancheford pero nosotros lo pronunciamos Tofford si por lo menos a los muchachos les gustara menos la bebida y en vez de pasarse el día en la costa esperando el whisky de Maryland se dedicaran a pescar en vez de emborracharse hasta quedar ciegos y volver con las redes cortadas o sin redes miss Emily también pegaba un trago de vez en cuando pero siempre le ponía buena cara a las cosas siempre atrás de la verja junto al mirto florido saludando a la gente que pasaba por el camino)

después hacia abajo a Lynch's Pint donde vivía el viejo Bowie Franklin (tampoco le iba bien a Bowie Franklin parecía un gallo agallinado con el cuello flaco y el paso de herniado no podía trabajar y le faltaba dinero para comprar alcohol lo único que hacía era dar de comer a sus gallinas grises que no valían demasiado y se parecían a Bowie y darse una vueltecita por el muelle y a veces cuando el barco atracaba o había algún pescador con tortícolis porque el viento no era chiste en la bahía alguien le ofrecía un traguito de whisky y se pasaba el resto del día durmiendo la mona)

el sudor de *Rattler* apestaba porque lo alimentaban con maíz por más calor que hiciera y la silla largaba un olor asqueroso y se le pegaban los tábanos a los flancos y se hacía hora de cenar y volvías a casa al trote odiando esa maldita tierra exhausta y la sequía que estropeaba el jardín las moscas y los saltamontes los nísperos como fantasmas cubiertos de polvo por el camino y la playa en forma de hoz con las

anémonas que te picaban cuando querías nadar y los fragmentos de conversación sobre lo que pasaba en La Haya o Varsovia o Petakone y el teléfono de la cabaña que sonaba cada vez que la esposa de un granjero levantaba el auricular para hablar con la esposa de otro granjero y los clics se podían oír en cualquier punto de la línea

y la tierra entre los ríos estaba reseca por las plantaciones de tabaco desde las épocas de Walter Raleigh y el capitán John Smith Pocahontas pero ¿cómo había sido antes de la guerra que había marchitado a hombres y mujeres?

y yo montaba a *Rattler* el alazán capado de tres años que tropezaba tanto y odiaba la roca que yacía bajo las tierras blandas y los fondos barrocos y los pinos murmurantes y los eucaliptos inútiles y los placamineros y las zarzas

lo único que te gustaba era la bahía con su centelleo hasta el horizonte y el viento del sudeste que todas las tardes te aliviaba y las velas blancas de los balandros

NOTICIARIO XV

SE apagan las luces al tocar *Hogar, dulce hogar* en honor a los patrones afirma una mujer que los bajos salarios provocan malestar

Hay en el corazón de Maryland
Una chica que me pertenece

SI VA A HABER GUERRA, QUE SEA GRANDE

la modelo que causa sensación en los hipódromos parisinos se supera todos los días a sí misma en lo tocante a novedades. Es capaz de vestir el traje más atrevido sin perder su increíble sangre fría. La palabra exacta para definida es volubilidad

Tres oficiales alemanes que pasaron cerca de allí fueron prácticamente atropellados por una muchedumbre entusiasta que insistía en estrecharles las manos

UNA JOVEN PISA UNA CERILLA; SE LE INCENDIA EL VESTIDO Y MUERE

Y Maryland se convirtió
En una tierra mágica
Cuando me dijo que sería mía

DISPAROS EN EL DANUBIO MARCAN EL INICIO DE LAS ACCIONES

yo tal como toda mujer sensata estoy en contra de la pena capital. Me asquea la sola idea de que una mujer pueda asistir a una ejecución. El que un Estado tenga que recurrir al asesinato no habla en su favor

EL ZAR PIERDE LA PACIENCIA FRENTE A AUSTRIA

el pánico rige el éxodo de Carlsbad la desaparición de un alcalde da pie al descubrimiento de una larga serie de asesinatos ropa interior diminuta para toda hora vestidos que bajo ningún punto de vista pueden asociarse con lo corriente ¿cómo serán los modelos del próximo año? Llora París coro de niños realiza excursión a los bosques con su maestro Cae Belgrado

ES INMINENTE UNA GUERRA MUNDIAL
ASESINAN AL DIPUTADO JAURES
VIVE DOS HORAS DESPUÉS DE MUERTO

con la muerte de Garros he perdido a un amigo y camarada pero espero perder más colegas antes de que esta guerra haya terminado

EXHIBICIÓN DE COFRES PERDIDOS EN LONDRES

durante los días lánguidos y ociosos del verano inevitablemente se dejan de lado o pierden vigor las convenciones de todo tipo, y precisamente debido a este relajamiento es que algunos miembros de la joven generación cuya presentación en sociedad no se remonta a más de dos o tres años están saboreando la gloria de

TAMBIÉN HA MUERTO EL PAPA NEGRO

a fin de abastecer a las tropas británicas que combaten en el continente se exportarán grandes cantidades de tabaco de Virginia

Hay en el corazón de Maryland
Una chica que me pertenece

EL PRÍNCIPE DE LA PAZ

ANDREW Carnegie

nació en Dunfermline, Escocia

llegó a Estados Unidos en un barco

de inmigrantes trabajó de bobinador en una fábrica textil alimentó calderas

fue administrativo en otra fabrica a 2,50 dólares por semana

recorrió Filadelfia llevando telegramas como mensajero de la Western Union

aprendió el sistema Morse fue telegrafista de la Pensy

y también en la Guerra Civil y

siempre ahorró su paga;

cuando le sobraba un dólar, lo invertía.

Andrew Carnegie empezó comprando acciones de la Adams Express y de la Pullman cuando nadie daba un céntimo por ellas;

tenía fe en los ferrocarriles,

tenía fe en las comunicaciones,

tenía fe en el transporte,

creía en el hierro.

Andrew Carnegie creía en el hierro, construyó puentes instalaciones para la Bessemer hornos de fundición fraguas;

Andrew Carnegie creía en el petróleo;

Andrew Carnegie creía en el acero;

confió siempre al ahorro;

cuando le sobraba un millón, lo invertía.

Andrew Carnegie llegó a ser el hombre más rico del mundo y se murió.

Bessemer Duquesne Rankin Pittsburgh Betwehem Gary

Andrew Carnegie donó millones de dólares para la paz
para bibliotecas e instituciones científicas y fundaciones y planes económicos
cuando le sobraba un billón, lo donaba a una institución que promoviera la paz
universal

siempre

excepto en tiempos de guerra.

EL OJO DE LA CÁMARA (22)

TODA la semana la niebla estuvo suspendida sobre el mar y los acantilados al mediodía el sol enviaba a través de la niebla un calor apenas suficiente para que el bacalao salado siguiera secándose sobre la alfombra de escamas grises mar verde casas grises niebla blanca al mediodía apenas había sol suficiente para madurar las manzanas y las peras en las marismas para entibiar las bayas y los helechos a la hora de comer en la pensión todo el mundo esperaba que llegaran los radioperadores los operadores apenas podían comer sí había guerra

¿Y nosotros entraremos? ¿Gran Bretaña entrará?

Las obligaciones que nos impone el tratado de... devolvieron al embajador sus credenciales todas las mañanas extendían el bacalao sobre las escamas para exponerlo a ese resplandor débil que se filtraba a través de la niebla

un vapor haciendo sonar la sirena a lo lejos el golpeteo de las olas contra las rocas cubiertas de musgo chillido de gaviotas ruido de vajilla en la pensión

Lo guerra se complica... Tremenda batalla en el mar del Norte... Es destruida la flota alemana Es DESTRUIDA LA FLOTA BRITÁNICA ESCUADRA ALEMANA EN LAS PROXIMIDADES DE CAPE RACE los habitantes de Terronovo son leales o los colores patrios cierran el puerto de Saint Johns Port oux Basques

y todas las tardes retiraban el bacalao ruido de vajilla en la pensión y todo el mundo esperaba a los radioperadores

clamor de olas contra los pilares del muelle chillido de gaviotas blancas sobrevolando en círculos la niebla blanca y la sirena de un vapor sonando a lo lejos y todas las mañanas ponían a secar el bacalao

J. WARD MOOREHOUSE

CUANDO Ward regresó de su segunda luna de miel en el extranjero tenía treinta y dos años pero parecía más viejo. Poseía el capital y las vinculaciones necesarias y estaba persuadido de encontrarse en el umbral del gran momento. Los rumores sobre la guerra lo habían decidido a interrumpir el viaje. En Londres había conocido a un joven llamado Edgar Robbins que era el corresponsal europeo de la International News. Edgar Robbins bebía demasiado y las mujeres lo trastornaban, pero Ward y Gertrude lo llevaron con ellos a todas partes con la tácita intención de corregirlo. Certo día Robbins llamó a Ward aparte y le confesó que tenía sífilis y que se vería obligado a sentar cabeza. Ward consideró la situación y acabó por ofrecerle un trabajo en la agencia que inauguraría en Nueva York apenas volviera. A Gertrude le dijeron que tenía problemas hepáticos y a partir de entonces ella le regañó como si fuese un niño cada vez que lo veía con una copa, y en el barco que los llevó de vuelta a América el muchacho mostró por todos los medios que les estaba enormemente agradecido. En esta nueva etapa Ward pudo desentenderse de copias y recados, y concentrarse en las tareas organizativas. La vieja mistress Staple había sido inducida a invertir cincuenta mil dólares en la empresa. Ward alquiló una oficina en el número 100 de la Quinta Avenida, la llenó de jarrones de porcelana china y ceníceros de cristal de Vantine y extendió una piel de tigre en el suelo de su despacho privado. Todas las tardes se hacía servir el té al estilo inglés y pasó a figurar en la guía telefónica como J. Ward Moorehouse, Consejero en Relaciones Públicas. Mientras Robbins preparaba la publicidad, él visitó Pittsburgh, Chicago, Bethlehem y Filadelfia para restablecer los contactos.

En Filadelfia se encontró con Annabelle Marie en el vestíbulo del Bellevue Stratford. Ella lo saludó con cordialidad, dijo que tenía noticias de sus triunfos en el mundo de la publicidad y, mientras cenaban juntos, habló de los viejos tiempos. «No se puede negar que has progresado», repitió Annabelle Marie varias veces. A Ward le dio la impresión de que estaba algo arrepentida de haberse divorciado, pero no podía decir que a él le pasara lo mismo. Las líneas del rostro de ella se habían profundizado, hablaba sin concluir las frases y por momentos su voz se convertía en un chillido de cotorra. Estaba muy maquillada y Ward se preguntó si no sería drogadicta. Estaba ocupada en divorciarse de Beale, que al parecer se había vuelto homosexual. Ward informó lacónicamente que se había casado de nuevo y era muy feliz. «¿Y quién no lo sería con la fortuna de los Staple bajo el colchón?», observó ella. Su leve aire de suficiencia irritó a Ward, que apenas acabada la cena se excusó aduciendo que tenía trabajo. Annabelle lo miró, los ojos entornados y la cabeza inclinada, dijo: «Buena suerte» y se metió en el ascensor del hotel envuelta en una

risotada parecida a un cacareo.

Al día siguiente viajó a Chicago en el coche comedor del expreso de Pensilvania, acompañado por miss Rosenthal, su secretaria, y Morton, su criado inglés. Cenó con miss Rosenthal, una muchacha de rostro consumido, sencilla y perspicaz, de probada fidelidad a sus intereses. Había trabajado con él en la Bessemer de Pittsburgh. Una vez bebido el café y el brandy que Morton les había servido y del cual miss Rosenthal aseguró que se le subiría a la cabeza, Ward comenzó a dictar. El tren rugía y se sacudía, y de vez en cuando les llegaba el olor del carbón quemado, del sudor grasoso e hiriente que despedía la locomotora y del acero refulgente que se abría paso entre los Apalaches en sombras. Tenía que hablar fuerte para que lo oyieran. El estrépito del tren le hacía vibrar las cuerdas vocales. Todo se confundía con sus propias palabras... La industria americana era como una máquina de vapor, como la poderosa locomotora de un expreso que a través de la noche acometía las viejas usanzas individualistas... ¿Y qué requiere una máquina de vapor? Cooperación, coordinación, el cerebro que haga posible el desarrollo de estos productos altamente eficaces... Coordinación del capital, la almacenada energía de la raza devuelta en forma de créditos inteligentemente dirigidos..., trabajo, el aporte del próspero y satisfecho obrero estadounidense a quien las inusitadas posibilidades del capital acumulado en las grandes corporaciones había brindado una buena mesa, transportes baratos, seguridad y una jornada laboral reducida... un grado de confort y progreso sin igual en el trágico desfile de la historia o en otras regiones habitadas del globo.

Pero tuvo que dejar de dictar porque de repente se quedó sin voz. Le dijo a miss Rosenthal que podía irse a dormir y él hizo lo propio, pero no logró conciliar el sueño; le seguían girando en la cabeza palabras, ideas, proyectos e índices de producción desplegados a lo largo de una interminable cinta de calculadora.

La tarde siguiente recibió en el La Salle la visita del juez Bowie C. Planet. Sentado con la mirada suspendida en el cielo pálido del lago Michigan, Ward esperó que hicieran pasar al hombre. Tenía en la mano una ficha con la siguiente inscripción:

Planet, Bowie c... juez de Tennessee, casado con Elsie Wilson Denver; maneja pequeños intereses en el negocio del cobre... ¿Anaconda? Poca suerte con el petróleo... Copropietario de la insignificante firma de abogados Planet y Wilson, Springfield, Illinois.

—Todo en orden, miss Rosenthal —dijo cuando llamaron a la puerta. La muchacha pasó a la habitación contigua llevándose la ficha.

Morton abrió la puerta para dejar paso a un hombre de cara redonda con un sombrero negro de fieltro y un cigarro.

—Hola, juez —dijo Ward poniéndose de pie y extendiendo la mano—. ¿Cómo va

todo? ¿Quiere tomar asiento?

El juez Planet entró lentamente a la sala. Tenía una forma extraña de caminar, como si le dolieran los pies. Se dieron la mano y enseguida el juez Planet se encontró sentado de frente a la luz acerada que entraba por las ventanas a espaldas de Moorehouse.

—¿Desea una taza de té, caballero? —preguntó Morton, que había avanzado sigilosamente con una bandeja refulgente de accesorios de plata. El juez quedó tan atónito que, para demostrarlo tal vez que estaba sobrio, hizo caer sobre su respetable vientre la ceniza de su cigarrillo. Su rostro, empero, permaneció fláccido y redondo. Parecía el rostro de un picapedrero al cual, por medio de un cuidadoso masaje, se le hubieran borrado todas las huellas que le imprimiese su trabajo. En un momento más el juez se encontró bebiendo a sorbos un té con leche caliente.

—Despeja la mente —dijo Ward, cuya taza, intacta delante de él, parecía estar enfriándose.

El juez Planet chupó silenciosamente su cigarrillo.

—Bien, caballero —dijo—. Me alegro de conocerlo.

En ese instante Morton anunció a míster Barrow, un hombre flaco de ojos saltones y gran nuez sobre la corbata rígida. Tenía una manera de hablar algo descontrolada y fumaba demasiado. Daba la impresión de estar todo él manchado de nicotina.

Sobre el escritorio de Ward había otra pequeña ficha que informaba:

Barrow, G. H., vinculado al mundo sindical. Más bien reformista. Ex secretario de la Hermandad de Maquinistas. Tener cuidado.

Se levantó y puso la ficha cara abajo. Después de haber dado la mano a míster Barrow, haberlo colocado de frente a la luz y haberle provisto de la correspondiente taza de té, comenzó a hablar.

—El capital y el trabajo —dijo con voz cautelosa, como si estuviera dictando—, como ustedes, caballeros, han de haber observado en el curso de sus diversas y eficientes carreras..., el capital y el trabajo, decía, esas dos fuerzas preponderantes de nuestra vida nacional, ninguna de las cuales podría existir sin el aporte de la otra, se hallan en este momento separadas por una brecha cada vez más profunda. Ésta es una verdad que la lectura más apresurada de cualquier periódico puede corroborar. Y bien, yo he llegado a la conclusión de que uno de los motivos de esta desgraciada situación es la inexistencia de una agencia privada que se ocupe de presentar adecuadamente los hechos al público. La carencia de una información bien difundida es el origen de la mayoría de los malentendidos que asolan al mundo actual... Como muy probablemente usted comprenda, míster Barrow, los más dilectos representantes

del capital americano creen profundamente en el juego limpio y la democracia, y todo lo que esperan es entregar al obrero su parte en los beneficios que arroja la industria, siempre y cuando eso pueda llevarse a cabo sin ocultarle nada al consumidor y al inversor. Después de todo el público que consume es el inversor al cual todos pretendemos servir.

—A veces —dijo míster Barrow—. Pero sucede que...

—Tal vez los señores deseen un whisky con soda —Morton, el cabello siempre lacio, se había colocado entre ambos invitados con una bandeja donde había jarras, vasos altos con hielo y unas botellitas abiertas de Apollinaris.

—Yo no tengo inconveniente —dijo el juez Planet.

Morton se retiró, dejando a cada uno un vaso tintineante. Fuera, el cielo comenzaba a teñirse con los colores del ocaso. La atmósfera de la sala adquirió los matices del vino. El whisky volvió a todos más conversadores. El juez mordió el extremo de un nuevo cigarro.

—Veamos ahora si he comprendido bien, míster Moorehouse. Dados sus contactos en el mundo de la publicidad y los negocios, usted tiene la intención de abrir una agencia que zanje de modo apacible y amistoso las disputas laborales. ¿Cómo piensa lograrlo?

—Estoy seguro de que las organizaciones obreras cooperarían con un esfuerzo semejante —dijo G. H. Barrow inclinándose hacia delante desde el borde de su silla—. Bastaría con que se asegurasen de que..., bien..., de que...

—... No se están entregando maniatados —dijo el juez, riendo.

—Exacto.

—Bien, caballeros, voy a poner mis cartas sobre la mesa. El lema central sobre el que siempre he basado mis planes es cooperación.

—En eso estamos de acuerdo —dijo el juez, volviendo a reírse y golpeándose las rodillas—. Lo que no veo muy claro es cómo conseguir esa convivencia ideal.

—Bueno, el primer paso es entablar contactos... En este mismo instante, ante nuestros ojos, acaba de entablarse una relación amistosa.

—Debo admitir que es cierto —dijo G. H. Barrow con una sonrisa de disgusto—. Jamás hubiera esperado encontrarme bebiendo una copa con un miembro de la Planet y Wilson.

El juez se dio una palmada en el muslo regordete.

—¿Se refiere al asunto aquel de Colorado? No tema, míster Barrow, no voy a comérmelo... Pero hablando con franqueza, míster Moorehouse, no parece que éste sea el mejor momento para poner en práctica su proyecto.

—La guerra de Europa... —dijo G. H. Barrow.

—Para América es la gran oportunidad... Ya conocen el proverbio: a río revuelto... He de admitir que en la actualidad estamos atravesando una etapa de crisis y desesperación, pero tan pronto como el mundo empresarial de nuestro país supere la primera conmoción y empiece a recuperarse... Miren, caballeros, yo acabo de

regresar de Europa; mi esposa y yo zarpamos el mismo día en que Gran Bretaña entró en guerra... Escapamos por un pelo... Pero lo que puedo asegurarles con casi total autoridad es que, gane quien gane, dentro de unos años Europa estará económicamente arruinada. Lo repito: para Estados Unidos esta guerra es la gran oportunidad. La mera condición de país neutral...

—No veo quién puede beneficiarse, como no sean los fabricantes de armas —dijo G. H. Barrow.

Ward habló un buen rato más, después consultó su reloj, que estaba frente a él sobre el escritorio, y se puso de pie.

—Caballeros, mucho me temo que tendrán que excusarme. Apenas me queda tiempo para vestirme antes de cenar —Morton ya se había instalado junto al escritorio con los sombreros de los visitantes. La sala estaba casi a oscuras—. Luz, Morton, por favor —ordenó Ward.

Mientras se dirigían a la puerta, el juez Planet manifestó:

—La charla ha sido muy amena, míster Moorehouse, pero pienso que sus argumentos son un poco idealistas.

—Pocas veces oí a un hombre de empresa demostrar tanta comprensión por los problemas obreros —dijo G. H. Barrow.

—Sólo me hago eco del pensamiento de mis clientes —dijo Ward con una reverencia.

Al día siguiente pronunció un discurso en torno al tema «Dificultades laborales: cómo acabar con ellas», en el almuerzo del Rotary Club. Ocupó su puesto en una larga mesa dispuesta en la sala de banquetes de un gran hotel, en una atmósfera perfumada por el olor a comida y a tabaco, surcada por camareros diligentes. Esparcía con negligencia la comida con el tenedor, respondiendo cuando se le dirigían, bromeando con el juez Planet, que estaba sentado frente a él, e intentando estructurar oraciones inteligibles a partir de la niebla que le ocupaba el cerebro. Finalmente le llegó la hora de hablar. Ocupó la cabecera, de pie y con un cigarrillo en la mano, y enfrentó las dos hileras de mandíbulas afanas que se volvían hacia él.

—Cuando yo era niño y vivía en Delaware... —se detuvo. A través de las puertas batientes que tenía a sus espaldas le llegaba un tremendo estrépito de platos y fuentes manipulados por los camareros. El hombre que se había acercado a la cocina para ordenar silencio regresó sigilosamente. Se podía oír el crujido de sus suelas contra el parquet. Algunos de los de la mesa carraspearon. Ward volvió a empezar. Ahora la cosa anduvo mejor; no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, pero había logrado arrancarles una risa. La tensión se había disipado—: Los empresarios americanos no han demostrado hasta ahora mucha brillantez para aprovechar las posibilidades de la publicidad actual..., educar al consumidor y hacer que tanto patronos como trabajadores se conviertan en servidores del público..., cooperación..., la participación en los beneficios daría al obrero un renovado interés por la suerte de la empresa..., evitar los riesgos del socialismo, de la verborragia demagógica y, peor

aún... Es en medio de este caos que el consejero en relaciones públicas puede hacer su aparición con modales viriles y calmos y decir: «Caballeros, un poco de sentido común, por favor, discutamos esto con franqueza...». Pero es en las épocas de tranquilidad industrial cuando sus servicios son todavía más fundamentales..., cuando dos hombres están furiosos y todo lo que quieren es hacerse pedazos el uno al otro, no habrá palabra reveladora que logre serenarlos... El momento de lanzar una campaña educativa y una cruzada verbal que ponga en la buena senda a la flor y nata de la industria del Coloso Americano, es este que estamos viviendo: no podemos perder más tiempo.

Se produjo un prolongado aplauso. Ward se sentó y su sonrisa azulada buscó los ojos del juez Planet. El viejo estaba impresionado.

NOTICIARIO XVI

EL corredor de Filadelfia había completado la decimotercera vuelta al circuito y recorrido dos kilómetros de la decimocuarta. Se calcula que la velocidad que llevaba por entonces era de unos ciento veinte kilómetros por hora. Su coche osciló por una décima de segundo y después se desvió hacia la izquierda. Tropezó con un ligero obstáculo y salió despedido por el aire. Cuando aterrizó, lo hizo sobre las cuatro ruedas y en la parte superior de un gran terraplén. Hasta el momento, aparentemente, nadie le había arrebatado el liderazgo. Wishart hizo descender al coche por el terraplén e intentó volver a la carretera. Sin embargo, debido a la velocidad, la maniobra no consiguió ser lo suficientemente sutil y el coche acabó irrumpiendo en el patio de una granja. Logró esquivar un primer árbol, pero se estrelló contra el segundo. Dado que las piernas se hallaban trabadas por la barra de dirección, fueron arrancadas del tronco cuando éste salió impelido por

Yo quiero ir
A México
Y luchar por la bandera de las barras y estrellas

EMPLEA EL FLASH DE SU CÁMARA
Y PROVOCA UN MUERTO

las sillas y las mesas de las terrazas están desoladas, ya que pocas personas se sienten suficientemente ricas como para derrochar dinero aun en las bebidas más baratas

UN FONTANERO TIENE CIEN AMANTES

SE LLEVA UN MONO A SU CASA

ex rector descubre errores en el informe sobre la cosecha norteamericana dejé jugar desnudo a su bebé si quiere que goce de buena salud si alguna vez este misterio llega a resolverse ya veréis cómo en el fondo de todo hay una mujer dijo el policía E. B. Garfinkle las causas de la conflagración actual deben buscarse en la Revolución francesa

PERTURBADORES EXPULSADOS DE LA UNIVERSIDAD

se bamboleaban como borrachos que hubiesen recibido un golpe entre los ojos
pero un momento después se abalanzaron sobre nosotros profiriendo gritos que no
logramos comprender

Y hace mucho tiempo allá en Bagdad
Las señoritas del harén
Cómo usadas sabían bien

EL OJO DE LA CÁMARA (23)

ESA amiga de mi madre era una mujer muy bonita con el pelo rubio y tenía dos hijas muy bonitas la rubia se casó con un petrolero que era calvo como la palma de tu mano y se fue a vivir a Sumatra la morena se casó con un señor de Bogotá y tuvieron que hacer un viaje larguísimo en canoa por el río Magdalena y los nativos eran indios y dormían en hamacas y había enfermedades espantosas y cuando una mujer paría era el esposo el que se quedaba en cama y usaban flechas envenenadas y si en ese país te herían no te curabas nunca la cicatriz se te ponía blanca y maduraba todo el tiempo y la canoa se balanceaba en el agua llena de peces tan voraces que si te caías y tenías un rasguño o una herida el mismo olor de la sangre los atraía y en un rato te hacían picadillo

llegaste a Bogotá después de viajar ocho días por el río Magdalena el pobre Jonas Fenimore regresó muy enfermo de Bogotá y dijeron que era elefantasis era un buen tipo contaba historias de la jungla espesa y de tormentas y cocodrilos y espantosas enfermedades y peces voraces y se bebía todo el whisky que había y cuando iba a nadar veías que tenía en las piernas cicatrices gruesas como la piel de una manzana y le gustaba beber whisky y decía que Colombia llegaría a ser uno de los países más ricos del mundo porque tenía petróleo y árboles y mariposas tropicales

pero el viaje por el río Magdalena había sido demasiado largo caluroso y lleno de peligros y el tipo se murió

dijeron que habían sido el whisky la elefantasis
y el río Magdalena

ELEANOR STODDARD

CUANDO llegaron a Nueva York, Eleanor, que no había estado nunca en el Este, tuvo que depender de Eveline para todo. Freddy fue a buscarlas a la estación y las acompañó al hotel Brevoort. Dijo que si bien estaba un poco lejos del teatro era mucho más atractivo que cualquiera de los hoteles céntricos porque era muy francés y allí paraban artistas, radicales y toda clase de gente interesante. En el taxi habló hasta por los codos de lo deliciosa y magnífica que era la obra, del papel importantísimo que tenía él, de lo imbécil que era el director,

Ben Freelby, y de cómo uno de los capitalistas había puesto sólo la mitad del dinero prometido; sin embargo, Josephine Gilchrist, la jefa de producción, había logrado reunir la casi totalidad de la suma y los Shubert estaban interesados y el estreno sería en Greenwich exactamente dentro de un mes. Eleanor miró la Quinta Avenida, barrida por un viento fresco de primavera que hacía ondear las faldas de las mujeres, vio un hombre persiguiendo su gorra, los taxis, los autobuses verdes, el brillo de los escaparates; después de todo no era tan diferente a Chicago. Pero al llegar la hora de almorzar en el Brevoort la cosa empezó a cambiar; Freddy parecía conocer a todo el mundo y les presentó un montón de gente, como si estuviese orgulloso de ellas. Todos eran nombres que alguna vez había oído o leído en la sección de libros del *DAILY NEWS*. Y no por eso dejaban de ser simpáticos. Freddy hablaba en francés con el camarero y la salsa holandesa que les dieron era la más deliciosa que ella había probado en su vida.

Esa tarde, camino del ensayo, Eleanor vio por primera vez Times Square desde el taxi. En la sombría sala del teatro encontraron a la compañía en pleno sentada y esperando a míster Freelby. La atmósfera era misteriosa: había una sola bombilla eléctrica colgando sobre el escenario y, al fondo, la escenografía de otra obra, apagada y polvorienta.

Al fin entró un hombre de pelo gris, con una cara amplia y triste de profundas ojeras. Era el famoso Benjamin Freelby; tenía modales fatigados y paternales y les dijo a Eleanor y Eveline que esa noche fueran a cenar a su apartamento con Freddy para hablar del decorado y el vestuario. Para Eleanor fue un alivio verlo tan calmo y amable y pensó que después de todo tanto Eveline como ella misma vestían mucho mejor que cualquiera de esas actrices neoyorquinas. Míster Freelby armó un escándalo por la falta de luces; ¿qué pretendían?, ¿ensayar a oscuras? El asistente, con el manuscrito en la mano, salió corriendo a buscar al electricista y algún otro fue a llamar a la oficina. Míster Freelby recorría el escenario, resoplaba y repetía: «Esto es monstruoso». Cuando el electricista llegó, limpiándose la boca con el dorso de la mano, y encendió las luces de la sala y algunos focos, míster Freelby se hizo instalar

una silla y una mesa con una lámpara de lectura. El trámite tardó un poco porque nadie parecía capaz de encontrar los elementos. El hombre siguió paseándose, aplastándose el pajizo pelo gris y farfullando: «Esto es monstruoso». Al cabo de un rato todo estuvo a punto y el director le dijo al asistente, míster Stein, un tipo lánguido que se había sentado junto a él: «Empezaremos por el primer acto, Stein, ¿ya tienen todos sus partes?». Mientras varios actores subían al escenario, el resto seguía hablando en voz baja. Míster Freelby los miró y dijo: «Por favor, niños, un poco de silencio». Entonces comenzó el ensayo.

A partir de ese día todo fue una carrera continua. A Eleanor le parecía que casi no tenía tiempo para dormir. El escenógrafo, míster Bridgeman, en cuyos estudios se confeccionaban los decorados, encontraba objeciones para todo; resultó ser que le tocaría a otra persona, un muchacho pálido de gafas que trabajaba para Bridgeman, realizar la escenografía a partir de los diseños de las chicas, cuyos nombres sólo podían figurar en el programa junto a los vestuarios porque no estaban afiliadas al sindicato de escenógrafos. Cuando no estaban discutiendo algún detalle en los Estudios Bridgeman, viajaban en taxi transportando muestras de tela. Les era imposible acostarse antes de las cuatro o cinco de la mañana. Todo el mundo era increíblemente susceptible y cada semana Eleanor tenía que someter a asedio a miss Gilchrist para arrancarle un talón.

Cuando los trajes —todos de estilo victoriano temprano— estuvieron listos, Freddy y míster Freelby fueron a verlos a casa de la modista y opinaron que eran estupendos, pero la modista se negó a entregarlos si no le pagaban, y miss Gilchrist se había esfumado y no había modo de hallarla, de modo que por fin esa noche Freelby dijo que entregaría un talón personal. La empresa de mudanzas tenía el camión con los decorados aparcado frente al teatro, pero no quería descargar antes de haber cobrado. También estaba allí míster Bridgeman, quien afirmaba que su talón le había sido devuelto porque no había fondos, lo cual provocó una discusión entre él y míster Freelby en la taquilla. Pero a último momento llegó un taxi y Josephine Gilchrist hizo su aparición con quinientos dólares en efectivo para míster Bridgeman y la empresa de mudanzas. Ante la visión de los billetes crujientes todo el mundo sonrió aliviado.

Una vez seguros de que los decorados ya descansaban en el teatro, Eleanor, Eveline, Freddy Seargent, Josephine Gilchrist y míster Freelby fueron juntos al Bustanoby a comer algo; Freelby los invitó con dos botellas de Pol Roger y Josephine Gilchrist dijo que tenía el presentimiento de que la obra sería un éxito, y eso que casi nunca tenía presentimientos, y Freddy contó que a los tramoyistas les gustaba, cosa que siempre era un buen síntoma, y que Ike Gold, el chico de la oficina de Shubert, se había sentado una tarde a ver un ensayo y se le habían llenado los ojos de lágrimas; pero el hecho era que nadie sabía a qué teatro pasarían después de una semana en Greenwich y otra en Hartford. Freelby dijo que a la mañana siguiente iría a hablar con el empresario a primera hora.

Un día llegaron amigos de Chicago deseosos de ver el ensayo general, y Eleanor

se sintió importante, en especial porque entre ellos estaba Sally Emerson. El ensayo general fue desastroso, faltaba la mitad de la escenografía y los campesinos de Wessex no tenían sus trajes, pero todo el mundo dijo que el hecho de que el ensayo general no funcionase se consideraba un buen presagio.

La noche del estreno Eleanor no cenó y apenas contó con media hora para vestirse. La excitación le provocaba escalofríos. Suponía que el nuevo traje de noche, de tul color chartreuse, le sentaría bien, pero no pudo ocuparse demasiado de él. Bebió una taza de café y le pareció que el taxi tardaba horas en llegar. El vestíbulo del teatro estaba iluminado y repleto de sombreros de seda, espaldas tan desnudas como empolvadas, diamantes y vestidos de noche, y los asistentes se miraban de reojo, saludaban a sus amigos desde lejos, comentaban las biografías de los demás y se precipitaban como ganado por los corredores, ansiosos de que comenzara el primer acto. Eleanor y Eveline, presas de un ataque de rigidez, se sentaron en la última fila, se codearon una a la otra cuando un traje causaba buena impresión y concordaron en que los actores habían estado terriblemente mal y que el peor había sido Freddy Seargeant. En la fiesta que Sally Emerson ofreció después en el dúplex de los Carey, no hubo quien no afirmara que el vestuario y la escenografía eran excelentes y que sin duda la obra sería un éxito. Eleanor y Eveline eran el centro de la agitación y Eleanor se enfadó porque Eveline bebió demasiado y se puso a hablar más de la cuenta. Eleanor conoció mucha gente interesante y decidió que se quedaría en Nueva York pasara lo que pasara.

Dos semanas más tarde la obra fracasó, con la consecuencia de que ni a Eleanor ni a Eveline les pagaron los setecientos cincuenta dólares que los productores les debían. Eveline regresó a Chicago y Eleanor alquiló un apartamento en la calle Ocho. Sally Emerson estaba convencida de que Eleanor poseía mucho talento y consiguió que su esposo le prestara mil dólares para montar un estudio de decoración. El padre de Eveline Hutchins estaba enfermo, pero ella escribió desde Chicago diciendo que se uniría a la empresa tan pronto como pudiese.

Como ese verano Sally Emerson permaneció en Nueva York, Eleanor salió con ella con frecuencia y conoció mucha gente de dinero. Fue a través de Alexander Parsons que llegó a un acuerdo para decorar la casa que los Moorehouse estaban construyendo en Great Neck. Mistress Moorehouse la llevó a visitar la mansión aún no acabada. Esta mujer era una rubia artificial que se pasaba el tiempo explicando que, de no ser porque su reciente operación la había dejado sin fuerzas, habría llevado a cabo la decoración ella misma. Había estado en cama prácticamente desde su segundo parto y le explicó a Eleanor todas las incidencias del caso. Si había algo que Eleanor odiaba era oír lamentos femeninos, de modo que se limitaba a asentir con frialdad de vez en cuando, deslizar comentarios profesionales sobre muebles y tapizados y a apuntar observaciones en una hoja de papel. Mistress Moorehouse la invitó a comer en el pequeño chalet que estaban ocupando hasta que terminaran la casa. El pequeño chalet era una tremenda casona de estilo holandés colonial, llena de

perros pequineses, criadas de delantales almidonados y con mayordomo. Al entrar al comedor, Eleanor oyó una voz masculina en la habitación contigua y olió humo de cigarro. Antes de la comida fue presentada a míster Moorehouse y a un tal míster Perry. Habían estado jugando al golf y ahora hablaban de la Tampico y de acciones petroleras. Míster Moorehouse se ofreció a llevarla de vuelta a la ciudad y ella se sintió aliviada de desprenderse de la parturienta. Hasta el momento no se le había dado oportunidad de manifestar sus proyectos decorativos, pero durante el viaje míster Moorehouse le hizo varias preguntas, y se rieron criticando los engendros que alguna gente metía en su casa y Eleanor pensó que era realmente llamativo encontrar un hombre de negocios que se preocupara por esas cosas. Míster Moorehouse le sugirió que preparara el presupuesto y se lo llevara a su despacho. «¿Qué le parece el viernes?». El viernes era un día perfecto porque él no iba a tener entrevistas y por lo tanto podrían comer juntos, si a ella no le importaba. «La hora de comer es la única que puedo dedicar a los asuntos particulares», dijo él con un destello azul en los ojos, de modo que ambos repitieron «El viernes», y cuando Eleanor se bajó en la esquina de la calle Ocho y la Quinta Avenida pensó que ese hombre parecía tener sentido del humor. Le gustaba mucho más que Tom Custis.

Resultó ser que durante la realización del proyecto Eleanor tuvo que entrevistarse muy a menudo con Ward Moorehouse. Lo invitó a cenar a su apartamento de la calle Ocho y a su cocinera martiniquesa le hizo preparar pollo a la cazuela con pimientos y tomates. Bebieron cócteles de absenta y una botella de buen borgoña y a Ward Moorehouse le encantó sentarse en el sofá y hablar y ella disfrutó escuchándolo y empezó a llamarlo JWA partir de entonces se hicieron grandes amigos, independientemente del trabajo en la casa de Great Neck.

Él le relató su infancia en Wilmington, Delaware; le contó lo del día en que la milicia había creído avistar a la flota española y le había disparado a un viejo negro; le habló de su desgraciado primer matrimonio, de la invalidez de su segunda esposa y de sus experiencias en periodismo y publicidad y Eleanor —que llevaba un vestido gris con un toque de alguna tela chispeante a la altura de los hombros y representaba el papel de confidente discreta—, lo fue conduciendo a que explicara cómo era esa tarea de mantener informado al público sobre las relaciones entre capital y trabajo, combatir la propaganda de sentimentalistas y reformadores, y alzar las ideas americanas frente a los dementes proyectos socialistas germanos y las panaceas de los porquerizos descontentos del noroeste. Eleanor opinó que sus ideas eran interesantes, pero prefería oír hablar de la Bolsa, de cómo se había creado la Steel Corporation, de las dificultades por las que pasaban las empresas petroleras en México, y de Hearst y su inmensa fortuna. Le pidió consejo a raíz de ciertas inversiones a escala menor que pensaba realizar y él, mirándola con esos relampagueantes ojos azules enmarcados por un rostro cuadrado, a cuya mandíbula la prosperidad empezaba a conceder una incipiente redondez, le preguntó: «Miss Stoddard, ¿me concedería el honor de nombrarme consejero suyo en finanzas?».

A Eleanor le resultaban atractivos su leve acento sureño y sus modales de caballero a la antigua. Hubiera deseado tener un apartamento más distinguido y no haber vendido los candelabros de cristal. Cuando él se marchó, confesando que había pasado una noche sumamente agradable pero que debía realizar unas llamadas de larga distancia, eran más de las doce. Eleanor se sentó frente al espejo de su tocador y, a la luz de dos velas, se pasó crema por la cara. Le hubiera gustado tener un cuello menos escuálido y se preguntó qué pasaría si la próxima vez que se lavara el pelo añadiera al agua una tintura alheñada.

EL OJO DE LA CÁMARA (24)

LLOVIENDO en el histórico Quebec estaba lloviendo sobre el castillo del histórico Quebec donde en una litografía el valiente Wolfe aparecía sentado en un bote con un tricornio leyendo la «Elegía» de Gray a sus hombres el valiente Wolfe trepó por los acantilados para reunirse con el valiente Montcalm de tricornio en la llanura de Abraham e intercambiaron complicadas reverencias en sus uniformes llenos de encajes y la galantería y la orden de hacer fuego y los encajes se echaron a perder en el lodo de la llanura de Abraham

pero el castillo era el Chateau Frontenac lugar histórico y mundialmente famoso bajo la lluvia gris del gris e histórico Quebec paraíso de la hostelería y nosotros subíamos por el río Saguenay en el vapor panorámico que recorría la ruta panorámica más importante del mundo todos el Predicador de Chautauqua y su esposa y el barítono de Atenas Kentucky donde había una colina llamada Acrópolis exactamente igual a la de Atenas Grecia y mucha cultura y una reproducción del Partenón igual al que hay en Atenas Grecia

granizo sobre las calles empedradas y el muelle y la gente de Saint Lawrence paseándose con paraguas por el ancho muelle de madera encharcado mirando los tejados con agujas de Quebec y los muelles de pizarra y los elevadores de grano y los ferris y el *Emperatriz de Irlanda* echando humo por las chimeneas color crema al otro lado del río y Levis y las colinas verdes y la Isla de Orleans verde contra el verde y el granizo y los brillantes techos puntiagudos de Quebec

pero el Predicador de Chautauqua quiere comer y se pelea con su esposa y monta una escenita en el histórico comedor del histórico Chateau Frontenac y viene el maître y el Predicador de Chautauqua es un tipo enorme e irritable de pelo rizado con una voz acostumbrada a berrear sobre la Acrópolis igual a la de Atenas y el Partenón igual al de Atenas Grecia y la Victoria Alada y el barítono es muy cariñoso con el niñito que quiere escaparse y ojalá no hubiera venido y quiere patearlos a todos

pero en el histórico Quebec está lloviendo y al caminar por la calle solo con el barítono repite que en ciudades como ésta suele haber chicas malas y los niños no deben acercarse a las chicas malas y la Acrópolis y el bel canto y el Partenón y la educación de la voz y las hermosas estatuas de mancebos griegos y la Victoria Alada y las estatuas

pero finalmente me deshice de él y me fui en coche a ver las Cataratas de Montmorency renombradas por su rumor y su historia y una iglesia en Sainte Anne de Beaupré llena de muletas ofrendadas por los inválidos y las calles húmedas y grises repletas de muchachas

JANEY

AL llegar el segundo año de la Guerra Europea míster Carroll le vendió a míster Dreyfus sus acciones de la firma Dreyfus y Carroll y se fue a vivir a Baltimore. Existía la posibilidad de que la convención demócrata del estado lo eligiese candidato a gobernador. Janey lo echó de menos y siguió con gran interés el desarrollo de la política de Maryland. Cuando por fin se supo que míster Carroll no había sido nominado lo lamentó muchísimo. Por la oficina pasaban más y más extranjeros y las conversaciones cobraban un tono decididamente germanófilo que a ella no le gustaba en absoluto. Míster Dreyfus era muy gentil y educado con sus empleados, pero Janey no podía apartar los pensamientos de la despiadada invasión de Bélgica y las espantosas atrocidades, y eso de estar trabajando para un huno le repugnaba, de modo que empezó a buscarse otro trabajo. En Washington la situación económica era mala y sabía que abandonar la oficina de Dreyfus era una tontería, pero no podía evitarlo, así que entró a trabajar para Smedley Richards, un agente de fincas de Connecticut Avenue, con un sueldo de un dólar menos por semana. Míster Richards era un hombre macizo que hablaba en cantidad de los viejos códigos caballerescos y le hacía la corte. Durante un par de semanas consiguió mantenerlo a raya, pero a la tercera el tipo empezó a beber, le puso encima sus grandes manos bovinas, un día le pidió prestado un dólar y al llegar el viernes le dijo que no podría pagarle hasta el lunes o martes, de modo que Janey decidió no ir más y se quedó sin trabajo.

Tenía miedo; odiaba la idea de volver a vivir con su madre, los inquilinos y las costumbres estridentes de sus hermanas. Todos los días leía los ofrecimientos de trabajo del *Star* y el *Post* y escribía a los que le parecían bien, pero a pesar de que lo hacía a primera hora siempre había alguien que se presentaba antes que ella. Llegó incluso a inscribirse en una agencia de empleo. La mujer que la recibió era fornida, con dientes cariados y una sonrisa vil; le cobró dos dólares como tasa de registro, le enseñó la lista de mecanógrafas que tenía y aseguró que las muchachas debían casarse y que tratar de ser independiente era muy pesado, además de ser una tontería porque no se conseguía nada. La atmósfera de encierro y los rostros doloridos de las muchachas que esperaban sentadas en bancos le produjeron náuseas, de modo que salió a tomar el sol en Lafayette Square, a ver si reunía coraje para decirle a Alice, que seguía trabajando con mistress Robinson, que todavía no había encontrado nada. Un joven de cara congestionada se le sentó al lado e intentó tratar conversación, así que tuvo que alejarse. Entró a un drugstore y pidió una leche chocolateada, pero cuando el camarero amagó hacerle un chiste ella se echó a llorar. El camarero se puso pálido como un muerto y se disculpó: «Perdóneme, señorita, no quise ofenderla». Cuando se encontró a Alice a la salida del edificio Riggs todavía tenía los ojos

colorados; Alice insistió en invitarla con un almuerzo de treinta y cinco céntimos en el Brown Teapot, pese a que ella apenas podía probar bocado. Alice tenía un tono maternal y premonitorio que la sacaba de las casillas; dijo que para volver al despacho de mistress Robinson ya era muy tarde porque la mujer apenas tenía trabajo para las empleadas que mantenía. Esa tarde Janey se sintió demasiado desalentada como para seguir con la búsqueda y se dedicó a errar por las salas del Instituto Smithsonian haciendo esfuerzos por interesarse en los tejidos, los tótems y las canoas de los indios, pero como todo la fastidiaba acabó por irse a su casa y llorar hasta hartarse. Pensó en Joe y en Jerry Burnham y se preguntó por qué no le escribirían nunca, y se imaginó a los pobres soldados que luchaban en las trincheras y se sintió muy sola. Para la hora en que regresó Alice ya se había lavado la cara, empolvado y pintado los labios, y estaba dando vueltas por la habitación. Habló con Alice de la depresión y le dijo que si no conseguía trabajo en Washington se iría a Baltimore, Nueva York o Chicago. Alice le respondió que ese tipo de conversaciones la ponían triste. Salieron, y para ahorrar dinero cenaron cada una un sándwich de jamón y un vaso de leche.

Janey pasó todo el otoño intentando conseguir un empleo, hasta tal punto que cuando se despertaba por la mañana lo primero que la acometía era la desesperación de no tener nada que hacer. En Navidad comió con su madre y sus hermanas y, para que dejaran de consolarla, inventó la mentira de que a partir del primero de año le habían prometido un sueldo de veinticinco a la semana. No les iba a dar el gusto.

Esa misma Navidad recibió por correo un paquete de Joe con un quimono bordado. Buscó y buscó a ver si encontraba una carta, pero no había más que un trozo de papel con un Feliz Navidad. El matasellos era de Saint Nazaire, en Francia, y llevaba una marca que decía OUVERT PAR LA CENSURE Le pareció que la guerra estaba muy cerca suyo y rogó que Joe no se hallara en peligro.

Una tarde helada de febrero, mientras Janey estaba echada en la cama leyendo *Los viejas esposos*, oyó que mistress Baghot, la patrona, la llamaba. Le dio miedo de que fuera por el alquiler, que ese mes aún no habían pagado, pero resultó ser una llamada telefónica de Alice. Le dijo que fuese enseguida porque había allí un hombre que necesitaba una taquígrafa por unos días y ninguna de las chicas quería trabajar horas extras. «Iré ahora mismo. Dame la dirección». Alice se la dio; la voz le temblaba al otro lado de la línea. «Si mistress Robinson se entera se pondrá furiosa». «No te preocupes, yo le explicaré todo a este hombre», dijo Janey.

El hombre la esperaba en el hotel Continental, en Pensilvania Avenue. Tenía el dormitorio y la sala llenas de hojas escritas a máquina y folletos en desorden. Llevaba gafas con montura de metal, y continuamente se las quitaba y volvía a ponérselas, como si no estuviese seguro de ver mejor con o sin ellas. Tan pronto como la muchacha, después de quitarse el sombrero, pudo encontrar lápiz y papel, él comenzó a dictar sin siquiera haberla mirado. Hablaba a largas parrafadas, como pronunciando un discurso, y se movía de un lado a otro sobre las largas piernas delgadas. Se trataba

de una especie de artículo con la indicación «Para su entrega inmediata», acerca del capital y el trabajo, la jornada de ocho horas y la Hermandad de Maquinistas. Fue con una sutil sensación de temor que ella entrevió que debía ser un dirigente sindical. Una vez concluido el dictado, el hombre abandonó abruptamente la sala, anunciando que volvería enseguida y pidiéndole que copiara el texto a máquina. Sobre la mesa había una Remington; Janey tuvo que cambiar la cinta y después trabajó a gran velocidad para tenerlo todo listo cuando el hombre regresara. Hizo las copias, dejó las hojas apiladas, relucientes, sobre la mesa y se sentó a esperar. Pasó una hora y el hombre no se presentó. Inquieta, Janey se paseó por el lugar y echó una mirada a los panfletos. Los que no hablaban de economía, discutían problemas sindicales; no le interesaron. Se acercó a la ventana y trató de estirar el cuello todo lo posible para ver qué hora marcaba el reloj de la torre del correo. No pudo conseguirlo, de modo que tomó el teléfono y habló con el conserje para pedirle, en caso de que míster Barrow estuviera en el hotel, que le avisaran que las copias ya estaban listas. Eran las cinco, le comunicaron, y míster Barrow aún no había regresado, pese a haber anunciado que lo haría enseguida. En el momento de colgar el auricular, tocó una carta que había junto al aparato. Como no tenía nada que hacer y se había aburrido de jugar con ella misma a tres en raya, se arriesgó a leerla.

En realidad era un acto vergonzoso, pero una vez que empezó ya no pudo frenarse.

QUERIDO G.H.:

Te juro que me repugna hacer esto, pero la verdad es que tengo los bolsillos secos, muchacho. Si no quieres que deje de portarme como una dama y arme un escándalo que ni te imaginas, tienes que soltar ya mismo 2.000 pavos. Me da asco hacerlo, pero si te pego el sablazo es porque sé que tienes la pasta. Negocios son negocios.

La chica que alguna vez quisiste.

QUEENIE

Janey se puso colorada y dejó la carta tal como la había encontrado. Los hombres eran algo inconcebible: siempre con un cadáver escondido en el armario. Fuera había anochecido, y Janey ya estaba malhumorada e intranquila cuando de repente sonó el teléfono. Era míster Barrow; dijo que sentía haberla hecho esperar y que se encontraba en el Shoreham, en la suite de míster Moorehouse. ¿Podía ella dirigirse allí cuanto antes? No, sin las copias, tenía que dictarle algunos párrafos más. El nombre era J. Ward Moorehouse, difícil que no lo hubiese oído. Janey no lo había oído nunca, pero la idea de ir a trabajar al Shoreham la estremeció; y para colmo esa carta, y tantas cosas extrañas. Sentía la misma excitación que cuando salía con Jerry Burnham. Se puso la chaqueta y el sombrero, se maquilló un poco frente al espejo y

unos minutos después atravesaba la cortante noche de enero camino a la esquina de las calles F y Catorce, donde paraba el tranvía. Le hubiera gustado tener un manguito; un viento lacerante le traspasaba los guantes y le raspaba las piernas, poco más arriba de los tobillos. En ese momento habría deseado ser la esposa de un millonario, con casa en Chevy Chase, que esperaba la limusina que la llevaría hasta la mansión, donde la recibirían sus hijos y un fuego crepitante. Se acordó de Jerry Burnham y se preguntó si hubiera sido capaz de vivir con él. ¿Y Johnny Edwards? Después de que ella lo rechazara se había marchado a Nueva York y ahora se estaba llenando de dinero en una agencia de la Bolsa. ¿Y Morris Byer? Bueno, ése era judío. Este año no tenía ningún pretendiente. La habían dejado fuera de circulación, ésa era la cruda verdad.

Bajó del tranvía en la esquina del Shoreham. El vestíbulo estaba tibio y poblado de gente bien vestida que conversaba discretamente. Olía a flores de invernadero. En la conserjería le dijeron que subiera directamente a la habitación número ocho, en el primer piso. Le abrió la puerta un hombre pálido y pecoso de cabeza achatada y delicado pelo oscuro. Llevaba un traje negro y caminaba como sobre patines. Ella dijo que era la taquígrafa de míster Barrow y la hicieron pasar a la habitación contigua. Se quedó de pie en el vano de la puerta esperando que alguien reparara en ella. Al otro extremo de la habitación había un hogar en donde se consumían dos leños. Enfrente había una gran mesa cubierta de revistas, periódicos y manuscritos. Cerca de uno de los bordes había una bandeja con jarras, una coctelera y algunos vasos. Todo relucía a fuerza de lustre, las sillas, las mesas, las tazas de té y la cadena del reloj y el cabello precozmente canoso del hombre que estaba parado de espaldas al fuego.

Apenas lo vio, Janey imaginó que era una persona muy distinguida. Míster Barrow y un hombre minúsculo y calvo estaban sentados en sillones dispuestos a ambos lados del hogar, escuchando absortos lo que el otro decía.

—Esto es algo esencial para el futuro de nuestro país —afirmó con una voz reposada y sincera—. Puedo asegurarles que tanto los grandes magnates como los fabricantes más poderosos y los círculos financieros están siguiendo el desarrollo de los hechos con el más profundo interés. Y no soy yo el que lo asegura; estoy en condiciones de informarles de que el mismísimo presidente... —de pronto su mirada se cruzó con la de Janey—. Supongo que esta señorita es la taquígrafa. Adelante, miss...

—Williams —dijo Janey.

Sus ojos, del azul de la llama de alcohol, poseían un destello infantil. De modo que ése era el J. Ward Moorehouse cuyo nombre ella debía haber conocido.

—¿Tiene papel y lápiz? Perfecto; hágase un sitio en la mesa. Morton, será mejor que retire la bandeja del té —Morton cumplió su misión en el mayor de los silencios. Janey ocupó un extremo de la mesa y sacó un lápiz y un bloc de papel—. Le conviene quitarse el abrigo y el sombrero, si no se morirá de frío cuando salga —

había en su voz una cualidad hogareña, diferente de la que empleaba para dirigirse a los hombres. La invadió un deseo repentino de trabajar para él. Pero le bastaba, por lo pronto, con haberse presentado—. Bien, míster Barrow, lo que ahora necesitamos es una declaración que atempere los ánimos. Debemos conseguir que ambas partes tomen conciencia del valor de la cooperación. Ésa es la palabra clave, cooperación... Haremos primero un borrador... Usted, si no le molesta, aportará el punto de vista de los trabajadores organizados, y usted, míster Jonas, los argumentos legales. ¿Lista, miss Williams? Declaración de J. Ward Moorehouse, Consejero en Relaciones Públicas. Hotel Shoreham, Washington DC, 15 de enero de 1916... —a partir de ese momento Janey estuvo demasiado ocupada en no perder palabra como para recordar el significado de lo que escribió.

Cuando esa noche volvió a su casa encontró a Alice acostada. Alice tenía sueño, pero Janey se puso a hablar como una cotorra de míster Barrow y los problemas laborales y J. Ward Moorehouse, que era un hombre encantador, tan amable, con tan buenas ideas sobre la colaboración entre patronos y obreros, que hablaba con tanta familiaridad del presidente y de lo que pensaba Rockefeller o tenían en mente hacer míster Schick o el senador La Follette, y tenía unos ojos azules de niño tan bellos, y era tan simpático y tomaba el té en vajilla de plata y parecía muy joven a pesar de tener canas y vivía en una suite con chimenea y coctelera y vasos de cristal.

—Pero, Janey —dijo Alice bostezando—..., te has enamorado de ese sujeto. Jamás te había oído hablar así de un hombre.

Janey enrojeció y clavó en Alice una mirada de disgusto.

—Oh, Alice, a veces eras tan tonta... No sirve de nada contarte las cosas —se desvistió y apagó la luz. Sólo al meterse en la cama recordó que no había cenado. Pero se calló porque estaba segura de que Alice le respondería alguna estupidez.

Al día siguiente terminó el trabajo para míster Barrow. Durante toda la mañana se consumió de ganas de preguntarle por míster Moorehouse, dónde vivía, si estaba o no casado, de dónde era, pero al fin reflexionó que no le serviría de mucho. Esa tarde, después de recibir la paga, se encontró paseando por la calle H, delante del Shoreham. Se fingía estar interesada en los escaparates. No lo vio, pero sí advirtió una resplandeciente limusina negra con un monograma que le era imposible leer sin detenerse; decidió que era el coche de él.

Bajó por la calle hasta la esquina opuesta al sitio en donde estaban demoliendo el Arlington. Era una tarde transparente y rebosante de sol. Paseó por Lafayette Square y contempló la estatua ecuestre de Andrew Jackson, solitaria entre los árboles desnudos.

En los bancos se apiñaban niños y niñas. Un hombre con un ancho sombrero pardo y un maletín bajo el brazo se sentó en uno de los bancos para levantarse de inmediato y alejarse a grandes pasos. «Debe ser un diplomático extranjero», pensó Janey. Después de todo era un privilegio vivir en la capital, un sitio frecuentado por diplomáticos extranjeros y hombres como J. Ward

Moorehouse. Dio una vuelta más alrededor de la estatua de Andrew Jackson, que cabalgaba verde y noble bajo la luz bermeja de la tarde de invierno, y volvió sobre sus pasos hacia el Shoreham, con tanta prisa como si tuviera una cita. Le preguntó a un botones dónde podía encontrar a la taquígrafo pública. El chico la envió a una habitación de la segunda planta, donde Janey se enfrentó a una mujer avinagrada y oblonga, que estaba escribiendo a máquina sobre una zona de la moqueta verde desde donde se veía la puerta medio abierta, y le preguntó si no sabía de nadie que necesitara una taquígrafo.

La mujer la miró con perplejidad.

—Bien, sabrá usted que esto no es una agencia de contrataciones.

—Lo sé. Pero se me ocurrió que a lo mejor... —dijo Janey, sintiendo repentinamente que se atrevía a todo—. ¿Le molesta que me siente un momento?

La mujer avinagrada continuaba observándola.

—Veamos, ¿dónde la he visto antes? No, déjeme pensar... Usted... Usted estaba en el despacho de mistress Robinson un día que yo fui a hacerme cargo del trabajo extra. Claro, ahora la recuerdo perfectamente —la mujer compuso una sonrisa amarillenta.

—Yo también la hubiera reconocido —dijo Janey—, si no estuviera tan harta de dar vueltas buscando un empleo.

—No me lo cuente a mí...

—¿No se le ocurre nada?

—Le diré qué puede hacer... Los de la ocho pidieron por teléfono una chica que pudiera tomar dictados. Con ésta ya son como sesenta veces que lo hacen, están firmando contratos o algo así... Ahora, querida, escúcheme. Preséntese allí y quítense el sombrero como si la hubiese enviado alguien y póngase a escribir; ya verá como no la echan, querida, ni siquiera si llega la otra chica. Enseguida se cansan de todas.

Antes de tener conciencia de lo que hacía, Janey había besado a la mujer avinagrada en la barbilla y había atravesado el corredor hasta la puerta número ocho. Le abrió la puerta el hombre de pelo delicado, quien la reconoció e inquirió:

—¿Taquígrafo?

—Sí —contestó Janey, y un minuto después, sin sombrero y provista de papel y lápiz, estaba sentada a un extremo de la lustrosa mesa de caoba oscura, frente al fuego crepitante que se reflejaba en las jarras de plata, las tazas de té y los relucientes zapatos y los ojos azul llama de J. Ward Moorehouse.

Moorehouse empezó a dictarle.

Había anochecido cuando el hombre de pelo delicado se presentó y dijo:

—Hora de vestirse para cenar, señor.

J. Ward Moorehouse soltó un gruñido y replicó:

—Diablos.

El hombre de pelo delicado se deslizó un trecho más sobre la gruesa alfombra.

—Perdóneme, señor. Miss Rosenthal ha sufrido una caída y se ha fracturado la

cadera. Patinó en el hielo frente al edificio del Tesoro, señor.

—¡Que se vaya al infierno...! Discúlpeme, miss Williams... —dijo Moorehouse con una sonrisa—. ¿Se están ocupando bien de ella?

—Míster Mulligan la llevó al hospital, señor.

—Muy bien... Usted, Morton, vaya a comprar flores y envíeselas. Que sean bonitas...

—Bien, señor... ¿De unos cinco dólares, señor?

—Puede gastar hasta dos y medio, Morton, y no olvide poner mi tarjeta.

Morton se retiró. J. Ward Moorehouse vagó durante un rato por delante del hogar como si estuviera a punto de seguir dictando. El lápiz de Janey estaba suspendido sobre el papel.

J. Ward Moorehouse se detuvo y miró a Janey.

—Miss Williams, ¿usted conoce a alguien que...? Necesito una muchacha de buen carácter que pueda desempeñarse como taquígrafa y secretaria, una persona de confianza... Caray, no sé por qué se habrá roto la cadera esa mujer.

A Janey le giraba la cabeza.

—Bueno, yo estoy buscando un trabajo como ése.

J. Ward Moorehouse continuaba escrutándola con una perspicaz mirada azul.

—Miss Williams, ¿es una indiscreción preguntarle por qué perdió su último empleo?

—En absoluto. Me fui del estudio de Dreyfus y Carroll... Tal vez los conozca... No me gustaba el ambiente. Si se hubiese quedado míster Carroll habría sido distinto, aunque no quiero decir que míster Dreyfus no me tratara bien...

—Es agente del gobierno alemán.

—A eso me refería. No quería seguir allí después de la proclama del presidente.

—Bueno, aquí todos estamos con los aliados, de modo que no tendrá dificultades. Se lo digo porque usted parece ser la persona que preciso... Claro que no podría poner las manos en el fuego, pero mis mejores decisiones siempre fueron tomadas en un instante. ¿Qué le parecen veinticinco a la semana para comenzar?

—De acuerdo, míster Moorehouse. Estoy convencida de que el trabajo me interesará.

—Nos veremos mañana a las nueve, por favor. Y ahora copie los telegramas que le dictaré:

MRS. J. WARD MOOREHOUSE
GREAT NECK LONG ISLAND NUEVA YORK
PROBABLE VIAJE A MÉXICO EXPLICA SALTWORTH IMPOSIBLE
ASISTIR CENA ESPERO TODO MARCHE BIEN
BESOS A TODOS
WARD

MISS ELEANOR STODDARD
CALLES ONCE Y CUARENTA y CINCO NUEVA YORK
HAZME SABER QUÉ NECESITAS TE TRAIGA DE MÉXICO TUYO
JW

—¿Le molesta viajar, miss Williams?
—No lo he hecho nunca, pero seguro que me gustaría.
—Tal vez deba llevarme algunos ayudantes... Es por un asunto petrolero. Se lo comunicaré dentro de un par de días...

JAMES FRUNZE
DESPACHO DE J. WARD MOOREHOUSE
QUINTA AVENIDA 100 NUEVA YORK
INFÓRMEME DE INMEDIATO DESARROLLO DE SITUACIONES A
Y B BARROW INTRANQUILO PUBLIQUE YA MISMO DECLARACIÓN
SOBRE UNIDAD DE INTERESES AMERICANOS CONTRA ESCORIA
SOCIALISTA FORÁNEA
JWM

—Gracias, miss Williams. Esto es todo por hoy. Puede marcharse una vez que haya despachado los telegramas.

J. Ward Moorehouse desapareció por una puerta que había al fondo de la habitación, quitándose la chaqueta mientras se alejaba. Cuando después de haber copiado los telegramas a máquina Janey bajó al vestíbulo del hotel para despacharlos, divisó a su nuevo jefe enfundado en un traje oscuro, con un sombrero gris de felpa y un sobretodo claro en la mano. Iba deprisa hacia un taxi y no vio a la muchacha. Cuando ella llegó a su casa era muy tarde. Las mejillas le hervían pero no se sentía cansada. Alice estaba sentada al borde de la cama, leyendo. «Ay, estaba tan preocupada...», intentó empezar, pero Janey la abrazó y le dijo que había conseguido trabajo como secretaria privada de J. Ward Moorehouse y se iba de viaje a México. Alice se puso a llorar, pero Janey estaba tan contenta que ni siquiera se dio cuenta: siguió contándole lo que había pasado esa tarde en el Shoreham.

EL MAGO DE LA ELECTRICIDAD

EDISON nació en Milan, Ohio, en 1847; Milan era una pequeña ciudad sobre el río Huron que durante un tiempo fue el puerto cerealero de toda la cosecha del Oeste; un día los trenes se hicieron cargo del transporte y la familia Edison se trasladó a Puerto Huron, en Michigan, para crecer con el país; su padre era un fabricante de tejas que intentó suerte especulando en varios campos; comerció con granos y alimentos y maderas y construyó una torre de treinta metros de altura; visitantes y turistas pagaban un cuarto de dólar para subir a la torre y disfrutar del panorama del lago Huron y el río Santa Clara, y Sam Edison llegó a ser uno de los vecinos más sólidos y respetados de Port Huron.

Thomas Edison fue a la escuela tan sólo tres meses porque el maestro no lo consideró lo bastante inteligente. Su madre le enseñó en casa todo lo que sabía y leyó con él a los escritores del siglo xviii, Gibbon, Hume y Newton, y le permitió instalar un laboratorio en el sótano.

Cada vez que leía algo nuevo se encerraba en el laboratorio y trataba de ponerlo en práctica.

A los doce años necesitó dinero para comprar libros y sustancias químicas; logró una concesión para vender periódicos en el tren de Detroit a Port Huron. En Detroit había una biblioteca pública y se la leyó íntegra.

Instaló un laboratorio en el tren y cada vez que leía algo nuevo trataba de ponerlo en práctica. Montó una prensa y editó un periódico, *The Herald*. Cuando estalló la Guerra Civil organizó un servicio de informaciones y difundió las noticias de las grandes batallas. Pero un día se le cayó un trozo de fósforo, incendió el vagón y lo echaron del ferrocarril.

Por entonces ya era famoso en todo el país como joven editor del primer periódico confeccionado sobre un tren. El *Times* de Londres le dedicó un artículo.

Estudió telegrafía y consiguió trabajo como operador nocturno en Stratford Junction, Canadá, pero un día se equivocó al dar paso libre a un tren de carga y tuvo que esfumarse. (Durante la Guerra Civil los que sabían manejar un telégrafo conseguían trabajo fácilmente).

Edison recorrió el país aceptando empleos, abandonándolos y volviendo al

camino, devorando cuanto libro le caía en las manos; cada vez que leía algo sobre un experimento científico probaba repetirlo, cada vez que tenía cerca un motor intentaba desarmarlo, cada vez que lo dejaban solo en una oficina de telégrafos hacía innovaciones con los cables. La mayoría de las veces eso le costaba el empleo y tenía que marcharse.

Fue telegrafista vagabundo en todo el Medio Oeste: Detroit, Cincinnati, Indianápolis, Louisville, Nueva Orleans, siempre sin un céntimo, la ropa manchada de ácido, siempre intentando nuevos trucos con los cables.

Trabajó para la Western Union en Boston.

Allí patentó su primer invento, un registrador automático de votos para el Congreso, pero en el Congreso no querían un registrador automático de votos, por lo tanto todo lo que Edison sacó en limpio fue un viaje a Washington y un montón de deudas; inventó un indicador automático de cotizaciones de Bolsa y una alarma contra robo y se quemó la cara con ácido nítrico.

Pero entonces el gran mercado para acciones, ideas, oro y billetes era Nueva York.

(*Esta parte fue escrita por Horatio Alger:*)

Cuando Edison llegó a Nueva York estaba arruinado y debía dinero en Detroit y Rochester. Era la época en que todo el mundo corría detrás del oro y Jay Gould intentaba acaparar el mercado. Wall Street era un manicomio. Un tipo llamado Law había instalado un indicador eléctrico (inventado por Callahan) que daba el precio del oro en las agencias de Bolsa. Edison, sin dinero, sin trabajo y sin techo, se había pasado el día dando vueltas por la oficina central y charlando con los operadores cuando, en medio de un día agitadísimo, el transmisor central se detuvo con una explosión; todo el mundo perdió la cabeza. Edison se coló, reparó la máquina y se alzó con un trabajo de trescientos dólares al mes.

En el sesenta y nueve, el año del Viernes Negro, fundó con un hombre llamado Pope una compañía de ingeniería eléctrica.

Desde entonces se las arregló solo. Inventó un cotizador de acciones y lo vendió. Montó una sala de máquinas y un laboratorio. Cada vez que se le ocurría un modelo lo construía. El Registrador Universal de Cotizaciones le reportó cuarenta mil dólares.

Alquiló un taller en Newark y trabajó en un telégrafo automático y en sistemas para enviar dos y cuatro mensajes simultáneos por el mismo cable.

En Newark colaboró con Sholes en la primera máquina de escribir e inventó el mimeógrafo, el reóstato a carbón, el microtaxímetro y el papel parafinado.

Le preocupaba algo que denominaba fuerza etérica; pensó mucho en el fenómeno, pero el que descubrió las ondas hertzianas fue Marconi. La radio estaba destinada a demoler el universo antiguo. La radio asesinaría al viejo dios euclidianos, pero a Edison nunca lo atrajeron los conceptos filosóficos.

Se pasaba día y noche manipulando ruedas dentadas y pedacitos de alambre de cobre y frascos de productos químicos; cada vez que se le ocurría algo lo ponía en práctica. Poseía un don especial. No era matemático. «Puedo valerme de los matemáticos, pero ellos no pueden valerse de mí», decía.

En 1866 se mudó a Menlo Park, donde inventó el transmisor de carbono que convirtió al teléfono en un objeto comercializable e hizo posible el micrófono

trabajó día y noche e inventó
el fonógrafo
la lámpara eléctrica incandescente

y sistemas generadores, distribuidores, reguladores y medidores de la corriente eléctrica, enchufes, interruptores, aisladores, receptáculos. Edison produjo los primeros sistemas de alumbrado eléctrico abastecidos con corriente directa y pequeñas bombillas y el arco múltiple que se instaló en Londres París Nueva York y Sunbury, Pensilvania,

el sistema de tres ondas,
el separador eléctrico mineral y un tren eléctrico.
No dejaba respirar a los de la Oficina de Patentes.

A fin de encontrar para su lamparilla eléctrica un filamento que funcionase bien y pudiese producirse a bajos costos probó toda clase de telas y papeles, hilo, cordel de pesca, fibra, celuloide, madera de balsa, cáscara de coco, abeto, nogal, baya, arce, palo rosa, despojos, caucho, lino, bambú y un pelo de la barba de un escocés pelirrojo;

probó con todo lo que se le ocurría.

En 1887 se trasladó a los grandes laboratorios de West Orange.

Inventó taladros neumáticos y el fluoroscopio y el rollo de película de cine y la batería con acumulador alcalino y el horno para quemar cemento portland y el grabador de sonido para el cine que se empleó en la primera película sonora y la casa de cemento armado que proporcionaría hogares baratos, idénticos, estéticos y sanos a los trabajadores de la era de la electricidad.

A los ochenta y dos años Thomas A. Edison trabajaba dieciséis horas al día; nunca se preocupó por las matemáticas, los sistemas sociales ni los conceptos filosóficos abstractos;

colaboró con Henry Ford y Harvey Firestone, que nunca se preocuparon por las matemáticas, los sistemas sociales ni los conceptos filosóficos abstractos;
trabajaba dieciséis horas al día tratando de encontrar un sustituto del caucho; cada

vez que leía algo nuevo lo ponía en práctica; cada vez que se le ocurría una idea se encerraba en el laboratorio y experimentaba.

EL OJO DE LA CÁMARA (25)

ESAS noches de primavera las ruedas de los tranvías rechinaban pesadamente mezcladas con un ronroneo de camiones sobre las piedras en la curva de Harvard Square el polvo quedaba suspendido chispeando al resplandor de los arcos voltaicos toda la noche no se podía dormir hasta el amanecer

no tener coraje para romper la campana de cristal

cuatro años sobreprotegido respira hondo tranquilo bien así sé un buen chico uno dos tres cuatro cinco seis en algunas asignaturas te ponen sobresaliente pero no seas cabeza dura puedes interesarte por la literatura y seguir siendo un caballero no te mezcles con judíos ni socialistas

y todas las buenas relaciones te serán útiles en el Futuro saluda amablemente a todo el mundo cuando cruces el patio

pasar los mejores cuatro años de tu vida sentado mirando el crepúsculo enfriarte como una taza de té a fuerza de cultura olvidado entre un sahumerio y un volumen de Oscar Wilde frío y ni siquiera fuerte como una limonada floja bebida en un concierto popular en el Symphony Hall

cuatro años no me imaginé que serías capaz de hacer lo que pretendía Miguel Angel decir

Marx

a todos

esos profesores con su libro de Swift bajo el brazo y a los de la galería de tiro

pero revolverte toda la noche de primavera con los ojos irritados leyendo *La trágica historia del doctor Fausto* y enloquecer oyendo el rechinar de los tranvías y el ronroneo de los camiones en la curva de Harvard Square y el rugido de los trenes al cruzar las salinas y la sirena de un vapor que zarpa y el vuelo de un insecto y los obreros recorriendo las calles de Lawrence Massachusetts con una banda de bronces

era como las esferas de Magdeburgo la presión exterior mantenía el vacío interior y yo no tenía coraje

para salir al aire libre y gritarles a todos que se fueran volando a la luna como Rimbaud

NOTICIARIO XVII

ANTES de la medianoche se sufrió el ataque de una escuadrilla de aviones enemigos, que bombardearon indiscriminadamente objetivos no militares

LOS FERROVIARIOS NO CEDEN NI UN PASO

Tendremos que emprender la travesía bajo condiciones no totalmente ventajosas, manifestó Koenig, capitán del *Deutschland*, cuando a las 2.30 se hallaba a noventa millas de la Isla Solomon. Todos los buques lo saludaron haciendo sonar sus sirenas.

Tú has hecho de mí lo que ahora soy

Supongo que te alegrarás Tú me arrastraste al abismo

Hasta que mi alma agonizó

Esta mañana a las 9.30 sir Roger Casement fue ahorcado en la cárcel de Pentonville.

SUBMARINO PASA INADVERTIDO

bañistas cubiertas sólo con quimono causan sensación desayuno a base de productos lácteos en lugar de café de calidad en locales de atracciones graves pérdidas en la cosecha norteamericana algarabía de los italianos al ver huir a los austriacos dejando sus equipos gigantesco frente acuático inunda el valle un catedrático sostiene que Beethoven produce la impresión de un bistec sangrante

MAGO DE LA CÁRCEL CONVIERTÉ UN VERTEDERO EN MINA DE ORO

ESTA NOCHE LA LUNA OCULTARÁ A SATURNO

PELEA ENTRE HERMANOS EN LA OSCURIDAD

MAC

LOS rebeldes tomaron Juárez y Huerta huyó y los barcos para Europa zarparon llenos de científicos y en Ciudad de México fue nombrado presidente Venustiano Carranza. A Mac alguien le consiguió un billete para viajar a la capital en el Central Mexicano. Encarnación lloró y todos los anarquistas fueron a la estación a despedirlo. Mac quería unirse a las fuerzas de Zapata. Con Encarnación había aprendido un poco de español y adquirido una vaga idea de la política de la revolución. El viaje en tren duró cinco días. Cinco veces tuvieron que esperar que repararan las vías rotas. A veces, de noche, disparos aislados atravesaban las ventanillas. Cerca de Caballos una bandada de jinetes acompañó un buen trecho al tren, agitando los sombreros y disparando al alejarse. Cuando los soldados que iban en el furgón de cola se despertaron y empezaron a devolver el fuego, los jinetes ya habían desaparecido en una nube de polvo. Cada vez que se oían tiros, los pasajeros se escondían bajo los asientos o se tendían boca abajo en los pasillos. Después del ataque de los jinetes una vieja se echó a gritar porque habían herido a un niño en la cabeza. Su madre era una mujer oscura y corpulenta con un vestido floreado. Recorrió el tren en busca de un médico llevando el cuerpo ensangrentado en los brazos, pero todo el mundo se dio cuenta de que el niño ya estaba muerto.

A Mac le parecía que el viaje no terminaría nunca. En las estaciones compraba comida picante y cerveza tibia a las indias paradas en los andenes, trataba de beber pulque y de conversar con sus compañeros de asiento. Finalmente pasaron por Querétaro y el tren cobró velocidad en medio de una atmósfera fría y translúcida. Luego, recortados contra un cielo azul y más allá de los campos labrados en zigzag, empezaron a tomar forma los picos de los volcanes, hasta que de golpe el tren rechinó entre verjas de jardines y árboles en flor y se detuvo con un crujido de enganches: Ciudad de México.

Mac se perdió por calles bulliciosas, entre las voces roncas de la gente; los hombres vestían de blanco y las mujeres de negro o azul oscuro. Las calles eran soleadas, tranquilas y polvorrientas. Había cientos de tiendas abiertas, taxis, tranvías y limusinas recién lavados. Mac estaba preocupado porque tenía dos dólares. El viaje había sido tan largo que ahora no recordaba lo que tenía pensado hacer cuando llegara a su destino. De una cosa estaba seguro: quería darse un baño y ponerse ropa limpia. Después de vagar un buen rato divisó un letrero: AMERICAN BAR. Estaba muerto de cansancio, de modo que entró y se sentó a una mesa y un camarero le preguntó en inglés qué deseaba. Como no se le ocurría nada pidió un whisky. Lo bebió y se quedó allí, la cabeza entre las manos. El sitio estaba repleto de norteamericanos y había dos mexicanos de enormes sombreros jugando a los dados.

Mac pidió otro whisky. Un hombre de ojos bovinos y enrojecidos, con una arrugada camisa caqui, se paseaba entre las mesas con aire intranquilo. De pronto reparó en Mac y se le acercó.

—¿Le molesta que me siente un rato aquí, compañero? —preguntó—. Estos hijos de puta no paran de hacer ruido. Eh, sombrero... ¿Dónde mierda se metió ese camarero? Tráeme un vaso de cerveza. Bueno, hoy hice salir de aquí a mi mujer y mis hijos... ¿Usted cuándo se larga?

—Yo acabo de llegar.

—El diablo se lo lleve... Éste no es sitio para un blanco... Esos pistoleros entrarán a la ciudad en cualquier momento... Será terrible, se lo puedo asegurar... No quedará un solo blanco para contarlos... Pero yo voy a cargarme unos cuantos antes de que me pongan la mano encima. Dios, valgo por veinticuatro de ellos... No, por veinticinco —sacó del bolsillo un Colt, vació el tambor y se puso a contar las balas—. Ocho —después rebuscó en los bolsillos y colocó todos los proyectiles en hilera sobre la mesa. Había nada más que veinte—. Algun hijo de puta me habrá robado las demás.

Un tipo alto y lechoso se apartó de la barra y puso la mano sobre el hombro del exaltado.

—Será mejor que guardes eso hasta que lo necesitemos. Eustace... Ya sabes lo que tienes que hacer, ¿no? —se volvió hacia Mac—: Apenas empiece el tiroteo todos los ciudadanos estadounidenses nos concentraremos en la Embajada. Venderemos caras nuestras vidas.

—Eh, gigante, te invito a otra vuelta —gritó alguien desde el mostrador. El lechoso se alejó.

—Parece que esperan tener problemas —dijo Mac.

—¡Problemas! ¡Dios mío! Usted no tiene idea de lo que es este país. ¿Acaba de llegar?

—Vine en tren desde Juárez.

—Imposible. Hasta Querétaro las vías están rotas.

—Bueno, deben de haberlas reparado —dijo Mac—. Oiga, ¿qué se dice de Zapata por aquí?

—Dios mío, es el más sádico y sangriento de todos... En Morelos asaron a fuego lento a un tipo que era dueño de un molino azucarero y violaron delante de él a la esposa y las hijas... Dios mío, compañero, usted no tiene idea de lo que es este país. ¿Sabe lo que tendríamos que hacer? ¿Sabe lo que tendríamos que hacer si en la Casa Blanca hubiera un hombre y no ese besugo con boca de patata que se hace pasar por reformador? Tendríamos que reunir un ejército de cien mil hombres para limpiar este lugar. El país no está nada mal, al contrario, pero ni uno de esos condenados peones vale lo que la bala para matarlo. Habría que quemarlos como a piojos, eso es lo que pienso yo... Cada uno de estos hijos de puta es un Zapata en potencia.

—¿Usted de qué se ocupa?

—Prospección de petróleo, y hace quince años que estoy en esta cueva infecta y ya estoy hasta los cojones. Si no hubiera tenido que presentar unas demandas y vender mis muebles, me habría marchado hoy mismo a Veracruz... Es que cuando menos lo esperemos acabarán cortando las comunicaciones... Entonces quedaremos encerrados como ratas y a Wilson le importará un comino que nos revienten... Si en Estados Unidos la gente supiera lo que estamos pasando aquí... Dios mío, somos el hazmerreír de todas las naciones... ¿Y usted a qué se dedica, compañero?

—Impresor... Es decir, linotipista.

—¿Busca trabajo?

Mac sacó un dólar para pagar los tragos.

—Supongo que tendrá que hacerla —dijo—. Éste es mi penúltimo dólar.

—¿Por qué no se da una vuelta por el *Mexican Herald*? Siempre están buscando linotipistas que sepan inglés... Aquí no consiguen ninguno... Pero éste ya no es un buen sitio para los blancos... Mire, compañero, hoy pago yo.

—Bien, pero yo pagaré otro whisky.

—Aquí ya se echó toda la carne al asador, compañero... Estamos al borde del infierno... Así que mejor bebamos mientras nos dejen.

Esa noche, después de haber cenado en una fonda americana, Mac paseó por la Alameda para que se le evaporase el whisky de la cabeza antes de acudir al *Mexican Herald* a ver si le daban trabajo. Se dijo que, en todo caso, sólo sería por dos semanas, hasta familiarizarse con el país. Los altos árboles de la avenida, las estatuas y las fuentes blancas, las parejas ataviadas que paseaban bajo el alumbrado y los carruajes que bailoteaban sobre los guijarros contagiaban serenidad y no desentonaban con las hileras de indias de ojos de piedra que vendían frutas y nueces y caramelos rosas, amarillos y verdes junto al bordillo. Mac se convenció de que el hombre del bar se había burlado de él porque era un forastero.

En el *Mexican Herald* consiguió trabajo a treinta dólares mexicanos por semana, pero en los talleres todo el mundo decía las mismas cosas que el hombre del bar. Esa noche un viejo polaco americano que era corrector de pruebas se lo llevó con él a un hotelucho y le prestó un par de dólares hasta el día de paga.

—Haz lo posible por que te adelanten todo lo que consigas —dijo el viejo—. Cualquier día de estos llega la revolución y adiós *Mexican Herald*... A menos que Wilson se decida a intervenir pronto.

El viejo estiró los dedos sobre la nariz de un modo peculiar y lo dejó solo.

Cuando por la mañana Mac se despertó, estaba en una habitación pintada de amarillo brillante. Los muebles eran azules y la ventana estaba cubierta por una cortina amarilla. Detrás de las cortinas, los postigos dejaban filtrar una barra de luz vívida y violácea que se derramaba como un sendero sobre las sábanas. En alguna parte cantaba un canario, más allá de los tejados rojos. Se levantó y abrió los postigos. La calle estaba vacía e inundada de sol. Se llenó los pulmones de un aire ligero y templado y sintió el calor de los rayos en la cara y los brazos. Debía de ser

temprano. Se tendió de nuevo en la cama y volvió a dormirse.

Cuando meses después Wilson ordenó la evacuación de México por parte de los estadounidenses, Mac estaba instalado en un apartamentito del Plaza del Carmen con una muchacha llamada Concha y dos gatos persas blancos. Concha había trabajado de taquígrafo e intérprete para una firma americana y había sido durante tres años amante de un petrolero, así que hablaba inglés perfectamente. El petrolero se había colgado del estribo del tren de Veracruz en la época del pánico, cuando la fuga de Huerta, dejando a Concha a pan y agua. Ella se había ilusionado con Mac desde el momento mismo de verlo por primera vez en el correo. Lo atendía a cuerpo de rey, y cuando él hablaba de unirse a los de Zapata solía reírse y decir que los peones eran unos salvajes ignorantes que no entendían otro idioma que el del látigo. Su madre, una vieja perpetuamente envuelta en un rebozo negro, iba a cocinarles, y a Mac empezaron a gustarle el pavo con salsa de chocolate y las enchiladas con queso. Los gatos se llamaban *Porfirio* y *Venustiano* y dormían al pie de la cama. Concha era muy ahorrativa, podía lograr que el sueldo de Mac se estirara hasta límites insospechados y jamás se quejaba cuando él se iba a vagar por la ciudad y volvía tarde, con la cabeza a punto de explotarle de tanto beber tequila. En lugar de treparse a cualquiera de los trenes atestados que partían para Veracruz, Mac aprovechó el dinero que le sobraba para comprar unos muebles de oficina que un empresario aterrorizado vendía por lo que le ofrecieran. Apiló todo en el patio trasero de la casa donde vivían. La idea de comprar los muebles había sido en realidad de Concha; él se burlaba y aseguraba que nunca conseguirían librarse de ellos. Pero ella meneaba la cabeza, sonreía y contestaba: «Espera un poco».

A Concha le gustaba mucho que los domingos él invitara amigos a comer. Los esperaba con verdadero placer, enviaba a Antonio, su hermano menor, a comprar cerveza y coñac, y jamás le faltaban pasteles para ofrecer a quien quisiera. A veces Mac pensaba cuánto más agradable era aquello que la vida con Maisie en San Diego, al punto de que ya no le pasaba tanto por la mente la idea de unirse a Zapata.

El corrector polaco, que se llamaba Korski, resultó ser exiliado político, socialista y hombre muy informado. Solía pasarse toda la tarde sentado con medio vaso de coñac, hablando de la situación europea; desde el colapso de los partidos socialistas a comienzos de la guerra mundial no había vuelto a hacer política; pero se mantenía al tanto de todo. Tenía la teoría de que el progreso y las dietas híbridas estaban degenerando a la raza humana.

Después estaba Ben Stowell, un pequeño empresario petrolero independiente que pretendía llegar a un acuerdo con el gobierno de Carranza para explotar algunos pozos de manera legal. Estaba casi arruinado y no dejaba de pedirle dinero prestado a Mac, pero cuando charlaba manejaba cifras millonarios. Se proclamaba políticamente progresista y afirmaba que Villa y Zapata eran hombres honestos. Ben Stowell asumía sistemáticamente el punto de vista opuesto al de Korski y le echaba en cara al viejo su actitud antisocial. Mac quería hacer algo de dinero y enviárselo a Maisie para

los estudios de los niños. Lo alegraba mandar de vez en cuando a Rose una caja de juguetes. Intercambiaba con Ben ideas sobre la posibilidad de hacer fortuna en México. Ben Stowell le presentó dos políticos jóvenes a quienes les gustaba sentarse por las tardes a hablar de socialismo, beber y aprender inglés. Por lo general Mac era parco, pero a veces lo agujoneaban y soltaba una andanada de la más pura doctrina de la IWW. Concha zanjaba las discusiones poniéndoles delante la cena y exclamando mientras sacudía la cabeza: «Todos los pobres son socialistas... ¿Y cómo no? Pero cuando se hacen ricos se vuelven capitalistas».

Un domingo Mac, Concha, unos mexicanos del periódico, Ben Stowell y la novia de éste, Angustias, que era corista del Lírico, hicieron una excursión a Xochimilco. Alquilaron un barquito con mesa, toldo y un indio para que los paseara por los canales bordeados de álamos, entre las huertas y los jardines. Bebieron pulque y una botella de whisky y les compraron flores a las muchachas. Uno de los mexicanos cantó acompañándose con una guitarra.

Por la tarde el indio amarró el bote a un muelle y se internaron en un bosque, cada pareja separada de las demás. Repentinamente Mac se sintió nostálgico y comenzó a hablarle a Concha de los hijos que tenía en Estados Unidos, en especial de Rose, y ella se echó a llorar y le confesó que adoraba a los niños, pero que a los diecisiete años había estado a punto de morir de una enfermedad: ahora no podía tener hijos y debía conformarse con *Porfirio* y *Venustmno*. Mac la besó y le dijo que la cuidaría siempre.

Cuando, cargados de flores, regresaron a la parada del tranvía eléctrico, Mac y Ben dejaron que las muchachas se fueran solas a casa y entraron a una cantina a beber un trago. Ben confesó que estaba harto de aventuritas, que tenía ganas de hacer el equipaje, volver a su país, encontrar una casa y formar una familia. «Compréndeme, Mac —dijo—, tengo cuarenta años. Un hombre no puede andar toda la vida como un vagabundo». «Bueno, yo no soy mucho más joven», respondió Mac. La conversación no se prolongó demasiado; Ben acompañó a Mac hasta el *Mexican Herdd* y de allí se dirigió al centro de la ciudad, a ver a unos petroleros que paraban en el Iturbide. «En fin, la verdad es que no es mala esta vida, siempre y cuando uno no afloje», dijo agitando la mano, mientras se alejaba calle abajo. Era un hombre de cuello poderoso y piernas curvas de jinete.

Algunos días más tarde Ben se presentó en el Plaza del Carmen. Mac todavía estaba acostado. «Ven a comer conmigo hoy al mediodía, Mac —le propuso—. Voy a enseñarte la ciudad a un tipo. Se llama G. H. Barrow... Y lo que pasa es que quiero saber qué busca». El sujeto pensaba escribir una serie de artículos sobre la situación mexicana; se decía que estaba vinculado con la AFL. Durante el almuerzo preguntó con visible angustia si el agua no estaba contaminada y si no era peligroso caminar de noche por la calle. Ben Stowell se burló de él con cierta mesura y le contó historias de generales borrachos que entraban a los bares y disparan al suelo para hacer bailar a los parroquianos, de cómo las cantinas solían convertirse en salones de tiro.

—El salón de tiro, así llaman aquí al Congreso —dijo Mac. Barrow les contó que esa tarde debía concurrir a un acto de la Unión Nacional de Trabajadores: ¿tenían problema en acompañarlo para servirle de intérpretes? Aquél era el día libre de Mac, de modo que accedieron. El individuo dijo que tenía instrucciones de tratar contacto con los obreros organizados de México y proponerles que se unieran a la Federación Panamericana del Trabajo. Si se llegaba a algún acuerdo provisional, el mismo Gompers viajaría para sellar la unidad. Contó que había trabajado de administrativo en el puerto, de conductor de la Pullman y de secretario en la Hermandad de Ferroviarios, pero que ahora lo hacía para la AFL. Hubiera deseado que los obreros americanos demostraran más talento en el arte de vivir. Había estado presente en los encuentros de la Segunda Internacional en Amsterdam y descubierto que los europeos eran mucho más imaginativos. Cuando Mac le preguntó por qué diablos la Segunda Internacional no había hecho nada para parar la guerra, el hombre dijo que las condiciones no habían madurado y se explayó sobre las atrocidades de los alemanes.

—Las atrocidades de los alemanes son cosa de pícnic escolar al lado de lo que pasa en México todos los días —comentó Ben.

Entonces Barrow se atrevió a preguntar si los mexicanos eran tan inmorales como se decía. La cerveza con que acompañaban el almuerzo era fuerte y los tres se sentían bastante sueltos. Barrow quiso saber si no era peligroso enredarse con mujeres: ¿no era altísimo el porcentaje de sifilíticos? Mac respondió que sí, pero que, en caso de interesarle, él y Ben podían llevarlo a un lugar seguro. Barrow se rió entre dientes, vaciló un instante, y manifestó que estaba dispuesto a ir cuando ellos quisieran.

—Cuando se está investigando una realidad hay que conocer de todo.

Ben Stowell dio una palmada en el borde de la mesa y aseguró que Mac era el individuo indicado para mostrarle el reverso de la vida mexicana.

Cuando llegaron al acto, el sitio estaba repleto de flacos hombres morenos vestidos de algodón azul. Daba la impresión de que les sería imposible entrar —los pasillos estaban obstaculizados por una multitud compacta—, pero Mac encontró un conocido que los acomodó en un palco. La sala rezumaba sudor, había una banda de música, por momentos se cantaba y los discursos eran larguísimos. Barrow apuntó que oír hablar en un idioma extraño le daba sueño y propuso un paseo por la ciudad; le habían dicho que el barrio de la luz roja valía la pena... y estaba interesado en comprobarlo sobre el terreno.

En el vestíbulo se toparon con Enrique Salvador, un periodista amigo de Ben. Disponía de un coche con chófer. Les dio la mano, se rió y por fin aclaró que el coche pertenecía al jefe de policía, que era compinche suyo. ¿Qué les parecía la idea de dar un paseo por San Ángel? Recorrieron la larga avenida hasta más allá de Chapultepec: los Campos Elíseos de México, observó Salvador. Cerca de Tacubaya el periodista les señaló el punto donde las tropas de Carranza habían tenido una escaramuza con los de Zapata hacía sólo una semana, y la esquina donde un rico comerciante había sido asesinado por los bandidos. G. H. Barrow inquirió si no era un poco arriesgado

internarse de tal manera en el país, a lo cual Salvador replicó:

—Yo trabajo de periodista. Soy amigo de todos.

En San Ángel tomaron unas copas y de vuelta a la ciudad pasaron por el barrio de Pajaritos. Cuando vio las pequeñas casuchas iluminadas, cada una con su cama, sus flores de papel y el crucifijo que se avistaba por la puerta abierta, entre las cortinas de flecos azules o rojos, y las muchachas indias vestidas con túnicas cortas, de pie o sentadas en el umbral, Barrow se sumergió en un silencio profundo y sus ojos adquirieron una consistencia acusosa.

—Ya ve —dijo Ben Stowell—, es más fácil que levantar un leño... Pero le recomendaría que si viene por aquí tenga cuidado. Después de la cena Salvador nos llevará a un buen sitio. Él debe conocerlos, porque después de todo es amigo del jefe de policía, que es el dueño de casi todos.

Pero Barrow insistía en entrar a una de esas casuchas, de modo que bajaron, hablaron con una muchacha y Salvador mandó al chófer a comprar un par de botellas de cerveza. La muchacha los recibió con mucha amabilidad. Barrow le pidió a Mac que le hiciera preguntas, pero Mac no tenía ganas y le pasó el fardo a Salvador. De golpe G. H. Barrow apoyó la mano en la espalda desnuda de la muchacha, intentó rasgarle la túnica y le preguntó cuánto había que pagar para verla desnuda; ella no entendió, le apartó la mano, gritó y soltó una andanada de maldiciones que Salvador prefirió no traducir.

—Será mejor que nos llevemos de aquí a ese imbécil antes de que arme un escándalo.

Antes de cenar cada uno bebió un tequila en un bar donde no se despachaba otra cosa. La guardaban en barrilitos barnizados. Salvador le enseñó a G. H. Barrow cómo se tomaba: primero se ponía sal en el hoyuelo entre el pulgar y el índice, después se bebía el tequila de un solo trago, se chupaba la sal y finalmente se comía un poco de salsa de chile. Pero Barrow invirtió el proceso y se atragantó.

Para la hora de la cena estaban borrachos como cubas y G. H. Barrow repetía que los mexicanos sí que sabían lo que era el arte de vivir, lo cual dio pie a que Salvador hablara del genio indio y del genio latino y confesara que Mac y Ben eran los únicos gringos soportables que había conocido en su vida e insistiera en pagar la cuenta. Se la pasaría a su amigo, el jefe de policía. A la salida fueron a una cantina pegada a un teatro, donde se decía que había chicas francesas; pero las francesas parecían haberse esfumado. Lo único que había en la cantina eran tres viejos que respectivamente tocaban el violín, el cello y el piccolo. Salvador les pidió que tocaran *Adelita* y *La Cucaracha* y todos las cantaron a coro. Había además un viejo de sombrero ancho y pistolera reluciente ceñida a la espalda que apenas los vio entrar apuró su copa y se marchó. Salvador le susurró a Mac que era el general González y que se había marchado para que no lo vieran bebiendo con gringos.

Ben y Barrow ocuparon una mesa en un rincón y juntaron las cabezas para hablar de asuntos petroleros. Barrow decía que estaba al llegar un representante de ciertas

empresas importantes: en cualquier momento se instalaría en el Regis. Ben dijo que le interesaba conocerlo y Barrow, rodeándole los hombros con el brazo, aseguró que Ben era exactamente la persona que el representante de marras necesitaba para forjarse un panorama ajustado de las condiciones de trabajo. Entretanto Mac y Salvador bailaban el danzón cubano con las chicas. De golpe Barrow se puso de pie y, tambaleándose, proclamó que no tenía ganas de esperar a las francesas y que por qué no volvían a ese sitio donde ya habían estado, a probar un bocado de carne morena. Salvador, sin embargo, insistió en ir a la casa de Remedios, cerca de la embajada americana. «Quelque cosa de chic», dijo en mal francés. Se trataba de una casa enorme con escalera de mármol, arañas de cristal, tapizados color salmón y cortinas de encaje, repleta de espejos.

—Personne que les henerales vieng aqui^[10] —dijo Salvador una vez que los hubo presentado a la dueña, una mujer de ojos oscuros y cabello gris que, vestida de negro y cubierta con un chal del mismo color, tenía todo el aspecto de una monja.

Sólo había una chica libre, de modo que la dejaron para Barrow, arreglaron el precio y se marcharon.

—Uf, qué alivio —dijo Mac mientras salían. El aire era frío y el cielo estaba cuajado de estrellas.

Salvador había acomodado a los tres músicos en el asiento trasero del coche. Dijo que se sentía romántico y quería ofrecerle una serenata a su novia, de modo que se lanzaron por la carretera hacia Guadalupe a una velocidad de locos. Mac, el chófer, Ben y Salvador cantaban *Adelito* acompañados por la queja totalmente desafinada de los instrumentos.

En Guadalupe se detuvieron bajo unos árboles, frente al muro de una casa con grandes ventanas enrejadas, y cantaron *Cielito Lindo*, *Cuatro Milpas* y *Adelito*. Ben y Mac completaron su aportación con *Poro aportarte del vapor del rocío* y estaban a punto de iniciar *No me enterréis en lo prodero solitario* cuando se asomó a la ventana una muchacha que, en voz baja, habló largo rato con Salvador en español. Salvador acabó por volverse hacia ellos:

—Elle dit que nous make escándalo y debemos go away. Tres chic^[11].

A esas alturas había llegado una patrulla del ejército que los hubiera arrestado de no ser porque el oficial reconoció el coche y Salvador lo invitó a tomar un trago. Cuando por fin volvieron al apartamento de Mac estaban todos ciegos de la borrachera. Concha, que estaba consumida de esperados, preparó una cama para Ben en el comedor y, cuando se estaba por acostar, Ben le dijo:

—Por Dios que eres una enormidad de mujer, Concha. Te juro que cuando sea rico te compraré los mejores pendientes de diamantes que encuentre en la ciudad.

En cuanto a Salvador, lo último que supieron de él esa noche fue que, mientras el coche doblaba la esquina en dos ruedas, él iba de pie adelante, dirigiendo la interpretación de *Adelito* que volvían a atacar los tres viejos.

Poco antes de Navidad Ben Stowell volvió de un viaje a Tamaulipas contento

como nunca. Las cosas iban mejorando. Había llegado a un acuerdo con el caudillo de un pueblo cercano a Tampico para explotar a medias un pozo petrolífero. A través de Salvador se había relacionado con algunos miembros del gabinete de Carranza y esperaba poder hacer tratos con algún pez gordo de Estados Unidos. Le sobraba dinero y había alquilado una habitación en el Regis. Un día fue a la imprenta y le pidió a Mac que saliera un momento a hablar al pasillo.

—Oye, Mac —dijo—. Vengo a hacerte una oferta... ¿Conoces la librería del viejo Worthington? Bien, anoche me emborraché y se la compré por dos mil pesos... Él quiere levantar campamento y volver a morir a Inglaterra.

—¡No te puedo creer!

—Lo que más me alegra es que lo tendré bien lejos.

—Porque andas detrás de Lisa, cabrón.

—Bueno, quizá también ella se alegre de quitarlo del medio.

—Acepto que es preciosa.

—Mira, tengo un montón de noticias. Te las contaré después... No creo que el *Herald* sea el lugar más apropiado... Voy a hacerte una propuesta, Mac... Dios sabe cuánto te debo... ¿Te acuerdas de esos muebles de oficina que tienes apilados en casa de Concha? —Mac asintió—. Me los quedo yo y te doy la mitad de las ganancias de la librería. Voy a instalar un despacho. Tú conoces el negocio de los libros... Me lo dijiste tú mismo... Te quedas con los beneficios del primer año y a partir de allí nos los repartimos mitad y mitad, ¿de acuerdo? Estoy seguro de que lo harás producir. Ese viejo tonto de Worthington lo consiguió, y encima metió en ello a Lisa... ¿Te parece bien?

—Cristo, déjame pensar, Ben... Ahora tengo que volver a la madriguera.

Así fue que Mac se encontró dirigiendo una librería en la calle Independencia, con artículos de papelería y unas cuantas máquinas de escribir. La sensación de ser su propio jefe por primera vez en la vida no era en absoluto desagradable. Concha, que era hija de un comerciante de ultramarinos, estaba encantada. Se ocupaba de ordenar los libros y despachar a los clientes, de modo que Mac se dedicaba a leer y charlar con sus amigos en la trastienda. Esa Navidad Ben y Lisa —una española de piel blanca como las camelias y pelo azabache, que había sido bailarina en Málaga— ofrecieron toda clase de fiestas en el apartamento con cocina y sala de baño al estilo americano que Ben alquilaba en el barrio nuevo, por la zona de Chapultepec. El día del banquete anual de la Asociación de Publicistas, Ben, que estaba de buen humor, pasó por la librería y les pidió a Mac y Concha que fuesen a su casa por la noche. ¿Era posible que Concha llevara un par de amigas, dos chicas discretas y nada vulgares, en fin, lo que ella ya sabía? Iba a dar una fiesta en honor de G. H. Barrow, que había regresado de Veracruz, y de un personaje importante de Nueva York que estaba ocultando algo, no se sabía bien qué. El sujeto se había entrevistado con Carranza el día anterior y en el banquete todo el mundo se había dedicado a mimarlo.

—Cristo, Mac, debiste haber venido; alquilaron un tranvía, metieron dentro una

mesa larga y una orquesta y nos llevaron hasta San Angel y después a pasear por toda la ciudad.

—Los vi pasar —dijo Mac—. Parecía un funeral.

—No importa, fue sensacional. No faltaba nadie; estaban Salvador y el personaje ese de Nueva York, Moorehouse... Diablos, el tipo daba la impresión de no saber dónde estaba parado. Tenía miedo de que en cualquier momento le estallase una bomba bajo la silla... Si lo piensas, no hubiera venido mal un atentado... Habrían liquidado a toda la escoria de la ciudad junta.

La fiesta en casa de Ben no salió demasiado bien. J. Ward Moorehouse ni siquiera les prestó atención a las chicas. Pasó todo el tiempo pegado a su secretaria, una americana rubia con cara de cansada, los dos muertos de miedo. Cenaron comida mexicana con champán y bebieron mucho coñac mientras una gramola derramaba canciones de Victor Herbert e Irving Berlin y, en la calle, una banda ambulante atraída por las luces tocaba aires mexicanos. Como después de la cena el ambiente se volvió más ruidoso, Ben y Moorehouse sacaron al balcón un par de sillas y, fumando cigarros, sostuvieron una larga conversación sobre asuntos petroleros. J. Ward Moorehouse explicó que su viaje no revestía ningún carácter oficial, me comprende, lo que quiero es tener una idea de la situación y averiguar qué hay detrás de la reiterada oposición de Carranza a los inversores americanos. Dijo que los grandes empresarios americanos con los que estaba en contacto sólo pedían juego limpio y que, en lo que a él se refería, creía que los puntos de vista de aquéllos podían hacerse conocer sin problemas por medio de un buró de información o con la ayuda de los periodistas de México...

Ben fue hasta el comedor y regresó con Enrique Salvador y Mac. Cambiaron ideas sobre el panorama y J. Ward Moorehouse observó que, habiendo sido hombre de prensa, no podía dejar de entender la situación, con toda probabilidad no muy diferente en Ciudad de México que en Chicago o Pittsburgh, que el anhelo de todo periodista era desentrañar el significado exacto de todo cambio operado en la realidad, pero que en su opinión la clase empresarial mexicana estaba casi tan mal informada como la prensa americana con respecto al rumbo que iban tomando los acontecimientos políticos de su propio país. Si míster Enrique tenía a bien llegarse hasta el Regis, él se sentiría encantado de debatir más ampliamente estos temas, y lo mismo les digo a ustedes, caballeros; en caso de que él no se encontrara, dada la gran cantidad de citas que tenía concertadas y los escasos días que duraría su visita a la capital mexicana, miss Williams, su secretaria, se enorgullecería de proporcionarles la información que requieren, así como unos apuntes altamente confidenciales en torno a la actitud de las grandes compañías americanas con las cuales mantenía contactos del todo informales.

De inmediato manifestó que lo sentía, pero lo esperaban unos telegramas en el Regis, y Salvador los llevó a él y a miss Williams al hotel en el coche del jefe de policía.

—Este tipo es un meloso inaguantable —dijo Mac cuando J. Ward Moorehouse se marchó.

—Mac —replicó Ben—, este niñito está recubierto de una crema fabricada por millones de dólares. Ojalá pudiera sacarle algunos contactos... Joder, a lo mejor todavía estoy a tiempo... Hay que aprender de los que saben, Mac. Te doy mi palabra de que acabaré asociándome con los grandes.

A partir de ese momento la fiesta no fue tan refinada. Ben sacó más botellas de coñac y los hombres comenzaron a llevarse a las muchachas a los dormitorios, los pasillos, e incluso la cocina y el lavadero. Barrow se apoderó de una rubia medio inglesa llamada Nadia y le habló toda la noche del arte de la vida. Después de que se marcharan todos, Ben los encontró encerrados en su propio cuarto.

Mac le iba tomando el gusto a la vida de librero. Se levantaba a la hora que le daba la gana y, por calles soleadas, pasaba frente a la catedral y la fachada del Palacio Nacional, para después subir por Independencia, sobre cuyas aceras regadas con agua fresca corría un viento dulce de aroma de flores y café tostado. Para cuando llegaba a la tienda, Antonio, el hermano de Concha, estaba barriendo con la persiana baja. Mac se sentaba a leer en la trastienda o conversaba con los clientes tanto en inglés como en español. No vendía demasiados libros, pero las publicaciones americanas y europeas, especialmente la *Pólice Gazette* y *La Vie Parisienne*, tenían buena salida. Había abierto una cuenta bancaria y proyectaba representar a algunas firmas de máquinas de escribir. Salvador le prometía conseguirle un contrato para proveer de artículos de librería a un departamento gubernamental, con lo cual se haría definitivamente rico.

Una mañana divisó una gran multitud en la plaza del Palacio Nacional. Entró a una de las cantinas de la recova y pidió un vaso de cerveza. El camarero le contó que las tropas de Carranza habían perdido Torreón y que Villa y Zapata tenían rodeada la capital. Cuando llegó a la librería circulaba la noticia de que el gobierno de Carranza se había fugado y que los revolucionarios iban a ocupar la ciudad antes de caer la noche. Los comerciantes comenzaron a cerrar sus tiendas. Concha y su madre aparecieron llorando, diciendo que sería peor que la semana terrible de la caída de Madero y que los revolucionarios habían jurado incendiar y saquear la ciudad. Antonio entró corriendo y dijo que Zapata estaba bombardeando Tacuba. Mac subió a un coche y fue a la Cámara de Diputados a ver si podía encontrar alguien conocido. Todas las puertas que daban a la calle estaban abiertas y los corredores sembrados de papeles rotos. En el hemiciclo sólo vio a una vieja pareja de indios que, tomados de la mano, se paseaban contemplando temerosamente el cielorraso dorado, las pinturas y las mesas tapizadas de felpa verde. El viejo llevaba el sombrero en la mano como si estuviese en la iglesia.

Mac le ordenó al cochero que los llevara al periódico donde trabajaba Salvador, pero al llegar el portero, con un guiño, le anunció que Salvador se había marchado a Veracruz acompañando al jefe de policía. Entonces se dirigió a la embajada, donde no

pudo arrancarle una sola palabra a nadie. La sala de espera estaba repleta de americanos fugados de sus ranchos y propiedades, que maldecían al presidente Wilson y se regalaban unos a otros horrorosas historias de revolucionarios. En el consulado se cruzó con un sirio que le ofreció comprarle todas las existencias de la librería.

—Ni lo sueñe —le contestó Mac, y volvió a Independencia.

Cuando llegó a la tienda, los vendedores de periódicos ya recorrían la calle voceando: «¡Viva la revolución reivindicadora!». Concha y su madre estaban aterrorizadas y decían que debían tomar todos el tren a Veracruz si no quería que los mataran. Los revolucionarios iban a saquear los conventos y asesinar a los curas y las monjas. La anciana se hincó de rodillas en un rincón y se puso a rezar avemárias.

—¡Al demonio! —exclamó Mac—. Vendamos esto y volvamos a Estados Unidos. ¿Te gustaría ir a mi país, Concha? —Concha asintió con todas sus fuerzas y sonrió entre lágrimas—. Pero ¿qué diablos vamos a hacer con tu madre y Antonio?

Concha dijo que en Veracruz tenía una hermana casada. Si conseguían llegar allí los podrían dejar con ella.

Mac, chorreando sudor, se precipitó hasta el consulado para encontrar al sirio. No lograban ponerse de acuerdo en el precio. Mac empezó a desesperarse: los bancos estaban cerrando y no había forma de sacar dinero. El sirio afirmó que era libanés y ciudadano de Estados Unidos y buen cristiano; si Mac le firmaba una letra a sesenta días hipotecando por doscientos dólares su parte de la librería, él le adelantaría cien. Repitió que era cristiano y ciudadano de Estados Unidos y le hizo notar que estaba arriesgando su vida para salvar a la esposa y los hijos de Mac. Mac estaba tan aturdido que sólo a último momento se dio cuenta de que el sirio pretendía darle cien dólares mexicanos, mientras los del documento eran americanos. El sirio invocó a Dios para protegerlos a ambos, se disculpó por el error, y Mac partió con doscientos pesos en oro.

Concha lo esperaba con el equipaje listo. Había cerrado la tienda y estaba en la vereda con algunos bultos, los dos gatos en una cesta y Antonio y su madre, cada uno envuelto en una manta.

La estación estaba tan atestada de gente y de cosas que era imposible atravesar la puerta. Mac dio una vuelta por los depósitos y encontró a McGrath, un tipo que conocía y que trabajaba en el ferrocarril. McGrath dijo que si se daban prisa podría acomodarlos. Los metió en un vagón de segunda y prometió que les compraría los billetes, por los cuales seguramente tendrían que pagar el doble. Cuando por fin vio a las dos mujeres sentadas junto con el equipaje, la cesta con los gatos y Antonio, Mac tenía el sombrero empapado de sudor.

A pesar de no haber retrocedido hasta el andén, el tren ya estaba lleno. Partió varias horas después, dejando atrás una hilera de soldados sucios que contenían a la gente que de algún modo intentaba trepar. No había ni un asiento libre, los pasillos rebosaban de curas y monjas y se veía gente muy bien vestida colgada de las

plataformas.

Sentado junto a Concha, envuelto en el espeso calor de ese tren que se movía con una lentitud exasperante, Mac no encontraba nada que decir. Concha suspiraba a cada momento y también suspiraba su madre: «Ay mi Dios», y mordisqueaban alas de pollo y comían pasta de almendras. A menudo el tren era detenido por grupos de soldados que patrullaban la vía. En los desvíos se topaban con furgones cargados de tropas, pero nadie parecía saber de qué bando eran. Mac veía pasar las interminables, serpenteantes hileras de arbustos y las iglesias derrumbadas y contemplaba a los dos grandes volcanes nevados, el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, cambiar de lugar contra el horizonte; más tarde fue apareciendo en perspectiva el cono marrón de otro volcán extinguido; por último, a lo lejos, empezó a cobrar altura en el cielo límpido el pico blanco y azul del Orizaba.

A partir de Huamantla avanzaron entre nubes. Los rieles vibraban bajo el alegre golpeteo de las ruedas, mientras el tren descendía abruptamente por las terrazas hacia un valle de viento y niebla habitado por una vegetación húmeda y tupida.

En Orizaba volvió a salir el sol. El tren estuvo parado mucho tiempo. Mac se sentó a beber cerveza en el coche-restaurante. Se sentía triste entre esos pasajeros que no terminaban de parlotear y reírse.

Cuando oyó la campana se dio cuenta de que no tenía ganas de volver a sentarse con Concha, su madre, sus suspiros, sus dedos grasientos y sus alas de pollo.

Se quedó en otro vagón. Estaba cayendo una noche cargada de aroma a flores y tierra mojada.

Ya era tarde cuando al día siguiente llegaron a Veracruz. La ciudad hervía de banderas y carteles rojos desplegados de pared a pared de esas calles color plátano y limón, con postigos desmesurados y palmeras que oscilaban bajo la brisa del mar. Los carteles decían: VIVA OBREGÓN, VIVA LA REVOLUCIÓN REIVINDICADORA, VIVA EL PARTIDO LABORISTA.

En la plaza central había gente que bailaba al son de una banda. Entre los árboles oscuros de copas como sombrillas resonaban los graznidos de las cornejas.

Mac dejó en un banco a Concha, su madre, los bultos y Antonio, y fue al puerto a averiguar por los pasajes a Estados Unidos. Allí los temas recurrentes eran los submarinos, la entrada de los norteamericanos en guerra y las atrocidades germanas; Mac sacó en limpio que no había barco hasta la semana siguiente y que el dinero que llevaba no le iba a alcanzar ni para dos asientos de tercera. Compró uno solo, para él. Había empezado a sospechar que se estaba portando como un estúpido y decidió marcharse sin Concha.

Cuando volvió a verla, ella aún estaba sentada: había comprado chirimoyas y mangos. La vieja y Antonio se habían ido con el equipaje a buscar la casa de la hermana. Los gatos blancos habían saltado de la cesta y estaban acurrucados a los pies de ella. Concha alzó hacia Mac una breve y confiada sonrisa de sus ojos negros y le contó que *Porfirio* y *Venustiano* estaban contentos porque sentían olor a pescado.

Él le tendió las dos manos para ayudarla a levantarse. No era ése el mejor momento para confesarle que había decidido volver solo a su país. De pronto Antonio llegó corriendo y dijo que había encontrado a sus parientes, que los iban a albergar y que en Veracruz todo el mundo estaba con la revolución.

Mientras atravesaban nuevamente la plaza, Concha dijo que tenía sed. Estaba buscando una mesa al aire libre cuando divisaron a Salvador. Se levantó de un salto, abrazó a Mac, exclamó «Viva Obregón» y los invitó a beber aguardiente de menta a la americana. Salvador dijo que Carranza había sido asesinado en las montañas por sus propios oficiales y que el manco Obregón había entrado en la capital, vestido de blanco a la usanza campesina, con un peón a la cabeza de sus indios yaqui; no se habían registrado desórdenes, se anunciaba el restablecimiento de los principios de Madero y Juárez y todo eso preanunciaba el inicio de una nueva era.

Bebieron varios aguardientes; Mac no dijo nada de su regreso a Estados Unidos.

Le preguntó a Salvador dónde estaba su amigo el jefe de policía, pero Salvador no lo oyó. Entonces Mac le preguntó a Concha qué opinaría si él tomaba la decisión de marcharse a su país sin ella; Concha le contestó que no hiciera bromas. Dijo que Veracruz le gustaba, que era un buen lugar para vivir. Salvador aseguró que se avecinaban días de esplendor para México; pensaba volver a la capital al día siguiente. Esa noche cenaron todos juntos en casa de la hermana de Concha. Mac aportó el coñac. Bebieron a la salud de los trabajadores, de los sindicatos, del Partido Laborista, de la revolución social y la reforma agraria.

A la mañana siguiente Mac se despertó temprano con una leve jaqueca. Salió solo de la casa y fue a pasear por el rompeolas. Estaba empezando a pensar que era una estupidez abandonar de esa forma su librería. Se dirigió al puerto y devolvió el billete. El empleado le retornó el dinero y pudo llegar a la casa de la hermana de Concha justo a tiempo para disfrutar del chocolate y los bizcochos del desayuno.

PROTEO

STEINMETZ era jorobado,
hijo de un litógrafo jorobado.

Nació en Breslau en 1865, a los diecisiete años se graduó en el Gymnasium con mención honorífica y enseguida ingresó a la Universidad de Breslau para estudiar matemáticas;

para Steinmetz las matemáticas eran como la fuerza muscular, las largas caminatas por las colinas, el beso de una muchacha enamorada y las interminables tardes de cerveza compartida con los amigos;

del mismo modo que los trabajadores y los estudiantes pobres sentían sobre sus espaldas rectas el peso implacable de la sociedad, él lo sentía sobre su espalda deforme; fue miembro de un club socialista y editor de un periódico llamado *Lo Voz del Pueblo*.

Bismarck estaba instalado en Berlín como un gran pisapapeles para proteger el nuevo feudalismo alemán y defender a sus amos los Hohenzollern.

Como temía que lo metieran preso, Steinmetz se escapó a Zúrich; en Zúrich sus matemáticas sacudieron la siesta de los profesores del Politécnico;

pero la Europa de los ochenta no era el mejor lugar para un estudiante alemán sin un céntimo, con la espalda quebrada y la cabeza llena de cálculo simbólico y asombro por la electricidad —que no es sino las matemáticas hechas energía—,

y para colmo socialista.

Así fue que con un amigo danés zarpó hacia Norteamérica en la tercera clase del *Lo Champagne*, un viejo vapor francés;

después de vivir en Brooklyn se trasladó a Yonkers, donde consiguió un trabajo de doce dólares por semana a las órdenes de Rudolph Eichemeyer, exiliado alemán desde el cuarenta y ocho, que era inventor, electricista y dueño de una fabrica donde producía máquinas para confeccionar sombreros y generadores eléctricos.

En Yonkers concibió la teoría de los terceros armónicos y la ley de la histéresis, que establece en una fórmula las relaciones múltiples entre el calor metálico, la densidad y la frecuencia cuando en el centro de un magneto sometido a corriente alterna los polos cambian de lugar.

Fue la ley de histéresis de Steinmetz la que hizo posibles todos los transformadores que vemos en cajitas, en los tejados de las casas y en los postes de

alta tensión que hay por todas partes. Los símbolos matemáticos de la ley de Steinmetz son el patrón del cual nacen todos los transformadores.

En 1892, cuando Eichemeyer vendió la compañía que daría origen a la General Electric, Steinmetz fue incluido en el contrato junto a otros artefactos valiosos. Steinmetz fue durante toda su vida uno de los tantos artefactos pertenecientes a la General Electric.

Al principio el laboratorio estaba en Lynn, pero más tarde fue trasladado a Shenectady, la ciudad eléctrica, y con él el pequeño jorobado.

La General Electric le consentía todos los caprichos, le permitía ser socialista y tener un invernadero lleno de cactus, iluminado por luces de mercurio, le permitía tener cocodrilos, cuervos parlanchines y lagartos, y el departamento de publicidad difundía la imagen del mago, el hechicero benefactor que conocía los símbolos capaces de abrir la puerta de la cueva de Ali Babá.

Steinmetz sacaba una fórmula de la manga ya la mañana siguiente surgían mil fabricas nuevas y las dinamos cantaban una melodía de dólares y los transformadores guardaban un silencio de dólares,

y el departamento de publicidad derramaba historias lúbricas en los oídos del público americano y Steinmetz se convirtió en el diminuto mago

capaz de provocar en su laboratorio una tormenta en miniatura, hacer funcionar correctamente los trenes de juguete, conservar la carne fresca en el congelador, mantener encendida la lámpara de la sala y la luz de la calle y el reflector y el gran haz giratorio que por las noches orienta a los aviones de Chicago, San Luis, Nueva York y Los Angeles;

así que le permitían ser socialista y pensar que la sociedad humana podía perfeccionarse tal como se perfecciona una dinamo, y le permitían ser germanófilo y escribirle a Lenin una carta ofreciendo sus servicios, porque las matemáticas son esa ciencia abstracta que desarrolla fórmulas con las cuales se construyen talleres, fabricas, redes de metro, luz, calor, resplandor solar, pero en ningún caso relaciones humanas que puedan poner en peligro el dinero de los accionistas o los sueldos de los gerentes.

Steinmetz fue un mago famoso que para hablar con Edison tuvo que pulsar un aparato Morse que éste apoyaba en las rodillas porque Edison era sordo como una tapia y viajó por el Oeste

pronunciando conferencias que nadie comprendía y habló de Dios con Bryan en un tren

y cuando se encontró con Einstein atrajo a un enjambre de reporteros que no lograron enterarse de lo que esos hombres decían;

y Steinmetz fue el artefacto más valioso que tuvo en su haber la General Electric hasta que se consumió y murió.

JANEY

EL viaje a México y el vagón privado que el gobierno mexicano puso a disposición de J. Ward Moorehouse para regresar al norte fueron experiencias estupendas pero un poco agotadoras; el cruce del desierto, además fue un constante llenarse de polvo. Janey compró algunas cositas preciosas y muy baratas, pendientes de turquesas y de ónix rosa para regalarlos a Alice, su madre y sus hermanas. En el tren, de vuelta, J. Ward pasó gran parte del tiempo dictándole cartas; el coche-salón estaba constantemente repleto de hombres que bebían, fumaban puros y contaban chistes sucios. Uno de ellos era ese Barrow para el cual ella había trabajado una tarde en Washington. El sujeto tomó la costumbre de sentarse a conversar con ella mientras la miraba con unos ojos nada simpáticos; pero de todos modos era una persona interesante y no respondía en absoluto a la imagen que Janey tenía de un líder sindical, y por otra parte le divertía recordar que conocía la historia de Queenie y estar segura de que él no sabía que la conocía. Bromeó con él de buena gana e incluso llegó a pensar que tal vez el hombre se estuviera enamorando, pero parecía la clase de individuo que se enamora de una mujer distinta cada semana.

Después de Laredo ya no contaron con un coche privado y el viaje no fue tan agradable. De allí se dirigieron a Nueva York. Le habían asignado una litera baja en un coche separado del de J. Ward y sus amigos, y encima de ella dormía un muchacho que le cayó simpático. Se llamaba Buck Saunders, era de Texas y arrastraba las palabras de una forma graciosísima. Había sido vaquero, trabajado en los pozos de petróleo de Oklahoma y ahora, con el dinero ahorrado, iba a conocer Washington. Cuando ella le dijo que vivía allí quedó estupefacto; Janey le explicó lo que debía ver, el Capitolio y la Casa Blanca y el monumento a Lincoln y la estatua de Washington y el Hogar de Veteranos de Guerra y el Monte Vernon. Le recomendó que no dejara de visitar Great Falls y de pasear en bote por el canal y le contó cómo una vez la había sorprendido una tormenta terrible cerca de Cabin John's Bridge. Comieron varias veces juntos en el coche-restaurante; él le dijo que era una chica sensacional, que pocas veces resultaba tan fácil hablar con alguien, y le explicó que había tenido una amiga en Tulsa, Oklahoma, pero ahora tenía pensado marcharse a Venezuela a trabajar en los pozos petrolíferos de Maracaibo porque ella lo había abandonado para casarse con un granjero que había descubierto petróleo bajo el pasto que comían las vacas. G. H. Barrow le tomaba el pelo a Janey con su impresionante adquisición, pero ella le contestaba que qué decía él de la pelirroja que se había bajado en San Luis, y acababan riéndose, con lo cual Janey se sentía totalmente diabólica y aceptaba que después de todo G. H. Barrow no era tan asqueroso. Cuando en Washington Buck se bajó del tren, le dejó de recuerdo una instantánea que le

habían tomado junto a una torre de petróleo y prometió que le escribiría todos los días y que, si ella se lo permitía, iría a visitada a Nueva York; pero nunca volvió a tener noticias de él.

También le caía simpático Morton, el mayordomo cockney, porque siempre le hablaba con el mayor de los respetos. Todas las mañanas se presentaba para informada de cómo se sentía J. Ward. «Esta mañana no tiene buena cara, miss Williams», o bien: «Hoy estuvo silbando todo el tiempo mientras se afeitaba. Debe de estar contento, ¿verdad?».

Cuando llegaron a la estación de Pensilvania, en Nueva York, Janey tuvo que ocuparse con Morton de controlar que enviaran la caja con los archivos a la Quinta Avenida número 100 y no a Long Island, donde J. Ward vivía. Morton se fue a buscar el equipaje en un Pierce Arrow que había hecho todo el trayecto desde Great Neck, y ella, sola con su máquina de escribir y sus carpetas, tomó un taxi hasta la oficina. Cuando por la ventana del coche vio los altos edificios blancos y los tanques de agua contra el cielo y las vaharadas de vapor y las aceras pobladas de gente y tantos taxis, camiones, destellos y rumores y estrépito, sintió miedo y ansiedad. Se preguntó si conseguiría un cuarto para vivir, si haría amigos, dónde comería. Realmente asustaba la perspectiva de estar sola en una ciudad tan inmensa; le sorprendió haber tenido el coraje de afrontarla. Decidió que intentaría encontrar un empleo para Alice, de modo que después alquilaran un apartamento juntas; pero ¿dónde dormiría esa misma noche?

Cuando llegó a la oficina todo se conjugó para tranquilizarla: el ambiente natural, los muebles elegantes e impecablemente lustrados, la velocidad de las máquinas de escribir y un rumor y una agitación mucho mayores que los de la oficina de Dreyfus y Carroll; pero el hecho de que todo el mundo pareciera judío la hizo temer que no la recibieran bien y no pudiera mantener el trabajo.

Una chica llamada Gladys Compton se encargó de enseñarle su escritorio, que, según explicó, había pertenecido antes a miss Rosenthal. Se encontraba en un corredor estrecho que precedía al despacho privado de J. Ward y miraba a la puerta del de míster Robbins. Gladys Compton, judía y taquígrafa de míster Robbins, le dijo que miss Rosenthal era una mujer encantadora y que en la oficina a todos les había dado muchísima pena su accidente, tras lo cual Janey tuvo la impresión de que estaba calzándose los zapatos de un muerto y que, si quería mantener el puesto, debería aferrarse con uñas y dientes. Gladys Compton le clavó los resentidos ojos marrones que utilizaba para mirar todo lo que le inspiraba desconfianza, y manifestó su deseo de que Janey fuera capaz de soportar un trabajo que por momentos resultaba sencillamente matador. Después la dejó sola.

A las cinco, hora de irse, J. Ward salió de su despacho privado. A Janey le encantó verlo de pie junto a su escritorio. Aseguró que hablaría con miss Compton para pedirle que al principio le diera una mano; dijo saber lo difícil que era para una joven abrirse camino en una gran ciudad, encontrar un sitio adecuado para vivir y

todo eso, pero que miss Compton era una persona de buen corazón y la ayudaría a afrontarlo. Le regaló una sonrisa azul y le entregó una pila de notas escritas con letra apretada, preguntándole si al día siguiente no le sería molesto llegar temprano para que a las nueve todo estuviese copiado y listo sobre su escritorio. Prometió que el procedimiento no se repetiría con frecuencia; simplemente sucedía que los empleados eran unos imbéciles y aprovechaban su ausencia para hacer todo mal. Todo lo que Janey sintió fue la felicidad de poder hacerlo y la tibiaza que efundía la sonrisa de él.

Salió de la oficina con Gladys Compton. Dado que Janey no conocía la ciudad, Gladys Compton sugirió que fuera a su casa. Vivía en Flatbush con sus padres y, si bien no era, por supuesto, la clase de sitios a que miss Williams estaba acostumbrada, tenían un cuarto libre donde podría dormir hasta que se las arreglara por su cuenta; era limpio y honesto, cualidades éstas que seguramente no podían ofrecer muchos lugares. Fueron a la estación a buscar la maleta. Janey se sintió aliviada de no tener que lidiar sola con tal multitud. Después bajaron al metro y tomaron un expreso que iba atestado a más no poder y a Janey le pareció que no podría resistir demasiado tiempo tantos apretones. El viaje no terminaba nunca, los trenes hacían un ruido ensordecedor y le era imposible oír lo que la otra muchacha le decía.

Por fin emergieron a una calle muy ancha sobre la cual pasaba un tren elevado, llena de tiendas, fruterías y verdulerías y donde ningún edificio tenía más de dos plantas.

—Nosotros, miss Williams —dijo Gladys Compton—, comemos carne kosher por respeto a los ancestros. Espero que no le moleste. De más está decide que ni Benny (mi hermano) ni yo tenemos prejuicios.

Cuando llegaron a la casa Gladys Compton empezó a expresarse con menos precisión y se tornó gentil y obsequiosa. Su padre era un hombrecito con gafas suspendidas al borde de la nariz y su madre era una mujer gorda con peluca y forma de pera. Entre ellos hablaban en yiddish. Hicieron todo lo posible para que Janey se sintiera cómoda, le ofrecieron una habitación bastante bonita y le comunicaron que le cobrarían diez dólares a la semana por la cama y la comida durante todo el tiempo que ella deseara, y que cuando optara por marcharse lo hiciera con absoluta tranquilidad y todos amigos. La casa era amplia, amarilla, de madera y estaba situada en una larga calle de casas idénticas, pero era caliente y la cama confortable. El viejo era relojero y trabajaba en una joyería de la Quinta Avenida. En su país se había llamado Kompshchski, pero sostenía que en Nueva York nadie era capaz de pronunciarlo. Habría querido adoptar el apellido de Freedman, pero su esposa pensaba que Compton era más distinguido. Prepararon una buena cena con té en vasos, sopa con pastas, caviar rojo y gefultefisch^[12], y a Janey le pareció que era muy interesante conocer gente así. Benny, el muchacho, concurría a la escuela media, era desgarbado y con gruesas gafas, comía con la cabeza casi hundida en el plato y tenía la costumbre de contradecir violentamente todo lo que decían los demás. Gladys le pidió que no hiciera caso; era inteligente e iba a estudiar derecho. Una vez que se

disipó un poco la sensación de extrañeza, Janey cobró afecto por los Compton, especialmente por el viejo, que era muy amable y aceptaba todo lo que sucedía con una especie de suave humor decepcionado.

El trabajo en la oficina se hacía más interesante. J. Ward comenzaba a depositar en ella cada vez mayor confianza. Janey tenía el presentimiento de que se aproximaba un año importante.

Lo único que la amargaba eran los tres cuartos de hora de viaje en metro que debía hacer cada mañana hasta Union Square. Hacía lo posible por leer el periódico y quedarse en un rincón, donde menos se sintiera la presión de los cuerpos. Le gustaba entrar al despacho fresca y resplandeciente, con el vestido limpio y el pelo bien peinado, pero el ajetreo del viaje la deshacía al punto de que llegaba con ganas de ducharse y vestirse de nuevo. La alegraba caminar por la calle, radiante y chillona bajo los primeros rayos de sol, y subir por la Quinta Avenida hasta la oficina. Ella y Gladys eran de las primeras en llegar. Janey siempre tenía flores frescas junto a su máquina de escribir, y a veces incluso se deslizaba en el despacho de J. Ward y colocaba un par de rosas en el jarrón plateado que había sobre el escritorio de caoba. Después clasificaba la correspondencia, dejaba las cartas de su jefe apiladas en una suerte de bandeja de cuero italiano color rojo fuerte, leía las demás, consultaba su agenda y confeccionaba a máquina una lista de compromisos, entrevistas, copias que realizar y comunicados que entregar a la prensa. Dejaba la lista en medio del escritorio de J. Ward, bajo un pisapapeles de cobre del norte de la península de Michigan, marcando con una clara W los puntos que ella despacharía sin consulta previa.

Una vez sentada a su propio escritorio, mientras corregía la ortografía de una copia emanada del despacho de míster Robbins el día anterior, comenzaba a sentir dentro del cuerpo un curioso cascabeleo; muy pronto llegaría J. Ward. Se decía que era una tontería, pero cada vez que se abría la puerta de entrada, levantaba ansiosamente la vista. Entonces comenzaba a preocuparse; ¿no le habría ocurrido un accidente en el viaje desde Great Neck? Luego, cuando ya había abandonado toda esperanza, él entraba caminando velozmente, pasaba junto a ella con una sonrisa fugaz y la puerta de vidrio opaco de su despacho se cerraba a sus espaldas. Su paso le bastaba a Janey para advertir si el traje que llevaba puesto era claro u oscuro, qué color de corbata había elegido, si se había cortado o no el pelo. Un día J. Ward se presentó con un resto de barro en la pernera del pantalón de su traje azul, y ella se pasó toda la mañana buscando un pretexto para entrar a decírselo. Muy de vez en cuando él le dirigía una relampagueante mirada azul al pasar, o bien se detenía junto a ella para hacerle una pregunta. Entonces Janey se ponía de buen humor.

El trabajo era interesante. La mantenía en contacto directo con la actualidad más candente, como en las épocas en que solía hablar con Jerry Burnham en el estudio de Dreyfus y Carroll. Estaban a su alcance los informes para la Compañía Onondaga de Productos Salinos, una literatura completa sobre basaltos y preparados químicos, y el

equipo de béisbol de los empleados y la cafetería y las pensiones para los ancianos; sobre la Marigold Cooper y las maneras de combatir las tendencias subversivas en un elemento minero mayoritariamente foráneo al cual había que educar en los principios del americanismo, sobre la Cámara de Comercio de Productores de Cítricos y su campaña destinada a inducir a los pequeños inversores del Norte a que alentaran con sus ahorros las inmejorables posibilidades de la industria frutal de Florida, y el eslogan «Ponga en su desayuno una Pera Caimán» destinado a la Compañía de Productores de Aguacate. Esta última institución enviaba a veces cajas de regalo, de modo que todos los empleados tenían la oportunidad de llevarse a casa peras caimán, salvo míster Robbins, quien decía que sabían a jabón. Ahora la tarea más importante era la campaña de la Southwestern Oil para contrarrestar la insidiosa propaganda antiamericana de las empresas petroleras británicas en México, y oponerse a la intervención estatal de los intereses de Hearst en Washington.

En junio Janey asistió a la boda de su hermana Ellen. Fue extraño regresar a Washington. En el tren sintió unos deseos violentos de ver a Alice, pero una vez frente a ella comprendió que no tenían mucho que decirse. En la casa de su madre se encontró fuera de lugar. Ellen iba a casarse con un estudiante de derecho de la Universidad de Georgetown que había sido inquilino de ellas. El día de la boda, tras la ceremonia, la casa se llenó de gente joven. Bromeaban y se reían constantemente y tanto mistress Williams como Francie parecían felices, pero Janey se sintió más contenta cuando la fiesta terminó y llegó para ella la hora de ir a la estación a tomar el tren a Nueva York. Cuando se despidió de Alice ni siquiera le mencionó la posibilidad de alquilar juntas un apartamento.

En el tren, mientras sentada en un compartimento sofocante miraba los pueblos, los carteles y el campo, la invadió una tremenda pena. La oficina que la esperaba a la mañana siguiente era un poco como su hogar.

La vida en Nueva York se hacía más agitada. Tras el hundimiento del *Lusitania* todo el mundo tenía la sensación de que la entrada de Estados Unidos en guerra era cuestión de pocos meses. En la Quinta Avenida flameaban gran cantidad de banderas. Janey pensaba mucho en la guerra. Había recibido de Joe una carta desde Escocia; contaba que el vapor *Morcioness*, a bordo del cual trabajaba, había sido torpedeado y que habían pasado diez horas en un bote, bajo la tormenta, frente a Pentland Firth y con una corriente que los arrastraba mar adentro, pero que al fin habían logrado echar pie a tierra; se encontraba bien, la tripulación había sido premiada y estaba haciendo mucho dinero. Después de leer la carta, entró al despacho de J. Ward llevando un telegrama recién llegado de Colorado, le explicó que su hermano había sido torpedeado y él se interesó por el caso. Habló de las convicciones patrióticas, de la tarea de salvar la civilización y de la histórica belleza de la catedral de Reims. Manifestó que estaba dispuesto a cumplir con su deber cuando la hora lo requiriese y que la entrada de Estados Unidos en la guerra era algo descontado.

A menudo iba a visitar a J. Ward una mujer muy bien vestida. Janey le envidiaba

la piel tersa y los vestidos impecables, nada ostentosos pero muy chics, las uñas de manicura y los pies pequeños. Un día la puerta quedó entreabierta y pudo oír que conversaban en un tono de lo más familiar. «Pero querido JW —decía la mujer—, este despacho es un asco. Se parece a los que estaban de moda en Chicago en el siglo pasado». Él se rió. «Muy bien, Eleanor, ¿aceptas redecorarlo para mí? La única condición es que tu trabajo no obstaculice mis negocios. Con la cantidad de proyectos que hay en este momento me es imposible mudarme».

Janey se indignó. Todo el mundo decía que el despacho estaba muy bien así, que era absolutamente distinguido. Se preguntó quién sería esa mujer para meterle a J. Ward tales ideas en la cabeza. Al día siguiente, cuando le tocó extender un talón de doscientos cincuenta dólares a nombre de Stoddard y Hutchins, Decoración de Interiores, estuvo a punto de proclamar su opinión, pero después de todo no era asunto suyo. A partir de ese día, miss Stoddard avasalló la oficina. Los trabajos se llevaban a cabo por la noche, de modo que cada mañana Janey se encontraba con un cambio distinto. Los colores elegidos eran blanco y negro, con cortinas y tapizados de un extraño tono clarete. A Janey no le gustaba nada, pero Gladys le explicó que se trataba de un estilo moderno muy interesante. Míster Robbins se negó a que tocaran su cubículo privado y casi llegó a pelearse con J. Ward por el asunto, pero al final se salió con la suya e incluso circuló el rumor de que J. Ward había tenido que aumentarle el salario para evitar que se marchara a otra agencia.

El Día del Trabajo Janey se mudó. Le daba pena dejar a los Compton, pero había conocido una mujer madura llamada Eliza Tingley que trabajaba para un abogado en la misma planta de la oficina de J. Ward. Eliza Tingley era de Baltimore, había estudiado derecho, y Janey veía en ella una mujer de mundo. Ella y su hermano, que era contable diplomado, habían alquilado un piso entero en una casa de la calle Veintitrés Oeste, en el barrio de Chelsea, y le propusieron a Janey que fuera a vivir allí. Eso significaba ahorrarse el viaje cotidiano en metro, y además Janey pensó que le haría bien caminar todas las mañanas hasta la Quinta Avenida. Eliza Tingley le había caído bien desde el momento mismo de verla en el restaurante de la planta baja. La vida con los Tingley era libre y llevadera; Janey se sentía verdaderamente en su hogar. A veces, por la noche, bebían una copa juntos. Eliza era buena cocinera, las sobremesas se prolongaban, y antes de ir a dormir solían jugar un par de manos de bridge. Los sábados por la noche casi siempre iban al teatro. Edd Tingley compraba las entradas en una agencia donde las conseguía con descuento. Estaban suscritos al *Literary Digest*, al *Century* y al *Lady's Home Journal* y los domingos comían pollo o pato al horno y leían el suplemento del *New York Times*.

Los Tingley tenían una gran cantidad de amigos que apreciaban a Janey y la incluían en sus planes; ella tenía por fin la sensación de haber encontrado la forma de vida que había deseado. El invierno, por otra parte, estuvo marcado por los rumores de guerra. En el piso tenían un enorme mapa de Europa colgado en la pared de la sala; allí señalaban las posiciones de los aliados con minúsculas banderitas. Estaban

entregados a la causa aliada en cuerpo y alma: nombres como Verdún o Chemin des Dames les producían escalofríos en la columna vertebral. Eliza anhelaba viajar y siempre le pedía a Janey que volviera a contarle con todo detalle su recorrido por México; comenzaron a programar un viaje juntas a Europa para cuando terminara la guerra y Janey se puso a ahorrar dinero. Cuando Alice escribió desde Washington anunciando que quizás hiciera sus petates y se largara a Nueva York, Janey le contestó que en ese momento la situación era muy difícil para una muchacha sola en busca de trabajo y que quizá la idea no fuese tan acertada.

Durante todo ese otoño J. Ward anduvo con la cara pálida y consumida. Había tomado la costumbre de ir a la oficina los domingos por la tarde y Janey no se hizo rogar para correr a ayudarlo tan pronto como terminaba de almorzar. Solían repasar las incidencias de la semana y después J. Ward le dictaba un montón de cartas, le decía que era una joya y la dejaba tecleando la máquina alegremente. Janey también estaba preocupada. Si bien no dejaban de llegar nuevos encargos, la firma no se encontraba en la mejor de las situaciones financieras. J. Ward había realizado algunas incursiones desafortunadas en la Bolsa y ahora le costaba tapar todos los agujeros al mismo tiempo. Estaba obsesionado por comprar la parte de los intereses que aún conservaba la vieja mistress Staple, y hablaba sin parar de la posibilidad de que su esposa manejara equivocadamente las acciones que tenía en su poder. Janey veía con claridad que esa mujer era desagradable y mezquina: pretendía mantener atado a J. Ward con el dinero de su madre. Janey jamás les decía a los Tingley una palabra sobre J. Ward, pero hablaba mucho de negocios y ellos certificaban que el trabajo debía ser fascinante. Ella quería que llegara pronto la Navidad porque J. Ward había prometido concederle un aumento.

Una tarde lluviosa de domingo estaba pasando a máquina una carta confidencial al juez Planet —que incluía el informe de una agencia de detectives sobre la actividad de los agitadores entre los mineros de Colorado—, y J. Ward se paseaba frente al escritorio contemplándose los zapatos relucientes con ceño fruncido, cuando de golpe llamaron a la puerta de entrada.

—Ni idea de quién puede ser —dijo J. Ward. Había en su voz un matiz de nervios y confusión.

—Quizá sea míster Robbins, que se olvidó la llave —dijo Janey.

Se levantó a averiguar. Apenas abrió la puerta, mistress Moorehouse pasó por delante de ella como una exhalación. Llevaba un impermeable mojado y un paraguas, tenía la cara lívida y las aletas de la nariz deformadas por un temblor. Janey cerró la puerta con cuidado, volvió a su escritorio y se sentó. Tomó un lápiz y se puso a dibujar espirales en el borde de una hoja. No pudo evitar oír lo que pasaba en el despacho de J. Ward. Mistress Moorehouse había dado un portazo.

—Ward, no puedo soportar... y no lo soportaré ni un día más —vociferó. El corazón de Janey comenzó a acelerarse. Oyó un murmullo leve y conciliador de J. Ward y después, nuevamente, los gritos de mistress Moorehouse—. Te advierto que

no voy a permitir que me trates así. No soy una niña... Te estás aprovechando de mi condición. Mi salud no puede aguantar un trato semejante.

—Pero, Gertrude —respondió J. Ward—, te juro por mi honor de caballero que no estoy escondiendo nada. Te pasas el día en la cama imaginando cosas y después vienes a interrumpirme. Yo soy una persona ocupada. Hay transacciones fundamentales que requieren toda mi dedicación.

«Realmente, es humillante», pensó Janey.

—Ward, si no hubiese sido por mí aún estarías en Pittsburgh trabajando para la Bessemer; y tú lo sabes bien... Me desprecias a mí, pero no al dinero de Papá... Aunque te advierto que estoy harta. He decidido divorciarme...

—Gertrude, sabes muy bien que en mi vida no hay otra mujer.

—¿Y qué pasa con esa que se te pega todo el tiempo, esa..., cómo se llama..., Stoddard? Ya ves que sé más de lo que te imaginas... No soy la clase de mujer que crees, Ward. No te va a ser fácil tomar me por estúpida, ¿me oyes?

La voz de mistress Moorehouse se elevó hasta convertirse en un gemido chirriante. Después pareció pulverizarse y Janey la oyó sollozar.

—Vamos, Gertrude —dijo Ward con suavidad—, te estás trastornando por una tontería... Lo único que me une a Eleanor Stoddard son algunos proyectos comerciales... Es una mujer inteligente y me resulta estimulante... desde el punto de vista intelectual, de más está decirlo... A veces vamos a comer juntos, por lo general con amigos comunes, y eso es todo —luego la voz descendió tanto que Janey ya no pudo escuchar. Empezó a pensar que lo mejor era irse. Aunque en realidad no sabía qué hacer.

Había comenzado a incorporarse cuando la voz de mistress Moorehouse cobró otra vez un tono histérico:

—Oh, eres más frío que un pescado... Eres un pescado. Te juro que preferiría que fuera verdad, que estuvieses enredado con ella... Pero no me importa. A mí no vas a usarme de herramienta para apropiarte del dinero de Papá.

La puerta del despacho privado se abrió para dar paso a mistress Moorehouse, quien salió, dirigió a Janey un relámpago indignado, como si también sospechara de las relaciones de su esposo con ella, y se marchó. Janey permaneció sentada, simulando no haberse enterado. Desde el despacho le llegaba el sonido de los pasos pesados e insistentes de J. Ward. Cuando la llamó, lo hizo con una voz exhausta.

—Miss Williams.

Ella entró al despacho con lápiz y papel. J. Ward empezó a dictar como si no hubiera ocurrido nada, pero en la mitad de una carta al presidente de la Compañía Ansonia de pronto dejó escapar: «Diablos», y le dio al cesto de los papeles una patada que lo mandó rodando hasta la pared.

—Perdóneme, miss Williams; estoy un poco nervioso... Miss Williams, confío en que no le mencionará esto a nadie... Debe comprender que mi esposa está perturbada; ha estado enferma... Es que el último niño... Bien, usted sabe que a las

mujeres les pasan estas cosas.

Janey alzó una mirada humedecida de lágrimas.

—Oh, míster Moorehouse, ¿cómo puede suponer que no voy a comprender...? Para usted sería terrible... Y este trabajo es tan bueno, tan interesante... —no consiguió pronunciar una palabra más. Tenía los labios rígidos.

—Miss Williams —balbuceó J. Ward—. Yo..., em..., aprecio su..., em... —Después recogió el cesto. Janey se puso en pie de un salto y lo ayudó a juntar los papeles desperdigados por el suelo. De estar agachado, a él se le había puesto la cara colorada—. Existen responsabilidades esenciales... Una mujer impulsiva puede causar mucho mal, ¿se da cuenta? —Janey asentía una vez tras otra—. Bien, ¿por dónde íbamos? A ver si terminamos esto de una vez y nos vamos.

Colocaron el cesto bajo el escritorio y reinicieron la carta. Janey pasó todo el viaje de vuelta a Chelsea, entre el lodo y los charcos de la calle, pensando en lo que hubiera querido decirle a J. Ward para convencerlo de que todo el personal de la oficina estaría firme a su lado en cualquier circunstancia.

Cuando llegó al apartamento, Eliza Tingley le dijo que la había llamado un hombre.

—Parecía un poco maleducado; no quiso dar su apellido. Sólo pidió que te avisáramos que era Joe y que volvería a llamar —Janey sintió la mirada inquisitiva de Eliza—. Supongo que será mi hermano. Está... en la marina mercante.

Llegaron de visita unos amigos de los Tingley, se pusieron dos mesas de bridge y estaban disfrutando de una velada inmejorable cuando volvió a sonar el teléfono. Era Joe. Janey se dio cuenta de que, al empezar a hablar con él, se había ruborizado. Tenía ganas de vedo pero no podía invitado. Los otros le estaban diciendo que le tocaba jugar. Joe dijo que acababa de llegar, que había ido a Flatbush pero los judíos le habían contado que ahora vivía en Chelsea y que estaba en la tabaquería de la esquina de la Octava Avenida. Los otros seguían pidiéndole que colgara. Entonces ella se encontró explicando que tenía trabajo atrasado y pidiéndole que se encontraran al día siguiente a las cinco en la puerta del edificio donde trabajaba. Volvió a preguntarle cómo estaba y él contestó «Bien», pero desalentado. Cuando se sentó de nuevo le hicieron bromas sobre su amiguito; ella se rió y volvió a ruborizarse, pero por dentro se sintió cobarde por no haberlo invitado.

La tarde siguiente nevó. Cuando a las cinco en punto salió del ascensor repleto, buscó ansiosamente a Joe por el vestíbulo. No estaba. Mientras se despedía de Gladys lo vio a través de la puerta. Estaba fuera, con las manos en los bolsillos de una cazadora azul. Alrededor de un rostro anguloso, oscuro y curtido se arremolinaban copos de nieve.

—Hola, Joe —dijo ella.

—Hola, Janey.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace un par de días.

—¿Estás bien? ¿Cómo te sientes?

—Hoy tengo la cabeza hecha puré... Anoche me emborraché.

—Joe, siento lo de anoche, pero había un montón de gente y yo quería verte a solas para poder conversar.

Joe gruñó.

—Está bien, Janey... Caray, estás como un tren... Si alguno de los muchachos me ve contigo van a pensar que me tocó la lotería.

Janey se sentía incómoda. Joe tenía puestos borceguíes y unos pantalones con manchas de pintura gris. Llevaba bajo el brazo un bulto envuelto en papel de periódico.

—Vamos a alguna parte a comer... Oye, lamento parecer un mendigo. Pero cuando nos torpedearon perdí toda la ropa.

—¿Os torpedearon otra vez?

Joe se rió.

—Seguro, saliendo de Cape Race. Joder, qué vida... Y bueno, ya van dos veces... Pero te juro por Dios que traje tu chal... Ya sé dónde vamos a comer; en el Lüchow.

—Pero la calle Catorce es un poco...

—Tranquila, tienen salón para mujeres... Janey, no pensarás que voy a llevarte a un lugar donde no estés cómoda.

Al atravesar Union Square, un muchacho andrajoso de suéter colorado gritó «Hey, Joe». Joe dejó sola a Janey por un momento y conversó con el muchacho, las cabezas casi pegadas. Después puso un billete en la mano del otro, dijo «Hasta la vista, Tex», y salió corriendo detrás de Janey, que había empezado a alejarse.

A Janey no le gustaba la calle Catorce por la noche.

—¿Quién era, Joe?

—Un vago. Lo conocí en Nueva Orleans... Yo lo llamo Tex, pero el nombre verdadero no lo sé... Está en las últimas.

—¿Estuviste en Nueva Orleans?

Joe asintió.

—Estuve descargando miel del *Henry B. Higginbatham*... Nosotros lo llamábamos Piginbottom. Bueno, ahora está bien tranquilo en el fondo del Grand Banks^[13].

Cuando entraron al restaurante el maître los miró con suspicacia y los acomodó en una mesa situada en un rincón del reservado. Joe ordenó una cena orgiástica y cerveza, pero como a Janey la cerveza no le gustaba tuvo que beberse la de ella. Una vez que Janey le hubo contado todas las novedades de la familia y lo mucho que le gustaba su trabajo y el aumento que esperaba para Navidad y lo feliz que estaba de vivir con los Tingley que la trataban tan bien, no parecía haber mucho más que decir. Joe había comprado billetes para el Hipodrome, pero tenían mucho tiempo hasta que empezara la velada. Bebieron su café en silencio, mientras Joe chupaba un puro. Finalmente Janey dijo que ese tiempo era desastroso, que los soldados lo deberían

estar pasando horrible en las trincheras y que los hunos eran salvajes; habló del hundimiento del *Lusitania* y de lo estúpida que era la idea del barco de la paz de Ford. Joe lanzó su extraña risa abrupta y comenzó: «Pobres de los marineros con una noche como ésta». Después se levantó a buscar otro cigarro.

Janey pensó que era una vergüenza que él no se hiciera afeitar la nuca cuando se cortaba el pelo; esa nuca curtida y pecosa le bastaba para imaginarse una vida difícil. Por eso cuando lo vio volver le preguntó por qué no conseguía otro trabajo.

—¿Quieres decir en un astillero? En los astilleros se gana mucho, pero, diablos, Janey, prefiero andar dando vueltas... Todas las experiencias valen la pena, como dijo un tipo cuando le volaron los sesos.

—Pero en mi oficina hay muchachos que no son ni la mitad de inteligentes que tú y sin embargo tienen un empleo limpio y bien pagado..., y un porvenir asegurado.

—Yo tengo el futuro a mis espaldas —dijo Joe con una risotada—. Podría ir a Perth Amboy a trabajar en una fábrica de municiones, pero prefiero que me maten al aire libre, ¿te das cuenta?

Janey se puso a hablar otra vez de la guerra y de cómo deseaba que Estados Unidos entrara para salvar a la civilización y a los pobres del gas.

—Acaba con eso, Janey —dijo Joe. Su enorme mano roja hizo un gesto cortante por sobre el mantel—. La gente no entiende nada... Esta guerra de mierda es un engaño del principio al fin. ¿Sabes por qué no torpedean los barcos comerciales franceses? Porque los franceses arreglaron con los alemanes que si dejaban tranquila su flota mercante ellos no atacarían las fábricas que los hunos tienen en la retaguardia. Lo que tendríamos que hacer es sentarnos a venderles municiones y dejar que se fueran juntos al infierno... Esos niñitos se están llenando los bolsillos de oro en Burdeos, Toulouse y Marsella mientras sus pueblos se matan todos los días en el frente... Y lo mismo hacen los ingleses... Hazme caso, Janey: la guerra es una mentira..., como todo lo de este mundo podrido.

Janey estaba llorando.

—Está bien, pero no hace falta que te pases el tiempo insultando y maldiciendo.

—Lo siento, hermana —dijo Joe con hosquedad—; lo que pasa es que soy un vagabundo y no debería salir con una chica elegante como tú.

—No quise decir eso —exclamó Janey restregándose los ojos.

—Caray, me estaba olvidando del chal —Joe deshizo el paquete. Dos chales españoles se desplegaron sobre la mesa, uno de encaje negro y el otro de seda verde con flores estampadas.

—Oh, Joe, no me regales los dos. Guarda uno para tu chica preferida.

—Las chicas que salen conmigo no usan esta clase de cosas... Los compré para ti, Janey.

A Janey los chales le parecieron bellísimos y decidió darle uno a Eliza Tingley.

Fueron al Hipodrome, pero no lo pasaron demasiado bien.

A Janey no le gustaban los espectáculos de ese tipo y Joe se quedó dormido.

Cuando salieron del teatro hacía mucho frío. Caía oblicuamente una nieve dura como la arena, que prácticamente impedía ver el elevado. Joe la llevó en taxi hasta su casa y se despidió con un brusco «Hasta la vista, Janey». Ella permaneció un momento en el umbral con la llave en la mano y lo miró alejarse hacia la Décima Avenida, en dirección al puerto, con la cabeza hundida en el cuello de la cazadora.

Ese invierno las banderas ondearon día y noche en la Quinta Avenida. Todas las mañanas, a la hora del desayuno, Janey devoraba el periódico; en la oficina se hablaba de espías alemanes y submarinos, de atrocidades y propaganda. Una mañana se presentó a visitar a J. Ward una delegación militar francesa; eran hermosos oficiales pálidos con uniformes rojos y azules engalanados por las condecoraciones. El más joven caminaba con muletas. Todos habían sido heridos en el frente. Cuando se marcharon, Gladys y Janey estuvieron a punto de pelearse porque Gladys dijo que los oficiales eran una pandilla de haraganes y ella hubiera preferido una delegación de soldados rasos. Janey se preguntó si no debía advertirle a J. Ward sobre las tendencias germanófilas de Gladys, como una forma de cumplir con su deber patriótico. Los Compton bien podían ser espías; ¿acaso no empleaban un apellido falso? Sabía incluso que Benny era socialista, o quizás algo peor. Decidió mantener los ojos bien abiertos.

Ese mismo día se presentó G. H. Barrow: Janey se pasó toda la jornada en el despacho privado. Hablaron del presidente Wilson y la neutralidad y la Bolsa y la demora en la difusión del comunicado sobre el *Lusitania*. G. H. Barrow se había entrevistado con el presidente. Era miembro de un comité que pretendía mediar entre los ferrocarriles y los líderes huelguistas del sindicato. A Janey le gustó más que cuando los había acompañado en el viaje desde México, de manera que se alegró de conversar con él cuando a la salida se encontraron en el vestíbulo; aceptó incluso la invitación para cenar y volvió a sentirse diabólica.

Mientras estuvo en Nueva York, G. H. Barrow llevó a Janey muchas veces a cenar y al teatro. Janey lo pasaba bien, y cuando en el taxi de vuelta él intentaba propasarse, siempre le quedaba el recurso de bromear con la historia de Queenie. Él no podía entender cómo se había enterado del asunto; por fin decidió contárselo con detalles: la mujer seguía chantajeándolo, pero ahora que él se había divorciado de su esposa era poco lo que le quedaba por conseguir. Después de pedirle a Janey que jurara no contárselo a nadie, le explicó que por medio de una triquiñuela legal se había casado con dos mujeres, que Queenie era una de ellas y que ahora, divorciado de las dos, Queenie ya no podía amenazarlo; sin embargo, los periódicos, que tenían el vicio de remover los trapos sucios, no perdían la esperanza de desprestigiar a hombres que, como él, gozaban de una reputación liberal y se entregaban a la causa de los trabajadores. Después habló del arte de vivir y afirmó que las mujeres americanas no lo comprendían; Queenie era el mejor ejemplo. A Janey la historia le dio pena, pero cuando él le propuso matrimonio no pudo menos que reírse y contestar que primero debía pensarlo. Él le contó su vida entera: lo pobre que había sido su

infancia, sus experiencias como jefe de estación, cargador y maquinista, el entusiasmo con que había entrado a colaborar con el sindicato y cómo sus reveladores artículos sobre la situación del obrero ferroviario le habían acarreado fama y dinero; precisamente por eso muchos de sus viejos amigos creían que se había vendido, pero él daba su palabra de honor de que no era cierto. Cuando Janey llegó a su casa les comunicó a los Tingley la propuesta que acababan de hacerle, absteniéndose de hablar de Queenie y la bigamia; sus amigos se rieron, hicieron chistes y convencieron a Janey de que debía estar orgulloso: no todas las jóvenes eran codiciadas por gente tan importante. Ella se preguntó por qué enamoraría siempre a hombres interesantes y lamentó que todos poseyeran la misma mirada lasciva. No sabía bien si quería o no casarse con G. H. Barrow.

La mañana siguiente, en la oficina, buscó el nombre en el *Quién es quién* y allí estaba, «Barrow, George Henry, publicista...». Y; con todo, no le parecía que pudiera llegar a amarlo. Esa mañana J. Ward se veía tan enfermo y ausente que Janey, de sólo mirarlo, se olvidó de G. H. Barrow por completo. En cierto momento fue convocada a una conferencia que J. Ward estaba sosteniendo con míster Robbins y un abogado irlandés apellidado O'Grady; allí le preguntaron si le sería muy molesto que pusieran a su nombre una caja de seguridad, a fin de depositar documentos de importancia y, al mismo tiempo, abrir una cuenta corriente en el Bankers Trust. Le explicaron que querían fundar una empresa nueva, necesidad perentoria por razones financieras. Entre míster Robbins y J. Ward sumarían la mayor parte del capital social y trabajarían sobre la base de cantidades salariales. Míster Robbins parecía consternado y un poco ebrio y encendía un cigarrillo tras otro y los dejaba a medio fumar en el borde del escritorio y no paraba de repetir: «Sabes perfectamente, J. Ward, que yo estoy de acuerdo con todo lo que tú decidas». J. Ward le explicó a Janey que ella sería parte integrante de la nueva firma pero que, por supuesto, eso no implicaría ninguna responsabilidad comercial. El hecho era que mistress Staple había demandado a J. Ward con el fin de recuperar una fuerte suma de dinero; su esposa, por otra parte, había iniciado los trámites de divorcio en Pensilvania, no lo dejaba ver a los niños y él estaba viviendo en el Mc Alpin.

—Gertrude ha perdido la cabeza —dijo míster Robbins cordialmente. Luego le dio a J. Ward una palmadita en el hombro—. Hagamos de cuenta que aún somos poderosos —bramó—. Por mi parte, me voy a almorzar: el hombre debe comer... y beber..., por más que esté al borde de la bancarrota.

J. Ward frunció el ceño y no contestó, y Janey pensó que hablar de ese modo, para colmo a gritos, era de muy mal gusto.

Cuando esa tarde volvió a su casa les contó a los Tingley que iba a ser la directora de una nueva empresa y ellos opinaron que aquello era extraordinario, que no habían pensado que fuera a hacer carrera tan rápido, y que debía pedir un aumento aun cuando los negocios no fueran florecientes. Janey sonrió y se limitó a observar: «Todo a su tiempo». Camino a casa había pasado por la oficina de telégrafos de la

calle Veintitrés para enviarle un cable a G. H. Barrow, que se encontraba en Washington: SEAMOS NADA MÁS QUE AMIGOS.

Eddy Tingley compró una botella de jerez y antes de la cena él y Eliza hicieron un brindis: «Por la nueva ejecutiva»; Janey se puso encarnada pero el detalle la halagó. Después de cenar jugaron al bridge.

EL OJO DE LA CÁMARA (26)

EL jardín estaba lleno de gente y la calle invadida de policías que hacían circular y el escuadrón de bomberos empezaba a desplegarse

no pudimos conseguir asiento así que subimos corriendo a la galería alta y mirando hacia abajo a través del aire azul vimos las caras rígidas como si fueran de grava y más arriba en la tribuna de oradores unas figuritas oscuras y estaba hablando un hombre y cada vez que decía guerra se oían silbidos y cada vez que decía Rusia se oían aplausos por lo de la revolución yo no sabía quién era el que hablaba algunos decían que era Max Eastman y algunos que era otro tipo pero nosotros aplaudíamos y dábamos vivas a la revolución y silbábamos a Morgan y la guerra capitalista y un policía nos miraba las caras como queriendo grabárselas

después fuimos a escuchar a Emma Goldman al Casino del Bronx pero prohibieron el acto y las calles de alrededor estaban llenas de gente y entre la muchedumbre pasaban unas camionetas cargadas de policías con ametralladoras y también había pequeños Fords de la policía con reflectores y de pronto los Fords con reflectores cargaron contra la gente todos se pusieron a gritar ametralladoras revolución libertad civil libertad de expresión pero cuando alguno se atravesaba en el paso de los policías lo golpeaban y lo metían en una camioneta y los policías tenían miedo y decían que iban a llamar a los bomberos para dispersar la multitud y todo el mundo decía que era un insulto ¿así se respetaba la memoria de Washington y Jefferson y Patrick Henry?

luego fuimos al Brevoort fue mucho más bonito estaba toda la gente importante hasta Emma Goldman comiendo salchichas con chucrut y todos miraban a Emma Goldman y a los demás importantes y todos querían la paz y la república cooperativa y saludaban a la Revolución rusa y hablamos de banderas rojas y barricadas y los mejores lugares para emplazar ametralladoras

y bebimos bastante y comimos tostadas con queso y pagamos y nos fuimos a casa, y abrimos la puerta cerrada con llave y nos pusimos el pijama y nos metimos en la cama y la cama estaba muy cómoda

NOTICIARIO XVIII

Adiós Piccadilly; adiós Leicester Square
Es muy largo el camino a Tipperary

SORPRENDE A SU MARIDO CON OTRA EN UN HOTEL

a una tarea semejante podemos dedicar nuestras vidas
nuestras fortunas, todo lo que somos,
y todo lo que poseemos, con el orgullo de quienes saben
que ha llegado el día privilegiado en que América debe dar su
sangre y sus energías por los principios que la ayudaron a
nacer como nación
y le proporcionaron la felicidad y la paz que desde entonces
ha venido atesorando. Contando con la ayuda de Dios,
no puede obrar de otro modo

Es muy largo el camino a Tipperary
Un largo viaje me queda por hacer
Para llegar por fin a Tipperary
Y a los brazos de la chica que amaré

ADVERTENCIA A LOS TRAIDORES

En Evanston multan a cuatro hombres por matar pájaros

WILSON IMPONE EL ENROLAMIENTO OBLIGATORIO

especuladores fuerzan el alza de los alimentos envasados movimiento para apoyar
la entrada de Estados Unidos en guerra cargan contra hombres que no cantaban el
himno nacional

JOFFRE PIDE INMEDIATO ENVÍO DE TROPAS

Aumenta el interés por el caso Mooney

Adiós, Piccadilly; hasta la vista, Leicester Square

Es largo el camino a Tipperary
Pero allí tengo yo mi corazón.

NIEGAN A T. R. PERMISO PARA RECLUTAR COMBATIENTES

la embajada de Estados Unidos fue hoy amenazada por una pandilla de socialistas radicales comandada por Nicolai Lenin un exiliado que recientemente regresó a Suiza vía Ginebra.

FLAMEAN LAS BANDERAS ALIADAS SOBRE LA TUMBA DE WASHINGTON

ELEANOR STODDARD

ESTE invierno estuvo para Eleanor Stoddard cargado de emociones. Salía mucho con JW, iban juntos a ver todos los estrenos y óperas francesas que podían. En la calle Cincuenta y seis había un pequeño restaurante francés donde comían entremeses preparados a la manera del Este. Visitaban las exposiciones de pintura francesa de las galerías de Madison Avenue. J. Ward empezó a interesarse por el arte y Eleanor estaba encantada de acompañarlo a todas partes porque descubría en él una peculiar forma romántica de acercarse a las cosas y solía decirle que ella era su fuente de inspiración y que a su lado se le ocurrían incesantemente ideas notables. A menudo se burlaban de la gente mediocre que pensaba que entre un hombre y una mujer no podía existir una amistad platónica. Todos los días se enviaban mutuamente notas en francés. A veces a Eleanor le parecía una lástima que JW tuviera una esposa tan imbécil, para colmo inválida, pero pensaba que los niños eran adorables y le gustaba que ambos hubieran heredado los ojos azules de su padre.

Ahora disponía de un despacho individual y de dos jovencitas que trabajaban para ella como aprendices; los encargos, empero, menudeaban. La oficina estaba en Madison Avenue, a cien metros de Madison Square, y en la puerta había una placa con su nombre. Dado que el doctor Hutchins se había jubilado y la familia se había trasladado a Santa Fe, Eveline ya no formaba parte de la empresa. De vez en cuando le enviaba un paquete con cerámicas indias poco corrientes o acuarelas que los niños indios hacían en el colegio, objetos estos que Eleanor vendía a muy buen precio. Ésta solía ir por las tardes al centro de la ciudad en taxi para contemplar la torre Metropolitan Life y el edificio Flatiron y las luces parpadeantes contra el cielo acerado de Manhattan que le sugerían cristales, flores artificiales, motivos dorados sobre brocado en tonos índigo o añil.

En su casa la criada la aguardaba con el té listo; por lo general también había amigos esperándola, arquitectos o pintores jóvenes. Nunca faltaban flores en el ambiente, lirios con la textura del helado cremoso o un jarrón con fresias. Ella mantenía una charla antes de vestirse para cenar. Cuando JW le telefoneaba para decirle que no podría ir, se deprimía. Si aún quedaba alguno de los invitados a tomar el té, le pedía entonces que compartiera su cena.

Sentía una intensa emoción cuando veía la bandera francesa u oía a una banda tocar el *Tipperary*. Una noche, cuando se dirigían a ver *Lo túnico amarillo* por tercera vez, ella se encontró preguntándose cómo haría para pagar el abrigo nuevo de piel que llevaba puesto; y no sólo eso, sino que se entregó a pensar en las facturas impagadas que se le iban acumulando en el despacho y en la casa que un especulador la había inducido a remodelar en Sutton Place, y sintió unos deseos urgentes de

preguntarle a JW si ya habían comenzado a rendir beneficios los mil dólares que él se había ofrecido a invertirle. Habían estado hablando de los bombardeos aéreos, el gas venenoso, los efectos de las noticias de guerra en Nueva York, los Arqueros de Mons y la Doncella de Orleans, y ella proclamó que creía en lo sobrenatural, cuando de pronto JW deslizó cierto comentario acerca de sus reveses en la Bolsa y ella advirtió por primera vez que se lo veía demacrado y cabizbajo; pero los salvó el hecho de que estaban atravesando Times Square por entre el gentío de las ocho de la noche y la luz intermitente de los carteles. Los simpáticos hombrecitos triangulares llevaban a cabo sus ejercicios en el luminoso de Wrigley, cuando de pronto un organillo comenzó a tocar *Lo Morseloso*. Aquello fue tan hermoso que, sin poder contener el llanto, Eleanor se vio envuelta en un diálogo sobre el Sacrificio y la Dedicación, JW le tomó firmemente por el brazo rodeado de piel y le dio un dólar al organillero. Cuando llegaron al teatro, Eleanor corrió al tocador de damas para ver si no tenía los ojos irritados. Al mirarse en el espejo no descubrió sino un fulgor surgido del fondo del corazón, de modo que se refrescó un poco y volvió al vestíbulo, donde JW la esperaba con los billetes en la mano; los ojos grises de Eleanor, todavía húmedos, lanzaban destellos de vida.

Hasta que una noche JW apareció con un aspecto realmente lastimoso y, mientras la acompañaba a su casa tras la función de *Manon*, le contó que su esposa no comprendía qué tipo de relación había entre ellos, no cesaba de hacer escenas y había empezado a amenazarlo con el divorcio. Eleanor se indignó y repuso que la mujer debía ser de naturaleza bastante vulgar para no darse cuenta de que aquella amistad era pura como la nieve recién caída. JW aceptó que desgraciadamente así era; muy preocupado, le explicó que la mayor parte del capital de la agencia era propiedad de su suegra, quien, si así lo quería, podía mandarlo a la quiebra de la mañana a la noche, cosa que le daba más miedo que el divorcio. Al instante Eleanor se volvió fría y rígida y repuso que prefería apartarse de su vida antes que destrozar su hogar, porque a fin de cuentas él se debía a sus maravillosos hijos. JW pretextó entonces que quien verdaderamente le daba fuerzas era ella y que por lo tanto no se resignaba a perderla. Cuando llegaron al apartamento de la calle Ocho se pusieron a recorrer de un extremo a otro el blanquísmo estudio denso de fragancia de lirios, pensando qué podían hacer. Fumaron un montón de cigarrillos pero eso no les sirvió para sacar conclusiones satisfactorias. Al irse, JW reflexionó con un suspiro: «Tal vez en este mismo momento haya detectives espiándonos», y se marchó, abatido.

Cuando quedó sola, Eleanor se paseó una y otra vez frente al espejo veneciano colocado entre las dos ventanas. No sabía qué hacer. En esos momentos el negocio de la decoración estaba en baja. Tenía que amortizar la casa de Sutton Place. Debía dos meses de alquiler del apartamento y todavía no había dado ni un céntimo por el abrigo de piel. Había contado con los beneficios de los mil dólares invertidos por JW en acciones de petróleo venezolano. Era evidente que el asunto había salido mal, porque de lo contrario él le habría dado noticias. Se acostó pero no pudo dormirse. Se

sentía sola y desesperada. Tendría que volver a una sección de almacén. En las últimas semanas había desmejorado y perdido amistades; sería espantoso tener que renunciar a JW. Pensó en Augustine, su criada negra, y en las historias de amores trágicos que siempre le contaba, y deseó hallarse en su lugar. Tal vez se hubiera equivocado desde el principio al perseguir un mundo bello y equilibrado. No llegó a llorar: se pasó toda la noche tendida boca arriba, contemplando las molduras floreadas del techo a la luz de la calle filtrada por el tul lavanda de las cortinas.

Un par de días más tarde estaba en su despacho examinando las sillas españolas que le intentaba vender un anticuario, cuando llegó un telegrama:

ACONTECIMIENTOS DESAGRADABLES DEBO VERTE DE
INMEDIATO POCO RECOMENDABLE USAR TELÉFONO VEN A
TOMAR EL TÉ DIECISIETE HS. HOTEL PRINCE GEORGE

No estaba firmado. Le pidió al hombre que dejara las sillas y, una vez sola, estuvo largo rato con la mirada fija en un pote de azafranes con pistilos amarillos que tenía sobre el escritorio. Se preguntó si no sería útil ir hasta Great Neck y conversar con Gertrude Moorehouse. Llamó a miss Lee, que estaba arreglando unas cortinas en la otra sala, le pidió que se hiciera cargo de todo y le dijo que telefonearía por la tarde.

Tomó un taxi hasta la estación de Pensilvania. Era un día de primavera prematura. La gente caminaba por la calle con los abrigos desabrochados. El cielo era de un malva pálido matizado por nubes ligeras, como una seda de trama abierta. Entre el olor de las pieles y las chaquetas y la gasolina quemada flotaba una insólita esencia de corteza de abeto. Eleanor iba rígida en el asiento del taxi clavándose las uñas puntiagudas en las palmas de las manos enguantadas. Odiaba esos días espúreos en que el invierno simulaba ser primavera. Ese tiempo le profundizaba las líneas del rostro y a su alrededor las cosas vacilaban y ningún paso dejaba huellas reconocibles. Decidió enfrentarse a Gertrude Moore-house y hablarle de mujer a mujer. Cualquier escándalo echaría todo a perder. Por el contrario, si hablaba con ella a tiempo, estaba segura de hacerle comprender que nunca había intentado arrebatarle el marido. Un divorcio echaría todo a la cuneta. Perdería sus clientes, se declararía en quiebra y lo único que le quedaría por hacer sería ir a vivir a Pullman con sus tíos.

Pagó el viaje y bajó las escaleras que llevaban a la línea de Long Island.

Le temblaban las piernas y tenía la sensación de estar a punto de desmayarse; sin embargo, se abrió paso hasta el mostrador de información. No, no había tren para Great Neck hasta las 2.12. Tuvo que hacer una cola interminable para comprar el pasaje. Un sujeto le pisó el pie. La gente pasaba por la ventanilla con una lentitud exasperante. Cuando por fin tocó su turno, le levó varios segundos recordar adónde pretendía viajar. El empleado la miraba a través del cristal con unos ojos malignos de ojal de zapato. Tenía puesta una visera verde y sus labios eran demasiado rojos para la palidez de la cara. La gente que estaba atrás empezó a impacientarse. Un tipo con

chaqueta de tweed y una maleta pesada intentó colarse. «Great Neck, ida y vuelta». No bien hubo comprado el billete se dio cuenta de que no le alcanzaría el tiempo para ir y estar de regreso a las cinco. Guardó el billete en su monedero de seda verde con un dibujo azabache. Pensó en matarse. Tomaría el metro hasta el edificio Woolworth, subiría al último piso y de allí se arrojaría al vacío.

Pero lo que en realidad hizo fue ir a la parada de taxis. Un resplandor de sol bermejo se derramaba entre la columna gris, y el humo azul de los tubos de escape se fundía con él como en una trama de moaré. Subió a un taxi y le ordenó al chófer que la llevara a Central Park. Algunas ramas estaban teñidas de rojo y los capullos de las hayas despedían destellos rubios, pero el césped aún parecía marrón y en las alcantarillas se amontonaba la nieve sucia. Sobre los lagos soplaban un viento gélido y crudo. El taxista no dejaba de hablarle. Ella, que apenas lo escuchaba, se cansó de responder lo primero que se le ocurría y le pidió que parara en el Metropolitan Museum. Mientras estaba pagándole, pasó un vendedor de diarios que anunciaba una edición extra. Eleanor compró un periódico y el conductor otro. «Me cago en...», oyó que exclamaba el hombre, pero se alejó corriendo por miedo a que le diera más conversación. Una vez abrigada por la serena luz plateada del museo, abrió el periódico. La atacó un olor penetrante de tinta de impresión, tan fresca que se le pegó en los guantes.

DECLARACIÓN DE GUERRA

Los observadores de Washington aseguran que
es cuestión de horas
*Es totalmente insatisfactorio lo noto
del gobierno alemán*

Dejó el periódico en un banco y se fue a mirar los Rodins. Cuando se cansó de mirarlos pasó a la sección china. Para la hora en que decidió trasladarse en autobús hasta la Quinta Avenida —porque ya había gastado demasiado en taxis por ese día— se sentía más serena. Estuvo durante todo el viaje pensando en la Edad de Bronce. Cuando divisó a JW en la tórrida luz rosácea del vestíbulo del hotel, se dirigió hacia él con un paso elástico. Él tenía los ojos azules en llamas y la mandíbula inmóvil. Parecía haber rejuvenecido desde el último encuentro.

—Bueno, por fin ha sucedido —dijo—. Acabo de telegrafiar a Washington ofreciendo mis servicios al gobierno. Me gustaría verlos ahora tratando de actuar frente a una huelga ferroviaria.

—Es hermoso y terrible —dijo Eleanor—. Estoy temblando como una hoja.

Se sentaron a tomar el té a una mesa resguardada por pesadas cortinas. Apenas habían tenido tiempo de hacerla cuando la orquesta comenzó a tocar *The Star-Spangled Banner*^[14] y se vieron obligados a pararse. El hotel estaba agitado. Entraba

corriendo gente con nuevas ediciones de los periódicos, se oían risas y discusiones. Perfectos desconocidos se leían mutuamente las noticias, hablaban de la guerra y se encendían los cigarrillos.

—Se me ocurrió, JW —dijo Eleanor sosteniendo con sus dedos alargados un bizcocho de canela—, que si me decidiese a hablar con tu esposa de mujer a mujer tal vez ella comprendería mejor la situación. Después de todo, cuando decoré tu casa fue conmigo muy amable y nos llevamos bien.

—He ofrecido mis servicios a Washington —dijo Ward—. Ya debe haber una respuesta en la oficina. Estoy seguro de que Gertrude comprenderá cuál es su deber.

—Yo quiero ir, JW —dijo Eleanor—. Siento que debo hacerlo.

—¿Adónde?

—A Francia.

—No seas imprudente, Eleanor.

—De verdad, siento que debo ir... Podría ser una buena enfermera... No le temo a nada, eso ya deberías de saberlo, JW.

La orquesta volvió a tocar el himno; Eleanor cantó parte del coro con una estremecida vocecita de soprano. Ambos estaban demasiado excitados como para quedarse mucho tiempo sentados, de modo que fueron en taxi hasta el despacho de JW. El personal estaba en vilo. Miss Williams había hecho colocar un mástil en la ventana central y estaba izando la bandera. Eleanor se le acercó y le estrechó calurosamente la mano. El viento frío arremolinaba los papeles en el escritorio y por toda la sala se mecían en el aire hojas mecanografiadas sin que a nadie le preocupase. Por la Quinta Avenida se acercaba una banda tocando *Rail, Rail, the Gang's All Rere*^[15]. Se veían por todos lados ventanas iluminadas, banderas flameando al viento, empleados y taquígrafas asomados a los balcones y dejando caer papeles que planeaban en el aire picante.

—Es el Séptimo Regimiento —dijo alguien, y todos lo vitorearon y aplaudieron. La música de la banda se hacía más fuerte bajo la ventana. Podían oír el ritmo del paso militar. Los automóviles embotellados organizaban un concierto de bocinas. Los pasajeros de los autobuses agitaban banderitas. Miss Williams le dio a Eleanor un beso en la mejilla. JW presidía la algarabía con una sonrisa orgulloso estampada en el rostro.

Cuando se alejó la banda y comenzó a desbloquearse el tráfico, bajaron la ventana y miss Williams se dedicó a poner un poco de orden en los papeles. JW había recibido de Washington un telegrama aceptando sus servicios para el Comité de Información Pública que míster Wilson había decidido formar, y anunció que partiría a la mañana siguiente. Telefoneó a Great Neck y le preguntó a Gertrude si podía ir a cenar con una amiga. Gertrude dijo que sí: esperaba poder mantenerse de pie. Estaba alarmada por las noticias; tanta miseria y masacres le producían un dolor terrible en la nuca.

—Tengo el presentimiento de que si te llevo a cenar a casa de Gertrude todo

saldrá bien —le dijo él a Eleanor—. Y sabes que rara vez me equivoco en estas cosas.

—Oh, seguro que entenderá —dijo Eleanor.

Cuando salían de la oficina se encontraron en el rellano con míster Robbins. No se quitó el sombrero ni dejó de apretar el cigarro entre los labios. Parecía borracho.

—¿Qué demonios es esto, Ward? —preguntó—. ¿Estamos o no en guerra?

—Si no, lo estaremos en veinticuatro horas.

—Es la traición más jodida de la historia —dijo míster Robbins—. ¿Para qué elegimos a Wilson en vez del viejo bigotudo, sino para que nos ahorrara este lío?

—Robbins, no estoy de acuerdo contigo en absoluto —dijo JW—. Pienso que tenemos el deber de salvar... —pero míster Robbins ya se había alejado dejando a su paso una estela de ácido aroma a whisky.

—Si no hubiera estado en esas condiciones —afirmó Eleanor—, le habría dicho lo que pienso de él.

El viaje hasta Great Neck en el Pierce Arrow fue emocionante. Al fondo del cielo se extinguía una larga franja de resplandor crepuscular. Cruzar el puente de Queensboro dejando atrás la dureza del viento fue como sobrevolar luces y edificios y la masa púrpura de Blackwell Island. Hablaron de Edith Cavell, de bombardeos, banderas y reflectores, y del estruendo de los ejércitos al ataque y de Juana de Arco. Eleanor se subió hasta la barbillla el abrigo de piel y pensó en lo que iba a decirle a Gertrude Moorehouse.

Cuando llegaron a la casa temió que pudiera desatarse un escándalo. Se detuvo en el vestíbulo a retocarse el maquillaje frente a un espejito que llevaba en la cartera.

Gertrude Moorehouse estaba sentada en un diván frente a un fuego crepitante. Eleanor echó una mirada a la sala y la reconfortó su aspecto. Cuando la vio, Gertrude Moorehouse se puso lívida.

—Deseaba hablar con usted —dijo Eleanor.

Gertrude Moorehouse le extendió la mano sin incorporarse.

—Disculpe que no me levante, miss Stoddard —dijo—, pero es que las noticias me tienen absolutamente postrada.

—La civilización exige que nos sacrificemos... todos —dijo Eleanor.

—Lo que han hecho los hunos no merece perdón, cortarles las manos a los niños belgas y cosas por el estilo —dijo Gertrude Moorehouse.

—Mistress Moorehouse —se decidió Eleanor—. Quiero hablar con usted acerca del lamentable malentendido que hay en torno a mis relaciones con su esposo... ¿Cree usted que yo soy de esa clase de mujeres que vendría a enfrentarse con usted si esos espantosos rumores fuesen ciertos? Nuestra amistad es pura como la nieve recién caída.

—Hágame el favor de no hablar de ello, miss Stoddard. La creo.

Cuando entró JW; ambas se encontraban frente al fuego hablando de la operación de Gertrude.

Eleanor se puso de pie.

—Oh, JW, creo que tu decisión te enaltece.

Él carraspeó y miró a las dos mujeres.

—Era mi deber —dijo.

—¿De qué se trata? —preguntó Gertrude.

—He ofrecido mis servicios al gobierno para trabajar en lo que consideren conveniente mientras dure la guerra.

—Claro que no en el frente... —dijo Gertrude, perpleja.

—Mañana mismo parto hacia Washington. Ad honorem, por supuesto.

—Ward, esto es muy noble de tu parte —dijo Gertrude.

Él se acercó lentamente a la silla de ella, se inclinó y la besó en la frente.

—Querida, confío en que tú y tu madre...

—Naturalmente, Ward, naturalmente... Ha sido todo un estúpido malentendido

—Gertrude se sonrojó. Se puso de pie—. He sido una tonta desconfiada... Pero no debes ir al frente, Ward. Hablaré con mamá... —se acercó a él y le puso las manos en los hombros. Eleanor apretó la espalda contra la pared y los observó. Él llevaba un frac de corte impecable, contra cuya tela negra resaltaba el vestido color salmón de Gertrude. El delicado cabello de él adquiría un tono ceniza a la luz de la araña de cristal reflejada en las paredes marfil. Tenía una expresión melancólica y sombría. Eleanor pensó qué poco se comprendía a hombres semejantes y en lo hermosa que era la sala; hermosa como un drama, como un Whistler, como Sara Bernhardt. Se le nubló la vista de emoción.

—Me alistaré en la Cruz Roja —exclamó—. No veo la hora de estar en Francia.

NOTICIARIO XIX

E. UU. EN GUERRA DEFENDAMOS A LA NACIÓN CLAMA LA CIUDAD ENTERA

Por allí
Por allí

en la reunión anual de accionistas de la firma manufacturera de armas Colt se repartió un botín de 2.500.000 dólares. Fue incrementado el capital social. Los beneficios del último balance fueron del 259 por ciento.

EMOCIONADA SORPRESA DE LOS INGLESES

Ya llegan los yanquis
Ya estamos llegandooooo

PROMUEVEN UNA LEY PARA MANTENER A LA GENTE DE COLOR FUERA DE LAS ZONAS HABITADAS POR BLANCOS

en Chicago se invierten varios millones en el golf agitadores hindúes siembran el terror por toda la nación instan a Estados Unidos a salvar al mundo del hambre

SE CASTIGARÁN LAS INJURIAS A LA BANDERA

diputados laboristas denuncian que Rusia, alentada por Londres, busca una paz deshonrosa

MILLONES PARA LOS ALIADOS

Y no volveremos a nuestro hogar
Hasta que todo haya terminado.

EL OJO DE LA CÁMARA (27)

EN el *Espagne* había curas y monjas el Atlántico era bravío y color verde botella los ojos de buey tenían cortinas y las luces de la cubierta pantallas y cuando se estaba en cubierta no se podían encender fósforos

pero los camareros eran muy valientes y decían que los boches no se animarían a hundir un barco de la Compagnie Générale, porque estaban los curas y las monjas y los jesuitas y el Comité des Forges que había prometido no bombardear el Bassin de la Brie y donde estaban los grandes depósitos y las fundiciones de la compañía que era propiedad del príncipe de Borbón y los jesuitas y los curas y las monjas

y sin embargo todos eran muy valientes salvo el coronel y mistress Knowlton de la Cruz Roja Americana que levaban abrigos a prueba de frío a prueba de agua a prueba de submarinos como abrigos de esquimales y los usaban y se sentaban en la cubierta con los abrigos salvavidas inflados y se les veía nada más que la cara y en los bolsillos tenían equipos de primeros auxilios y en el cinturón cajas impermeables con chocolate galletas y barras de leche malteada y cuando por la mañana paseabas por cubierta veías a míster Knowlton inflando el traje de mistress Knowlton

y a mistress Knowlton inflando el traje de míster Knowlton los niños Roosevelt eran muy valientes con sus gorras flamantes del ejército americano con visera dura y medallas de tiro colgando de la tela caqui y andaban todo el día diciendo Tenemos que entrar Tenemos que entrar como si la guerra fuera una piscina

y el encargado del bar era valiente y los camareros eran valientes a todos los habían herido estaban contentos de ser camareros y no tener que pelear en las trincheras

y los pasteles eran deliciosos

por fin avanzando en zigzag llegamos a la zona y pudimos sentarnos tranquilamente en el bar y allí estaba la boca del Gironda y una lancha torpedera francesa que trazaba círculos alrededor del barco en la blanda mañana perlada y los vapores que por culpa de las minas tenían que seguir a la lancha patrullera un sol rojo se alzaba sobre las rubicundas tierras cubiertas de viñas y el Gironda estaba lleno de cargueros y aviones y sol y barcos de guerra

el Garona era rojo estábamos en otoño había barriles de vino fresco y cajones en los muelles frente a las casas de fachadas grises y los mástiles de los veleros amontonados contra el gran puente de acero rojo

en el Hotel de las Siete Hermanas todo el mundo estaba de luto pero el negocio andaba bien debido a la guerra y esperaban que en cualquier momento llegara el gobierno de París

allá en el norte morían hombres entre el barro y las trincheras pero en Burdeos los

negocios andaban bien y los viñateros y los agentes marítimos y los fabricantes de municiones se reunían en el Chapon Fin a comer endivias y setas y trufas y había un gran cartel

*MEFIEZ-vous
les oreilles ennemis vous écoutent*

crepúsculo color vino tinto y plazas de grava amarilla bordeadas de barriles de vino y un olor a chocolate en las estatuas grises de los parques y los nombres de las calles

calle de las Esperanzas Perdidas, calle del Espíritu de las Leyes, calle de los Pasos Perdidos

y el olor de las hojas quemadas y las fachadas grises de las casas borbonas hundiéndose en el crepúsculo color vino tinto

una noche en el Hotel de las Siete Hermanas te despertaste muy entrada la noche y había un agente del servicio secreto revolviendo tus maletas

y examinó tu pasaporte con el ceño fruncido y miró tus libros y dijo Caballero es la inspección de rigor

BOB EL GLADIADOR

LA Follette nació en los suburbios de Primrose; hasta los diecinueve años trabajó en una granja de Dane County, Wisconsin.

En la Universidad de Wisconsin se abrió paso a fuerza de sudor. Quería ser actor, estudió declamación; leyó a Robert Ingersoll, a Shakespeare y a Burke;

(¿explicará alguien un día de éstos la influencia de Shakespeare en el siglo XIX, Marco Antonio ante la tumba de César, Otelo ante el senado de Venecia, y Polonio, por todas partes Polonio?);

al volver a su hogar después de la graduación era Booth y Wilkes escribiendo los papeles de Junius y Daniel Webster e Ingersoll desafiando a Dios y los magistrados graves e incorruptibles como estatuas derramando parrafadas magnificentes a través de los siglos capitolinos;

en su clase era la estrella máxima de la oratoria
y ganó un debate interestatal con una alocución sobre el personaje de Yago.

Entró a trabajar en un gabinete de abogados y presentó su candidatura a fiscal de distrito. Sus compañeros recorrían por la noche el condado haciendo la campaña. Puso manos a la obra y ganó la elección.

Era la rebelión del joven contra la maquinaria estatal republicana y Keyes, el jefe de correos de Madison que tenía el condado en un puño, se sorprendió tanto que casi se cae de su silla.

Aquello le proporcionó a La Follette un sueldo para poder casarse. Tenía veinticinco años.

Cuatro más tarde presentó su candidatura para el Congreso; una vez más la universidad estaba con él; era el candidato de los jóvenes. Al ser elegido se convirtió en el representante de menor edad de la cámara.

Fue introducido en Washington por Philetus Sawyer, el rey de la madera de Wisconsin, acostumbrado a almacenar y vender políticos como si fueran leña.

Era republicano y había triunfado. Pero ahora ellos pensaban que lo tenían en sus manos. En Washington no se podía ser honesto por demasiado tiempo.

Ese invierno Booth puso en escena a Shakespeare en Baltimore. Booth no quería pisar Washington debido al triste recuerdo de su hermano. Bob La Follette y su esposa concurrieron a todas las funciones.

Durante la feria estatal de Milwaukee, en el salón del hotel Plankinton, el cacique Sawyer, rey de la madera, intentó sobornarlo para que influyera en su cuñado, juez de la causa contra el secretario del Tesoro, un republicano;

Bob La Follette abandonó el hotel lívido de ira. A partir de entonces declaró una guerra sin cuartel contra la maquinaria republicana de Wisconsin hasta que fue elegido gobernador y aniquiló el montaje;

fue ésa la guerra de diez años que convirtió a Wisconsin en estado modelo donde los votantes, en su mayoría alemanes, finlandeses, escandinavos amantes de las ideas inviolables, aprendieron a emplear su nueva fuerza, las primarias directas, el referéndum y el plebiscito.

La Follette instituyó un impuesto a los ferrocarriles.

En el pasillo de la Ebbitt House de Washington, John C. Payne declaró a un grupo de políticos: «Si La Follette cree que puede destruir un ferrocarril con ocho kilómetros de vía continua, es un condenado imbécil. Se dará cuenta de su error... Ya nos ocuparemos de él en su momento».

Pero cuando llegó el momento, los granjeros de Wisconsin y los jóvenes médicos y abogados y los hombres de negocios que acababan de salir de la universidad

y lo protegieron
y lo eligieron gobernador tres veces seguidas
y después senador nacional

en calidad de lo cual trabajó toda su vida pronunciando largos discursos llenos de estadísticas, luchando por imponer una forma de gobierno democrática, por construir una comunidad de granjeros y pequeños comerciantes, solitario, la espalda contra la pared, contra la corrupción y los grandes intereses y las altas finanzas y los monopolios y las alianzas de alianzas y el letargo miasmático de Washington.

Fue uno «de los pocos hombres de buena voluntad que no expresaban otra opinión que la propia».

que se alzaron contra el proyecto de ley de buques bélicos de Woodrow Wilson que posibilitó la guerra contra Alemania; los llamaron filibusteros, pero apenas eran seis hombres de coraje poniendo el alma en detener un barco demente con las manos

desnudas;

la prensa alentó el odio de sus lectores contra La Follette, el traidor; en Illinois quemaron una efigie suya; en Wheeling le negaron la palabra.

En 1924 La Follette se postuló para la presidencia y sin dinero ni aparato político sumó cuatro millones y medio de votos pero era un hombre enfermo, el trabajo incesante y el aire viciado de las salas de comité y las cámaras legislativas lo habían deteriorado,

por no hablar del olor fétido de los políticos y murió,
orador que arengaba desde el capitolio de una república perdida; sin embargo nosotros recordaremos

cómo en marzo de 1917, mientras Woodrow Wilson era investido por segunda vez, se plantó firme en sus trece y enfrentó durante tres días a la tremenda camarilla. No lo dejaban hablar; las galerías destilaban odio hacia él; el Senado parecía una partida de linchamiento,

y él, un tipo tozudo con el rostro tallado, una pierna en el pasillo, los brazos cruzados y un cigarro colgando del rincón de la boca, con un discurso sin pronunciar en su pupitre y la voluntad de no expresar otra opinión que la suya.

CHARLEY ANDERSON

La madre de Charley Anderson tenía una pensión para trabajadores del ferrocarril cerca de la estación de la Northern Pacific en Fargo, Dakota del Norte. Era una casa de madera con gabletes, toda rodeada de galerías, pintada de color mostaza con un ribete marrón chocolate, y en los fondos siempre había ropa colgada de cables gastados que iban de un palo clavado cerca de la puerta de la cocina hasta una hilera de gallineros destortalados. Mistress Anderson era una mujer de pelo gris, anteojos y hablar cansino; los pensionistas le tenían miedo y cuando querían quejarse de las camas, la comida o los huevos no muy frescos lo hacían ante la contoneante Lizzie Green, norirlandesa de brazos gruesos que ayudaba en la cocina y hacía toda la limpieza. Cuando alguno de los muchachos volvía a casa borracho, era Lizzie la que bajaba a hacerlo callar, con un sobretodo de hombre sobre el camisón de hilo. Una noche uno de los guardafrenos trató de aprovecharse de Lizzie y recibió tal castañazo en la mandíbula que fue a dar contra el suelo de la galería. Cuando Charley era pequeño, Lizzie se ocupaba de lavarlo y restregarlo; lo hacía llegar a tiempo a la escuela y le ponía árnica en las rodillas cuando se las lastimaba y jabón suave en las ampollas y le remendaba la ropa. Mistress Anderson ya había criado tres hijos que habían crecido y abandonado el hogar antes de que llegara Charley, de modo que no parecía preocuparse mucho por éste. También míster Anderson había desaparecido por la época del nacimiento de Charley; se había marchado al Oeste porque estaba mal de los pulmones y no podía soportar los inviernos húmedos; por lo menos ésa era la explicación que ofrecía mistress Anderson. Ella llevaba las cuentas, ponía en conserva fresas, guisantes, melocotones, judías, tomates, peras, ciruelas y puré de manzana en la estación correspondiente, hacía leer a Charley un capítulo de la Biblia y trabajaba mucho para la iglesia del lugar.

Charley era un niñito rechoncho de pelo grueso y arremolinado y ojos grises. Era la mascota de los pensionistas y le gustaba todo menos los domingos, porque tenía que ir dos veces a la iglesia y a la escuela dominical y después de la cena su madre solía leerle sus párrafos favoritos de Mateo, Esther o Ruth y formularle preguntas sobre los capítulos que le había asignado aquella semana. Esta lección se llevaba a cabo sobre una mesa con mantel rojo pegada a una ventana que mistress Anderson atestaba de macetas con enredaderas, azaleas, begonias y helechos en invierno y verano. Charley sentía agujas en las piernas y la tremenda comida que había despachado le daba sueño y tenía un miedo horrible de cometer pecado Contra el Espíritu Santo, pecado que según su padre consistía en incurrir en falta de atención en la iglesia, la escuela dominical o las lecciones de Biblia. En invierno la cocina permanecía en un silencio profundo, sólo alterado por los pasos pesados de Lizzie o

su respiración mientras apilaba en el armario los platos que acababa de lavar. En verano era bastante peor. Los otros chicos le proponían ir a nadar al río Rojo o a pescar o a jugar a policías y ladrones en el depósito de madera o de carbón, y las moscas atrapadas en la superficie festoneada del papel cazamoscas zumbaban débilmente, y él oía el ruido de las locomotoras separándose de los vagones de carga, el silbido del tren que partía para Winnipeg desde la estación, el tañido de la campana, y el cuello duro le daba picazón y pringosidad y se quedaba mirando el reloj de porcelana que colgaba de la pared y producía un tictac sonoro. Cuando miraba el reloj muy a menudo el tiempo corría con demasiada lentitud, por eso hacía el esfuerzo de no levantar la mirada hasta que creía que habían pasado quince minutos, pero al volver a espiar sólo habían pasado cinco y entonces se desesperaba. Tal vez fuera mejor cometer pecado contra el Espíritu Santo allí mismo, condenarse de una vez por todas y escaparse con un vagabundo, como Dolphy Olsen, pero él no era tan valiente.

En la época en que debía empezar la escuela superior comenzó a encontrar en la Biblia cosas divertidas, cosas como las que contaban los chicos cuando se cansaban de jugar al sapo en el pozo que había detrás de las malezas de la valla del depósito de madera, esa parte sobre Onán, y la historia del Levita y su concubina, y el Cantar de Salomón, que lo hacían sentirse raro y le aceleraba el corazón cuando las leía, lo mismo que cuando captaba trozos de conversaciones entre los pensionistas, porque él sabía lo que era una puta y qué era lo que había pasado cuando a las mujeres se les hinchaba la panza, pero cuando hablaba con su madre se cuidaba muy bien de no dejar entrever que estaba tan enterado.

Jim, uno de los hermanos de Charley, se había casado con la hija del dueño de una caballeriza de Mineápolis. La primavera en que Charley estaba por terminar el octavo curso, ambos fueron a visitar a mistress Anderson. Jim fumaba puros dentro de la casa, le hacía bromas a su madre y mientras estuvo él no se dijo una palabra de la Biblia. Un domingo Jim llevó a Charley a pescar al Cheyenne y le dijo que, si cuando terminaba el colegio iba a las Ciudades Gemelas, él le daría trabajo de ayudante en el garaje que estaba construyendo con parte de las caballerizas de su suegro. Charley quedó muy bien contando a sus compañeros que para ese verano le esperaba un trabajo en la ciudad. Marcharse era un alivio, sobre todo porque su hermana Esther acababa de regresar después de haber seguido un curso de enfermera y todo el día le daba la lata con que no hablara en slang^[16], se limpiara la ropa y no comiera tanto pastel.

La mañana que se dirigió solo a Moorehead para tomar el tren que lo llevaría a las Ciudades Gemelas, provisto del maletín que le había prestado Esther, se sintió magníficamente. En la estación intentó comprar un paquete de cigarrillos, pero el tipo del quiosco se burló de él: era demasiado pequeño, dijo. Era un hermoso día de primavera, quizás un poco caluroso. Por los flancos de los caballos que, sobre el puente, arrastraban una larga hilera de carretas cargadas de harina, resbalaban gotas

de sudor. Mientras esperaba en la estación el aire se volvió sofocante y una niebla vaporosa envolvió el ambiente. Más allá de las espaldas anchas de los montacargas que bordeaban la vía el sol lanzaba destellos de un rojo intenso. Oyó que un hombre le decía a otro: «Me parece que viene un tornado», y cuando subió al tren se asomó a la ventanilla abierta para mirar las descargas eléctricas que se sucedían al noroeste, donde los trigales verdes se topaban con las nubes. En cierto modo tenía ganas de que se desatara un tornado porque nunca había visto ninguno, pero cuando los relámpagos empezaron a descargar sus latigazos en los nubarrones se asustó un poco, aunque el hecho de estar en el tren con el conductor y los demás pasajeros lo tranquilizaba. No fue un tornado, pero sí un diluvio: barridos por el siseo serpenteante de las sábanas de lluvia, los trigales cobraron un color de cinc. Más tarde salió el sol y Charley abrió la ventana y todo olía a primavera y en los abetos y los pinos que rodeaban los pequeños lagos tornasolados cantaban los pájaros.

Jim lo estaba esperando con un camión Ford. Pararon en el muelle de carga y Charley tuvo que ayudar a subir un montón de pesados paquetes con piezas de recambio que venían de Detroit y llevaban la etiqueta «Garaje Vogel». Charley trataba de dar la impresión de haber vivido toda su vida en una gran ciudad, pero el estruendo de los tranvías y los cascós herrados de los caballos que lanzaban a su paso guijarros como chispas y las hermosas muchachas rubias y las tiendas y las enormes cervecerías alemanas y el ronroneo que surgía de las fábricas y los talleres se le subieron a la cabeza. Enfundado en su mono, Jim parecía alto y delgado; hablaba de un modo nuevo y cortante. «Macho, a ver si te portas bien en la casa; el viejo es alemán, digo el viejo de Hedwig, y un poco pesado como todos los alemanes», dijo Jim mientras arrancaba el camión y se introducía lentamente en un tráfico endiablado. «Claro, Jim», y empezó a preocuparle un poco cómo sería eso de vivir en Mineápolis. Le hubiera gustado que Jim sonriese un poco más.

El viejo Vogel era un hombre rollizo de cara saludable, cabello gris y revuelto y vientre prominente, muy aficionado a los postres, los estofados con mucha salsa y la cerveza. Hedwig, la esposa de Jim, era su única hija. Su esposa había muerto, pero tenía una alemana de mediana edad, a quien todo el mundo llamaba tía Hartmann, que se ocupaba de limpiarle la casa. Seguía por todas partes a los hombres con un trapo de limpiar y entre ella y Hedwig, cuya mirada azul destilaba malhumor porque esperaba un hijo para el otoño, mantenían la casa tan reluciente que se hubiera podido comer un huevo frito en el suelo. Jamás dejaban las ventanas abiertas por miedo a que entrara polvo. La casa daba a la calle, y a la cochera, que estaba en el fondo, se entraba por un corredor, más allá de la tienda de un talabartero que ahora se había convertido en taller. Cuando llegaron Jim y Charley había unos letristas que, montados en un andamio, pintaban en rojo y blanco un cartel que decía GARAGE VOGEL.

—Viejo cabrón —rezongó Jim—. Prometió que le pondría Vogel y Anderson. ¡Mierda!

Todo olía a establo; un negro llevaba de la brida un caballo huesudo cubierto con una manta.

El verano entero Charley anduvo lavando coches, engrasando engranajes y ajustando frenos. Llevaba siempre el mono mugriento y cubierto de grasa; entraba al garaje a las siete de la mañana y no terminaba hasta la noche, cuando estaba demasiado cansado para hacer otra cosa que dejarse caer en el catre que le habían colocado en la buhardilla. Jim le pasaba un dólar por semana para gastos y decía que con eso se tenía que dar por bien servido, porque lo invaluable era aprender un oficio. Los sábados a la noche era el último en poder bañarse y por lo general no le dejaban más que agua casi fría, de modo que sacarse la suciedad le costaba un trabajo horrendo. El viejo Vogel era socialista, no iba a la iglesia y se pasaba los domingos bebiendo cerveza con sus compadres. En los almuerzos de los domingos todos hablaban en alemán y Charley permanecía mudo y sombrío en su sitio, pero el viejo Vogel les daba de beber cerveza a todos y hacía bromas de las cuales tía Hartmann y Hedwig se reían frenéticamente, y después de la cena Charley se sentía mareado y con el paladar amargo de cerveza, pero se obligaba a beberla de todos modos, y el viejo Vogel lo alentaba a fumar un cigarro y después lo mandaba a conocer la ciudad. Él salía, atiborrado de comida y con la cabeza en el aire, y tomaba el tranvía a Saint Paul, para ver el nuevo capitolio, o a Lake Harriet, o iba a Big Island Park a dar vueltas en la montaña rusa y pasear hasta que se le acalambraban las piernas. No tenía amigos de su edad, así que su única compañía era la lectura. Compraba todos los números del *Popular Mechanics*, el *Scientific American*, el *Adventure* y la *Wide World Magazine*. Tenía planeado construir un balandro según las indicaciones del *Scientific American* y bajar navegando por el Misisipí hasta el Golfo. Se alimentaría de bagres y patos salvajes. Había empezado a ahorrar para comprarse una escopeta.

Estaba contento de vivir en casa del viejo Vogel, porque después de todo no debía leer la Biblia ni ir a la iglesia, y le gustaba desarmar motores y aprender a conducir el camión Ford. Después de un tiempo llegó a conocer a Buck y Slim Jones, dos hermanos más o menos de su edad que vivían una manzana más abajo. Les caía simpático porque trabajaba en el garaje. Buck vendía periódicos y poseía un sistema para meterse en los cines por la puerta de salida y conocía los mejores refugios para ver gratis los partidos de béisbol. En cuanto Charley conoció a los hermanos Jones, se acostumbró a ir corriendo a su casa apenas terminaba el almuerzo del domingo, y los tres lo pasaban en grande trepándose a los camiones de granos, paseando en los parachoques de los tranvías, escapándose de los policías, subiéndose a los botes y nadando cerca de los rápidos, después de lo cual volvía empapado de sudor y con el traje de salir estropeado y debía oír los sermones de Hedwig por llegar tarde a la cena. Cada vez que el viejo Vogel encontraba a los Jones husmeando en el garaje los echaba a gritos, pero cuando no estaban ni él ni Jim, Gus, el cochero, aparecía oliendo a caballo y les contaba historias de carreras y mujeres fáciles y borracheras de whisky en Louisville, y les explicaba cuál era la mejor manera de tratar a una

mujer la primera vez y cómo él y su novia lo hacían toda la noche sin parar ni un minuto.

El Día del Trabajo el viejo Vogel llevó a pasear a Jim, su hija y la tía Hartmann en una calesa tirada por dos bayos estupendos que le habían dejado para vender; Charley tuvo que quedarse a cargo del garaje, por si se presentaba alguien que necesitara gasolina o aceite. Buck y Slim fueron a verlo y los tres se pusieron a hablar de que era una injusticia no poder salir en un día de fiesta. En Fair Grounds había dos partidos seguidos de béisbol y en otros lugares muchos encuentros más. Los problemas empezaron cuando Charley se propuso enseñarle a Buck cómo se conducía el camión, ya que para explicárselo con más detalle tuvo que encender el motor y un momento después los estaba invitando a dar una vuelta a la manzana. Pero una vez que dieron la vuelta a la manzana decidieron cerrar el garaje e irse alegremente de paseo hasta Minnehaha. Charley tenía la idea de conducir con toda prudencia y volver a casa horas antes de que apareciera la familia, pero de todos modos se puso a correr por la pendiente de un boulevard, con lo cual casi atropella un coche lleno de niñas que asomó imprevistamente por un lateral. Más tarde, mientras regresaban, iban bebiendo zarzaparrilla, de lo más divertidos, cuando de pronto Buck dijo que los seguía un policía en moto. Charley aceleró, tomó una curva muy cerrada y chocó contra un poste de telégrafos. Buck y Slim echaron a correr tan rápido como podían y Charley se quedó solo frente al policía.

El policía, que era sueco, blasfemó, maldijo y anunció entre chillidos que lo llevaría a la comisaría por conducir sin permiso, pero Charley encontró bajo el asiento el carnet de Jim y juró que su hermano le había pedido que regresara el camión al garaje después de haber entregado un cargamento de manzanas en Minnehaha. El policía lo dejó ir recomendándole que la próxima vez tuviera más cuidado. Salvo un guardabarros abollado y algunos problemas en la dirección, el camión no se había dañado. Charley condujo hasta su casa tan despacio que cuando llegó el radiador despedía humo. En la puerta estaba la calesa de la que acababa de bajar toda la familia. Gus estaba llevando los caballos al establo.

No se le ocurría nada que decir. Lo primero que vieron fue el guardabarros abollado. Se le echaron encima y tía Hartmann era la que más aullaba y el viejo Vogel tenía la cara violeta y hablaban todos en alemán y Hedwig lo agarró de la chaqueta y le dio una bofetada y estuvieron de acuerdo en que Jim tenía que darle una paliza. Charley se enfureció: proclamó que a él nadie le iba a dar ninguna paliza; entonces Jim opinó que lo mejor era mandarlo de vuelta a Fargo, y Charley se fue a hacer su equipaje y se marchó sin despedirse, esa misma noche, con la maleta en una mano y cinco números atrasados de la revista *Argosy* bajo el brazo. Había ahorrado suficientes monedas como para comprar un billete hasta Barnesville. A partir de allí tuvo que jugar al escondite con el revisor y pudo bajar del tren sano y salvo en Moorhead. Su madre se alegró de verlo, dijo que ir a visitarla antes de ingresar en la escuela superior era propio de un buen muchacho y le habló de la conveniencia de

que fuera confirmado. Charley no mencionó lo del Ford y para sus adentros decidió que no lograrían que se confirmase en ninguna condenada iglesia. Devoró el rotundo desayuno que le preparó Lizzie, se metió en su cuarto y se tendió en la cama. Se preguntó si negarse a ser confirmado sería el pecado máximo contra el Espíritu Santo, pero ahora la idea no le horrorizaba tanto como en otras épocas. Sentado en el tren no había podido cerrar los ojos en toda la noche, así que enseguida se quedó dormido.

Durante dos años Charley sobrellevó la escuela superior y ahorró algo de dinero ayudando por las tardes en el taller mecánico de Moorhead, pero desde el viaje a las Ciudades Gemelas ya nunca volvió a gustarle su pueblo. Su madre no le permitía trabajar los domingos y le daba la lata con la confirmación, su hermana Esther le daba la lata por cualquier cosa, Lizzie lo trataba como si fuera un bebé y lo llamaba «Cachorro» delante de los pensionistas, y por si fuera poco estaba harto de estudiar; de modo que la primavera en que cumplió diecisiete años, al finalizar el curso, se marchó una vez más a Mineápolis, ahora a buscar un trabajo por su cuenta. Como tenía dinero para vivir unos días, lo primero que hizo fue dirigirse a Big Island Park. Quería subir a la montaña rusa, probar suerte en el tiro al blanco, nadar y conquistar chicas. Estaba hasta el cuello de pueblos dormidos como Fargo o Moorhead, donde nunca pasaba nada.

Cuando llegó al lago era casi de noche. A medida que el vaporcito se acercaba al muelle podía oír mejor la música de la banda de jazz por entre los árboles, el rodar de los coches de la montaña rusa por los rieles y los gritos cuando caían por la pendiente. Había una glorieta de baile y luces de colores entre las ramas y perfume de mujer, maíz tostado, caramelos de miel y pólvora, y delante de algunos juegos los anunciantes proclamaban sus ofertas a voz en cuello. Como era lunes no había demasiada gente. Charley subió un par de veces a la montaña rusa y se puso a charlar con el muchacho del control sobre qué posibilidades había de conseguir trabajo en el parque de atracciones.

El muchacho le dijo que no se fuera. A las once, cuando cerraran, seguramente aparecería Svenson, el gerente, y no era improbable que necesitara un empleado. El muchacho se llamaba Ed Walters; dijo que el trabajo no era gran cosa pero que Svenson era un tipo derecho. Dejó que Charley diera un par de vueltas gratis para ver cómo funcionaba la montaña rusa, le dio una botella de batido de helado y le recomendó que tuviera cuidado con los ladrones. Hacía dos años que trabajaba en los juegos mecánicos; tenía una cara puntiaguda de zorro y gestos inteligentes.

A Charley se le aceleró el corazón cuando un hombrón de cara cóncava y pelo toscos y trigueño llegó a recoger el dinero de los tíquets. Era Svenson. Miró a Charley de arriba abajo y dijo que lo tomaría a prueba por una semana; que recordara que el lugar era un parque a donde iban las familias a divertirse tranquilamente, que él no permitía líos ni asuntos raros, que se presentara la mañana siguiente a las diez. Charley le dijo «Hasta la vista» a Ed Walters y tomó la última lancha y el último tranvía de la ciudad. Era demasiado tarde para retirar la maleta de la consigna; no

quería gastar dinero en una habitación ni pedir albergue en la casa de Jim, de modo que durmió en un banco frente al Ayuntamiento. Era una noche cálida y estar tendido en un banco, como un vagabundo cualquiera, lo puso contento. Sin embargo, las luces le daban en los ojos y tenía miedo de la policía; sería desastroso que lo metieran a la sombra y le hicieran perder el trabajo en el parque. Cuando se despertó bajo un amanecer grisáceo le castañeteaban los dientes. Los faroles destilaban vetas rosadas contra el cielo amarillo limón; los grandes edificios de oficinas, con las ventanas inexpresivas, se veían extrañados, grises y desiertos. Tuvo que caminar rápido y golpear los talones contra el pavimento para lograr que se le normalizara la circulación.

Encontró un bar donde le dieron una taza de café y una pasta por cinco céntimos y tomó el primer tranvía al lago Minnetonka. Era un fulgurante día de verano con ligero viento del norte. El lago tenía un color azul intenso que acentuaba la palidez de los troncos de los abedules; minúsculas hojas danzaban al viento, verdosas contra la oscuridad de las coníferas y el celeste profundo del cielo. Charley pensó que era el paisaje más bello que había visto. Dormitando al sol, esperó largo rato que la lancha zarpara hacia la isla. Cuando llegó, el parque estaba desolado, las cortinas metálicas bajas y los carritos de la montaña rusa inmóviles y abandonados bajo la luz matinal. Vagó unos minutos, pero le ardían los ojos, le dolían las piernas y la maleta le pesaba, de modo que buscó abrigo detrás de la pared de una cabaña; se echó al sol sobre una alfombra de agujas de pino y se quedó dormido abrazando la maleta.

Se despertó sobresaltado. Su Ingersoll marcaba las once. Le cayó el corazón a los pies. Sería una estupidez perder el trabajo por llegar tarde. Svenson estaba sentado en la taquilla de la montaña rusa con un sombrero de paja inclinado hacia atrás en la cabeza. No mencionó la hora. Le dijo a Charley que se sacara la chaqueta y ayudara a Mc Donald, el mecánico, a engrasar el motor.

Charley trabajó en esa montaña rusa todo el verano, hasta que en septiembre el parque cerró. Vivía en Excelsior, en una tienda de campaña, con Ed Walters y un italiano llamado Spagnolo que tenía una parada de caramelos.

En la tienda contigua vivía Svenson con sus seis hijas. Era viudo. La mayor de las hijas, Anna, tenía unos treinta años y era cajera del parque de atracciones, otras dos trabajaban de camareras en el Tonka Bay Hotel y las restantes no tenían empleo porque concurrían a la escuela superior. Todas eran altas y rubias, con pieles brillantes y tersas, y Charley se ilusionó con la menor, Emiscah, que tenía más o menos su edad. Tenía un flotador y un trampolín e iban a nadar todos juntos. Charley, continuamente vestido con una camiseta de traje de baño y unos pantalones cortos color caqui, acabó el verano muy bronceado. La chica de Ed se llamaba Zona; solían ir los cuatro a pasear en bote una vez que el parque cerraba, especialmente en las noches cálidas en que había luna. No bebían, pero fumaban y escuchaban el fonógrafo y se besaban y tocaban en el fondo del bote. Cuando volvían al campamento de los muchachos, por lo general, Spagnolo ya estaba acostado;

entonces lo zarandeaban o le ponían chinches en las sábanas y él maldecía y lanzaba manotazos. Emiscah era buena compinche para las travesuras. Charley estaba loco por ella y suponía que no le disgustaba del todo. Ella le enseñó a dar besos de lengua y sabía cómo acariciarle el pelo y restregarse contra su cuerpo como una gata, pero nunca lo dejaba sobrepasarse, cosa que por otra parte a él ni se le hubiera ocurrido intentar. Una noche subieron los cuatro a la colina que flanqueaba el campamento e hicieron una fogata bajo un pino. Tostaron malvaviscos y se sentaron alrededor del fuego a contar historias de fantasmas. Habían llevado mantas, y Ed sabía cómo hacer una cama con ramitas de abeto a manera de pequeñas estacas; se acostaron los cuatro bajo el mismo abrigo, y se hicieron cosquillas y se molestaron mutuamente y tardaron mucho tiempo en dormirse. Charley estuvo un buen rato entre las dos muchachas y ellas no se quedaron precisamente apartadas, con lo cual todo lo que consiguió fue una erección, no poder dormirse y la vergüenza de que llegaran a notarlo los demás.

Aprendió a bailar y a jugar al póquer y cuando llegó el Día del Trabajo no tenía ahorrado ni un céntimo pero estaba convencido de haber pasado un verano maravilloso.

Alquiló con Ed un cuarto en Saint Paul. Consiguió trabajo como ayudante en un taller de la Northern Pacific y ganó mucho dinero. Aprendió a manejar un torno eléctrico e inició un curso nocturno para ingresar en la escuela de ingeniería civil de la Escuela Superior de Artes y Oficios. Ed no parecía tener demasiada suerte con los empleos; todo lo que lograba era reunir de vez en cuando algunos dólares como asistente en una bolera. Los domingos solían ir a cenar a casa de los Svenson. Míster Svenson se había hecho cargo de un pequeño cine de la calle Cuatro, el Leif Ericsson, pero las cosas no marchaban bien. El hombre daba por sentado que los muchachos se habían comprometido con dos de sus hijas y le encantaba que lo fueran a visitar. Charley salía con Emiscah todos los sábados por la noche y gastaba bastante dinero en caramelos, entradas a espectáculos y cenas en un restaurante chino donde había baile. Para Navidad le regaló un anillo de compromiso y a partir de entonces ella lo consideró novio suyo. Cuando volvían a casa de Svenson se sentaban en un sofá de la sala a abrazarse y besarse.

La muchacha parecía divertirse excitándolo; de pronto se ponía de pie, se arreglaba el pelo, volvía a pasarse carmín por los labios y se escurría escaleras arriba, donde Charley podía oírla parlotear con sus hermanas. Él se ponía a recorrer la sala iluminada por una sola lámpara, exaltado y nervioso. No se le ocurría qué hacer. No quería casarse, porque sabía que eso lo privaría de viajar por el país y seguir adelante con los estudios de ingeniería. De sus compañeros de trabajo, los que no estaban casados salían con prostitutas, pero Charley temía contagiarse una venérea, pensaba que aquello era restarle tiempo a los estudios y, sobre todo, sucedía que él deseaba a Emiscah.

Después de haberle dado el último beso violento, con el sabor de su lengua en la boca y la nariz invadida por el aroma de su pelo, volvía a la pensión con un zumbido

en los oídos, débil y mareado; no lograba conciliar el sueño, se pasaba la noche dando vueltas en la cama e imaginaba que iba a volverse loco hasta que, desde la otra punta del cuarto, Ed le gritaba que por el amor de Dios se quedara quieto de una vez.

En febrero a Charley le empezó a doler terriblemente la garganta; el médico diagnosticó difteria y lo internó en el hospital. Estuvo muy enfermo durante varios días, al cabo de los cuales por fin le suministraron la antitoxina. Cuando ya se sentía mejor fueron a visitarlo Ed y Emiscah; se sentaron a la vera de su cama y le alegraron el ánimo. Ed llevaba muy buena ropa y contó que había conseguido un trabajo nuevo, que estaba haciendo dinero pero que no podía revelar qué era. A Charley le atravesó la mente la idea de que Ed y Emiscah se habían enredado poco después de que él entrara al hospital, pero en realidad no quiso pensarla mucho.

El enfermo de la cama contigua, que también se recuperaba de la difteria, era un sujeto delgado y canoso llamado Michaelson. Ese invierno había estado trabajando en una ferretería y no lo había pasado nada bien. Hasta hacía dos años había poseído una granja en la zona cerealera de Iowa, pero una serie de malas cosechas habían terminado por arruinarlo, el banco se había quedado con la propiedad después de un pleito y le había ofrecido trabajar como arrendatario, pero él les había contestado que prefería que lo colgaran antes que depender de otro, de modo que había hecho sus petates y venido a la ciudad, y aquí estaba, con cincuenta años, una esposa y tres niños, intentando comenzar desde cero. Era admirador ferviente de Bob La Follette y tenía la teoría de que los banqueros de Wall Street aspiraban a hacerse con el gobierno y reconvertir el país mediante la pauperización de los granjeros. Con una voz finita y gimoteante, hablaba todo el día —hasta que la enfermera lo mandaba callarse— de la Liga de No Votantes y del Partido Laborista Agrario y del destino del gran Noroeste y de la necesidad de que trabajadores y campesinos cerraran filas y eligieran a hombres honestos como Bob La Follette. En el otoño anterior Charley se había afiliado a la AFL y la charla de Michaelson, interrumpida por ahogos y accesos de tos, alimentaba su curiosidad por la política. Decidió que leería más seguido el periódico y se mantendría informado de lo que iba sucediendo en el mundo. Con tanta guerra y sucesos importantes, era imposible predecir qué podía pasar.

Cuando la esposa de Michaelson y sus hijos fueron a visitarlo, el hombre se los presentó a Charley y proclamó que el hecho de haber tenido de vecino a un joven tan brillante había convertido su enfermedad en un verdadero placer. A Charley le dolió ver esos rostros pálidos y desnutridos, las ropas insuficientes para una temperatura de cero grados. Le tocó abandonar el hospital antes que su compañero; lo último que Michaelson dijo cuando Charley le estrechó la mano reseca fue: «Hazme caso, muchacho, lee a Henry George. Ése sabe bien cuál es el problema de este país, joder si lo sabe».

Charley se sintió tan contento de caminar sobre la nieve en medio del viento helado y borrarse de la nariz el olor a yodo y gente enferma, que se olvidó de todo.

Lo primero que hizo fue ir a casa de los Svenson. Emiscah le preguntó dónde se

había metido Ed Walters. Él respondió que no había pasado por la pieza y no lo sabía. Parecía preocupada y Charley empezó a preguntarse qué le sucedería. «¿Y Zona no lo sabe?», preguntó. «No, Zona tiene un novio nuevo y no piensa en otra cosa». Después ella sonrió, le tomó la mano, lo acarició como a un bebé, y se sentaron en el sofá. Y ella trajo la crema que acababa de preparar y se volvieron a tomar las manos y se dieron besos pringosos y Charley se alegró.

Cuando entró Anna, le dijo que lo veía muy flaco, que tendrían que alimentarlo bien y que se quedara a cenar. Míster Svenson fue más lejos: le ordenó que cenara con ellos todas las noches hasta que se repusiera. Después de la cena jugaron todos a las cartas en la sala y lo pasaron muy bien.

Cuando Charley regresó a la pensión se encontró con la patrona en el vestíbulo. Dijo que su amigo se había escapado sin pagar y le exigió que saldara la cuenta él o no lo dejaría subir a su habitación. Charley discutió, argumentó que había salido del hospital hacía apenas unas horas, y la mujer aceptó darle una semana más de tiempo. Era una matrona corpulenta, de mirada blanda y mejillas arrugadas, con un delantal de cretona amarilla plagado de bolsillitos. El cuarto donde Charley había dormido con Ed todo el invierno tenía un aspecto tristemente frío y desolado. Se arropó con las sábanas heladas y, entre escalofríos, al borde del llanto, con una sensación de pequeñez e impotencia, se preguntó por qué diablos Ed se habría marchado sin dejar siquiera una nota y por qué Emiscah ignoraba su paradero.

Al día siguiente se presentó en el taller y recuperó su puesto, pese a que la debilidad le impedía ser excesivamente útil. El capataz se portó decentemente y lo alentó a que por un tiempo se tomara las cosas con calma, pero no quiso pagarle los días de enfermedad porque Charley no tenía antigüedad y tampoco había presentado un certificado del médico de la empresa. Esa misma noche fue a la bolera donde trabajaba Ed. El camarero del bar le dijo que su amigo se había hecho humo a raíz de un lío que se había armado por el robo de un reloj. «Si quieres que te diga la verdad —dijo—, me alegro de haberme librado de él. No me gustaba nada».

Recibió una carta de Jim informándole que mamá había escrito desde Fargo preocupada por él, y pidiéndole que se hiciera ver alguna vez, de modo que el domingo siguiente se presentó en casa de Vogel. Lo primero que hizo cuando vio a Jim fue aceptar que poner en marcha el Ford había sido una tontería de niño de pecho, tras lo cual se dieron la mano, Jim le advirtió que nadie volvería a reprochárselo y lo invitó a quedarse a comer. Hubo buenos platos y buena cerveza. El hijo de Jim era endiabladamente despierto; le resultaba gracioso verse en el papel de tío. Hasta Hedwig había dejado de parecerle antipática. El garaje estaba dando buenos beneficios: el viejo Vogel tenía decidido dejar la caballeriza y retirarse. Cuando Charley contó que por las noches estudiaba, Vogel empezó a prestarle más atención. Alguien nombró a La Follette y Charley se apresuró a declarar que era un gran hombre.

—¿Y de qué sirve un gran hombre si está equivocado? —dijo el viejo Vogel con

los mostachos pintados de espuma. Tomó otro trago de Stein y miró a Charley con ojos relampagueantes—. En fin... Recién empiezas. Ya te convertiremos al socialismo.

Charley enrojeció y replicó:

—Bueno, todavía no sé mucho de eso.

Tía Hartmann le puso en el plato un poco más de guiso de liebre, fideos y puré de patatas.

Una noche de marzo llevó a Emiscah a ver *El nacimiento de una nación*. Las batallas, la música, las trompetas los hicieron derretirse por dentro. En el momento en que los dos muchachos se encontraban en el campo de batalla y morían uno en brazos del otro, a ambos se les nublaron los ojos de lágrimas. Cuando apareció en la pantalla el Ku Klux Klan, Charley apretó su pierna contra la de Emiscah y ella le clavó los dedos en la rodilla con tanta fuerza que lo lastimó. Cuando salieron Charley juró que le habían dado ganas de largarse a Canadá, alistarse y participar en la Gran Guerra. Emiscah le dijo que no fuera tonto, lo miró de un modo extraño y le preguntó si acaso era probritánico. Él dijo que no era eso lo que importaba, porque ganara quien ganara los únicos vencedores iban a ser los banqueros. Ella dijo: «Eso es horrible. Hablemos de otra cosa».

Cuando volvieron a la casa de ella, míster Svenson estaba sentado en la sala leyendo el periódico en mangas de camisa. Se puso de pie y fue al encuentro de Charley con el ceño fruncido; estaba a punto de exclamar algo, cuando Emiscah sacudió la cabeza. El hombre encogió los hombros y salió. Charley le preguntó a Emiscah qué demonios le pasaba a su padre. Ella se aferró a él, le apoyó la cabeza en el hombro y se echó a llorar.

—¿Qué pasa, gatita mía? ¿Qué pasa, gatita? —preguntó una y otra vez. Ella siguió llorando hasta que él sintió las lágrimas resbalándose por el cuello y estalló—: ¡Por el amor de Dios, gatita! ¡Me estás estropeando la camisa!

Ella se dejó caer en el sofá y entonces fue evidente que hacía todos los esfuerzos por recomponerse. Él se sentó a su lado y le acarició la mano. Intentó ponerle los brazos alrededor de los hombros para consolarla, pero ella le apartó de un empujón.

—Charley —dijo con una voz áspera y tensa—, tengo que contarte una cosa... Creo que voy a tener un bebé.

—Pero estás chiflada... Si nunca...

—Puede que sea de otro... Oh, Dios, me voy a matar.

Charley la tomó por los hombros y la obligó a sentarse otra vez.

—Ahora vas a serenarte y contarme qué te pasa.

—Me gustaría que me pegaras —dijo Emiscah riéndose de histeria—. Vamos, dame una bofetada.

Charley sintió que se derrumbaba.

—Dime qué ha pasado —pidió—. Por Dios, no me digas que fue Ed.

Ella lo miró con unos ojos asustados, el rostro consumido como el de una vieja.

—No, no... Voy a explicártelo. Llevo un mes de atraso, comprendes, y como no sé mucho de estas cosas, agarro y se lo cuento a Anna; entonces ella dice que seguro que voy a tener un bebé y que tendríamos que casarnos y la víbora sucia va y se lo cuenta a papá, y yo no podía decirles que no fuiste tú...

Ellos creen que fuiste tú, comprendes, y papá dijo: muy bien, jóvenes, hoy en día las cosas han cambiado, y todo eso, y dice que vamos a tener que casarnos, y yo me juré que no lo confesaría nunca y tú no te enterarías, pero tenía que decírtelo, muchacho.

—Mierda —dijo Charley. Miró la pantalla con flores rosas que cubría la lámpara que estaba a su lado, sobre la mesa, y el mantel con viñetas y sus zapatos y las rosas de la alfombra—. ¿Quién fue?

—Fue cuando tú estabas en el hospital, Charley. Bebimos un montón de cerveza y me llevó a un hotel. Supongo que soy mala y nada más. Él iba despilfarrando dinero y viajamos en taxi y supongo que yo estaba loca. No, Charley, soy una mala mujer de cabo a rabo. Salí con él todas las noches mientras tú estabas en el hospital.

—Dios mío, fue Ed.

Ella asintió, escondió la cara y se puso a llorar de nuevo.

—Esa rata bastarda —siguió diciendo Charley, mientras ella se encogía en el sofá—. Se marchó a Chicago... Pedazo de canalla.

Sintió que necesitaba aire fresco. Tomó su sombrero y su chaqueta y empezó a ponérselos. Entonces ella se levantó y se arrojó contra él. Se le colgó del cuello y le besó la boca.

—Charley, te doy mi palabra de que nunca dejé de quererte. Todo el tiempo me imaginaba que eras tú.

Él la apartó, pero estaba débil y exhausto, y tras imaginarse las calles cubiertas de hielo y su habitación sepulcral concluyó que después de todo le importaba un maldito comino. Volvió a sacarse la chaqueta y el sombrero. Ella lo besó, lo acarició, cerró con llave la puerta de la sala y se amaron en el sofá y le permitió hacer lo que él quisiera. Un rato después encendió la luz, se alisó la ropa y se plantó ante el espejo para peinarse mientras él se arreglaba el nudo de la corbata; abrieron cuidadosamente la puerta y ella subió a llamar a su padre. Le habían vuelto los colores al rostro y una vez más estaba preciosa. Míster Svenson estaba en la cocina con Anna y las otras chicas; Emiscah les dijo: «Papá, Charley y yo nos casaremos el mes próximo», con lo cual todo el mundo la felicitó, y las chicas besaron a Charley y míster Svenson abrió una botella de whisky, y bebieron todos y Charley regresó a su casa sintiéndose como un perro apaleado.

En el taller había un muchacho llamado Hendriks que parecía muy vivo; al mediodía siguiente Charley le preguntó a él si no sabía qué se le podía hacer tomar a las mujeres en esos casos y el otro contestó que tenía una receta para ciertas píldoras. Al día siguiente la llevó, pero le dijo a Charley que no le explicara al farmacéutico para qué la necesitaba. Era día de paga y Hendriks pasó por la pensión de Charley esa

misma noche, a preguntarle si había conseguido las píldoras. Charley ya tenía el frasco en el bolsillo y pensaba faltar a la escuela para llevárselo a Erniscah, pero antes acompañó a Hendriks a beber un trago en la esquina. Como no le gustaba el whisky puro, lo pidió con ginger ale. La verdad era que tenía muy buen sabor, y por otra parte Charley estaba dolorido y no quería ver a Emiscah. Bebieron un par de rondas más y luego fueron a jugar a la bolera. Ganó Charley cinco a cuatro y Hendriks cargó con los gastos.

Hendriks era un pelirrojo de espaldas cuadradas y una cara pecosa con nariz aplastada; se puso a contar historias divertidas de mujeres, que al parecer eran su especialidad. Había estado en muchos lugares, había hecho el amor con negras y mulatas de Nueva Orleans, con una china de Seattle, con una india pura sangre de Butte, Montana, con francesas, alemanas, judías, y hasta con una caribeña de más de noventa años que había conocido en Puerto España. Aseguró que las Ciudades Gemelas daban asco y que lo que un tipo joven debía hacer era marcharse a trabajar a los pozos petroleros de Tampico u Oklahoma, donde se podía ganar buen dinero y vivir como un hombre decente. Charley confesó que ya se hubiera largado de Saint Paul de no ser porque pretendía terminar los estudios; Hendriks le respondió que era un idiota, que leer libros no servía para nada y que, en cuanto a él, todo lo que deseaba era pasarlo bien mientras le dieran las fuerzas, y después al diablo con todo. Charley aceptó que también él pensaba a veces al diablo con todo.

Recorrieron varios bares y Charley, que no estaba acostumbrado a beber más que cerveza, empezó a perder ligeramente el equilibrio, pero eso de ir de bar en bar con Hendriks lo había reanimado. Hendriks cantó *Mi madre era una dama* en un lugar y *El rey bastardo de Inglaterra* en otro, donde un individuo de cara irritada les pagó varias copas. Más tarde intentaron entrar a un salón de baile, pero el cancerbero comentó que estaban demasiado borrachos y los echó sin más. Eso les hizo mucha gracia; se dirigieron a la trastienda de una cantina que conocía Hendriks, y allí había dos muchachas amigas suyas, y acordaron que diez dólares cada uno por toda la noche y bebieron una copa más antes de ir a casa de ellas y Hendriks cantó:

Un día dos tambores en un hotel elegante
Cenaban conversando de la forma más galante
Pero cuando se acercó a la mesa una chica muy bonita
En donde no cabía le metieron la manita

—Grosero —dijo una de las chicas a su amiga. Pero ésta había bebido demasiado y la boca se le torció en una mueca lacrimosa cuando Charley y Hendriks juntaron las cabezas y cantaron:

Mi madre era, señores, una verdadera dama;

Tal vez ahora mismo tenga usted en peligro una hermana.

A buscar un hermano yo he venido a la ciudad

Y nadie me insultaría si por aquí anduviera Jack.

Mientras ambos lloraban, la otra sacudía a su compañera y la reconvenía:

—Sécate los ojos, querida. Estás borracha como una cuba —y a ellos les parecía divertidísimo.

Durante las semanas siguientes Charley se sintió desganado e infeliz. Las píldoras le produjeron a Emiscah unos malestares terribles pero por fin surtieron efecto. Charley no iba mucho por allí, pese a que aún hablaban de «cuando estemos casados» y Svenson lo trataba como yerno. Emiscah protestaba por las borracheras de Charley con el tal Hendriks. Charley había abandonado la escuela nocturna y buscaba algún trabajo que lograra mandarlo lejos, no le importaba demasiado adónde. Entonces, un día, echó a perder un torno y el capataz lo despidió. Cuando se lo contó a Emiscah ella se enojó y le dijo que ya era hora de que se dejara de hacer tonterías e ir de juerga todas las noches, pero él apenas le prestó atención, contestó que más bien era hora de que aquello se terminara, recogió su sombrero y salió. Un rato después, en la calle, hubiera deseado acordarse de pedirle el anillo, pero no volvió atrás.

Ese domingo fue a comer con el viejo Vogel, pero no contó que lo habían despedido. Era un día de primavera insólitamente caluroso. Había estado caminando toda la mañana con la resaca de la noche anterior, mirando los azafranes y los jacintos de los parques y el vigor de los capullos en los tiestos. No sabía qué hacer de su vida. Debía una semana de alquiler, ya no recibía educación alguna, se había quedado sin mujer y lo único que se le ocurría era ingresar en la milicia para que lo destinaran a la frontera con México. Le dolía la cabeza y estaba cansado de arrastrar los pies por el pavimento vaporoso de calor prematuro. Frente a él pasaban hombres y mujeres bien vestidos en sus limusinas. Una moto lo rozó como una exhalación. Deseó tener una moto como ésa y partir sin rumbo fijo. La noche anterior había intentado convencer a Hendriks de probar suerte juntos en el Sur, pero Hendriks contestó que había conseguido unos muslitos calientes que lo ataban a la cama todas las noches y por ahora no tenía intenciones de resistirse. «Me importa un cuerno —pensó Charley—. Yo quiero conocer este país».

Estaba tan meditabundo que, ya en el garaje, Jim le preguntó:

—¿Qué te pasa, Charley?

—Bah, nada —y se puso a ayudarlo a limpiar el carburador de un camión Mack. El conductor del camión era un sujeto joven con una mata de pelo negro que le caía sobre la cara bronceada. A Charley le gustó la pinta que tenía. El muchacho dijo que al día siguiente partía para Milwaukee a llevar un cargamento de recambios y necesitaba alguien que lo acompañara.

—¿Me llevarías a mí? —preguntó Charley. El camionero pareció confundido.

—Es mi hermano menor, Fred. Te servirá... Pero ¿qué pasa con tu trabajo?

Charley se ruborizó.

—Ah, renuncié.

—Bien, ven conmigo a ver al jefe —dijo el camionero—. Si él está de acuerdo, yo también.

Partieron al día siguiente antes del amanecer. A Charley no lo satisfacía en exceso haber engañado a la patrona: le había dejado una nota en la mesa asegurándole que enviaría el dinero tan pronto como consiguiera un empleo. Lo reconfortó dejar atrás la ciudad, las fábricas y los elevadores de grano, bajo la luz grisácea de la madrugada fresca. La carretera bordeaba el río y las bardas, y el camión, entre bramidos, hundía el hocico en charcos de fango plagados de huellas. Pese a que el sol entibiaba, cuando se ocultaba tras las nubes volvía a hacer frío. Se comunicaba con Fred a los gritos, pero eso no impidió que bromearan y se contaran historias. Pasaron la noche en La Crosse.

Llegaron a la fonda justo a tiempo para ordenar hamburguesas antes de que cerraran la cocina, y Charley creyó que había dejado deslumbrada a la camarera, que era de Omaha y se llamaba Helen. Tendría unos treinta años y por debajo de los ojos delataba un cansancio que a él lo llevó a pensar que sería una presa fácil. Esperó que terminara su trabajo, salieron juntos y pasaron por la orilla del río, y el viento cálido traía una fragancia acre de aserraderos y tras las nubes deshilachadas flotaba una luna minúscula, y se sentaron en la hierba, ocultos por unas pilas de madera puesta a estacionar. Ella le apoyó la cabeza en el hombro y lo llamó «mi bebé».

Cuando volvieron, Fred dormía en el camión, encima de la carga y envuelto en una manta. Charley, en el otro extremo, se cubrió con su abrigo. Hacía frío y los cajones eran duros como piedras, pero estaba cansado y sentía la piel del rostro curtida por el viento; enseguida se durmió.

Cuando partieron aún no había clareado.

Lo primero que dijo Fred fue: «Bueno, ¿te la tiraste?». Charley se rió y asintió. Se encontraba bien y estaba convencido de que era una suerte haber huido de las Ciudades Gemelas, de Emischah y de ese capataz hijo de puta. Tenía por delante un mundo amplio y desplegado como un mapa, un camión Mack que rugía por los caminos y, por todas partes, ciudades que lo esperaban con trabajos pletóricos de dinero y muchachas ansiosas de llamarlo mi bebé.

No se quedó mucho tiempo en Milwaukee. En ningún taller necesitaban mecánicos, así que tuvo que conformarse con fregar platos en un restaurante. El trabajo era miserable, grasiento, inacabable. Para ahorrar dinero, en vez de alquilar un cuarto dormía en un camión que guardaban en el garaje de un amigo de Jim. Tenía planeado zarpar en el primer barco, tan pronto como le diesen su primera paga. En el restaurante trabajaba un wobbly llamado Monte Davis. Hizo salir a todo el mundo en manifestación por la campaña en favor de la libertad de expresión que la IWW estaba realizando en la ciudad, debido a lo cual Charley acabó sin cobrar un céntimo por toda la semana de trabajo. Hacía día y medio que no se llenaba el estómago cuando

apareció Fred trayendo un nuevo cargamento en el camión y lo invitó a comer. Bebieron cerveza y se enfrascaron en una violenta discusión sobre las huelgas. Fred opinaba que la agitación despertada por los wobblies era una locura y que la policía haría muy bien en meter a la sombra hasta al último de esos energúmenos. Charley respondió que los trabajadores debían unirse si querían conseguir mejores condiciones de vida y que no estaba lejano el día en que sobrevendría una segunda revolución americana, mayor que la primera, después de la cual ya no existirían patronos y los obreros se harían cargo de las industrias. Fred le dijo que hablaba como un extranjero de mierda, que no sabía cómo no se avergonzaba y que un blanco estaba forzado a creer en la libertad individual; porque si pensaba que su trabajo era un robo, siempre le quedaba la posibilidad de conseguir otro mejor. Se separaron de lo más enfadados; sin embargo, Fred era un tipo de buen corazón y le prestó a Charley cinco dólares para el viaje a Chicago.

Al día siguiente tomó el barco. Todavía derivaban amarillentos bloques de hielo en la fría superficie azul del lago. Charley nunca había atravesado una extensión de agua semejante y comenzó a sentir náuseas, pero le resultó bello contemplar las chimeneas y las grandes estructuras verticales bañadas por la luz del sol, surgidas del horizonte junto al humo de las fábricas, y los rompeolas, y las dragas surcando el oleaje celeste, y caminar por el muelle donde todo era novedad, confundirse con la muchedumbre y el torrente del tráfico y los autobuses verdes y amarillos detenidos ante el puente levadizo de Michigan Avenue, y caminar contra las ráfagas de viento mirando los escaparates resplandecientes, los rostros de las muchachas y sus faldas desordenadas por la brisa.

Jim le había insistido en que fuera a ver a un amigo suyo que trabajaba en una gasolinera Ford de Blue Island Avenue, pero aquello era tan lejos que, cuando llegó, el hombre ya había terminado la jornada. De todos modos aún estaba el dueño, quien a la sazón le prometió que, si se presentaba a la mañana siguiente, posiblemente le diera trabajo. Como no tenía dónde ir y prefirió no confesarle al dueño que estaba con los bolsillos secos, dejó la maleta en el garaje y pasó la noche caminando.

De vez en cuando se permitía un sueñito en el banco de algún parque, pero se despertaba entumecido y congelado hasta los huesos y tenía que ponerse a correr para entrar en calor. La noche parecía no terminarse nunca, no tenía una sola moneda para inaugurar la mañana con una taza de café y se encontró dando vueltas frente a la gasolinera una hora antes de que llegara el encargado.

Trabajó en la estación de servicio varias semanas, hasta que un domingo se topó con Monte Davis en North Clark Street y fue con él a un mitin sindical en la Biblioteca Newberry. El acto fue interrumpido por la policía, Charley no pudo correr suficientemente rápido y antes de darse cuenta de lo que le sucedía quedó atontado por un golpe y fue arrastrado a un camión celular. Pasó la noche en un calabozo con dos barbudos, borrachos hasta el delirio, que ni siquiera parecían saber hablar en inglés. Al día siguiente fue interrogado por un fiscal y cuando afirmó que era

mecánico un poli llamó a la estación de servicio para corroborarlo; lo dejaron en libertad, pero cuando llegó a la gasolinera el jefe dijo que no le interesaba tener un Yo no Quiero Trabajar en su negocio, le pagó lo que le debía y lo despidió.

Empeñó su maleta y su traje de domingo, hizo un hato con algunos calcetines y un par de camisas y se fue a ver a Monte Davis para avisarle que pensaba hacer autoestop hasta San Luis. Monte dijo que, como en Evansville se preparaba un acto para oradores voluntarios que le despertaba curiosidad, viajaría con él. Tomaron el tren hasta Joliet. Cuando pasaban por delante de la prisión, Monte le confesó que ver una cárcel siempre le producía náuseas y lo llenaba de presagios. Se puso azul y dijo suponer que un día u otro terminarían por encerrarlo, pero que detrás de él habría otros dispuestos a seguir la lucha. Monte Davis era un joven flaco y demacrado de Muscatine, Iowa. Tenía la nariz ganchuda, tartamudeaba y no recordaba una sola época de su vida en que no hubiera vendido periódicos o trabajado en una fabrica de botones. No pensaba en otra cosa que la IWW y la revolución. Cuando Charley se reía de lo rápidos que eran los wobblis para desbandarse cuando aparecía la poli, él lo acusaba de ligereza y lo instaba a tener más conciencia de clase y tomarse las cosas en serio.

En las afueras de Joliet consiguieron un camión que los llevó hasta Peoría, donde se separaron porque Charley encontró un camionero que había conocido en Chicago y le ofrecía llevarlo directamente a San Luis. En San Luis las cosas no mejoraron. Tuvo un lío con una puta de Market Street que intentó meterle los dedos en el bolsillo, de modo que cuando un chico le dijo que donde sobraba trabajo era en Louisville, decidió seguir moviéndose hacia el Este. Para cuando llegó a New Albany hacía más calor que en el último círculo del infierno; había tenido poca suerte en la carretera y sus pies eran una sola ampolla. Se demoró largo rato en el puente mirando la veloz corriente marrón del Ohio, demasiado cansado para seguir avanzando. La idea de empezar a vagar en busca de trabajo lo enfermaba. El río era del color del pan de jengibre; recordó el aroma de los bizcochos que Lizzie Green horneaba en la cocina de su madre y se preguntó si no sería una estupidez andar así de ciudad en ciudad. Lo que tenía que hacer era volver a su hogar y echar raíces entre la maleza.

En ese preciso instante se acercó ronroneando un camión Ford con una rueda pinchada.

—¡Eh, pinchó una rueda! —gritó Charley.

El chófer clavó los frenos y el camión dio una sacudida. Era un tipo enorme con cabeza de cartucho y un suéter rojo.

—¿Y a ti qué carajo te importa?

—Me pareció que no se había dado cuenta.

—Yo me doy cuenta de todo, muchacho... Y hoy sólo me he estado dando cuenta de problemas. ¿Te llevo?

—Claro —dijo Charley.

—Bué, no puedo pararme en el puente... Todo el jodido día lo mismo. Resulta

que me levanto a la mañana temprano, antes de que salga el sol, y me voy a buscar una carga de hojas de tabaco y ese maldito negro va y pierde la llave del almacén. Te juro que le hubiera volado los sesos.

Se detuvo después del puente y Charley lo ayudó a cambiar la rueda.

—¿De dónde eres, muchacho? —dijo el hombre mientras se incorporaba y se sacudía el polvo de los pantalones.

—Del Nordeste —contestó Charley.

—Supongo que serás sueco, ¿no?

Charley se rió.

—No, soy mecánico y estoy buscando trabajo.

—Sube, muchacho. Vamos a ver al viejo Wiggins. Es mi patrón. Veremos qué se puede hacer.

Charley se quedó todo el verano en Louisville trabajando en el Taller de Reparaciones Wiggins. Compartía la pieza con un italiano llamado Grassi que había emigrado para salvarse del servicio militar. Grassi leía el periódico todos los días y tenía mucho miedo de que Estados Unidos entrara en la guerra. Decía que en ese caso se escaparía a México. Era un anarquista tranquilo que se pasaba los atardeceres cantando en voz baja para sí mismo y tocando el acordeón en la escalera de la pensión. Le contó a Charley que había trabajado en la gran fábrica de la Fiat en Turín y le enseñó a comer espaguetis, beber vino tinto y tocar *Funiculí funiculá* en el acordeón. Su gran anhelo era llegar a ser piloto de avión. Charley empezó a salir con una chica judía que trabajaba de clasificadora en un depósito de tabaco. Su nombre era Sarah Cohen pero se hacía llamar Belle. Charley estaba entusiasmado, aunque optó por dejar bien en claro que no era de los que se casaban. Ella se proclamaba radical y creía en el amor libre, pero a él tampoco eso lo convencía. La llevaba al cine y a pasear por Cherokee Park y le regaló un broche de amatista porque, según ella, era ésa su única piedra zodiacal.

Cuando Charley pensaba en su vida empezaba a preocuparse. Allí estaba, cumpliendo día tras día la misma rutina, sin posibilidades de hacerse rico, de educarse ni de viajar. Con el invierno su inquietud fue en aumento. Había rescatado un Ford casi prehistórico que alguien pensaba mandar al cementerio y mediante recambios dispersos logró rejuvenecerlo.

Le propuso a Grassi que se marchara con él a Nueva Orleans. Tenían algo de dinero ahorrado: podían darse prisa, conseguir trabajo y presenciar el Carnaval. La primera vez que se sintió realmente feliz desde que abandonara Saint Paul fue la mañana de enero cristalizada de escarcha en que dejaron atrás Louisville, rumbo al Sur, con el motor de cuatro cilindros carraspeando y una pila de cubiertas de tercera mano en el asiento trasero.

Atravesaron Nashville, Birmingham y Mobile, pero los caminos eran pésimos y a medida que avanzaban iban teniendo que reparar el auto; cerca de Guntersville los sorprendió una tormenta de nieve que casi los deja duros de frío y los obligó a

descansar durante un par de días, de modo que cuando por fin llegaron a la bahía de Saint Louis y consiguieron darse el gusto de recorrer la carretera de la costa bajo el sol tibio, entre las palmeras y los bananeros, y Grassi se puso a hablar del Vesubio y las bellezas de Nápoles y su novia de Turín, a la cual no volvería a ver nunca por culpa de la guerra capitalista, se habían quedado casi sin dinero. Llegaron a Nueva Orleans con un total de poco más de un dólar y una taza de gasolina en el tanque, pero por un golpe de suerte Charley se las arregló para endilgarle el coche por veinticinco dólares a un revendedor negro.

Alquilaron a tres dólares por semana un cuarto en una casa cercana al dique. La dueña de la pensión era una mujer cerosa de Panamá, en el balcón delantero había un loro y cuando caminaban por la calle el sol les calentaba los hombros. Grassi estaba exaltado, «Esto se parece a Italia», no cesaba de repetir. Dieron vueltas intentando averiguar qué posibilidades de trabajar había, pero no obtuvieron ninguna información, como no fuera que la semana siguiente era el Mardi Gras^[17]. Recorrieron Canal Street, poblada de negros, chinos, muchachas bonitas con vestidos de colores brillantes, buscavidas y viejos larguiruchos con trajes de lino blanco. Se sentaron a tomar una cerveza en una terraza que parecía un muestrario de fumadores de puros. Cuando se levantaron, Grassi compró el periódico. Palideció y le enseñó a Charley el titular: INMINENTE GUERRA CON ALEMANIA. «¿Te das cuenta de que si Estados Unidos entra en guerra con Alemania la policía arrestará a todos los italianos para mandarlos a luchar allá? Me lo dijo un amigo que trabaja en el consulado, ¿entiendes? Yo no pienso dar la vida por el capitalismo». Charley intentó calmarlo con bromas, pero la cara del italiano se tiñó de sombras y, tan pronto como el sol se puso, anunció que se iba a dormir.

Charley siguió caminando solo. De las refinerías de azúcar llegaba un olor a melaza, de los jardines un soplo de frescura y vaharadas de ajo, pimienta y fritangas. Por todas partes abundaban las mujeres: en los bares, en las esquinas, asomadas a los antepechos, tras las contrapuertas; pero él llevaba encima veinte dólares y temía que alguna quisiera pasarse de lista, y por eso siguió paseando hasta que lo venció el cansancio y al fin volvió a la pensión, donde encontró a Grassi durmiendo con la sábana hasta la cabeza.

Se despertó tarde. El loro parloteaba al otro lado de la ventana y una luminosidad caliente inundaba el cuarto. Grassi no estaba.

Charley acababa de vestirse y estaba peinándose cuando entró Grassi totalmente agitado. Lo habían tomado como peón en la caldera de un carguero que zarpaba para Sudamérica. «Cuando llegue a Buenos Aires, me despido y me olvido de la guerra —dijo—. Y si Argentina también entra en guerra, me despido de nuevo». Le dio un beso en la boca, insistió en dejarle el acordeón y, con lágrimas en los ojos, se fue a buscar su barco, que partía a las doce.

Charley recorrió la ciudad entera preguntando en garajes y talleres si no precisaban un mecánico. Las calles eran amplias y polvorrientas, bordeadas de casas

chatas, de madera, con las persianas bajas, y las distancias eran considerables. Acabó sin fuerzas, sucio y pegajoso. La gente con la cual hablaba era increíblemente agradable, pero de trabajos no tenían ni idea. De todos modos, decidió quedarse a ver el Mardi Gras, para emprender después el regreso hacia el Norte. Algunos le decían que era conveniente probar fortuna en Florida, Birmingham, Alabama, Menfis o Little Rock, puesto que en esa ciudad no conseguiría nada a menos que quisiera embarcarse. Los días se sucedían, blandos, lentos, melifluos. Charley pasaba mucho tiempo leyendo en la biblioteca pública o tumbado cerca del dique, mirando a los negros cargar los barcos. Tenía demasiado tiempo para pensar y cada vez le preocupaba más su futuro. Por la noche apenas dormía porque no había acumulado suficiente cansancio.

Una noche oyó que de un local llamado El Auténtico Trípoli, en Chartres Street, surgía música de guitarras. Entró, se sentó a una mesa y pidió una copa. El camarero era chino. Sobre un extremo del salón, en la penumbra, bailaban algunas parejas enlazadas en una especie de abrazo perezoso. Charley decidió que si conseguía una mujer por menos de cinco dólares no se privaría de ella.

Poco después había invitado a un trago y un bocado a una muchacha que dijo llamarse Liz y confesó que no había comido nada en todo el día. Él le preguntó por el Mardi Gras y ella contestó que no valía la pena porque la policía lo controlaba todo.

—Anoche rastillaron la ribera y las mandaron a todas río arriba.

—¿Y qué hacen con ellas?

—Las llevan a Menfis y después las sueltan... No hay en todo el país una cárcel donde quepan las putas de esta ciudad. —Los dos se rieron, bebieron otra copa y más tarde bailaron. Charley la apretó con fuerza. Era fibrosa, con pechos pequeños y erguidos y grandes caderas.

—Caramba, nena, qué bien que te mueves... —dijo él al cabo de un rato.

—¿Acaso no es mi oficio hacer que los hombres lo pasen bien?

Le gustaba su manera de mirar.

—Oye, ¿cuánto cobras?

—Cinco de a uno.

—Cristo, ¿te crees que soy millonario? Y además te pagué la comida.

—Muy bien, llorón. Dejémoslo en tres.

Bebieron una copa más. Charley se dio cuenta de que ella no había dejado de pedir limonada.

—¿Nunca bebes otra cosa, Liz?

—En este oficio no se puede consumir alcohol, querido; cuando me veas hacerlo será porque pienso retirarme.

Por el salón andaba bamboleándose un borracho fornido con una camiseta sucia, con aspecto de fogonero de barco. En cierto instante agarró a Liz de la mano y la obligó a bailar con él. Charley vio cómo la toqueteaba y le levantaba el vestido. «Quita las garras, hijo de puta», gritó ella, con lo cual Charley se enfureció y apartó

al tipo de un empujón. El otro se volvió y lo embistió. Charley trastabilló y cayó de espaldas, con los puños levantados. El tipo estaba completamente ciego de la borrachera: cuando saltó sobre Charley para machacarlo, éste le puso el pie en el estómago y lo envió varios metros más allá, haciéndole dar la cara contra una mesa en la cual había un hombrecito moreno de bigote negro. En un abrir y cerrar de ojos el del bigote se levantó y empuñó un machete. Los chinos se pusieron a revolotear en todas direcciones como una bandada de gaviotas histéricas. A todo esto el propietario, un español gordo con delantal, salió de atrás del mostrador y comenzó a gritar «Fuera de aquí, fuera todos». El sujeto del machete se abalanzó contra Charley. Liz le hizo una zancadilla y antes de que Charley pudiera darse cuenta de lo que pasaba, se vio arrastrado por ella a través de unas letrinas hediondas hasta un pasaje que, por la puerta trasera, salía a la calle.

—¿No sabes que no vale la pena pelearse por una puta? —le susurró ella al oído. Charley quería volver a buscar su chaqueta, pero no se lo permitió—: Mañana por la mañana vendré yo —dijo.

Se alejaron juntos por la calle.

—Realmente eres una buena chica —dijo Charley—. Me gustas.

—¿No puedes gastar diez dólares y quedarte toda la noche?

—Diablos, nena, ya te dije que estoy seco.

—Bien, entonces tendré que echarte y trabajar un poco más, supongo... Hay un solo hombre en el mundo con quien lo hago gratis, y no eres tú.

Lo pasaron bien. Estuvieron sentados en la cama, charlando. Cubierta únicamente con su camisa rosa, ella se veía arrebolada y bonita, curiosamente frágil. Le mostró a Charley una foto de su novio, que era ayudante de maquinista en un buque cisterna.

—Dime, ¿no es buen mozo? Cuando viene aquí yo no trabajo. Si supieras lo fuerte que es... Puede romper una nuez con los músculos.

Le señaló el lugar del brazo donde el novio ponía las nueces para abrirlas.

—¿De dónde eres? —preguntó Charley.

—¿A ti qué te parece?

—Eres del Norte. Lo digo por cómo hablas.

—Acertaste. Soy de Iowa, pero no voy a volver allí nunca más... Es un asco de vida, macho, y no olvides que... «Mujeres de placer»... Estoy marcada... En una época solía imaginarme que era una dama de clase, hasta que una mañana me desperté y me di cuenta de que no era más que una maldita puta.

—¿Estuviste alguna vez en Nueva York?

Ella negó con la cabeza.

—No está mal esta vida, siempre y cuando no te mezcles con los rufianes y la bebida —dijo, absorta.

—Yo creo que voy a partir para Nueva York después del Mardi Gras. Me parece que aquí es imposible encontrar trabajo.

—Sin dinero, el Mardi Gras es como un entierro.

—Mira, vine aquí para verlo y supongo que lo mejor será que lo vea.

Cuando la dejó ya había amanecido. Ella lo acompañó hasta el pie de la escalera. Él le dio un beso y le prometió que, si le recuperaba la chaqueta y el sombrero, le daría los diez dólares; ella le pidió que volviera a pasar a las seis, pero que no se dejara ver en el Trípoli porque el dueño era un tipo peligroso y lo estaría esperando.

Las calles de viejas casas de estuco con balcones de hierro forjado parecían disolverse en una niebla azulada. En algunos patios empezaban a afanarse en sus tareas mulatas con mantillas. En el mercado grupos de negros viejos descargaban frutas y verduras. Cuando regresó a la pensión, la panameña estaba en el balcón de su cuarto con un plátano en la mano y diciendo «Ven, Polly... Ven, Polly» con una vocecita atiplada. Desde el filo del tejado el loro le devolvía una mirada vidriosa y farfullaba blandamente: «Yo bien aquí». «Polly no quiere comer», concluyó la panameña con una sonrisa apenada. Charley se encaramó a la baranda e intentó agarrar el loro, pero éste dio un saltito atrás y todo lo que Charley consiguió fue que le cayera una teja en la cabeza. «No quiere comer», repitió tristemente la panameña. Charley le sonrió y se metió en su cuarto, donde se estiró en la cama para quedar dormido.

Durante el Mardi Gras caminó tanto que se le ampollaron los pies. Las calles estaban repletas de gente, luces, carrozas, desfiles, bandas de música y muchachas disfrazadas. Se le acercaron muchísimas chicas que con la misma facilidad se alejaban al comprobar que no tenía un céntimo. Él gastaba el dinero lo más lentamente que podía. Cuando lo vencía el hambre, entraba a un bar, pedía un vaso de cerveza y comía todo lo que le daban para acompañarlo.

Al día siguiente la muchedumbre comenzó a escasear; Charley ya no podía pagarse ni una cerveza. El olor a melaza y el perfume de absenta que desde los bares del barrio francés se derramaba sobre la atmósfera húmeda y pesada le despertaban repugnancia. No sabía qué hacer con su cuerpo. Le faltaba voluntad para volver a apostarse en la carretera y hacer autoestop. Se dirigió a la Western Union para telegrafiarle a Jim pidiendo un préstamo, pero el empleado dijo que los telegramas de demanda estaban prohibidos.

No bien se enteró de que no estaba en condiciones de pagarle por adelantado una semana más, la panameña lo echó a la calle, con lo cual se encontró caminando por Esplanade Avenue con el acordeón de Grassi bajo un brazo y un paquete de ropa envuelto en periódicos bajo el otro. Recorrió el dique y se sentó largo rato a cavilar sobre la hierba, bañado por el sol. Dudaba entre tirarse al río y alistarse en el ejército. Entonces, repentinamente, reparó en el acordeón. Debía costar bastante dinero. Dejó la ropa bajo unos tablones y visitó todas las casas de empeño que logró encontrar, en ninguna de las cuales le ofrecieron más de quince dólares. Cuando terminó el recorrido ya estaba oscuro y las tiendas habían cerrado. Arrastró los pies por el pavimento, tropezando, enfermo de hambre. Se detuvo en la esquina de Canal y Ramparto. De un café cercano llegaban voces que entonaban canciones. Juntó fuerzas

para entrar y ponerse a tocar *Funiculí funiculá*; tal vez así le dieran un poco de comida y un vaso de cerveza.

Había apenas comenzado la canción cuando el dueño se dispuso a cruzar el salón para echarlo, pero un hombre que estaba acodado en una mesa le hizo una seña.

—Ven, hermano, siéntate aquí. —Era un tipo alto, con la nariz quebrada y pómulos salientes—. Y tú, hermano, quédate en tu sitio —el camarero volvió a meterse detrás de la barra—. Hermano, tú tocas el acordeón peor que un conejo... Bah, yo soy tan sólo un chiflado de Okachobee City, pero si no tuviera más talento que el tuyo...

Charley se echó a reír.

—Ya sé que no toco bien. Tienes razón.

El hombre de Florida sacó un fajo de billetes.

—Hermano, te diré lo que vamos a hacer. Me vas a vender el condenado instrumento... No soy más que un chiflado de Okachobee City, pero por Dios...

—Eh, Doc, a ver si te calmas... No tienes el menor interés en ese instrumento —sus amigos pretendían que guardase el dinero.

Doc soltó su brazo con un ademán que envió tres vasos al suelo en medio de un estrépito de vidrios rotos.

—Cerrad el pico, cacas de pavo... ¿Cuánto pides por el acordeón, hermano?

El dueño había vuelto a la carga y estaba amenazadoramente plantado junto a la mesa.

—Tranquilo, Ben —dijo Doc—. Apúntalo todo en mi cuenta... Y ahora vamos a beber otra ronda de este glorioso whisky de centeno. ¿Cuánto pides, hermano?

—Cincuenta pavos —dijo Charley, después de calcular rápidamente.

Doc le entregó cinco billetes de diez. Charley bebió un trago, apoyó el acordeón en la mesa y salió precipitadamente. Tenía miedo de que, si se quedaba mucho, al chiflado se le pasara la borrachera y pretendiera recuperar el dinero. Además, estaba muerto de hambre.

Al día siguiente compró un billete de tercera para Nueva York a bordo del *Momus*. El río estaba a un nivel más alto que el de la ciudad. Resultaba gracioso mirar desde la proa los techos, las calles y los tranvías de Nueva Orleans allá abajo. En el momento mismo de zarpar el barco Charley comprobó cómo cambiaba su estado de ánimo. Se cruzó con el camarero negro y consiguió que le destinase una litera en la camareta alta. Una vez colocado su paquete de ropa bajo la almohada, echó una mirada a la litera, de abajo. Allí, dormido como un tronco, vestido con un traje de hilo gris y un sombrero de paja, Doc apretaba el acordeón mientras un cigarro consumido le colgaba de la comisura de los labios.

Estaban pasando frente a Eads Jetties, con el viento del mar en el rostro y los primeros bandazos de las olas del golfo, cuando Doc llegó tambaleándose al puente, reconoció a Charley y se le acercó con la mano extendida.

—Bueno, si tú no eres el que me vendió el acordeón, yo soy un hijo de puta... Es

un acordeón excelente, muchacho. Yo creí que me habías estafado porque soy un pobre campesino, ya sabes, pero que me cuelguen si no vale lo que pagué. ¿Un traguito?

Fueron a sentarse juntos a la litera de Doc, éste extrajo de alguna parte una botella de Bacardí, bebieron y Charley le contó cómo había llegado a quedarse en la miseria; de no haber sido por esos cincuenta dólares aún habría estado dando vueltas por el dique. Doc replicó que de no haber sido por esos cincuenta dólares, habría estado viajando en primera.

Agregó que iba a Nueva York para embarcarse hacia Francia como voluntario en un cuerpo de ambulancias; no todos los días se presentaba la oportunidad de ver una gran guerra, y él quería estar allí antes de que dejaran a todo el mundo despanzurrado; de todos modos no le divertía mucho la idea de matar un montón de blancos que ni siquiera conocía, y por lo tanto lo mejor era hacer de chófer; si se hubiera tratado de negros habría sido distinto.

Charley explicó que iba a Nueva York porque en una gran ciudad siempre había más posibilidades de estudiar; era mecánico y deseaba graduarse como ingeniero civil o algo por el estilo, ya que para un tipo sin títulos las cosas se iban poniendo cada vez más difíciles.

Doc le contestó que eso era una tontería y que lo que debía hacer un muchacho como él era inscribirse como mecánico de ambulancias, donde le pagarían cincuenta dólares por mes, y tal vez más, sin contar que al otro lado del charco el dinero era fácil y valía la pena ver la condenada guerra antes de que despanzuraran a todo el mundo.

Doc se llamaba William H. Rogers, en realidad había nacido en Michigan, su padre cultivaba pomelos, y Doc había embolsado el dinero de un par de buenas cosechas de legumbres gracias al estiércol Everglades y ahora se iba a ver a las mademoiselas antes de que despanzuraran a todo el mundo.

Al anochecer ya estaban discretamente borrachos y se hallaban sentados en la popa en compañía de un tipo andrajoso con chistera que decía ser estonio del Báltico. Después de la cena fueron los tres a pararse en el puente cito, sobre la camareta. El viento había amainado y hacía una noche estrellada de oleaje ligero.

—Dios mío, en este barco pasa algo raro —dijo Doc—. Antes de ir a cenar la Osa Mayor estaba al norte y ahora se pasó al suroeste.

—No se puede esperrarr otra cosa de la kapitalistichesky societat —dijo el estonio. Tras enterarse de que Charley poseía un carnet rojo y que Doc no creía en otra cosa que en masacrar negros, se lanzó a pronunciar un solemne discurso sobre la revolución que en Rusia había obligado al zar a abdicar; revolución que significaba el comienzo de la regeneración de la raza humana al dictado de los vientos renovadores del Este. Afirmó que Estonia conquistaría su independencia y que, muy pronto, el continente europeo llegaría a ser libre y sozialistichetsky bajo el nombre de Estados Unidos de Europa y el flamear de la bandera roja.

Doc se limitó a comentar:

—¿Y que te dije yo, Charley? Esto terminará con todo el mundo despanzurrado. Lo que tú tienes que hacer es venirte conmigo y presenciar el final. —Y, como Charley dijo estar de acuerdo, agregó—: Te llevaré conmigo, muchacho. Todo lo que debes hacer es mostrar tu permiso de conducir y contarles que eres estudiante.

A esas alturas el estoniano se irritó y proclamó que el deber de todo trabajador con conciencia de clase era negarse a luchar en esa guerra. Doc le replicó:

—Nosotros no vamos a luchar, viejo. Lo que haremos será recoger a los soldados antes de que pasen al otro mundo, ¿te das cuenta? Lo más jodido sería llegar tarde, cuando ya estén todos despanzurados, ¿no, Charley?

Después discutieron un rato más acerca de la situación de la Osa Mayor, y Doc siguió afirmando que se había desplazado hacia el sur, y para cuando acabaron con el segundo cuarto de litro Doc estaba aún más convencido de que los blancos no debían matarse entre sí, a los que había que masacrar era a los negros, y para demostrar que él era un hombre de acción se puso a buscar por todo el barco al camarero, mientras el estoniano cantaba *La Marseillesa* y Charley le explicaba a cuantos pasaban por al lado que él quería ver la guerra antes de que quedara todo el mundo despanzurrado. Meter a Doc en la cama les costó un trabajo inaudito: retorcía el cuerpo y seguía gritando que tenía ganas de matar un par de negros.

Llegaron a Nueva York en medio de una tormenta de nieve. Doc opinó que la Estatua de la Libertad daba la impresión de llevar un vestido blanco de noche. El estoniano observaba, tarareaba *La Marseillesa* y manifestaba que las ciudades americanas no eran estéticas porque carecían de gabletes, cosa que sí poseían las casas del Báltico.

Después de desembarcar, Charley y Doc fueron juntos al Broadway Central Hotel. Charley no se había alojado jamás en un hotel tan grande y quería encontrar un lugar más barato, pero Doc insistió, dijo que tenía suficientes dólares como para los dos y que ahorrar era una tontería porque muy pronto los despanzurrarían a todos. Nueva York estaba llena de mecanismos móviles, coches bramantes, rugido de trenes y vendedores de periódicos que voceaban ediciones extra. Doc le prestó un traje decente y lo llevó a la oficina de reclutamiento del cuerpo de ambulancias, situada en el despacho de un importante abogado, en un inmenso y reluciente edificio del barrio financiero. El individuo que apuntaba a los jóvenes era un abogado neoyorquino que les exigía ser voluntarios y comportarse como caballeros para dejar en alto la causa de los aliados, la bandera americana y la civilización por la cual tantos franceses habían estado ofrendando sus vidas en las trincheras. Cuando se enteró de que Charley era mecánico, lo alistó sin esperar la confirmación del director del colegio y del pastor de la iglesia luterana de Fargo, cuyos nombres habían sido ofrecidos como referencia. Les recomendó que se sometieran a inspección médica y se aplicaran la vacuna antitifoidea, y les dijo que llamaran al día siguiente para conocer la fecha de embarque. Cuando salieron del ascensor, en el hall revestido de mármol había un

grupo de hombres con las cabezas apiñadas sobre un periódico; Estados Unidos había declarado la guerra a Alemania. Esa misma noche Charley le escribió una carta a su madre diciéndole que se marchaba al frente y que por favor le enviara cincuenta dólares. Después fue con Doc a dar una vuelta por la ciudad.

Había banderas en todos los edificios. Recorrieron una manzana de oficinas tras otra en busca de Times Square. Por todas partes se veía gente leyendo el periódico. Al llegar a la calle Catorce oyeron el repique de un tambor y la música de una banda y se pararon en la esquina para ver de qué regimiento se trataba, pero sólo era el Ejército de Salvación. Para cuando arribaron a Madison Square ya se había hecho hora de cenar y las calles se veían desiertas. Entonces comenzó a lloviznar y en Broadway y la Quinta Avenida las banderas se tornaron lacias en los mástiles.

Entraron a comer algo al Hofbrau. A Charley le pareció un lugar demasiado caro, pero Doc respondió que el que invitaba era él. Junto a la puerta, un hombre subido a una escalera cambiaba algunas bombillas de un letrero luminoso que formaba la bandera americana. Adentro, el restaurante estaba forrado de banderas y la orquesta tocaba el himno cada dos piezas, de manera que la gente estaba poniéndose de pie todo el tiempo.

—¿Qué se han creído que es esto? ¿Una clase de gimnasia? —gruñó Doc.

En una esquina, alrededor de una mesa redonda, había un grupo que, en lugar de levantarse cuando tocaban *The Stor-Sponged Banner*, seguía comiendo y charlando como si no ocurriese nada especial. Los otros concurrentes empezaron a mirarlos con insistencia mientras intercambiaban comentarios. «Apuesto que son hunos... Espías alemanes... Pacifistas». En una mesa había un oficial del ejército acompañado por una muchacha que, de sólo observarlos, se ponía roja de furia. Finalmente uno de los camareros, un alemán de bastante edad, se les acercó y les susurró algo.

—Ni que me cuelguen —se elevó una voz desde la mesa redonda. De inmediato se les presentó el oficial, pretextando algo en torno a la cortesía para con nuestro símbolo nacional. Volvió a su sitio hecho una remolacha. Era bajo y llevaba las piernas curvas enfundadas en unas botas altas muy bien lustradas.

—Malditos germanófilos —masculló mientras se sentaba.

—¿Por qué no llamas a la policía, Cyril? —lo interrogó su amiga.

A esas alturas la mesa redonda afrontaba el asedio de una multitud formada por casi todo el restaurante. Doc hizo girar la silla de Charley.

—No te lo pierdas. Va a ser divertido.

Un gigante con acento texano agarró del cuello a uno de los remisos.

—O te levantas o te vas.

—No tienen ningún derecho a coaccionarnos —prorrumpió uno de los de la mesa —. Mientras ustedes manifiestan poniéndose de pie su acuerdo con la guerra, nosotros manifestamos nuestra repulsa mediante...

—Cállate la boca. No les hagas caso —dijo una de sus compañeras, tocada con un sombrero rojo con una pluma.

La orquesta había terminado. Todo el mundo estalló en un aplauso y unos cuantos pidieron bis a voz en cuello. Los camareros correteaban, nerviosos, y el dueño se había plantado en el centro del salón moviendo lentamente la cabeza calva.

El oficial se aproximó al director de la orquesta y le pidió:

—Hágame el favor de volver a tocar nuestro himno nacional.

Al primer compás ordenó atención con un grito cortante. Los de su bando rodearon la mesa redonda. Doc y un tipo de acento inglés se daban Empujones. Doc se preparó para soltarle un directo.

—Si quiere pelear vamos afuera —dijo el de acento inglés.

—Déjenmelos a mí, muchachos —exclamó Doc—. Los sacaré fuera de dos en dos.

Habían tumbado la mesa y el grupo comenzó a retroceder hacia la puerta. La mujer del sombrero rojo se había hecho con una fuente de mayonesa y mantenía a raya a los agresores arrojándoles puñados del mejunje a la cara. En ese momento se hicieron presentes tres policías y arrestaron a los pacifistas revoltosos. Los demás se dieron a la tarea de limpiarse la ropa. La orquesta tocó el himno una vez más y todos intentaron infructuosamente responder en coro: no sabían la letra.

Finalizado el incidente, Doc y Charley fueron a un bar a beber whisky. Doc quería ver un teatro de revistas y le pidió consejo al camarero. Un gordito que tenía prendida a la solapa una bandera americana lo oyó y afirmó que el mejor teatro de revistas de Nueva York era el Minsky, en East Houston Street. Cuando Doc le contó que se habían alistado, les pagó un par de tragos y decidió acompañarlos al teatro. Se llamaba Segal; hasta el hundimiento del *Lusitania* había sido socialista, pero ahora estaba convencido de que había que derrotar a los alemanes y destruir Berlín. Era comerciante de trajes y abrigos y estaba contento porque acababa de firmar un contrato para proveer de uniformes al ejército. «Era necesaria una guerra para hacernos más hombres», decía golpeándose el pecho. Tomaron un taxi, pero cuando llegaron al teatro había tanta gente que no consiguieron ubicación.

—Nos jodieron... Y yo necesito mujeres —dijo Doc. Míster Segal caviló un momento con la cabeza inclinada, y al cabo decidió:

—Iremos al Little Hungary.

Charley se sentía derrotado. Había esperado divertirse en Nueva York y en cambio tenía ganas de irse a dormir. En el Little Hungary había muchachas alemanas, rusas y judías. El vino esperaba en el centro de cada mesa, encerrado en unas extrañas botellas que parecían estar cabeza abajo. Míster Segal afirmó que de allí en adelante pagaría él. La orquesta tocaba música extranjera. Doc ya estaba borracho. Ocuparon una mesa apretujada entre otras. Charley echó una mirada, invitó a bailar a una chica y por alguna razón fue desairado.

Se puso a hablar con un sujeto joven de rostro demacrado que estaba en la barra y venía de un acto pacifista que se había llevado a cabo en el Madison Square Garden. Cuando lo oyó asegurar que, si se implantaba el servicio militar obligatorio, en Nueva

York se desataría una revolución, Charley aguzó el oído. El muchacho se llamaba Benny Compton y había estado estudiando derecho en la Universidad de Nueva York. Charley fue a sentarse con él y otro más, un sujeto de Minnesota que era reportero de *The Cali*. Les preguntó qué posibilidades tenía de ingresar en la escuela de ingeniería, por lo cual hubiera estado dispuesto a renunciar a las ambulancias. Sin embargo, los otros repusieron que las posibilidades no eran muchas si se carecía del dinero para empezar. El de Minnesota declaró que Nueva York no era el mejor lugar para los pobres.

—Mierda, tendré que ir a la guerra —dijo Charley.

—Antes la cárcel —dijo Benny—. Ése es el deber de todo radical. Y de todos modos se avecina la revolución. La clase trabajadora no va a soportar esto mucho tiempo.

—Si quieres dar el gran golpe, lo que tienes que hacer es ir a Bayona y conseguir trabajo en una fábrica de municiones —dijo el de Minnesota con voz cansada.

—Eso es traicionar a la clase obrera —dijo Benny Compton.

—La clase obrera está jodida —dijo Charley—. Maldición, yo no quiero pasarme la vida reparando coches viejos por setenta y cinco dólares al mes.

—«Deseo levantarme con las masas, no apoyarme en ellas», dijo Eugene V. Debs.

—¿Acaso tú no estudias día y noche para ser abogado y cambiar de estatus? —preguntó el de Minnesota.

—Estudio para ser útil a la lucha... Pretendo ser un instrumento de precisión. Al capital hay que combatirlo con sus propias armas.

—Me preguntó qué voy a hacer yo cuando cierren *The Cali*.

—No se atreverán.

—Ilusiones tuyas. Estamos en guerra para defender los empréstitos Morgan... Como que me llamo Johnson que se cargarán a toda la oposición.

—A propósito, tengo un dato... Mi hermana es taquígrafa... Trabaja para J. Ward Moorehouse, el consejero en relaciones públicas, hace la publicidad de Morgan y de Rockefeller. Bueno, me contó que el tipo estuvo todo el año trabajando con una misión secreta francesa. Los monopolios tiemblan de sólo pensar que en Francia pueda explotar la revolución. Le compraron los servicios por diez mil dólares. Dirige la agitación pro bélica a través de un sindicato amarillo. Y después dicen que en este país hay libertad.

—Ya no me sorprende nada —dijo el de Minnesota, sirviéndose las últimas gotas de vino de la botella—. Fijaos, en este mismo instante cualquiera de nosotros puede ser agente del gobierno o espía enemigo —se observaron mutuamente en silencio. Charley sintió un escalofrío.

—Eso es lo que estoy tratando de decirte... Mi hermana trabaja para ese tipo y lo sabe bien... Está todo tramado por Morgan y los demás capitalistas para liquidar a la clase obrera en la guerra. Una vez que te pescan para el ejército ya no puedes chillar por la libertad civil ni los derechos humanos... Te pueden fusilar sin juicio previo,

¿comprendes?

—Es una salvajada... En el Noroeste no se van a quedar con los brazos cruzados —replicó el de Minnesota—. Oye, tú has estado por allí hace poco. La Follette representa la opinión de esa gente, ¿no?

—Seguro —contestó Charley.

—Bien, ¿y entonces?

—Demasiado complicado para mí —dijo Charley, y empezó a abrirse camino entre las mesas para encontrar a Doc.

Doc ya no sabía lo que hacía y Charley tuvo miedo de que la noche les saliera cara, de modo que se despidieron de míster Segal —quien les solicitó que mataran en su honor unos cuantos alemanes—, salieron y se dirigieron por Houston Street hacia el oeste. Al borde de la acera había una hilera de carretillas con faroles que arrojaban sobre los rostros un resplandor rojizo entre las sombras castigadas por la lluvia.

Desembocaron en una avenida inundada de gente que salía de un teatro. Frente al Cosmopolitan Café había un tipo que hablaba subido a una caja de jabón. A medida que el público abandonaba el teatro se reunía a su alrededor. Doc y Charley se acercaron a curiosear. Sólo podían captar párrafos inconexos de lo que el hombre prácticamente ladraba.

—Hace unos días fui a escuchar a Eugene Debs al Instituto Cooper, ¿y qué fue lo que dijo...? «¿Qué clase de democracia es ésta por la cual os piden que deis vuestras vidas, qué otra cosa que esclavitud significa para vosotros, qué...?».

—A ver si te callas, rata... Si esto no te gusta puedes volver a tu país —gritó alguien entre la multitud.

—... libertad de trabajo para hinchar los bolsillos del patrón... La oportunidad de moriros de hambre si os quedáis sin empleo...

Doc y Charley fueron empujados. El hombre saltó de su caja y desapareció. Todo el tramo de la avenida se convirtió en un pandemónium. Doc se trenzó a trompadas con un hombrón vestido con un mono. Un policía se interpuso entre los dos, repartiendo mandobles a diestra y siniestra con la cachiporra. Doc estaba a punto de lanzarse sobre el policía cuando Charley lo agarró del brazo y se lo llevó a rastras.

—Por Dios, Doc, tranquilo. Todavía no estamos en la guerra.

—No me gustaba nada la cara de ese tipo —repetía Doc, colorado. Más atrás de los policías, dos camionetas con unos reflectores impresionantes se disponían a cargar contra la gente. Contra el blanco impasible de esa luz, brazos, cabezas, sombreros, hombros confundidos, palos que se alzaban y volvían a caer, se proyectaban como sombras chinescas. Charley consiguió apoyar a Doc contra la ventana del café.

—Oye, no querrás que te encierren y perdamos el barco, ¿no?

—¿Y qué más da? Cuando lleguemos ya van a estar todos despanzurrados.

—Hoy tienen que huir los trabajadores, pero llegará el día en que sea la policía la que escape —gritó alguien. Otro entonó *Lo Morseloso*. Se unieron varias voces. Doc

y Charley pegaron las espaldas al vidrio. Detrás de ellos, rostros gesticulantes nadaban en el humo azul del café como peces en un acuario. De pronto el vidrio se hizo añicos. Los de adentro perdieron los estribos. «Cuidado con los casacas», avisó alguien.

La policía estaba acordonando la avenida. Más allá de sus filas el pavimento vacío parecía ensancharse. Por el otro lado se acercaba la montada. En el espacio abierto se colocó una camioneta, hacia la cual comenzaron a empujar a hombres y mujeres.

Doc y Charley pasaron por al lado de un policía que hacía trotar ruidosamente su caballo por la parte interior de la acera, y se escurrieron a la vuelta de una esquina. El Bowery estaba desierto y oscuro. Se encaminaron a su hotel.

—Dios mío —suspiró Charley—. Por poco consigues que nos lleven a los dos. Mira, ahora que decidí ir a Francia no voy a dar marcha atrás.

Una semana más tarde navegaban a bordo del *Chicago*, un barco de línea francesa. Aún les duraba la resaca de la fiesta de despedida y los mareaba el olor del mar y sentían en los oídos la música de la banda de jazz que habían dejado en el muelle. El día amaneció encapotado y con una línea negra de nubes bajas que presagiaban nieve. Tanto los marineros como las azafatas eran franceses. Con la primera comida les sirvieron vino. Los destinados al cuerpo de ambulancias ocupaban una mesa entera.

Después de la cena Doc se fue a dormir al camarote. Charley vagó por el barco, las manos en los bolsillos, preguntándose qué sería de su vida. En la popa estaban sacándole la funda al cañón de setenta y cinco. Bajó a la cubierta inferior, llena de barriles y cajones, y dando tumbos avanzó hasta la proa entre rollos de grueso cable trenzado. En la proa había un marinero francés, con una borla roja en la gorra, vigilando el horizonte.

El mar, vidrioso, arrastraba matas de hierbas y basura. Había gaviotas flotando en el agua o encaramadas a troncos podridos. Charley intentó conversar con el vigía.

—El Este —señaló—. Francia.

La proa cortaba el agua verdosa dejando a los costados dos olas enormes. El vigía no respondió. Charley señaló hacia atrás, donde se condensaba la bruma:

—El Oeste —dijo, y se dio una palmada en el pecho—. Mi casa, Fargo, Dakota del Norte.

Pero el vigía se limitó a menear la cabeza y ponerse un dedo sobre los labios.

—Francia muy lejos al Este... Submarinos... Guerra —dijo Charley.



JOHN RODRIGO DOS PASSOS (Chicago, Illinois, 1896 – Baltimore, Maryland, 1970) fue un novelista y periodista estadounidense.

Nacido en Chicago, en una familia descendiente de portugueses de la isla de Madeira, en su juventud viajó, junto a sus padres, por México y algunos países de Europa (en especial Portugal, Bélgica, el Reino Unido y España). En 1916 se graduó en Artes por la Universidad de Harvard.

Durante la Primera Guerra Mundial fue conductor de ambulancias en el frente francés e italiano, experiencia que le proporcionó material para su novela *Iniciación de un hombre: 1917* (1920), de corte autobiográfico. Siguió a ésta *Tres soldados* (1921), con la cual alcanzó el reconocimiento de la crítica por su amargo antibelicismo. Tras la guerra, volvió a viajar por España y a su regreso publicó *Rocinante vuelve al camino* (1923).

En 1925 publica *Manhattan Transfer*, una visión panorámica de la vida neoyorquina entre 1890 y 1925 que tuvo un éxito inmenso. Esta poderosa novela, construida con fragmentos de canciones populares, titulares de prensa, pasajes de monólogo interior y fragmentos naturalistas de las vidas de una multitud de personajes sin relación entre sí, determinó el estilo de las mejores de sus últimas novelas. Su trilogía USA (reunida en 1938), en el mismo estilo, amplió su panorama para abarcar todo el país. Comprende las novelas *El paralelo 42* (1930), *1919* (1932) y *El gran dinero* (1936), y describe el crecimiento del materialismo estadounidense desde la última década del siglo pasado a la Gran Depresión.

En 1927 hizo pública su postura contraria a la ejecución de los anarquistas Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti y fue encarcelado por ello. Aunque inicialmente mantuvo una ideología cercana al socialismo, una visita a la Unión Soviética a finales de los años 20 le hizo ser bastante más crítico. En 1937 volvió de nuevo a España para colaborar con Ernest Hemingway en el guion del documental «*La tierra española*», pero al conocer la desaparición de su amigo y traductor de su obra José Robles Pazos, presumiblemente a manos de los servicios secretos soviéticos, rompió definitivamente con la ideología comunista. A esta época corresponden algunas de sus novelas, como *Aventuras de un joven*, *Número uno* o *El gran destino*.

Sus novelas, representativas de la «generación perdida», amargas y profundamente impresionistas, atacan la hipocresía y el materialismo de los Estados Unidos entre las dos guerras mundiales y tuvieron una honda influencia en varias generaciones de novelistas europeos y americanos, como en el peruano Ciro Alegria, o en los españoles Camilo José Cela y Juan Benet.

Notas

[1] Asociación Cristiana de Jóvenes. (N. del T.) <<

[2] Danza marina para un solo bailarín. (N. del T.) <<

[3] Revolucionarios irlandeses. (N. del T.) <<

[4] Canadian Pacific Railway: Ferrocarril canadiense. (N. del T.) <<

[5] IWW (Trabajadores Industriales del Mundo), sindicato obrero estadounidense. (N. del T.) <<

[6] Juego de cartas. (N. del T.) <<

[7] En el original, I Won't Work, por analogía con las siglas del International Workers of the World. (N. del E) <<

[8] Federación Americana del Trabajo. sindicato obrero estadounidense. (N. del T.) <<

[9] Obreros industriales. (N. del T.) <<

[10] El vigía se cubrió la boca con una mano. Un rato después había conseguido explicarle que no debía hablar con él. Aquí sólo vienen generales. (N. del T.) <<

[11] Dice que estamos haciendo escándalo y debemos irnos. Muy distinguida. (N. del T.) <<

[12] Pescado relleno. (N del T.) <<

[13] Juego de palabras entre botham y bottom. Piginbottom (aproximadamente: culo de cerdo, o bien cerdo en el culo) y bottom en su acepción de fondo (N. del T.) <<

[¹⁴] El himno de Estados Unidos. (N. del T.) <<

[15] Marcha militar. (N del T.) <<

[16] Argot norteamericano. (N. del T.) <<

[17] Martes de Carnaval. (N. del T.) <<